ÚLTIMOS REDUCTOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA

Delfina Fernández

COLECCIONES
MAPFRE
1492

Las sucesivas proclamaciones de las independencias de España de los territorios americanos dieron paso a las nuevas naciones de Hispanoamérica. Ante estos hechos, la resistencia en las distintas zonas siguió la pauta de la política española. De esta forma, los reductos, en su empeño de recuperación o de simple resistencia, se constituyeron en puntos de aislamiento. La extinción de estos reductos no fue la liquidación de una simple guerra decidida por los ejércitos contendientes. Los españoles habían echado raíces; los criollos crecieron con el sistema español y los indígenas tenían fe en un rey. De aquí que la resistencia española no fuera sólo militar, sino una angustiosa expresión de fidelidades. Estos hechos se produjeron en ámbitos distantes e inconexos y períodos de tiempo no coincidentes. Lo único que iguala a todos los núcleos es, paradójicamente, el pasado. Delfina Fernández nos muestra en esta obra lo que fueron los últimos reductos. Analiza el agotamiento militar, las liquidaciones y la política española de reconquista hasta 1833.

Delfina Fernández (Esguevilla de Esgueva - Valladolid, 1945). Doctora en Historia de América. Decana Académica de la Universidad Central de Bayamón, en Puerto Rico. Obras: *La resistencia española en Venezuela después de Carabobo y el Respaldo de Puerto Rico* (1988), *Algunos aspectos de la reincorporación de Santo Domingo a la Monarquía española (1861)* (1990), *Extinción del Ejército Expedicionario de Costa Firme* (1991).

Colección Armas y América

ÚLTIMOS REDUCTOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Miguel Alonso Baquer
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-311-2 (rústica)
ISBN: 84-7100-312-0 (cartoné)
Depósito legal: M.21127-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

DELFINA FERNÁNDEZ

ÚLTIMOS REDUCTOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA



Diseño y coordinación: [illegible]
Dirección de Colección: [illegible]
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-311-2 (rústica)
ISBN: 84-7100-312-[illegible] (cartoné)
Depósito legal: M. 21127-1997
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada [illegible] (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

TERCERA PARTE

APÉNDICES

INTRODUCCIÓN

Las sucesivas proclamaciones de las independencias de los territorios que componían la inmensa extensión de la América perteneciente a la Corona española, dieron paso a las nuevas nacionalidades de Hispanoamérica. Ante estos hechos, la resistencia en las distintas zonas siguió las pautas de la política española, que no renunciaba a cualquier asidero. Así, los reductos, en su empeño de recuperación o de simple resistencia —a veces repleta de sacrificios y de esperanzas—, se constituyeron en islotes de aislamiento que hemos de considerar por el aspecto casi heroico de quienes lo mantuvieron.

La primera liquidación, Montevideo —que se pensó utilizar como punto de apoyo a la empresa recuperadora en el virreinato del Plata, con un ejército similar al que con Morillo desembarcó en Costa Firme—, también fue la primera lección, pues Vigodet hubo de verse obligado a rendir la ciudadela tras la victoria naval de Brown, que eliminaba la fuerza marítima de los españoles en el estuario[1]. Pero Costa Firme contaba con la Marina Real, superior entonces a la colombiana, que ofrecía a las tropas la movilidad necesaria, según los informes de Laborde[2], además de

[1] F. Bauzá, *Historia de la dominación española en Uruguay*, tres tomos, tercera edición, Montevideo, 1929, tomo II, libro cuarto, pp. 151-202. También en M. V. Quartarolo y L. H. Destefani, *Campaña naval de 1814 contra los realistas de Montevideo*, Departamento de Estudios Navales, Buenos Aires, 1964.

[2] Documentos referentes a la Independencia de Colombia existentes en el Museo Naval (MN) de Madrid y en el Archivo de Marina Álvaro de Bazán (AB) correspondiente a los años 1806-1836. También en A. Laborde y Navarro, *Relación documental de los sucesos de Venezuela (1822-1823)*, Instituto de Geografía e Historia de Caracas, Caracas, 1974, número 18, Liminar por Tomás Pérez Tenreiro.

contar con las bases de La Habana y Puerto Rico[3], pues Puerto Cabello no era una plaza aislada como Montevideo. Por ello, La Torre pudo actuar sobre Coro, Cumaná y Maracaibo[4], pues no se limitó a sostenerse en Puerto Cabello a la espera de reembarcar a sus hombres, sino que desencadenó una dinánica ofensiva desde el mismo día de Carabobo[5], con la pretensión de levantar Los Llanos, como en 1814 lo hiciera Boves, o de recuperar Caracas, como lo hiciera Monteverde en 1812, que hizo temer a los patriotas colombianos durante mucho tiempo, incluso después que se rindiera el último bastión, como la *Autobiografía* del general Páez lo puso de manifiesto[6].

El hecho mismo de que Bolívar, después de esa gran batalla y en el momento de emprender la campaña del sur —que tan decisiva le era, cuando temía que San Martín se le adelantara— para evitar quedar aislado (con la monarquía mexicana al norte y la peruana al sur) y cuando, por estas urgencias, tenía que marchar hacia el Valle del Cauca y salvar las serranías de Pasto y el Guaitará para llegar a Quito, prescindiera de los lanceros de Los Llanos, dejando atrás a hombres tan experimentados como Páez[7], parece incomprensible si no existiera una gran razón: lo que podía temerse del mantenimiento de los focos de resistencia que bien sabía Bolívar lo que podían dar de sí. Así, eliminado el de Quito[8], siguió temiendo el efecto del de Pasto y el mismo de Puerto Cabello.

[3] P. T. Córdova, *Memorias geográficas y económicas de la isla de Puerto Rico,* Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1968, 6 tomos.

[4] Véase el amplio *Archivo de Torrepando* en el Archivo Histórico Nacional (AHN) de Madrid, en la sección de Estado, especialmente los 26 legajos dedicados a los años 1821 y 1822. También en T. Pérez Tenreiro, *Don Miguel de la Torre y Pando. Relación de sus campañas en Costa Firme (1815-1822),* Caracas, 1971, así como en D. Fernández Pascua, *La resistencia española en Venezuela después de Carabobo y el respaldo de Puerto Rico,* tesis doctoral presentada en la Universidad de Valladolid, 1988.

[5] T. Pérez Tenreiro, «La organización de los mandos de las Fuerzas Realistas el día 24 de junio de 1821», *Boletín Academia Nacional de la Historia,* número 27, Fundación John Boulton, Caracas, 1971.

[6] J. A. Páez, *Autobiografía,* Nueva York, 1946. También en *Archivo del general José Antonio Páez* (Arch. P.), publicado por la Academia Nacional de la Historia de Caracas, Caracas, 1973, tomo II, con prólogo de Carlos Felice Cardot.

[7] *Archivo Santander* (Arch. S.) publicado por la Comisión de la Real Academia de la Historia [de Colombia] bajo la dirección de Ernesto Restrepo Tirado, Águila Negra Editorial, Bogotá, 1915-1920. Prólogo de Ernesto Restrepo Tirado, con informes y memoriales que no siguen la rigidez de las fechas de cada volumen.

[8] D. Ramos Pérez, *Entre el Plata y Bogotá. Cuatro claves de la emancipación ecuatoriana,* Madrid, 1978.

La liquidación en el virreinato de Nueva España —desde que O'Donojú pactó con Iturbide hasta que salieron las últimas fuerzas que embarcaron en Veracruz para Cuba— tampoco fue total, pues se mantuvo el islote de San Juan de Ulúa, con la más firme esperanza recuperadora, por el respaldo y relevos que de Cuba se prestaron[9]. Sin embargo, esta es su originalidad, San Juan de Ulúa no fue base de partida, como Puerto Cabello, sino estático nódulo que actuaba, con su sola presencia, sobre la política mexicana. Y también, sobre su economía y comercio.

La resistencia española en el virreinato del Perú, a cargo del general Rodil[10], tuvo también otro carácter, al constituir un islote sólo amparado en sí mismo: en las grandes fortificaciones del Real Felipe del Callao, que se mantuvieron por honor, casi más que por esperanza. Tenía en frente todas las rutas del Pacífico y detrás todo lo que había sido el Perú.

El caso más llamativo aún fue el de Chiloé[11], en el extremo sur chileno, donde llegó prácticamente a constituirse como un pequeño estado, que se mantuvo hasta el mes de enero de 1826. A tantos miles de kilómetros, sin socorros, sin armamentos, esa despedida de los españoles de la América continental es casi tan valorable como la de la conquista.

No vamos a tratar de la heroicidad de los defensores, o de otros, los atacantes, pues todos la tuvieron. Lo que vamos a ofrecer es el extraño ejemplo de esas supervivencias de los ejércitos que parecen inexplicables, si no tenemos en cuenta los compromisos de honor mantenidos por encima de las convivencias, y las lealtades profundas de quienes temían sobre todo rendirse, que sería tanto como confesar una sinrazón. Además,

[9] L. Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830,* 2 volúmenes, México, 1982. También en J. Delgado, *España y México en el siglo* XIX, tres tomos, Madrid, 1950-53.

[10] J. Rodil, *Memoria del sitio del Callao,* Edición y Nota preliminar de V. Rodríguez Casado y G. Lohmann Villena, Sevilla, 1955. También en *Colección documental del Perú (Col. Doc. del Perú)* publicada en Lima en 1972 por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Hemos usado especialmente *Asuntos Militares,* tomo VI, volumen 8; *Documentación Oficial Española,* tomo XXII, volumen 2, y M. Torrente, *Memorias, Diarios y Crónicas de la Historia de la Revolución de la Independencia del Perú,* tomo XXVI, volúmenes segundo y cuarto.

[11] F. Campos Harriet, *Los servidores del Rey,* Santiago de Chile, 1960, como también en I. Vázquez de Acuña, «El general Quintanilla y su gobierno en Chiloé (1817-1826)», en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* número 88, pp. 287-310, Santiago, 1974; en D. Barros Arana, *Las campañas de Chiloé (1820-1826),* Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1956, y en M. Torres Marín, *Quintanilla y Chiloé. La epopeya de la constancia,* Chile, 1985.

no hay que olvidar que los ejércitos españoles de la época estaban fundamentados en ídolos mágicos, como las resistencias de Zaragoza o de Gerona. Porque, al fin y al cabo, volvía a ponerse de manifiesto que el alma y la constante histórica española se había construido, en cada época, a base de resistencias: desde Sagunto y Numancia en la época antigua, hasta Covadonga o Tarifa en la época medieval. Por eso parece oportuno llevar a un primer plano la resistencia de América.

La extinción de estos reductos no fue la liquidación de una simple guerra decidida por los ejércitos contendientes, en un determinado lugar y por causas entendibles: era la vuelta atrás en la historia, el repliegue de españoles a la Península —tras trescientos años de tener plantada en América su bandera— porque su consecuencia era la pérdida del continente americano. Pero si los españoles habían echado raíces, con tantos y tantos nacidos en América de padres españoles, estaban anímicamente a caballo de ambos mundos; e incluso los criollos habían crecido con el sistema español, y los indígenas habían hecho suya la fe en un Rey. De aquí que la resistencia española no fue sólo militar —que decide el más fuerte—, sino una angustiosa expresión de fidelidades, que no podían romperse tan fácilmente ni por pactos ni acuerdos de hombres. Eran cuestión del alma viva.

Ejemplo singular de ello es Guatemala, que habiéndose incorporado a México al proclamarse Iturbide emperador, luego se declaró nuevamente independiente y decidió recibir a todos los españoles emigrados o expulsados de Colombia, pues tuvo los puertos abiertos y francos para los españoles, como pudieron estarlo «treinta años ha», según le decía Agustín Gutiérrez al general Santander, en carta del 7 de febrero de 1826, así como en abril informaba que «salieron a mi vista de Omoa para Cádiz las goletas españolas *Fama* e *Isabel* con el pabellón español enarbolado y bien cargadas de añil y grana. La *Fama* ha regresado y cargado otra vez para Cádiz. Este puerto y Cuba tienen comunicación continua». Así, aunque el Congreso o la Cámara de Representantes había indicado que dejar entrar «al enemigo de Colombia» cuando se tenía un tratado de amistad con esa República no estaba bien visto, el Senado siguió permitiendo que el pabellón español continuara flameando en la bahía de Omoa y los «géneros españoles siguen haciendo las delicias de los pueblos, que de nada gustan tanto como de Castilla»[12]. Estas discrepancias de un país a otro

[12] Arch. S., vol. XIV, pp. 65-68.

—como de una institución con otra— ponen de manifiesto la hondura de las raíces, como también sirven de respaldo a este concepto los numerosos proyectos optando por la monarquía o la federación —más bien fruto de ilusiones— a cambio de reconocimiento de soberanía e independencia. Porque igualmente los nuevos Estados no deseaban ninguna ruptura con España, siempre que ésta respetara su independencia. ¿Hubiera sido posible llegar a una transacción con los gobiernos independientes, quizá al estilo de las actuales bases norteamericanas? No es fácil adivinar la historia que no fue, máxime cuando España no estaba dispuesta a hacer dejación de sus derechos.

Es más, el propio Bolívar no tenía prisa en el desalojo de los españoles de la plaza de Puerto Cabello —en contra de a lo que postulaban Santander y Páez— y expresó su supuesto de que los realistas permanecieran ahí «por seis años» o por «siempre» porque la ruina de Venezuela «será sellada [...] el día que no le quede un enemigo en su territorio»[13], tal como lo dice, en sentido figurado, al vicepresidente de Colombia en carta que le remitía desde Lima el 10 de octubre de 1823.

La otra gran lección, no menor, era que España necesitaba de América, aunque esto no se entendiera hasta mucho más tarde. Los reductos españoles hubieran podido ser otra cosa para esos pueblos de haber optado por una política de concierto, cuando se necesitaron pararrayos contra las invasiones extranjeras y así se hubiera evitado la triste ausencia de España por tantos años, la ruina de su comercio y otros grandes males, derivados del eclipse español.

En este trabajo presentamos lo que fueron los últimos reductos —habitados por las autoridades civiles, militares y religiosas en un espacio limitado y con sobreposición de funciones—. Dividimos el estudio en tres partes: en la primera, analizamos el agotamiento militar; en la segunda, las liquidaciones; y en la tercera, la política española de reconquista hasta 1833.

Esbozamos la resistencia para conservar los territorios y bienes en América de la mejor manera posible, dada la dificultad de ofrecer la vida de ese período, con sus múltiples variantes, tanto en Montevideo como en los dos años y medio transcurridos de Carabobo a la rendición de Puerto Cabello, en Costa Firme; o los cuatro años de resistencia en San Juan

[13] Arch. S., vol. XI, p. 103. Carta de Bolívar a Santander, Lima, 10 de octubre de 1823.

de Ulúa, en México; o la persistencia del Callao, desde Ayacucho hasta la entrega de los fuertes que guardaban la entrada del Perú; y en fin, los siete años que van de Maipú a la entrega de Chiloé, a los que hay que añadir los 47 días de la expedición Barrada en México, en 1829, y los tres años de las campañas de Arizábalo, 1826-1829, tiempo en que fue fundado el pueblo agrícola de San Fernando de Tamanaco, verdadera experimentación con la economía de subsistencia desarrollada en Costa Firme[14].

Son, en todo caso, ámbitos distantes e inconexos, donde se actúa en función de circunstancias también distintas. Y por si fuera poco, en períodos de tiempo no coincidentes. Lo único que unifica la posibilidad de todos los núcleos es, paradójicamente, más que el presente o el futuro, el pasado. Y la misma bandera, tremolando en los respectivos castillos. Y la misma fe histórica alentando en cada caso, convencido cada defensor de que el futuro es siempre impredecible.

Sacrificaremos los detalles en beneficio de concebir los hechos en su concurso; por ello, no estudiaremos los personajes, sino las decisiones tomadas por éstos en momentos de crisis. Consideraremos también los factores que afectaron a cada ámbito y la influencia de la intervención extranjera, especialmente de Inglaterra y Estados Unidos, sin descartar —en otro plano— el papel de Portugal en Buenos Aires, para comprender los episodios que dieron fin a una época e iniciaron otra. De aquí que aparezcan los personajes-puente, que serían decisivos en la transición a las nuevas nacionalidades, entre otros, José Antonio Páez de Venezuela y Antonio López de Santa Anna en México, cuando las constituciones pasaban la prueba de proveer la defensa exterior e interior por sí mismas, ya que la federación y pacto defensivo entre los gobiernos independientes no se logró.

[14] AHN, Madrid, Estado, leg. 6.376, caja 1, número 189. Carta de La Torre, capitán general de Puerto Rico, al secretario de Estado, acompañándole copia de la relación detallada que le presentara el teniente coronel José Arizábalo en Puerto Rico el 31 de enero de 1830, relativa a sus operaciones en la provincia de Caracas hasta su capitulación, Puerto Rico, 17 de marzo de 1830.

PRIMERA PARTE

de Lima en Moreno y la península del Callao, donde dirigió [illegible] la toma de los fuertes que guardaban la entrada del Perú; por los siete años que van de Maipú a la entrega de Chiloé, [illegible] los 47 días de la expedición Barrada en México [illegible] de las campañas de [illegible] 1820 [illegible] fundado el pueblo agrícola de San Fernando [illegible] experimentación con la economía de subsistencia [illegible]

[illegible] en [illegible] Y la misma bandera [illegible] y la misma [illegible] en cada caso [illegible] de que el futuro es siempre imprevisible.

[illegible] los detalles en beneficio de [illegible] por ello no escuchamos los pronósticos [illegible] Consideramos [illegible] la influencia de la intervención extranjera, especialmente de Inglaterra y Estados Unidos, sin desconocer [illegible] el papel de Portugal en Buenos Aires, para comprender los [illegible] que [illegible] a principios [illegible] que [illegible] los economistas [illegible] que [illegible] entre otros, José Antonio [illegible] López de Santa Anna en México [illegible] la [illegible] que la federación [illegible] no se logró.

[illegible] Puerto Rico [illegible] Puerto Rico, [illegible] de 1820 [illegible] Puerto Rico, [illegible]

I

LAS CAUSAS DEL AGOTAMIENTO MILITAR

El ejército en América estaba compuesto por el fijo de cada lugar, las unidades peninsulares que se relevaban y las milicias regladas, de naturales del país, y totalmente servidas por criollos, pardos e indios.

Pertenecer a la milicia constituyó una forma de reconocimiento social, por lo que los criollos fueron interesándose en incorporarse. Las primeras milicias que se organizaron fueron las de Cuba, las de Puerto Rico por O'Reilley desde 1765 y las de México por Villalba, para reforzar el sistema defensivo español en el Caribe y Golfo de México. Todas contaban con un reglamento en virtud del cual se fijaban los días y forma de instrucción, lugares de concentración e incluso las marchas que se hacían a modo de entrenamiento.

Esta organización del ejército americano tiene una importancia excepcional porque se salta de las milicias de la época de los Austrias, de tipo vecinal para defender la plaza en caso de peligro, a otras de ámbito provincial, que serán el nódulo del patriotismo americano en cada país.

El aumento de criollos en las filas del ejército español vino a coincidir con la invasión de España por los franceses. Algunos llegaron a defender la independencia por creerlo un bien para su pueblo y con la esperanza de evitar que la tierra americana corriera igual suerte que la española, si Napoleón extendía sus tentáculos a las provincias de Ultramar.

Pero la sublevación de Caracas despertó el temor por la debilidad del Ejército o su pasividad. España, semiocupada por Napoleón, no permitía ningún planteamiento militar, por lo que sólo fue limitadísimo el envío

de refuerzos. Así, en 1811 se enviaron 755 hombres y cuatro buques a La Habana, 224 hombres y dos buques a Puerto Rico y 87 hombres y un buque a Montevideo. Concluida la guerra en la Península, algunos consejeros de Fernando VII, considerando en rebelión a los países que mantenían gobiernos propios (Nueva Granda, en parte Venezuela y sobre todo el Plata), le impulsaron a enviar ejércitos que se llamaron «pacificadores». Consecuentemente, en 1815 partió para Costa Firme la expedición Morillo con 12.254 hombres y nada menos que 79 buques[1]; para Veracruz, 3.098 hombres; para Lima, 1.479, y a Montevideo se enviaron 308. Es decir, se trasladaron en ese año 17.139 hombres, que en 1816 se incrementaron con 1.697 enviados a Veracruz, 1.924 a La Habana, y 723 a Portobelo. En 1817 La Habana recibió 1.962 hombres, Portobelo 1.139, La Guaira 118 y Lima 1.102. Aun tras el triunfo patriota en Chacabuco, Fernando VII envió a Chile un cuerpo expedicionario de 2.080 hombres en varios transportes convoyados por la fragata *María Isabel,* aunque sólo 60 lograron unirse a las tropas realistas porque la fragata fue capturada. En 1818 salió para Lima la última expedición de 1.950 hombres.

Los enviados tenían algunos estímulos por su enganche: la promesa de ser reemplazados a los dos años de servicio y el sueldo doble, aunque éste no lo cobraban a tiempo pues los escasos ingresos en las cajas reales de América eran destinados a las urgencias para subsistir, por lo que al retirarse de América, sólo por ese concepto, la Nación adeudaba miles de pesos a los jefes, oficiales y soldados. La Marina, con el botín de las presas capturadas, corría un poco mejor suerte e incluso resolvió auxiliar a los jefes militares en tiempo de crisis. Sin embargo, el agotamiento militar era inevitable, hasta el extremo de que la Marina, a pesar de sus pocos buques, carecía casi de dotaciones, que debían completarse con hombres del ejército. Sirva como ejemplo la orden de La Torre al comandante del Hostalrich para que «nombre un oficial, dos sargentos, dos cabos, un tambor y treintinueve soldados para que guarnezcan la goleta *Morillo*[2]».

[1] Manuscritos de la Real Academia. *Archivo Morillo,* leg.3, cartas. Hay catálogo en publicación por R. Contreras.

[2] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8734. Oficio de La Torre al jefe del Apostadero, 27 de julio de 1821.

CAMBIO DE POLÍTICA EN EL ENVÍO DE REEMPLAZOS

Precisamente cuando en enero de 1820 en Cádiz se preparaba un segundo ejército «pacificador» para América, Rafael de Riego sublevó a estos hombres, con lo que se frustró su partida, seguido, además, de la decisión del nuevo régimen liberal de no despachar más tropas para América, pues tenía la pretensión de lograr un entendimiento por vía de armisticios.

Por ello Miguel de la Torre decía a Bolívar que los comisionados que América enviara a las Cortes «harán en Madrid más en un día que nosotros haríamos en un mes». Los patriotas también dieron un tratamiento político al problema de pacificación. Así, Antonio Zea presentaba en Londres al duque de Frías un plan de reconciliación entre España y América por el que se reconocería «la emancipación de América», pero también «su confederación con España, formando un gran imperio federal»[3]. Existía, pues, una creencia en la inmediata paz que naturalmente minaba tanto el fortalecimiento de lealtades como debilitaba el espíritu de combate. A esto hay que añadir que la proclamación solemne de la Constitución supuso un duro golpe para el mantenimiento de la autoridad de los mandos militares, ya que se presentaba como un acontecimiento libertador, disponía sobre la separación del mando político y militar, y convertía al virrey en un jefe político.

Por otra parte, los militares también sabían que el Rey y los ministros vivían entonces más ocupados por los problemas políticos derivados de la reimplantación del sistema constitucional que por la marcha de una guerra lejana y que apenas se entendía.

A esto ha de añadirse que el propio Morillo daba un informe a las Cortes el 24 de abril[4] donde ponía en duda la efectividad de su expedición a Costa Firme «para asegurar y consolidar aquellos países». Si éste era el ánimo de Morrillo, que había estado asistido por todo un ejército, ¿cuál podría ser el de los hombres que sin recursos se mantuvieron en América en la más estricta fidelidad en defensa de su Rey y de su bandera? En el mismo informe, Morillo se lamentaba ante las Cortes del exterminio a que estaba sometido el ejército que llegó con él a Coste Fir-

[3] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 5471. Proyecto de Antonio Zea, primer redactor del *Correo del Orinoco*, presentado al duque de Frías el 7 de octubre de 1820.

[4] AGI, Caracas, leg. 55.

me, así como del abandono en que había quedado, por falta de reemplazos a pesar de «el plan que se convino en esta capital [Madrid] para socorrer al ejército, las sucesivas expediciones que debían tocar en la isla de Margarita para imponerla y sujetarla al sistema de reemplazos para mantener una fuerza permanente». Así, como Morillo sabía cuán difícil sería cumplir con esta petición, dejó planteado el estado de sus hombres y pidió se pusiera fin al sufrimiento de las tropas existentes en América.

Los comisionados por Costa Firme, Francisco González de Linares y Pedro José Mijares, pedían a las Cortes claramente que se decidieran a hacer la paz para el reposo de los pueblos, y ésta no tenía en su opinión más que dos caminos, «o el Gobierno está en posibilidad de facilitar activa y eficazmente los recursos y medios necesarios para continuar la guerra y hacer menos durable este azote destructor», o «no queda otro recurso, que el de una transacción con el Gobierno disidente»[5]. No obstante, el 11 de junio de 1821, las Cortes resolvieron «formar una fuerza respetable marítima para emplearla como convenga en aquellos países, pues sea cual sea el partido que se adopte, no puede realizarse ninguno sin ella». La indecisión era clara, pero con la resolución dada, creyeron quedar preparados para evacuar a las gentes y al ejército. Ignacio de la Pezuela presentó un voto separado, por entender que debían ser enviados a Costa Firme «no sólo las fuerzas navales, sino todos los auxilios posibles, sin exceptuar el de la fuerza militar terrestre como sea compuesta de voluntarios»[6].

También se trató sobre la secretaría que debía atender el asunto de la pacificación, por las resoluciones contradictorias, a veces, de las Secretarías de Guerra, Hacienda y Estado, a causa de lo cual se recomendaba «reunir en un solo punto o en un centro» todo lo relativo al «interesante negocio de la pacificación» y se pedía recayera esa responsabilidad en la Secretaría de Gobernación de Ultramar, aunque sujeta a consulta de sus homólogas. Deseaban la unidad en las disposiciones pero no podían prescindir de tener informado de todo al secretario de Estado en los aspectos de política internacional que afectaban la pacificación de América, por

[5] AGI, Caracas, leg. 55. Nota oficial y carta de envío del 26 de junio de 1821 de F. González de Linares y P. José Mijares al secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar. Este documento pasó «a informe del general conde de Cartagena». Este documento de los Comisionados no fue el primero, pues hay otro con fecha de 16 de abril de 1821.

[6] AHN, Madrid, Estado, leg. 106, número 5.

lo que las distintas cortes europeas venían a condicionar las determinaciones de España. Así, la política debía consistir, «indudablemente, en atraerse a los disidentes por la persuasión y la benevolencia [...] pero en ningún modo hacer preparativos militares para tratar de imponerse por la fuerza, pues ya entonces podía contarse con la oposición inglesa, norteamericana y prusiana, que pesaba más que el apoyo que Metternich pudiera prestar al punto de vista español», como dice Jaime Delgado.

La resolución tomada finalmente en la Corte el 24 de agosto de 1821, señaló como competente para la pacificación a la Secretaría del Despacho de la Gobernación de Ultramar y no a la de Guerra, es decir, el asunto no estaría en mano de los militares, sino de los políticos, de acuerdo con la exposición hecha por Juan Antonio Rojas Queipo y Matías Escuté al Consejo de Ministros a través del Ministerio del Despacho de Estado el 5 de julio[7].

Bolívar aprovechó el clima para debilitar la moral del ejército de La Torre «para acabar de disgustar las tropas españolas que se ven sacrificadas inútilmente»[8], según decía, y presentó la batalla de Carabobo de la que salió triunfador, redujo al ejército a Puerto Cabello y emprendió la campaña del sur.

Por otra parte, la separación del mando político y militar —reunidos en una misma persona hasta el momento de proclamar la Constitución— ataba las manos del gobernador militar. En el caso de Costa Firme, las discrepancias entre las autoridades políticas y militares llegaron a tal extremo que hicieron peligrar la defensa, por lo que La Torre, general en jefe del Ejército, se declaró con las facultades de gobernador de plaza sitiada, es decir, única autoridad. Esto provocó la renuncia del jefe político y del Cabildo por considerar el acto inconstitucional —que realmente lo fue, pues hasta 1823 no se otorgó poder único al gobernador de una plaza sitiada—, y no sólo el Cabildo sino también La Torre se acusaron mutuamente ante las Cortes. Esta crisis entre las autoridades ocurría, precisamente, cuando Páez se hacía presente en el cerco a la plaza. La urgencia obligó a La Torre a tomar firmes decisiones de carácter militar so pena de afectar la moral de los combatientes ante un jefe titubeante.

[7] AHN, Madrid, Estado, leg. 95, número 3.

[8] Arch. S., vol. VI. Carta de Bolívar a Santander, Barinas, 21 de abril de 1821.

EXTINCIÓN DE LOS EXPEDICIONARIOS DE COSTA FIRME

Con este ambiente, ¿qué podría suceder con los militares que aún permanecían en América? Veamos como ejemplo lo que ocurrió con el Ejército Expedicionario de Costa Firme, que partió de Cádiz el 17 de febrero de 1815 y que llegó a las costas venezolanas el 3 de abril del mismo año con 12.254 hombres de los que, en 1821, tras Carabobo, quedaban 1.400 peninsulares. ¿Qué sucedió con el gran ejército? ¿Qué ocasionó el agotamiento?

Fueron muchas las causas de bajas en el ejército, pero la primera de ellas fue la falta de reemplazos. Los expedicionarios que habían embarcado por dos años estaban en su sexto, sin esperanza alguna de ser devueltos a la Península. Los continuos combates diezmaron el contingente que, además, por la gran dispersión —en espacios tan considerables como la distancia que media de Cumaná a Cartagena—, quedaban debilitados. Así, las bajas causadas en el cerco puesto por Morillo a Cartagena de Indias y el sitio sufrido en Guayana por La Torre, eran ya suficientes para mermar sustancialmente el número de combatientes[9]. Pero a ello hay que añadir la pérdida de los combatientes en las grandes batallas, aunque de ellas fueran declarados vencedores. Así, podemos mencionar las sostenidas para tomar la isla Margarita, la de Tunja y la capital de Santa Fe, la de los Llanos de Casanare, Apure, La Puerta, Boyacá, y finalmente la de Carabobo. A especie de ejemplo ilustrativo de cómo las guerrillas patriotas también agotaban el Ejército realista sirve el presentado por Páez, quien calculó que «Morillo se ha retirado con más de dos mil hombres de pérdidas, sin haber podido jamás concebir la esperanza de batirnos, porque jamás ha podido ver más que guerrillas que con una audacia inconcebible lo han acribillado». Esto señala, además, otra forma de hacer la guerra, que pudo sorprender al gran estratega que fue Morillo.

A las tácticas llaneras y al «vuelvan caras» practicados por Páez, consistente en volver bruscamente sobre sus cascos y lanzarse al ataque, hay que añadir la seducción de la tropa realista a que recurrieron los jefes orientales Mariño y Piar, entro otros. Todo esto, más los grandes alistamientos que logró Bolívar, al otorgar iguales derechos a todos los que se

[9] D. Fernández Pascua, «Extinción del Ejército de Costa Firme», artículo publicado en *Historia General de España y América,* Ediciones RIALP, Madrid, t. XIII dedicado a la «Emancipación y Nacionalidades» (en prensa).

engancharan, y los aumentados refuerzos extranjeros que recibió de los ingleses, cuando precisamente Morillo perdía la esperanza de que con los disturbios españoles pudiera recibirlos, forman el cuadro de perfecto agotamiento de recursos y de moral de los realistas.

Las enfermedades causadas por el ambiente y las condiciones de estos lugares añadían más bajas a la lista de los heridos, inútiles y retirados, así como las no menos comunes deserciones, lo que hizo temer a La Torre, general en jefe sustituto de Morillo, no disponer de ejército con que hacer frente en el caso de que las hostilidades fueran renovadas al terminar el plazo de seis meses del armisticio de Santa Ana, firmado por Morillo y Bolívar en noviembre de 1820. Por ello, el 15 de enero pedía con urgencia «cuatro mil hombres de tropa» con lo necesario, «un jefe político de energía y de amor a la Constitución y un arzobispo de prudencia», con la esperanza también de que mejorara la situación y contribuyera a detener las deserciones, de cuyo fenómeno culpaba a la Constitución, pues la misma impedía sancionar a estos individuos. Así, La Torre decía conocer a 85 desertores que estaban en sus casas, pero a pesar de ello, no podía obligarlos a volver. También los batallones de la Reina, Clarines y Veteranos de Cumaná se pasaron a los patriotas porque se cansaron de heroísmos, ya que a partir de Boyacá se había iniciado una clara desmoralización, como consta en el registro de desertores[10], que se incrementó a consecuencia del armisticio pues, en ese verano de 1821, los pasaportes expedidos por el cuartel general llegaron a sumar cerca de 500, lo que hubo de influir en la derrota de Carabobo. Tras esta batalla, la relación de desertores del Barbastro y de Húsares de Fernando VII son datos suficientemente representativos de la reducción del Ejército Expedicionario, para no seguir insistiendo.

La recluta para reemplazos de vacantes era también imposible. Y las licencias absolutas pedidas por cirujanos fueron tan numerosas en el mes de enero de 1821, que La Torre tuvo que condicionarlas a las que pudieran cubrir los que «acaban de venir de España». Con todo ello y sin reemplazos de la Península, el debilitamiento de la maquinaria militar seguía un curso acelerado poco antes de la batalla de Carabobo, a donde llegó La Torre con «2.466 [hombres] de Infantería, 1.551 de Caballería y 62 de Artillería». Tras la derrota entraron 700 de ellos a

[10] AGI, Cuba, leg. 910b. Registro de desertores y Reemplazos. Y en leg. 905 el Registro de desertores fechado en julio en Puerto Cabello por J. Calderón.

Puerto Cabello, pudiendo reunir hasta 1.400, poco después, entre los dispersos.

Para llegar a esta cifra nos hemos basado en los distintos documentos donde se mencionan cantidades de efectivos y ha venido a ayudarnos un estado en el que se dan pormenorizadas las raciones de cada unidad que totalizan también, casi coincidentes, con la reconstruida por nosotros. Se trata de un estadillo del consumo de raciones[11] correspondiente a los días 10 y 11, pero sin decirnos más, ni mes ni año, pero que por esta coincidencia estimamos que puede referirse al 10 y 11 de julio de 1821, fecha en la que La Torre normalizó su situación con la reagrupación de contingentes. Dado su interés, como punto de partida, la incluimos como texto:

> Estado que manifiesta el número de raciones que han sacado en el día de la fecha los cuerpos y partidas del Ejército que se hallan en esta plaza, y las que percibirán mañana según recibos despachados hoy.

Día 10

CUERPOS	OFICIALES	TROPA	ETAPA	LUCES
1.° del Valencey	43	369	401	13
2.° del Valencey	4	15	19	1
Regimiento del Navarra	31	215	276	15
Reg. Fernando 7mo.	17	40	57	2
Cuadro de Dragones	7	24	26	1 1/2
Cuadro de Infantes	3	4	9	1
Cuadro de Príncipe	1	3	4	1
Cuadro de Lanceros	12	14	24	2
Piquete del Barbastro	10	18	28	1
Compañía de Cansados	9	95	104	4
Regimiento Hostalrich	7	20	27	2
Piquete de Barinas	6	19	25	2
Piq. Guías del General	9	6	15	1
Batallón del Burgos	22	233	255	9
Plana y Estado Mayor	10	—	9	—
Hacienda Militar	8	—	8	—
Cirugía	15	1	16	3
Empleados del Hospital	3	31	31	—
Partidas sueltas	5	6	11	—
TOTALES	237	1.145	1.366	59 1/2

[11] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8744-152. Este Estado está certificado por Juan Bautista de Oleaga y Juan Antonio Cortés.

Día 11				
CUERPOS	OFICIALES	TROPA	ETAPA	LUCES
1.° del Valencey	39	369	407	13
2.° del Valencey	4	15	19	1
Regimiento del Navarra	31	239	270	15
Reg. Fernando 7mo.	18	40	58	2
Cuadro de Dragones	7	24	26	1 1/2
Cuadro de Infantes	5	4	9	1
Cuadro de Príncipe	1	3	4	1
Cuadro de Lanceros	12	16	28	2
Piquete del Barbastro	10	18	28	1
Compañía de Cansados	9	111	120	4
Regimiento Hostalrich	15	22	37	1
Piquete de Barinas	6	19	25	2
Piq. Guías del General	9	6	15	1
Batallón del Burgos	22	233	255	9
Plana y Estado Mayor	9	—	9	—
Hacienda Militar	8	—	8	—
Cirugía	15	1	16	—
Empleados del Hospital	3	31	31	—
Partidas sueltas	5	8	52	—
TOTALES	228	1.158	1.430	54 1/2

SEÑORES JEFES Y OFICIALES QUE SACAN POR SÍ RACIONES				
	Día 10		Día 11	
CUERPO/NOMBRES	RACIÓN	ETAPA	RACIÓN	ETAPA
Estado Mayor				
Antonio Valcárcel	—	1	—	—
Plana Mayor				
Francisco Mendívil	1	1	1	1
José María Herrera	1	1	1	1
Pascual Churruca	1	1	1	1
Estado Mayor				
Antonio López	1	1	1	1
Domingo Agustín	1	1	1	1
Francisco Suñer	1	1	—	—
Cayetano Cabrera	1	1	1	1
Manuel Moya	1	1	1	1
Manuel Marcano	—	—	—	—
Plana Mayor				
Pablo Sangrita	—	—	—	—
Francisco García Carrillo	1	1	1	1
Cayetano Sastre	—	—	—	—
Hacienda Militar				

Juan Mona y su soc.	1	1	1	1
Antonio Muñoz	1	1	1	1
Pedro Lans	1	1	—	—
Ignacio Busca	1	1	—	—
Julián Trillo	1	1	1	1
Manuel Murillo	1	1	—	—
Francisco María Morón	1	1	1	1
Francisco Marcel	1	1	1	1
Ramón Castrillo	1	1	—	—
Miguel Vatino	1	1	1	1
Juan Muñoz	1	1	1	1
Francisco Dionisio Marcel	1	1	1	1
Plana Mayor				
Juan García Colmillo	1	1	1	1
TOTALES	22	23	17	17

Este contingente, claro es, no fue estático, porque tampoco lo fue la actitud de La Torre, que pretendió reiniciar una acción a lo *monteverde.* Por eso, a consecuencia de las expediciones despachadas y a la detracción que ocasionó el jefe superior político enviado desde España, Mourgeón, llevándose 250 hombres voluntarios hacia Panamá, la cifra se redujo. Y no sólo por estas salidas, sino también por la repercusión que tuvieron los fracasos en Calabozo y Cumaná, y el efecto moral de la pérdida de Cartagena. El alza de deserciones se produjo incluso en la unidad que procedente de Cuba estaba en tránsito en Puerto Rico, de la que sabemos que escaparon algunos.

La sensación de baja moral parece además traslucirse del informe de La Torre a las Cortes, que fechó el 30 de octubre de 1821, en el que decía que «las tropas expedicionarias [están] reducidas a 1.500 hombres, la mayor parte cansados por los trece años consecutivos que llevan en Campaña»[12], por lo que la falta de relevos hubo de favorecer las fugas.

Como es fácil advertir, el general realista aludía sólo a las tropas expedicionarias sin incluir a los hombres del país, que también formaban parte del Ejército. Con todo, al reparar en que estaban la mayor parte cansados, se desprende que se alude más bien al efecto descorazonador al que estaban sometidos los expedicionarios. Por otra parte, no debemos omitir las peticiones de baja por enfermedad, que se repetían diariamente. La Torre aprobó desde el 26 de junio de 1821 dos el día 27, cuatro el 28, tres el 29, tres el 30; el 12 de julio Juan Mendívil pasaba

[12] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8737-3.

a La Torre treinta licencias absolutas y el 29 le dio una relación de los sesenta y ocho hombres que, por «inútiles», habían obtenido pasaportes para la Península, además de otra de diez hombres que pasaron al Nuevo Reino de Granada a las órdenes de Mourgeón, ocho que con licencia temporal pasaron a La Habana y cuatro que lo hicieron a Puerto Rico. Al punto que La Torre, ante el crecido número de solicitudes de retiro de oficiales, previno al cirujano mayor del Ejército que indagara directamente a los facultativos que dispensaban las justificaciones, como medio de salvar su responsabilidad ante la situación.

Otros jefes principales también presentaban instancias pidiendo nuevos destinos, como era el caso del segundo jefe, Francisco Tomás Morales, quien pidió empleo «de cuartel, en Islas Canarias, su patria, en virtud de hallarse inútil para continuar el servicio activo» y solicitó al mismo tiempo «el empleo de mariscal de campo por los servicios prestados», instancia que remitió La Torre el 17 de septiembre al secretario del Despacho de Guerra; como tramitaría la del coronel Juan Tello, el 3 de octubre, para la Nueva España y también, de ese mismo jefe, la petición de la tenencia de rey para la plaza de Puerto Rico, el 16 de noviembre, así como la instancia del auditor del Ejército, Ramón Hernández de Armas, que solicitaba una plaza en cualquiera de las audiencias de las islas de Cuba o Canarias, o de la Península o México y, de no haber vacantes, el empleo de jefe político o intendente de la isla de Santo Domingo. Claro es que en todos estos casos parece que podían desear tanto salir como que se les conocieran sus méritos y se les tuviera así presentes.

Efectivamente, el alcalde del pueblo de Mayagüez, en Puerto Rico, Simón María Oramas, informó el 18 de octubre de 1821 al brigadier de los Ejércitos Nacionales que por la goleta *Rosalía,* procedente de Puerto Cabello, desembarcaron en éste 29 oficiales, 3 mariscales, y 44 sargentos, cabos y soldados, la mayor parte licenciados como inválidos y, algunos, en comisión. Oramas los socorrió porque llegaron absolutamente necesitados de todo[13].

La Torre expresaba que ni las desgracias ocurridas en la parte militar, ni el agotamiento absoluto de recursos, ni las constantes denegaciones de auxilios para socorrer al ejército, a la marina y otras necesidades del servicio, pudieron hacer desmayar los afanes de los jefes realistas ni paralizar sus operaciones. Poco después, con la reconquista de Paragua-

[13] AGPR. Gobernadores, caja 36, entrada 16.

ná, Coro y La Vela de Coro, el ejército aumentó con «tres mil hombres entusiasmados, y que se prometen la reconquista de estas vastas provincias», según escribió Diego Alegría a las autoridades de Utramar[14]. Fue tal el entusiasmo, que en un informe realista se decía que en la capitulación, en La Vela de Coro, de un número de 1.067 hombres, «600 han tomado servicio».

El 4 de agosto de 1822, Francisco Tomás Morales, segundo de Miguel de la Torre, sucedió al general en jefe del Ejército de Costa Firme[15]. Reorganizadas las fuerzas, Morales destinó unos pocos hombres a Puerto Cabello y con el resto emprendió una rápida campaña que aumentó el ejército en unos 3.000 hombres, casi todos nativos. Pero tras la derrota sufrida en el Lago Maracaibo tuvo que capitular y partir de Costa Firme, llegando a Santiago de Cuba con «21 jefes, 155 oficiales y 435 soldados»[16], restos del Ejército Expedicionario. El 16 de noviembre de 1823 los escasos «trescientos hombres» que resistieron con Sebastián de la Calzada en Puerto Cabello —a pocos días de haberse rendido— partieron también hacia Cuba. Así, quedó extinguido el Ejército Expedicionario español en Costa Firme, pero el temor patriota del posible regreso de alguno de sus jefes estuvo latente hasta entrado el siglo XIX.

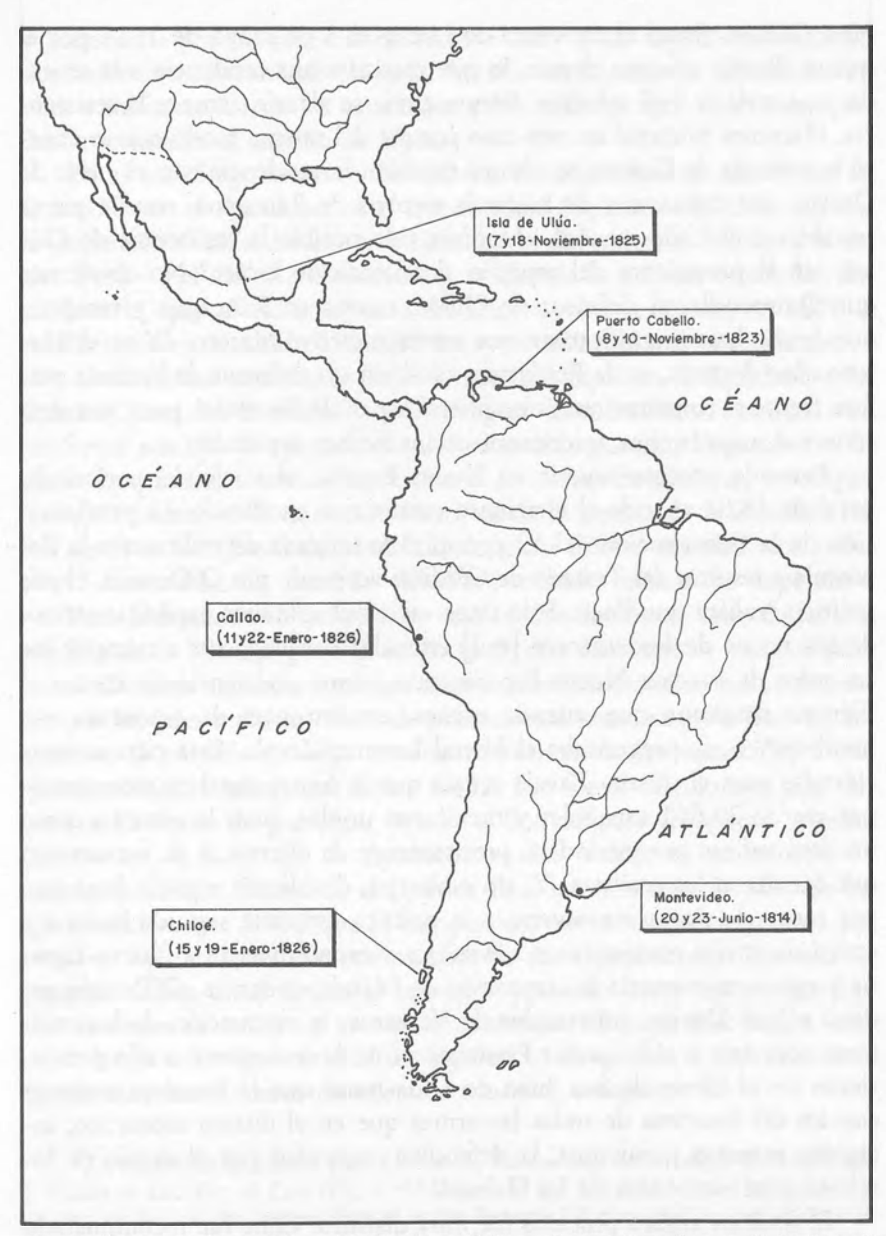
Repliegue militar

El agotamiento de los peninsualres y el aumento del peso criollo tiene su mejor ejemplo en el ejército que logró reunir Pareja en 1813, según Barros Arana, en el que sólo había seis peninsulares y éstos residentes en la provincia desde su niñez. Los nativos que pudo alistar eran unos 6.000, dato suficiente para valorar que la causa del Rey estuvo defendida por los naturales. El envío del brigadier Pareja creó el milagro y determinó la mejor instrucción. Pero muerto éste, su sucesor, el brigadier Ga-

[14] AGI, Caracas, leg. 499.

[15] F. T. Morales; «Relación Histórica en compendio de las operaciones del Ejército Expedicionario de Costa Firme, durante el tiempo que estuvo al mando del Excelentísimo señor don F. T. Morales», *Anuario del Instituto de Antropología e Historia,* ts. IV, V y VI, vol. II, pp. 1.117-1.147. También en F. Morales Padrón, «F. T. Morales, último capitán general de Venezuela», *Anuario de Estudios Americanos,* Sevilla, 1976, vol. XXXIII.

[16] *Crónicas de Santiago de Cuba* recopiladas por E. Bacardi y Moreau y reeditadas por A. Bacardi Cape, Madrid, 1972, t. II, p. 212.



Situación geográfica de los principales núcleos de resistencia española. Rendición y capitulación.

bino Gaínza, firmó el convenio de Lircay el 3 de mayo de 1814 por el que se decidía evacuar el país, lo que marcaba una tendencia a la retirada, que sería la fácil solución. Frente a ella se alzaría siempre la resistencia. Hacemos hincapié en este caso porque del mismo modo que se abortó la retirada de Gaínza, se abortó también la tendencia con el envío de Osorio, que sería capaz de lograr la victoria de Rancagua, con la que se restableció el Chile español. ¿Hubiera sido posible la resistencia de Chiloé, sin el precedente del repudio al acuerdo de Licary? No olvidemos que Quintanilla, el defensor de Chiloé, estuvo en Rancagua y tampoco otro hecho harto significativo: que también estuvo Maroto. ¿Y no es Maroto años después, en la Península, también un defensor de la causa realista frente al constitucionalismo liberal español? No están, pues, tan desconectados los hechos americanos de los hechos españoles.

Parecido proceso ocurrió en Nueva España, al inicio del período liberal de 1820, cuando el virreinato estaba casi pacificado. La proclamación de la Constitución del 12 precipitó la retirada de militares a la Península a resultas del Tratado de Córdoba aceptado por O'Donojú, el jefe político realista que llegó. Sólo unos «seis mil soldados expedicionarios» de los restos de los «catorce [mil] enviados» se negaron a cumplir los acuerdos de evacuar Nueva España, pero «¿qué podrían hacer contra el Ejército mexicano que, cuando menos, era entonces de cincuenta mil hombres?[17]», se preguntaba el liberal Lorenzo Zavala. Esta cifra es muy elevada, pues el mismo Zavala señala que la fuerza total en tiempos de paz era de 29.661 españoles y mexicanos unidos, pero la citamos como un dato valioso porque indica, precisamente, la diferencia de fuerzas con que quedaron los realistas. Y, sin embargo, decidieron resistir. Esta era, por tanto, la operación inversa a la política española seguida hasta esa época de enviar contingentes a América y especialmente a Nueva España y que comprometía la aceptación de la independencia. O'Donojú ordenó a José Dávila, gobernador de Veracruz, la evacuación de los militares pero éste y el brigadier Francisco Novella se negaron a ello y resistieron en el fuerte de San Juan de Ulúa hasta que la fortaleza capituló con los 60 hombres de todas las armas que en el último momento, incluidos marinos y paisanos, la defendían, agotados por el atraso de los relevos acostumbrados de La Habana.

El final en ambos procesos fue muy distinto. Chile fue reconquistado

[17] L. Zavala, *Ensayo* (9), vol. I, pp. 78-79.

y gobernado por los realistas de 1814 a 1817 y los seguidores de la independencia tuvieron que emigrar. En Nueva España los expulsados civiles y militares fueron los españoles, y los militares que resistieron quedaron reducidos al castillo de Ulúa.

En el sur el agotamiento del ejército tuvo las mismas causas que en Costa Firme: el abandono en el que los dejó España, la falta de relevos, la dispersión debilitadora —tres ejércitos: el del norte, el del sur y el del alto Perú—, el difícil reclutamiento, y además la política española contradictoria, que afectó en el caso del Perú en dos ocasiones, en 1820 al establecerse en Madrid el liberalismo, y en 1823, al volver el absolutismo, siendo estos cambios la última causa principal en la liquidación del Ejército, pues los hombres que le integraban defendieron también con tal fervor sus ideales que se hicieron entre sí la guerra y llegaron a obligarse a capitular, unos a otros, como si se tratara de naciones enemigas. Y según consta en la narración histórica de la guerra de la América del Sur de Francisco Javier de Mendizábalo, estas diferencias entre los generales «acarrearon la pérdida del Perú cuando menos se esperaba».

Pero la liquidación del ejército también se debió, no cabe duda, a la pérdida de la Marina, pues la ausencia de este elemento —esencial para la movilidad del ejército— obligó a los hombres a marchas tan extenuantes que los jefes realistas, antes de planear cualquier ataque a Bolívar, estimaban la pérdida de «dos terceras partes» en la aproximación, o sea, que de 6.500 hombres quedarían 4.332. Ese fue el cálculo que hizo desistir a La Serna de presentar batalla a Bolívar para recuperar Trujillo. Poco antes de la batalla de Ayacucho —dice Valdés en un informe—, los españoles que formaban el Ejército Real no eran más de 500, de los aproximadamente 9.000 que lo componían, mientras que el patriota parecía «el Ejército español» por muchos de sus componentes. Los nativos «apenas sabían echar armas al hombro» y al anochecer era preciso formar la tropa en cuadro o en columna cerrada sin cuya precaución «nos exponíamos a no encontrar al día siguiente, victoriosos o vencidos, más que la muy corta fuerza de nuestros cansados europeos»[18].

[18] La exposición publicada por el conde de Torata, hijo del mariscal de campo don J. Valdés en *Col. Doc. de Perú* (10), t. XXII, vol. 3, pp. 315-384 y tiene tres partes: la primera titulada: *Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de campo don J. Valdez sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú;* la segunda titulada: *Traición de Olañeta,* y la tercera: *Batalla de Ayacucho y Capitulación.* Está firmada en Vitoria, 12 de julio de 1827.

Las duras marchas por los Andes causaron muchas bajas por enfermedad debido a los cambios climatológicos y la escasez de caballos, ya que enviar una partida a buscarlos era propiciar la deserción; la escasez de alimentos y otras restricciones minaron al Ejército antes de Ayacucho. Tras la batalla, en diciembre de 1824, Rodil informó tener 2.133 hombres de fuerza efectiva, que al entregar la plaza se reducían a 444 y 3.003 hombres de todas clases de los que quedaron sólo 870. Esto nos parece suficiente ejemplo de agotamiento.

Perdidos los reductos, la política española siguió soñando la reconquista, aunque fuera tan escaso el ejército del que podía disponer para sus propósitos. Así, en 1824 y 1825 la Corte envió lo poco de que disponía: dos pequeños contingentes a La Habana. El 16 de enero de 1826 España contaba en total, tanto en sus provincias europeas como en las ultramarinas, con 284 jefes, 2.483 oficiales y 65.318 hombres de tropa, entre todos los cuerpos, además de los pertenecientes a las compañías sueltas: 141 jefes, 832 oficiales y 11.242 hombres de tropa, según el informe del marqués de Zambrano, secretario del Despacho de Guerra. El estado de la Marina era aún más precario[19].

[19] AHN, Estado, leg. 217.

II

EL PLANTEAMIENTO DE LOS EJÉRCITOS PACIFICADORES

Apenas inciados los movimientos de independencia y a pesar de la angustiosa situación en que se encontraba España, se tuvo la sensación de que se trataba de brotes que podrían ser encauzados con las reformas políticas que se planteaban y con el envío de algunos contingentes de tropas a aquellos lugares afectados, dada la presunción de que bastaría la sola presencia de alguna unidad para que reapareciera la tradicional fidelidad, sofocando a los grupos alucinados por una idea que parecía difícil de concebir seriamente. El proyecto de reforma se encaminaba a poder establecer lo antes posible una constitución que fuera capaz de hacer la felicidad de los pueblos. Y tal fe se tenía en los efectos mágicos de la constitución futura, que se creía que su sola proclamación sería suficiente para sofocar los movimientos producidos en América, pues en todas partes se apresurarían a someterse a su amparo, como en la época antigua se deseaba obtener la ciudadanía romana. Y éste no es un pensamiento con el que tratamos de reflejar la esperanza que se tenía en Cádiz, porque más o menos es una frase que entonces se repitió frecuentemente.

Las medidas políticas y el comisionado regio

En vista de que en el mes de junio se alegó en Caracas y en Buenos Aires que no se podía creer en lo que resolviera una Regencia en la que no se confiaba, por haberse decidido todo hasta entonces sin contar con el concurso y opinión de los americanos, quienes la rodeaban, se apresuraron a hacer el rápido llamamiento a éstos para que enviaran sus diputados a las Cortes. Pero se planteaba el inconveniente de que si se pretendía tener una constitución rápidamente, no daría tiempo a que en

América eligieran sus representantes, a no ser que se aplazara la reunión de las Cortes. Para obviar este inconveniente se ideó una solución: que los americanos que hubiera en Cádiz se reunieran para designar diputados suplentes, que actuarían en nombre de sus respectivos territorios hasta tanto fueran incorporándose los que llegaran de América.

En aquellos países como Venezuela, Río de la Plata o Nueva Granada donde ya se habían constituido gobiernos propios que asumían la soberanía a nombre de Fernando VII no cabía esperar que eligieran diputados, puesto que no reconocían la Regencia. Pero también se buscó una solución en este caso: que los diputados suplentes elegidos en representación de estos países se dirigieran a las respectivas juntas, para darles cuenta de su elección, solicitando las instrucciones para obrar en su nombre, lo que suponía una forma indirecta de reconocimiento. Incluso se pensó en la conveniencia de que se trasladaran estos suplentes a América a fin de que desde la plaza más próxima no revolucionada pudieran entrar en contacto con sus representados[1]. Por añadidura se decidió nombrar comisionados regios para que apoyaran la gestión, como fue el caso de Antonio de Cortavarría, que viajó a Puerto Rico para llevar a cabo las gestiones pertinentes con Costa Firme, portando amplias facultades para perdonar a quienes se hubieran involucrado en la deposición de las autoridades legítimas, premiar los gestos de lealtad que considerara meritorios y dirigir las acciones de ayuda que fueran posibles.

Por otro lado, la Regencia resolvía, con el fin de presionar al sometimiento, emplear medidas coercitivas tales como el bloqueo de todos aquellos puertos que estuvieran bajo las juntas creadas tras deponer a las autoridades. Sería el caso de La Guaira, Puerto Cabello, Cumaná, etcétera. Para ello se cursaron órdenes a La Habana y Puerto Rico así como a Montevideo, para que emplearan los medios navales, que apenas existían, y los recursos que podrían facilitar México o Cuba, que tampoco podían suponer ninguna seguridad.

Las medidas de carácter militar y los grupos de presión

Establecidas ya las Cortes e iniciados los debates, se declaró el bloqueo el 1 de agosto de 1811, pasándose las correspondientes comunica-

[1] AGI, Ultramar, 368. Instrucciones a Cortavarría.

ciones a los gobernantes británicos de Trinidad, Jamaica y Curazao para que se atuvieran a las condiciones establecidas. Pero se trató de una pura ilusión, ya que eran los ingleses los primeros interesados en aprovechar la oportunidad para comerciar libremente con los disidentes. Por consiguiente, el bloqueo apenas tuvo ningún efecto, si no fue contradictorio con el fin propuesto al herir los intereses y la sensibilidad de los países afectados, que se veían tratados como enemigos cuando mantenían un gobierno representativo pero en nombre del Rey cautivo.

Por otra parte, los gobernadores de las islas británicas sostenían que la Regencia de España no podía imponer un bloqueo cuando carecía de los medios para sostenerlo, y menos no siendo provincias verdaderamente rebeldes al Rey.

Por otro lado, muchas voces en las Cortes, especialmente de los diputados americanos, protestaron contra el bloqueo por considerar que era tanto como condenar a quien no se había querido oír [2].

Así pues, convergiendo todas estas razones contra las medidas de aislamiento naval, se resolvió, el 17 de diciembre de 1812, anular la aplicación del bloqueo, máxime cuando la Constitución habría de entrar en vigor con la práctica implantación de todas las libertades. Se había dado durante todo este tiempo un único resultado positivo en la aplicación de medidas de fuerza, aunque fuera utilizando un mínimo contingente como el que pudo llevar en un barco el marino Monteverde a Coro en 1812, suficiente para que dado el desorden existente en el territorio que seguía a la Junta de Caracas, se apoyara desde el interior el avance e incluso se reclamara su penetración por las poblaciones que se resistían a seguir por el camino revolucionario, cuando veían la presencia de tropas que les brindaban protección contra el desorden. Así se produjo la capitulación de Miranda, a quien el Gobierno de Caracas —proclamada la República en 1811— había confiado el mando de todas sus tropas. De esta manera se había restablecido el régimen real en Venezuela, pero no en Nueva Granada ni en Buenos Aires.

Por su parte, el virrey del Perú, que ya en 1809 sometió a la junta que se había establecido en Quito y a la de La Paz, se enfrentó con el problema de que los porteños enviaban tropas para levantar de nuevo el Alto Perú, máxime cuando este territorio había pertenecido al virreinato

[2] AGI, Caracas, leg. 437. Cortavarría al secretario del Despacho de Gracia y Justicia, Cádiz, 21 de agosto de 1812.

del Río de la Plata. Pero las tropas del virrey del Perú, al mando del brigadier Goyeneche, presidente de la Audiencia de Cuzco, se impusieron al llamado Ejército Auxiliar de Buenos Aires, derrotado en la batalla de Guaqui.

También era sofocado el movimiento en Chile por fuerzas enviadas por el mismo virrey Abascal al mando del brigadier Osorio, que con las que pudo reunir y las que ya había llevado el teniente coronel Pareja, se impuso a las fuerzas del gobierno de Santiago en la batalla de Rancagua, restableciendo también un gobierno realista en Chile.

No hubo otros hechos del mismo carácter, fuera de la persecución que en México sufrió Hidalgo con las gentes que le secundaron tras la batalla del Puente de Calderón. El año 1811 terminaba con la liquidación del foco novohispano, aunque los fugitivos buscarían refugio en las regiones más propicias para mantener la esperanza de una oportunidad más favorable.

Las Cortes decretaron el establecimiento del armisticio en aquellos lugares donde las tropas reales podían pensar en proseguir la acción de sometimiento, con la confianza de que lo resuelto en Cádiz fuera una garantía que eliminara los motivos revolucionarios.

Otras medidas apuntaban al nombramiento de obispos y arzobispos, allí donde hubiera sedes vacantes, por la influencia que éstos podían ejercer en la opinión de las gentes. Se confiaba en que los clérigos, desde los púlpitos y en los campos, convencerían al pueblo para guardar fidelidad y obediencia al Rey como medio de agradar a Dios. Quizá era consecuencia esta presunción de lo sucedido en Caracas en 1812, cuando el terremoto que asoló la ciudad y algunas zonas más dio motivo a que algunos clérigos, al pedir oraciones por el cese de la calamidad, hubieran manifestado su creencia de que pudiera ser un castigo de Dios por haber proclamado la independencia.

El hecho es que en la mínima España de estos años —ya que estaba casi toda ocupada por las tropas francesas— el problema americano tenía una doble importancia. Por un lado se trataba del mantenimiento de la integridad de la monarquía, cuyo cuarteamiento se empezaba a achacar al propio régimen liberal creado por las Cortes, pues se decía que sus medidas habían contribuido a minar el prestigio de la autoridad, que siempre se había visto rodeada por un respeto que la libertad de prensa había empezado a discutir. Se trataba por tanto de evitar que una interpretación de ese tipo sirviera a los enemigos del sistema constitucional

para añorar el régimen antiguo. Era de suma responsabilidad lograr que cuando regresara el rey Fernando pudiera encontrar todos los territorios de la monarquía participando en una fidelidad abierta a las reformas. Pero por otro lado existía la necesidad económica, pues sin la contribución americana no se podía sostener la guerra; como tampoco podía ofrecerse la oportunidad a los ingleses de infiltrar sus intereses económicos en la América española con el pretexto de una proyectada *mediación,* que serviría para entregar cada país a la voracidad de sus productos, cuando el bloqueo continental napoleónico había semiparalizado el comercio.

Y éste era otro dilema gravísimo, pues oponerse en redondo a las peticiones británicas era tanto como forzar al Gobierno de Londres a un apoyo incondicional a los Gobiernos americanos, cuando se precisaba la asistencia inglesa para continuar la lucha contra Napoleón.

Y por si fuera poco, debe tenerse en cuenta que si en Cádiz era normal que hubiera americanos que procuraban favorecer las pretensiones de los disidentes —no se olvide que San Martín, Pueyrredón, Alvear, etcétera, partieron de Cádiz—, también se encontraban en la ciudad los intereses de los grupos mercantiles tradicionales, en relación con los consulados de México o de Buenos Aires, grupos que en definitiva procuraban a toda costa que se restableciera su línea de intereses, máxime cuando no pocos créditos estaban pendientes y la paralización, si entraba en juego el comercio británico, sería un hecho.

Así, tenemos el caso de José Fernando de Castro, diputado del Consulado de Comercio, quien propuso el uso de la fuerza para expulsar a los extranjeros de Buenos Aires, para lo que pedía «no menos de 3.000 hombres, bien armados», fuerza que sería auspiciada por la empresa privada y concebida para perseguir a los librecambistas. El Cabildo de Montevideo también pidió de 3.000 a 4.000 hombres, pues el comercio de la plaza se venía impidiendo por el hostil funcionamiento del Gobierno porteño. Y otro tanto podemos decir del grupo de presión del Consulado de México, uno de los más intransigentes, que incluso mantenía un periódico en la propia ciudad de la bahía. Concretamente cabe mencionar a Juan López Cancelada que editaba el *Telégrafo Americano* en el que sostuvo que era un error «confiar en los medios pacíficos», criticando la postura del Consejo de Regencia por dejar inermes a tantos americanos a expensas de la subversión de unos pocos. Del mismo modo puede hablarse del diputado Aner, que presentó una proposición en la que reclamaba que las Cortes se dirigieran al Consejo de Regencia para que «adop-

te todas las medidas capaces de tranquilizar aquel reino, reduciendo a los insurgentes a la obediencia del Gobierno, sin olvidar el medio de la fuerza, caso que así lo estime conveniente». En paralelo era lo mismo que había solicitado el obispo Abad Queipo, quien sostuvo la necesidad de que se dispusiera en el virreinato de Nueva España de una fuerza de 20 a 30.000 hombres y de un virrey enérgico, «probado y activo». Sería éste el motivo que llevó a sustituir a Venegas por el general Calleja al frente del virreinato.

La presión de algunos miembros de la Iglesia americana como es el caso de Abad Queipo o de Moxó de Francolí, etc., estaba determinada por el peligro que intuían que corría el catolicismo dado los efectos laicistas que vieron gravitar, por ejemplo, en Caracas, donde en el año 1811 publicaba Burke su libro en defensa de la libertad de cultos, efecto que también se había palpado en Bogotá y en Buenos Aires. Creían así que la libertad de prensa favorecía el despliegue de ideas poco respetuosas con la Iglesia. El mismo hecho de la expulsión de varios obispos en los territorios de gobiernos propios parecía probarlo.

La Comisión de Reemplazos

En virtud de todas estas iniciativas, los diputados Antonio Joaquín Pérez y Martínez, canónigo de Puebla —muy activo—, Arner y Gutiérrez de la Huerta ofrecieron a las Cortes la noticia de que en la propia plaza había «personas dispuestas para costear expediciones militares a la Nueva España», motivo por el cual se les comisionó por la Cámara para que conferenciaran con la Regencia sobre tal ofrecimiento, que daría origen a la formación de una Comisión de Reemplazos encargada de promover cuando fuera posible ese envío de tropas y de recaudar los fondos oportunos. Ya el 11 de septiembre de 1811 se había expedido una Real Orden dirigida al Consulado de Cádiz en la que manifestando la necesidad de que los cuerpos militares existentes en América que habían visto mermados sus efectivos pudieran cubrirse, instaba al celo y patriotismo de la institución para que viera la forma de arbitrar los medios que permitieran «con la celeridad que convenía, el recurso más adaptable para asegurar el traspaso y manutención de los individuos que se remitiesen». Pero de momento el Consulado de Cádiz no pudo hacer otra cosa que designar una comisión encargada del estudio de tal necesidad para que

ofreciera sus ideas con la mayor urgencia. En el proyecto elaborado se hablaba de un fondo de ocho millones de reales que había de crearse para el vestuario, raciones y premios a los buques mercantes que transportaran tropas, fondo que se obtendría de un préstamo que había de amortizarse con el recargo preciso sobre las mercaderías destinadas a América y sobre los metales extraídos de sus minas. La solución parecía muy sencilla, pero en la práctica ello suponía un aumento de precios en los artículos que se compraran en Inglaterra, con lo que la competencia inglesa se vería facilitada.

La Regencia aceptó el proyecto y expidió una Real Orden el 8 de septiembre para que se llevara adelante la ejecución[3]. Es ésta la primera célula de la que se llamará Comisión de Reemplazos que, en el mejor de los casos, introducía una peligrosa intervención de intereses particulares en la máquina del Estado, pues de esta manera el grupo mercantil gaditano con sus corresponsales llevaría adelante intervenciones verdaderamente peligrosas. Pero nos interesa dejar constancia de la formación de esta institución por cuanto tenemos así claramente constituido el grupo de presión que actuará, tras el regreso de Fernando VII, para que sea posible la política de los «Ejércitos Pacificadores».

Bajo el régimen constitucional de 1812, todo lo que pudo hacer la Regencia con el sistema de la Junta de Reemplazos fue enviar, ¡para toda América!, 1.814 hombres, en cuatro expediciones militares con destino a Veracruz, Santa Marta, Maracaibo y Montevideo, con lo que los presumibles refuerzos se reducían prácticamente a nada y, no obstante, es forzoso reconocer en ello un gran esfuerzo, pues coincidía con época tan calamitosa que ni la propia plaza de Cádiz estaba libre de los bombardeos franceses.

OTROS GRUPOS DE PRESIÓN TENDENTES AL ENVÍO DE EXPEDICIONES

A los grupos de presión indicados —que veían la sustitución de las autoridades españolas en América como resultado de la falta de un soporte militar— debemos añadir las solicitudes de gente de calidad de la propia América, que habían contemplado con verdadero pavor las con-

[3] Sobre ello véase E. Heredia, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica, 1810-1818,* Buenos Aires, 1974.

secuencias de los movimientos, tanto en la quiebra del sistema social —levantamientos de masas indígenas, en Nueva España, o de los haciendos contras sus dueños, como sucedió en Venezuela durante el período de la Primera República (1811-1812)— como en la forma en que se produjeron reacciones realistas al sistema de «guerra a muerte», igualmente instintivas y revolucionarias, como las de Boves.

Por añadidura, debemos ver en el mismo sentido la influencia de las ideas y consejos de quienes rodearon al Monarca cuando pudo volver a España en 1814, no pocos de ellos americanos, como el duque de San Carlos, chileno; Pérez y Martínez, mexicano; Baquijano, peruano, o los firmantes del «Manifiesto de los Persas», quienes achacaron todos los efectos de quiebra a la influencia derivada de la misma Constitución, que amparaba —bajo pretexto de ejercicio de la libertad, decían— en igual plano las doctrinas positivas y de equilibrio respetuoso con «las destructivas sugestiones». Así, en el plano militar aseguraban que la suspensión de armas en 1811 tuvo efectos pésimos en el Alto Perú y ejemplos calamitosos en otras partes, como la penetración de los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay, donde ya Montevideo comenzó a desempeñar el papel de islote testimonial de resistencia, entre el tope de presa lusitano del Brasil y el Gobierno porteño, mientras Artigas, igualmente entregado a sus propios recursos, era visto como otro ejemplo de inercia liberada, que podía actuar a expensas de propósitos utópicos, pero desarticuladores.

Se estaba a la vista, por lo tanto, no sólo de una extensión explosiva de fuerzas que podían crear situaciones críticas, sino además de las apropiaciones que, con tales pretextos, llevaban a cabo portugueses en el sur y americanos en el norte, como era el caso de las infiltraciones y presiones sobre Florida desde Georgia.

Por eso, apenas fue posible, se reanudaron los mínimos envíos de tropas a Ultramar, mientras se proyectaban dos grandes expediciones «pacificadoras», una al Río de la Plata —que se apoyaría en la plaza de Montevideo— y otra a la Costa Firme —que se apoyaría en Venezuela— y que al final tuvo que reducirse a un solo ejército expedicionario, el cual se encomendó al mando del joven general Morillo, que se preparó en Cádiz con fondos conjuntos del comercio de esta ciudad y de la Real Hacienda y que al fin partió en el año 1815 para Costa Firme. La Comisión de Reemplazos de Cádiz, con grandes dificultades para encontrar prestamistas, quedaba a expensas del logro de la paz en América, o al menos

de éxitos concretos, que permitieran los reintegros. Pero esto no se veía tan posible como el optimismo inicial lo consideró. ¿Cómo organizar el segundo ejército expedicionario cuando los fondos de la Comisión se agotaron con el último envío? Los medios del Ministerio de Ultramar no sólo eran mínimos sino que además habían de suplir los situados que antes recibían de México, las capitanías generales de Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, y los gobernadores de Pensacola y San Agustín de la Florida por lo que los apuros económicos se hicieron cada vez más graves. El tratado con Rusia, por el que se recibían los navíos de guerra acordados, fue nulo, pues éstos eran inútiles. Para allegar los fondos necesarios se propusieron no pocas soluciones, a cual más descabelladas, pues todo partía de que España peninsular había quedado agotada por la guerra contra la ocupación napoleónica y que los anteriores recursos que tradicionalmente recibía la Real Hacienda de América no ofrecían saldos positivos, pues los virreinatos del Plata y Nueva Granada estaban perdidos y el del Perú apenas podía sostener sus gastos al pesar sobre Lima, además, el esfuerzo militar que se extendía de Chile a Quito y al Alto Perú. Sólo México pudo aportar algunas cantidades para las necesidades de Morillo en Costa Firme y para Cuba.

Por eso se llegaron a proponer soluciones extremas, como la cesión de la parte española de Santo Domingo a Francia a cambio de seis navíos, cuatro fragatas, cuatro corbetas, cuatro bergantines, doce mil fusiles, doce mil vestuarios completos y además una suma en efectivo para transportar un segundo ejército al Caribe, lo que no aceptó el Monarca. Así llegó también a pensarse en la venta de Florida a los Estados Unidos, transacción que el Rey también rechazó porque no compartía la opinión de vender territorios para defender otros, aunque —ante la presión norteamericana— se llegó a la cesión, con el fin, además, de evitar que los Estados Unidos apoyaran a los insurgentes.

Antes de llegar a estos extremos, en el año 1816 la Comisión de Reemplazos —con fondos del Gobierno— preparó y envió 3.344 hombres, y en 1817 otros 4.321, y así sucesivamente, con lo que desde 1811 hasta 1817 fueron en total 33.127 hombres, sin contar oficiales y jefes, los remitidos a América, con un gasto de 214.102.724 reales. Desde este último año las expediciones militares fueron ya mínimas, pues todo el esfuerzo se centraba en preparar el segundo ejército «pacificador», con el gasto que suponía el acantonamiento de fuerzas militares en Cádiz, mientras los efectivos de Morillo sufrían un desgaste inmenso.

Las campañas contradictorias: *El Español*

Si la actividad reformista de las Cortes no supuso gran cosa, puesto que los más destacados liberales se opusieron a que la primera medida que se tomara para América fuera la igualdad representativa, por el temor que tenían a que los diputados que llegaran de América se sumaran a los realistas, respetuosos con la tradición; y si la propia Constitución defraudó también a los americanos, por imponer un sistema unitario, que no distinguía particularismos, todo lo demás fue ya un difícil esfuerzo, mientras los virreyes hacían lo que podían o surgían explosiones realistas, capaces de crear mayores alarmas, como la de Boves.

Pero lo peor es que los miembros de las Cortes no pudieron tener ni tranquilidad ni verdadero sentido político bajo la gravitación de tantos asuntos que pesaban sobre ellos. Los propios diputados americanos empezaron a actuar como bloque representativo, lo que obligó a tratar la mayoría de los asuntos en sesiones secretas. Y hasta hubo algunos que escaparon, para unirse a los insurgentes, mientras en Londres se creaba otro grupo de presión que criticaba agriamente la tarea de las Cortes en letra impresa, ya que publicaban *El Español*.

Este periódico, dirigido por Blanco White, un cura pasado al anglicanismo, mantenía posturas liberales que, especialmente en el caso americano, iban mucho más lejos que lo que se pretendía en Cádiz. Blanco tuvo siempre muy buenos contactos que le permitían estar al tanto de lo que sucedía en las Cortes, pero también, gracias al apoyo inglés, la posibilidad de que las naves británicas hicieran llegar a los distintos puertos americanos los ejemplares de este periódico le otorgó una gran fuerza. Desde sus páginas se vino a crear un nuevo horizonte de ideas. No era *El Español* un periódico verdaderamente partidario de las independencias, pero estaba muy próximo en algunos casos y, sobre todo, en el ejercicio de las libertades, en el de la igualdad representativa, en el problema del comercio y en el de la pretendida mediación inglesa.

Desde el establecimiento de las Juntas de Caracas, Buenos Aires, Cartagena y Bogotá, *El Español* se difundía en estos territorios con gran expectación de los que esperaban sus noticias o alegatos contra la Regencia. En sus páginas encontró asidero el propio fray Servando Teresa Mier como pretexto para su célebre *Carta*, constituyendo así un reverso de las pretensiones de los grupos de presión que hemos señalado.

SEGUNDA PARTE

Los [illegible] contra [illegible]

Si la actividad americanista de las Cortes fue siempre poco feliz, porque que los más destacados liberales se opusieron a que la primera medida que se tomara para América fuese la igualdad representativa, por el temor que sentían a que los diputados que llegaban de América se sumaran a los realistas, [illegible] con la metrópoli, y si la propia Constitución de [illegible] en [illegible] un sistema [illegible], que no [illegible] [illegible] difícil [illegible] [illegible]

Esta [illegible] en que [illegible] de los [illegible] [illegible] de nuevas [illegible] americanos [illegible] la mayoría de los [illegible] en Londres [illegible] otro grupo de [illegible] la tarea de las Cortes en tierra [illegible], ya que publicaban El Español.

Este periódico, dirigido por Blanco White, [illegible] liberales que, [illegible] en el caso [illegible] que se [illegible] en Chile. [illegible] de lo que [illegible] [illegible]

Desde [illegible] Buenos Aires, Caracas y Bogotá, [illegible] con gran [illegible] Fernando [illegible] [illegible] de los grupos [illegible]

III

MONTEVIDEO EN AISLAMIENTO, EL CASO DEL EJÉRCITO PACIFICADOR FRUSTRADO: LA PRIMERA LIQUIDACIÓN

La situación de Montevideo —aislado de Buenos Aires y del resto del virreinato del Plata— no era demasiado anómala, pues mucho antes de la creación de la Junta porteña ya arrostraba una larga serie de enfrentamientos. El hecho de que muchos se refugiaran en Montevideo, donde existían fuerzas del ejército que podían oponer resistencia a la Junta revolucionaria de la capital del Plata era, pues, lógico, y más al haberse opuesto desde 1808 su gobernador, el brigadier Elío, al virrey Liniers, por considerarlo afrancesado, ya que éste cerró todo trato con la capital de la Banda Oriental.

El tradicional enfrentamiento

El enfrentamiento de Montevideo y Buenos Aires respondía a las antiguas disputas y rivalidades existentes entre la capital militar, Montevideo, y la capital política, Buenos Aires. Incluso antes, cuando en 1806 y 1807 los ingleses invadieron el Plata, sus capitales quedaron en distinta situación en ambas ocasiones: Montevideo fue el punto de apoyo de la reconquista, que luego quisieron utilizar los ingleses frente a la resistencia porteña[1].

El Apostadero Naval de Montevideo fue también fuente de rivalidades con Buenos Aires, que se acrecentaron en 1794, cuando la Corona erigió el Consulado de Mercaderes en Buenos Aires y no lo estableció en Montevideo, donde atracaban las naves. Además, este tribunal mercan-

[1] F. Bauzá, *Historia, op. cit.*, tomo II, p. 150.

til, destinado también a proteger el comercio y fomentar la industria, que tenía jurisdicción sobre Montevideo, como es lógico, hizo lo posible «para dificultar el desarrollo comercial e industrial de Montevideo, granjeándose una justificada antipatía entre sus habitantes», según lo escribió Francisco Bauzá. Por ello, el pueblo uruguayo localista e inclinado a su independencia, al contar con «rentas propias y comercio suficiente para sostenerse sin necesidad de sus vecinos», encontró una ocasión para oponerse a Buenos Aires en la disyuntiva de 1810, al no seguir a la Junta porteña.

Así, el engranaje militar «genuinamente español» que todo el siglo XVIII resistió las invasiones portuguesas y que desde Montevideo catapultó la reconquista de Buenos Aires de los ingleses en 1806, pudo ser refugio del alcalde porteño Alzaga, cuando el virrey Liniers le procesó por el alzamiento del 1 de enero de 1809 y le confinó a Patagones.

Ante la creación de la Junta de Buenos Aires y la expulsión del virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, Montevideo se volvió a enfrentar con este Gobierno de la capital, como en la época del gobernador Elío, y el 21 de julio de 1810, José María Salazar, comandante del Apostadero Naval, propuso a la Regencia que enviara un nuevo virrey, acompañado de dos consejeros, para que aumentara la representación del mandatario y le ayudaran con sus conocimientos y talentos en el restablecimiento de la normalidad, considerando esto la «grande obra» que debería emprenderse. También había de llegar con un Estado Mayor que pusiera en pie una respetable milicia; un gobernador militar para la capital de Buenos Aires, «pues por no haberlo, el señor virrey parecía más un alcalde que un xefe de tan alta dignidad». Los expulsados oidores de Buenos Aires también pidieron ayuda para reanudar sus funciones, así como el Cabildo de Montevideo, que solicitó al Consejo de Regencia, además de lo previsto por Salazar, el envío urgente de 3.000 ó 4.000 hombres considerados imprescindibles para la pacificación de Buenos Aires. ¡En tan poco valoraban la posibilidad de la Junta! Pero lo único que se produjo fue la llegada, en octubre de 1810, del mariscal Gaspar Vigodet, nombrado gobernador de Montevideo, quien atendió de momento la difícil situación política y financiera. Pero pronto hubo de entrar en acción, pues en Buenos Aires preparó una expedición contra Paraguay —que tampoco secundaba a la Junta—, al mismo tiempo que los portugueses iniciaban una lenta penetración sobre las Misiones orientales. Vigodet organizó consecuentemente una flotilla que le asegurara el dominio de

los ríos, creó una junta de recursos y fundó la *Gaceta,* aprovechando la imprenta.

Con rentas propias Montevideo podía mantenerse, pero las necesidades del momento eran mayores y éstas obligaron a establecer impuestos al comercio, donativos forzosos, diezmos de los curatos, requisas y otras erogaciones. Así,

> las disposiciones fiscales se extendieron a la tierra. Los bandos de Joaquín de Soria, del 24 de agosto de 1810, y de Gaspar de Vigodet, el 20 de octubre [del mismo año], establecían el pago perentorio por parte de los poseedores de los campos que carecían de título, elevando las transacciones al precio que tenía la tierra en ese momento,

según Sala de Tourón. Es decir, el pueblo de Uruguay costearía la resistencia española en Montevideo hasta que llegaran auxilios de la Península.

En esta situación, la Regencia decidió nombrar al propio Elío como virrey del Plata —a pesar de que la Junta Central Suprema le había hecho regresar a España— y, con su habitual ímpetu, se presentó en Montevideo en enero de 1811, para reclamar su reconocimiento como tal. Pero Buenos Aires se negó a aceptar su autoridad, quedando así totalmente rotas las relaciones Montevideo-Buenos Aires, cuya función se había invertido, puesto que ahora la capital de la Banda Oriental se había convertido en cabeza del virreinato, bien que éste era un simple muñón, que pretendía actuar como *núcleo de recuperación* —igual que lo había hecho durante la primera invasión inglesa—, aunque en la práctica se convertiría en islote de resistencia, a pesar de lo que llegó a estar previsto.

Por lo pronto, la Regencia pretendió que Elío tratara de persuadir y conciliar a Buenos Aires con el legítimo Gobierno y que sólo usara las armas en caso de que fuera «atropellada la autoridad».

También hubo propuestas curiosas de reconquista de Buenos Aires, como la que promovía a finales de 1811 un particular que se ofreció a equipar una expedición de 50 hombres que partiría de Galicia, a cambio de la concesión de un territorio en alguna provincia del Río de la Plata. La Comisión de Reemplazos descartó la oferta, y los hombres reunidos en Cádiz pasaron a Puerto Rico para respaldar a Caracas. En el mismo año, 38 comerciantes de Lima —establecidos en Cádiz— solicitaron también que se llevara a cabo una acción armada contra Buenos Aires a fin de presionar a los porteños, con objeto de debilitar sus impulsos sobre el

Alto Perú para oponerse a Goyeneche. Es más: ofrecieron buques para transportar las tropas ya reclutadas. Pero la Comisión de Reemplazos denegó también la solicitud, porque de los cinco buques ofrecidos por los comerciantes, sólo tres eran adecuados para el transporte de tropa y su capacidad no superaba los 550 hombres, por lo que, con tan escaso número, la operación quedaba descartada.

Los envíos de España en el año 1811 fueron escasos dadas las circunstancias, limitado todo a un transporte con siete oficiales y 80 hombres de tropa, y en 1812 dos transportes con 36 oficiales y 645 soldados, en total, 681. Uno de los buques zozobró en alta mar con 576 hombres, de los cuales sólo se salvaron 139.

Lo cierto es que las pretensiones que tuvo la Comisión de Reemplazos fueron muy distintas, a impulso de un plan de gran envergadura, que soñaba con el avance de Goyeneche desde el Alto Perú, apoyado por otro ejército que partiera de Montevideo, cortando a los porteños la posibilidad de cerrar el paso al jefe arequipeño. Para ello se pensó despachar sucesivos contingentes a Montevideo ya en 1813, con una primera fuerza de 2.500 hombres, que sería seguida, entre septiembre y octubre, con otra de 3.000, con lo que sumados estos dos aportes a los 1.500 hombres de que disponía Vigodet, le darían la fuerza necesaria para llevar a cabo su empresa al otro lado del río Uruguay, máxime cuando se proyectaba crear en Cádiz otra reserva de 3.000 hombres, por si era necesario un nuevo envío.

Todo esto se veía apoyado por un propósito que reforzaba el papel político y económico de Montevideo para premiar su lealtad, consistente en la creación de un Consulado de Comercio, en sustitución del de Buenos Aires, convencido el Gobierno peninsular de su utilidad máxima cuando la Junta General de Comerciantes, Navieros y Hacendados, que se reunió el 24 de marzo de 1812 en Montevideo, recomendó su fundación. Por eso Vigodet llegó a constituirle seguidamente, el 30 de mayo de ese año.

La aparición del problema interior del artiguismo

La situación de Montevideo era ciertamente digna de toda atención, como se reflejó en la exposición que el diputado Zufriategui hizo el 12 de agosto de 1812. En la misma dijo que la plaza, reducida a su recinto,

sostenía su independencia de Buenos Aires, pero estaba subyugada por las fuerzas militares y limitada por el Gobierno subversivo de la otra orilla del Plata con intrigas internas, en la mayor miseria, sin comercio exterior, arruinada la campiña y con una deserción escandalosa. Este hecho fue grave, pues entre los que abandonaron las filas realistas —supuestamente por rechazo al destierro impuesto por Elío a Lucas José Oves por sospechoso— estaba José Artigas, natural de Montevideo, y José Rondeau, natural de Buenos Aires, ambos de gran ascendencia entre las gentes. Y porque, además, estos oficiales sedujeron a alguna tropa y abandonaron las filas llevándose los mejores caballos, por lo que Elío y la tropa realista no pudieron perseguirlos.

Aquí queda planteado el más grave problema con que Elío se encontró, pues si por un lado no era reconocido en Buenos Aires, por otro se aumentaban las fricciones internas. Algunos fieles seguidores de Artigas, tras su deserción el 15 de febrero de 1811, se dirigieron a Buenos Aires para solicitar ayuda y pocos días después comenzó el movimiento contra las autoridades. Consecuentemente, Zufriategui informaba a las Cortes que en la ribera de Asencio, riachuelo del Departamento Soriano, Venancio Benavides, cabo de milicianos, y Pedro Viera, capataz de estancia, reunieron de 80 a 100 hombres el 28 de febrero de 1811 y marcharon con ellos sobre Mercedes, depusieron a las autoridades constituidas y proclamaron la caída del poder español. Los pocos hombres del ejército que quedaban fueron perseguidos y, capturados, llevados a Mercedes, donde fueron muertos. Un mes más tarde todo el país secundaba el movimiento y los adeptos a la metrópoli quedaron reducidos a Montevideo y sus suburbios, Paysandú y Colonia, guarnecidos por fuerzas respetables. Así se convirtió Montevideo y sus aledaños citados en verdadero islote de resistencia.

Artigas estableció su cuartel general en Mercedes, pero no desistió de tomar Montevideo. Con una acción rápida entró en operaciones y, sorprendiendo a los realistas, burló el bloqueo de la flota española y pisó tierra en Uruguay el 7 de abril, viéndose apoyado en breve por una fuerte columna de voluntarios. El 18 de mayo ganaba su primera y gran batalla de Las Piedras, que significó el triunfo de las simples milicias sobre las organizadas y muy superiores tropas realistas. Con ello, la plaza de Montevideo quedaba aislada como refugio realista. Artigas ofreció este triunfo a Buenos Aires, precisamente en el aniversario de la creación de la Junta.

En el parte que sobre la batalla de Las Piedras dio el capitán de navío José Posada al comandante del Apostadero, dice que él fue destinado a Las Piedras con 200 hombres de tropa y marinería, pero «sin instrucciones», y que el día 18 fue alcanzado por fuerza superior y fue sorprendido por Artigas[2].

El 18 de mayo de 1811, el mismo día que los artiguistas ganaban la batalla de Las Piedras, quedó formalizado el sitio de Montevideo. Al día siguiente, 19 de mayo, Artigas mandó «algunas partidas de caballería en observación hasta el arroyo Seco y extramuros de la plaza, adonde llegaron sin oposición»[3], y en la tarde ofició al Gobernador de la plaza solicitando canje de prisioneros. Trasladó su campamento al Cerrito para estrechar el sitio, mientras las partidas actuaban por las inmediaciones de la ciudad, donde estaban los realistas. Horas después Artigas intimó al Cabildo la entrega inmediata de la plaza, con las consabidas ofertas de paz si se rendían y de amenazas si se resistían. Zufriategui informó sobre ello a las Cortes[4], diciendo que el 21 de mayo Artigas ponía sitio a Montevideo e intimaba rendición a Elío al tiempo que rechazaba las partidas que contra él enviaba el virrey. El 27 de mayo las tropas españolas evacuaban Colonia, y Artigas recuperaba por sorpresa Paysandú. Además, Minas, San Carlos y Maldonado quedaban libres de partidas realistas, e inclusive una expedición destacada por Elío en busca de provisiones fue sorprendida en la ensenada de Castillos y obligada a reembarcarse con pérdidas. Todo pareció favorecer la rápida acción de Artigas, ya que cuando las tropas de Buenos Aires capitaneadas por Manuel Belgrano y Rondeau llegaron en su ayuda para reforzar el asedio, el primero de junio, Montevideo era todo lo que quedaba a las fuerzas del Rey, reducida la plaza a la distancia que cubrían los fuegos de su artillería.

Tratado de pacificación. Levantamiento del sitio

La peligrosa y alarmante deserción de Artigas hizo desistir a Elío de sus planes de atacar a Buenos Aires para perseguirlo y contener los avan-

[2] M. J. Ardao y A. Capillas de Castellanos, *Bibliografía de Artigas*, Montevideo, 1953, tomo I, pp. 891-892.

[3] E. Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay*, Montevideo, 1973. También en L. Sala de Tourón, *Artigas y su Revolución Agraria 1811-1820*, México, 1978, p. 37.

[4] F. Bauzá, *Historia, op. cit.*, tomo II, pp. 426-433.

ces que pudiera hacer para adueñarse de la Banda Oriental, territorio que le era bien conocido porque durante años se ocupó de vigilar la frontera de las invasiones portuguesas, como jefe de *blandengues*. Pero para lograr sus propósitos decidió pedir ayuda a la Corte portuguesa de Río, porque, a fin de cuentas, Artigas era considerado un riesgo también para ésta por su influencia en la campiña, donde su revolucionarismo podía tener eco.

La Corte portuguesa, en el mismo mes de febrero de 1811, respondió positivamente a la solicitud, cosa que aprovechó Vigodet para publicar en una proclama no sólo la noticia del respaldo de doña Carlota, sino también el número de tropas y víveres que llegarían de Brasil para socorrerlos. Efectivamente, a mediados de julio, el general Souza penetraba en Uruguay con el pretexto de ayudar a los realistas.

La reacción en cadena por el intervencionismo portugués no se hizo esperar. El Gobierno de Buenos Aires, que había prometido a los sitiadores reforzar la línea con 1.500 hombres, desistió de ello, pues los necesitaba para recuperar el territorio perdido por la invasión de Souza, que llegó hasta Maldonado. Alarmado Buenos Aires ante la situación creada por la invasión, se intentó buscar una fórmula de pacificación en la que convinieran el regente de Portugal, la princesa Carlota, los embajadores de Inglaterra y España, y Elío, con el reconocimiento de la obediencia a Fernando VII. El 20 de octubre de 1811 se firmó el tratado entre los gobiernos de Montevideo y de Buenos Aires. Los acuerdos precisos comprometieron a ambas partes a reconocer a Fernando VII como soberano y a sus legítimos sucesores, así como la unidad indivisible de la Nación española. El Gobierno de Buenos Aires convino «gustosísimo en procurar remitir a España los socorros pecuniarios que permitieran las rentas y los donativos del pueblo» para colaborar con la Península a expulsar al «usurpador de la Europa». Ofreció también un manifiesto a las Cortes, explicando «las causas que le han obligado a suspender el envío a ellas de sus diputados, hasta la deliberación del Congreso General», pero ofreció nombrar una o más personas para pasar a exponer ante las Cortes «sus intenciones y deseos». Prometió también que las tropas de Buenos Aires «desocuparán completamente la Banda Oriental del Río de la Plata hasta el Uruguay» y que los pueblos del Arroyo de la China, Gualeguay y Guadeguaychu quedarían también sujetos al virrey. Por su parte, éste prometía retirar las tropas portuguesas a sus fronteras, librar órdenes precisas para el cese de toda hostilidad y bloqueo de los ríos y costas de estas provincias y participar el acuerdo al virrey del Perú y al general

Goyeneche. Este armisticio propiciaba que los vecinos pudieran transitar libremente de la Banda Oriental a Buenos Aires y viceversa, restablecía las comunicaciones y el comercio por tierra y mar, pues los buques tendrían libre entrada a los puertos «pagando en ellos los reales derechos». En caso de invasión extranjera, ambos gobiernos se defenderían mutuamente y las propiedades de la Banda Oriental serían restituidas, menos los esclavos que se hubieran declarado libres y quisieran seguir siéndolo. El tratado debía entrar en vigor inmediatamente después de la firma y la ratificación del mismo debía hacerse en el término de «ocho días»[5].

Este tratado no fue bien visto por Goyeneche, que se encontraba con sus fuerzas en el Alto Perú, pues condicionaba su plan de reconquista del Plata y desconfiaba del oportunismo porteño. Los dirigentes rioplatenses tampoco veían lo acordado con buenos ojos, pero les convenía, pues la derrota sufrida en el Alto Perú les hacía desistir de Montevideo para volver sobre los realistas triunfadores que amenazaban Salta y Tucumán. Es decir, para paralizar a Goyeneche.

Por otra parte, los sitiadores artiguistas quedaron desconcertados, pues los gobiernos «patrio y peninsular», decía Rondeau, ordenaron levantar el sitio, tras tres meses de asedio, cuando todo parecía ser cuestión de poco tiempo, por la imposibilidad de la plaza de alargar la resistencia, estando, como estaba, totalmente aislada y resultándole difícil a la escuadrilla española el transporte de provisiones de boca. Además de que contaban con pocas armas por el asalto de los patriotas a la isla de Ratas donde las almacenaban.

De acuerdo con lo convenido, «las tropas de Buenos Aires debían retirarse a su provincia y las de Artigas a la costa del Uruguay, frente a Salto». Esto se cumplió puntualmente por Rondeau, quien retiró sus tropas del asedio a Montevideo y aceptó que el ejército libertador obedeciera las órdenes de Elío para hacer frente a los portugueses. Sin embargo, Artigas y unos 3.000 uruguayos, que no aceptaron las condiciones, abandonaron el territorio sin desistir de su independentismo radical. Estableció entonces correspondencia con el Gobierno de Paraguay —independiente de todos— para solicitar su apoyo, y fijó su campamento en

[5] ACD, Sec. Gen., leg. 22, núm. 8. Convenio firmado en la ciudad de Montevideo, el 20 de octubre de 1811, por José Julián Pérez, José Acevedo y Antonio Garfias. Usamos copia que se publicó en la *Gaceta Extraordinaria* de Montevideo del 23 de octubre de 1811.

Ayui, en las inmediaciones de Salto, donde llegó a reunir unos 9.000 hombres. Así, en 1811, según Zum Felde, en el virreinato del Plata había tres fuerzas políticas discordes: el poder español en el Real San Felipe, plaza de Montevideo; la oligarquía patricia de conceptos y de hábitos europeos, en Buenos Aires, y «todos los elementos originales y confusos del territorio», encabezados por Artigas en Ayui[6].

El tratado, claro es, no se cumplió, pues el ejército portugués dirigido por Souza no retrocedió a su línea, antes bien, usufructuando su papel de pacificadores, se hicieron dueños de Maldonado y Paysandú y se extendieron hasta Mercedes, sin que sus vanguardias encontraran más oposición que dos partidas de Artigas. Por otra parte, Goyeneche no consentiría en entregar «las cuatro provincias del Alto Perú» que Elío acordó pasar a la Junta de Gobierno de Buenos Aires. Ésta, ante el peligroso avance de los portugueses, decidió mandar refuerzos a Artigas, y Vigodet amenazó con oponerse al proyecto con las armas. La actitud de Vigodet fue interpretada como una declaración de guerra y en enero de 1812 se inició la consiguiente ruptura de hostilidades. La escuadra española llevó a efecto una serie de bombardeos sobre Buenos Aires, con lo que terminó el tratado de pacificación que obligaba a realistas y porteños.

Segundo sitio a Montevideo

El fracaso del tratado de pacificación dio paso a una nueva actividad de Artigas, que aprovechó la oportunidad para avanzar sobre Montevideo con su gente, antes de que los porteños volvieran también sobre la plaza.

En agosto de 1812, tras el restablecimiento del cerco, el Gobierno de Buenos Aires pidió a Vigodet que rindiera la plaza y le ofreció que de hacerlo obtendría representación en el Congreso de las Provincias Unidas, retención de los empleos civiles, militares y eclesiásticos que ostentaba y que, de triunfar España contra Napoleón, devolverían Montevideo. Todo lo ofrecían, según decía, bajo las garantías de la Gran Bretaña. Pero Vigodet las rechazó calificando las proposiciones de absurdas y contra el honor español.

[6] A. Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay,* 5.ª edición, Montevideo, sin año de publicación.

Vigodet debía calcular los mejores momentos para hacer las salidas de la plaza y no dejarse acorralar. Por ello, el 31 de diciembre de 1812 envió una columna de cerca de 2.000 hombres para asaltar el campamento de los sitiadores, aprovechando la confusión que había generado en el ejército porteño el cambio de mando ordenado por Sarratea. En enero de 1813 volvió a enviar 300 hombres para penetrar al otro lado del río Uruguay. Estas tropas desembarcaron en San Lorenzo, pero fueron atacadas y derrotadas por San Martín, que así iniciaba su fama militar, recién llegado de Europa. Sirvan estos dos ejemplos como muestra de que el jefe realista no se mantuvo en pasividad, sino que se permitió actuar sobre el territorio porteño.

Pero los bombardeos a Montevideo del 14 de septiembre de 1813 y la consecuente destrucción de edificios públicos obligó a Vigodet al cierre de los que quedaban en pie, así como de las iglesias, para evitar que la concentración de gentes en ellos fuera el blanco de la artillería insurgente. Los bombardeos continuaron hasta el 10 de octubre, es decir, por espacio de un mes, lo que amedrentó tanto al pueblo que procuraba escapar de la ciudad, según un informe del Ayuntamiento de Montevideo del 4 de noviembre de 1813[7].

El cese de bombardeos fue consecuencia —como la orden del levantamiento del sitio— de la idea de que una expedición española estaba a punto de penetrar en el Río de la Plata.

Pero si cesó el bombardeo, en cambio Rondeau no levantó el sitio, convenciendo al Gobierno de Buenos Aires de la conveniencia de mantenerlo, puesto que si se dominaba Montevideo, los españoles no tendrían la plaza como punto de apoyo. Artigas también permaneció en el lugar hasta el 20 de enero de 1814, cuando rompió con Buenos Aires, disgustado con su Gobierno, que le exigía aceptar que la Provincia Oriental formaba parte de las Provincias Unidas, máxime cuando el Gobierno porteño rechazaba su propuesta de crear una federación, según lo tenía acordado la Provincia Oriental, en un congreso propio. Artigas, al fin, se retiró a Paraguay, dejando en dificultades a Rondeau.

En opinión de Acevedo, la orden de levantar el sitio que dio el Gobierno de Buenos Aires respondió al miedo a que el jefe de los orientales se apoderara de la plaza y desde ella dominara las provincias del Plata próximas o a que tomara alguna represalia por el rechazo a la Confede-

[7] ACD, Sec. Gen., leg. 18, núm. 114.

ración de Uruguay. Esto lo fundamenta en que de 1.500 hombres que habían de partir para reforzar las cercanías a Montevideo, cambiaron las órdenes para que sólo acudieran 500, reservándose así 1.000 hombres para atacar a Artigas.

Con la retirada de Artigas, los realistas reanudaron una gran actividad a la vista del éxito que parecía sonreírles por el rompimiento entre los independientes de Uruguay y Buenos Aires. Inclusive, ofrecieron empleos, honores y caudales a Artigas y a los suyos, al tiempo que organizaban una flota para atacar las fuerzas navales de Buenos Aires, aprovechando los fondos obtenidos de un arbitrio recién establecido. Por añadidura, el 1 de abril de 1814 los porteños volvían a proponer un armisticio; pero no se llegó a acuerdo alguno, porque las pretensiones que tenían —que serían la base del tratado— era la de ofrecer el sitio a cambio de que las tropas del brigadier Pezuela, que había avanzado hacia el Tucumán, se replegaran hasta el Desaguadero, que era el límite territorial. Vigodet no estuvo conforme con semejante alternativa. Así, ante igual proposición que la que se le hiciera a Elío en 1811 —y que éste aceptara—, Vigodet se negó y prefirió sacrificar la plaza antes que entregar territorios del virreinato. La plaza aislada de Montevideo, totalmente expuesta, no debía de valer tanto —calculó— como las ricas provincias arribeñas. Así el drama de la resistencia aislada continuó.

Auxilios de la Península y del virrey del Perú

Los informes sobre la situación de Montevideo fueron abundantes. Tanto Salazar como Elío y Vigodet extendieron comunicaciones precisas sobre sus escasas posibilidades, así como el diputado Zufriategui en las Cortes en 1812 presionó sobre el envío de las tropas que pidió, consistentes en un contingente de «2.000 soldados de Infantería y 500 de Caballería, con una pequeña guarnición para sostener la capital». El diputado promovió también el envío de armas, porque a pesar de los deseos e intentos de Elío y Vigodet por mantener la paz conforme a las instrucciones recibidas de la Península, el rechazo por la Junta de Buenos Aires les obligó al uso de las armas, como única alternativa para lograr la paz. Así, calculando que la Junta porteña tenía unos 5.000 hombres, Zufriategui pidió los 2.500 ya mencionados y 3.000 fusiles más de los que conducía la tropa. Pero también abogó por el nombramiento de las autori-

dades en Montevideo como medio eficaz de contrarrestar la actividad de la Junta de Buenos Aires.

Al apoyo y acción concertada con las armas, el virrey del Perú trató de unir los auxilios que pudo para socorrer la plaza, a fin de que se sostuviera hasta que el ejército que tenía en el Alto Perú llegara en su ayuda. Sin embargo, el aislamiento de Montevideo y el difícil envío de socorros por el cabo de Hornos, dada la gran distancia que mediaba, hacía que el virrey calculara que no estarían en su destino a tiempo, de manera que instruyó al capitán de la fragata *Resolución* para ir hasta Montevideo con «300.000 pesos y 500 quintales de pólvora» con orden de que, si al llegar a la plaza ésta ya hubiera sido «seducida», siguiera con el cargamento a Río de Janeiro y lo entregara al marqués de Casa-Irujo, embajador plenipotenciario español ante la Corte lusitana del Brasil, para que éste lo remitiera a la Península, o a donde lo creyera necesario. Un nuevo envío se hizo desde el Callao, a pesar las necesidades que tenía Abascal y de la limitación de recursos, pues las atenciones de la guerra consumían todos los ingresos, máxime cuando éstos habían disminuido tras la supresión del tributo indígena acordada en las Cortes de Cádiz. Aun así auxilió a Vigodet en el mes de junio de 1813 con 30.000 pesos en especies por cuenta de la Real Hacienda, dos mil y pico por cuenta de la renta de Correos, otros dos mil por parte del Tribunal de Minería, y otro tanto del comandante de la corbeta *Mercurio,* así como «una partida de menestras» que por su cuenta enviaba un particular[8]. Pero las dificultades del virrey para reunir socorros se agravaron cuando su ejército del Alto Perú hubo de replegarse a Oruro, pues con ello se perdió el ingreso de las cajas de Potosí, de los de Charcas y de los de Cochabamba, pues de las cajas de La Paz poco se podía percibir por la misma precipitada retirada del ejército.

No sólo superó Abascal, como pudo, la reunión de estos socorros, sino también las dificultades del transporte, pues el virrey tuvo que limitarse a utilizar la corbeta *Mercurio,* única nave de que disponía, pero que no podía dar servicio hasta ser recorrida, ya que el bergantín *Peruano* hacía más de dos años que estaba desarmado y arruinado por falta de lo necesario para la carena en los almacenes del Callao.

Ante la escasez de recursos y con la inferioridad en el número de hombres y otras dificultades, el virrey acudió a la atracción política mediante

[8] *Col. Doc. del Perú,* tomo XXII, vol. 3, pp. 303-304.

dos proclamas, una a los bonaerenses, fechada el 14 de febrero de 1814, y otra, del 26 del mismo mes, dirigida a los habitantes del Alto Perú. A todos ellos los invitó a dejar las armas «contra los hermanos» y a no buscar la dicha «donde no está», previniéndoles que «la carrera que lleváis es en busca de un tirano doméstico o de un extranjero vencedor». Asimismo, Abascal hacía un recuento de los pueblos que aún no les seguían en sus propósitos y que estaban decididos a resistirlos. Entre éstos señaló «los pueblos meridionales, los de la montaña y costa [...] y no hallaréis un Solón en quien comprometeros, ni otro reglamento que el de la tierra»[9].

El virrey no podía hacer otra cosa cuando disminuyeron los ingresos y cuando los gastos ascendieron a 1.275.510 pesos, sólo para el sostenimiento de los ejércitos que luchaban fuera del virreinato en el Alto Perú, Chile, Quito y Montevideo. Con semejante situación económica, el 31 de diciembre de 1814 Abascal hubo de restablecer el tributo indígena, que aunque era medida impopular, le fue imprescindible para allegar fondos con que atender a las zonas levantadas.

Por estas mismas fechas, surgió la sorpresa, pues como el Ayuntamiento de Montevideo informaba a la Regencia, el 12 de agosto de 1813 y «quando este pueblo estaba entregado a profundas meditaciones sobre su suerte, y la que le esperaba en lo sucesivo, apareció casi repentinamente en este puerto la fragata *Yldefonso,* alias *Topacio,* que procedente de Cádiz conducía a su bordo pertrechos de guerra y 280 soldados de la primera división de tropas destinadas por S. A. la Regencia del Reyno, para socorrer a esta célebre ciudad»[10]. La llegada del buque y el desembarco de los «valientes hispanenses» causó gran alborozo entre las gentes, porque ellos vengarían los «ultrajes» recibidos del gobierno de Buenos Aires y de los sitiadores. Así, tras parabienes, lágrimas, campanas a vuelo, pólvora detonada, adornos en las calles y un sinfín de festejos, las gentes corrían en tropel a felicitar a los recién llegados. Las fiestas se empalmaron con las que el 23 del mismo mes se hicieron para celebrar la llegada de la fragata *Prueba,* y con las del 4 de septiembre para celebrar que ese día amaneció fondeado el navío *San Pablo.*

Pero las penas acudieron pronto, pues fueron acumulándose en los hospitales sobre setecientos enfermos peninsulares pertenecientes a

[9] *Col. Doc. del Perú,* tomo XXII, vol. 3, pp. 311-314.
[10] ACD, Sec. Gen., leg. 18, núm. 114.

los diferentes cuerpos, que eran víctimas de las penurias, que iban en aumento.

Por eso, el Ayuntamiento terminaba la exposición pidiendo gracias para los pacientes habitantes de Montevideo y recordando a la Regencia que esperaban 3.000 hombres de la Península, sin los cuales «poco o nada adelantaremos, principalmente si no se les prohíbe absolutamente a los ingleses el comercio y navegación del Río de la Plata».

En una segunda exposición el Ayuntamiento pidió que entre los dictámenes honoríficos que ostentaba Montevideo se añadieran el de «Mui Noble y Valerosa Ciudad», que se le concediera voto en cortes y diputados permanentes; que su territorio de la Banda Oriental se erigiera en provincia en la que se incluyeran «los Entre Ríos de Uruguay [...] con la baxada de Santa Fe y pueblos de Misiones que no sean de la jurisdicción del Gobierno de Paraguay», es decir, agregándose así toda la mesopotamia platense. También deseaban que la iglesia matriz se erigiera en catedral con obispo y curas racioneros. Como gracias económicas solicitaron que en el centenario de la fundación de Montevideo se ampliara por otros cien años el privilegio de no usar papel sellado; que no pagaran derecho de alcabala las enajenaciones de esclavos y demás propiedades por el término de diez años, como compensación de las pérdidas que habían tenido los comerciantes, hacendados y otros vecinos; que no se impusiera «pena infamatoria» a ninguno de los habitantes de Montevideo desde que empezó la revolución, principalmente a los que sufrieron ya un sitio y estaban padeciendo otro. Finalmente, pidieron que los puestos y empleos que quedaran vacantes fueran ocupados por los de Montevideo y su provincia. Curiosamente, como se ve, la rivalidad con Buenos Aires se llevaba a ese extremo de ser igual en dignidad y aun segregar territorio para su provincia.

Desesperanzas y capitulación: la primera liquidación de un núcleo de resistencia

El plan del brigadier Joaquín de la Pezuela —organizador de la artillería en el Perú— de que Vigodet, con los 5.000 hombres que calculaba reunir en Montevideo, facilitara el avance de sus tropas del Alto Perú, haciendo él una penetración por Jujuí, quedó frustrado, no sólo por los movimientos revolucionarios que se produjeron a su espalda, en Huá-

nuco, Cuzco y Arequipa, sino también por la imposibilidad de llevar a la práctica dicho plan, ya que nunca llegó a disponer del contingente previsto para dejar una sólida guarnición en Montevideo y poder emprender el avance al encuentro de Pezuela, pues la guarnición que tenía esta plaza era sólo de 1.500 hombres a los que se sumaron los llegados en agosto de 1813, de los que 700 se enfermaron y el resto tuvo bajas por los bombardeos que del 14 de septiembre al 10 de octubre desencadenaron los bonaerenses sobre la plaza, ya que los 3.000 hombres que debían llegar de la Península en septiembre y octubre no llegaron.

Vigodet sufría el efecto del aislamiento total que suponía el asedio, pero la retirada de Artigas el 20 de enero de 1814 le reanimó, aprovechando lo débil que quedó Rondeau para combatir a los sitiadores.

Vino a coincidir ya esta situación con el regreso del rey Fernando a España y las noticias de que se preparaba una expedición, la que se encomendaría a Morillo para atacar Buenos Aires, lo que levantó aún más las esperanzas. Las noticias de que llegaría, en mayo, se dieron por ciertas, ante lo cual el gobierno porteño de Gervasio Antonio Posadas, director de las Provincias Unidas, resolvió un ataque de liquidación de la resistencia realista en Montevideo, que se desencadenaría por tierra y por mar.

El Gobierno bonaerense, en efecto, creó en dos meses la escuadra que había de estrechar el bloqueo de Montevideo y la vigilancia del estuario. Y en enero de 1814 se puso esta pequeña flota a las órdenes de Guillermo Brown, un irlandés de gran experiencia naval. Esta fuerza, después de un combate indeciso, terminó por tomar la isla de Martín García, el 15 de marzo. La escuadrilla española comandada por Jacinto Romarete se replegó en el río Uruguay, donde al fin presentó combate cerca del Arroyo de la China el 28 de marzo. En esta acción del río Uruguay, Romarete derrotó a las fuerzas navales de Buenos Aires comandadas por Brown, con la colaboración de las fuerzas artiguistas de Entre Ríos[11]. Así, Villegas destaca una vez más la ayuda de Artigas a los marinos españoles, y Marfany[12] precisa que el motivo fue que Artigas insurreccio-

[11] B. Villegas Basquilbaso, «Combate naval del Arroyo de la China», en *Revista de Derecho, Historia y Letras,* año XIV, tomo XLII, pp. 225-242 y 410-430, Buenos Aires, 1912.

[12] R. Marfany, «Buenos Aires 1810-1829», en *Revista de la Nación Argentina,* dirigida por R. Levene, vol. IX, *Historia de las Provincias de Buenos Aires,* pp. 3-80, Buenos Aires, 1941.

nó entonces a Entre Ríos y Corrientes y obtuvo la adhesión de Santa Fe, con lo que, tras auxiliar a esta provincia, se preparó para invadir Buenos Aires. Pero, a pesar de todo, apretó el cerco de Montevideo, con lo que los realistas tuvieron que salir para librarse del acorralamiento con doce naves, es decir, con una fuerza similar a la de Brown. Así, la batalla librada del 14 al 17 de mayo concluyó con una completa derrota realista[13].

Por tierra, el bloqueo estuvo a cargo del general Carlos Alvear, que partió de Buenos Aires con 1.500 hombres. El mismo 17 de mayo, fecha en la que Rondeau le entregaba el mando, la escuadra de las Provincias Unidas que enarbolaba bandera española para evitar los bombardeos desde los castillos, entraba triunfante. Esta victoria de los porteños apagó la última esperanza de Montevideo que, bloqueada por tierra y tras la rendición que eliminó la fuerza marítima realista, obligó a sus autoridades a entregar la plaza, pues sólo podría resistir dos o tres semanas con los víveres almacenados.

El parte de Alvear del 20 de junio al supremo director de las Provincias Unidas dice que ese día la plaza de Montevideo se entregó por capitulación, a las tres y media de la tarde. En dos días Vigodet debía ratificar los artículos de la capitulación y abandonar la plaza. Como no lo cumplió a tiempo, el 23 de junio Alvear entró en ella e hizo que las tropas que la guarnecían a extramuros quedaran depositadas en la casa de los negros y panadería Pérez, detuvo a Vigodet con toda la oficialidad veterana y se apoderó también de las fuerzas navales que subsistían.

Vigodet denunció el atropello, pues en uno de los artículos de la capitulación había estipulado que para evitar que se enfrentaran ejércitos tan poderosos, el ejército español se retirase a Maldonado, con todo su armamento, a fin de embarcar para España y que la retirada fuera antes de la entrada de las tropas porteñas. Sin embargo, la informalidad de la capitulación no fue más que el reflejo de la falta de dirección.

Tras la pérdida de Montevideo, el virrey del Perú reorganizó nuevamente las fuerzas del virreinato, con la previsión de que los porteños penetraran en Chile pues incluso los emigrados prepararon una insurrección, que no tuvo efecto[14].

[13] M. V. Quartarolo y L. H. Destefani, *Campaña naval, op. cit.*

[14] M. Torrente, *Historia*, en *Colec. Doc. del Perú,* tomo XXVI, vol. 4, p. 64.

La expedición «pacificadora» y Montevideo

Vuelto Fernando VII al trono y cuando Pezuela, desde el Alto Perú, premeditaba la operación de apoyo y liberación del sitio a Montevideo, en España se preparaba el primer ejército «pacificador» —el que llegó a mandar Morillo—, destinado al Río de la Plata, que tendría su punto de apoyo en la plaza, que así sería socorrida y serviría de base para ir sobre Buenos Aires, del mismo modo que, años atrás, lo hicieron los ingleses.

Para operar en las mejores condiciones, Fernando VII manifestó al príncipe don Juan de Brasil su intención de recuperar las provincias platenses y éste expresó «viva satisfacción» en ello y aseguró que las tropas «serían admitidas en los puertos brasileros y recibirían cuantos socorros pudiesen desear», e invitaba al monarca español «a expedir a los jefes de esas fuerzas —creía que serían las de Morillo— las instrucciones que estimase convenientes, proporcionándoles, asimismo, concertar en Río de Janeiro un plan combinado, según el cual las tropas portuguesas avanzarían simultáneamente para facilitar la entrada al Río de la Plata de la expedición española». Pero el ministro portugués, portador de la nota de contactación, supo que la expedición de Morillo había cambiado el rumbo para dirigirse a Venezuela antes de entregarla, por lo que no lo hizo, según justificó después.

El plan de la expedición a Río de la Plata fue encargado a Joaquín Gómez de Liaño y Domingo Torres, pero todo lo previsto había quedado inutilizado una vez que se tuvo la noticia de la pérdida de Montevideo, ocurrida, como hemos dicho, el 23 de junio de 1814.

Se ha especulado mucho sobre si la expedición de Morillo, cuando partió de Cádiz, iba encaminada al Plata y sólo después de salir de Canarias, al abrir los pliegos de instrucción, siguió a Venezuela. Que en los pliegos se indicara el rumbo del Caribe es lógico, pero no es creíble la rectificación que se supone, pues Morillo llevaba bien estudiado el plan que habían de ejecutar desde que sometiera la isla Margarita, e incluso él alude, en alguno de sus depachos, a lo que tenía previsto antes de salir de Madrid. Otra cosa es que los preparativos iniciales se hicieran pensando ir al Río de la Plata y que, al conocerse la extinción de la resistencia de Montevideo, se variara de idea. Pero el hecho es que Portugal decidió aprovechar la oportunidad para, actuando por su cuenta, tener posibilidades de hacerse con la Banda Oriental.

Al parecer, lo que se había previsto inicialmente, antes de liquidarse la resistencia por la rendición de Vigodet, era el desembarco del grueso de la tropa expedicionaria en Río Grande de San Pedro —por eso quiso contarse con la Corte de Río—, pues se necesitaba adquirir la caballada necesaria al ser imposible su transporte desde España en número que superaba el millar. Además, se necesitaban víveres, puesto que solamente se cargarían los necesarios para la travesía a fin de no incrementar el número de transportes.

Se tuvo previsto también avanzar tierra adentro, desde el Río de la Plata, para tomar Santa Fe, con lo que se cortaban las comunicaciones al interior, mientras la flota ejercía un riguroso bloqueo sobre Buenos Aires. Sitiada la capital porteña, se decidiría qué podría ser lo más conveniente: si atacar Buenos Aires o, por el contrario, si sería preferible seguir a Córdoba, para dejar incomunicado al interior con el Río de la Plata. Pero, repetimos, la rendición de Montevideo impidió ejecutar este proyecto.

Ante la nueva circunstancia se abrían otras vías de acción. Por un lado estaban los que, evacuados de Montevideo, pudieron arribar a la Península, que pugnaban con propuestas que instaban, por encima de todo, a la realización de una nueva expedición pacificadora, aunque sobre otras bases. No solamente lo veían como un problema territorial, sino también como un problema humano, al reclamar la atención debida a las 2.000 personas que en exilio forzoso y repartidos por las costas de Brasil, esperaban la llegada de un ejército español para sumarse a sus filas. Para convencer al gobierno de la necesidad de organizar una expedición, insistían en las grandes posibilidades de éxito, dada la indecisión reinante en Buenos Aires, dividida en dos bandos, uno protector de los españoles era el de Alvear, Viana, Herrera y muy principalmente el doctor Manuel García; el otro se inclinaba a la independencia, con Belgrano y Rivadavia a la cabeza[15]. En esta línea vino a actuar la experiencia de un jefe de la Marina, Salazar, buen conocedor del Río de la Plata, quien partió el 3 de diciembre para Río de Janeiro y, en unos pocos días, supo que nada podía esperarse de la Corte portuguesa. Apelando a otra solución, intentó atraerse a Artigas y a Otorgues, a quienes ofreció «perdón en la forma más solemne» y les prometió las comandancias de Entre Ríos y la Banda

[15] AGI, Estado, leg. 98. Sobre el proceder de Rivadavia, véase R. Piccirilli, *Rivadavia*, Buenos Aires, 1952, pp. 159-192.

Oriental. Pero ninguno aceptó. El fracaso de Salazar en la Corte de Río —lógico si se considera que los portugueses se preparaban para invadir Uruguay— era explicable.

En efecto, Portugal no renunciaba a aprovechar la oportunidad del supuesto vacío de poder para obrar de acuerdo con sus pretensiones. En junio de 1815, el conde de Funchal, a nombre del príncipe-regente, que no renunciaba a la infiltración hacia el Plata, decidía así comunicar al Gobierno inglés que ante los «asustadores progresos de los revolucionarios» en las provincias españolas del Río de la Plata, limítrofes con Brasil, se proponía enviar una expedición, organizada en Portugal, para contenerlos, ya fuera cooperando con una expedición española o a nombre propio. Con esta gestión se pretendía que Inglaterra —recelosa de los avances lusitanos— se «aquietara». Sin embargo, no lo logró, pues en Europa se vio con antipatía el envío de tropas portuguesas, incluso con la excusa de respaldar a las de Morillo.

Ante esta decisión intervencionista de Portugal, España redactó una protesta que sometió a las cinco potencias principales europeas: Austria, Francia, Inglaterra, Prusia y Rusia. Estas naciones dirigieron una nota colectiva al Ministerio de Negocios Extranjeros de Portugal, en marzo de 1816, denunciando la ocupación militar lusitana del Uruguay y su intención de intervenir para restituir al soberano español aquel legítimo dominio de la Corona que, con el pretexto de prevenirse de una presumible propagación del revolucionarismo platense sobre el Brasil, había hecho ocupar la Corte de Río de Janeiro.

La expedición se podría posponer porque la situación de anarquía reinante entre los bonaerenses haría que el Gobierno se liquidara a sí mismo pues, mientras Belgrano combatía a Artigas y el ejército se le sublevaba en Fontezuela, el Ejército del Norte se negaba a reconocer a Alvear, y Bernardino Rivadavia pasaba a Madrid para expresar el deseo de Buenos Aires de acogerse a su «soberana» protección. Aunque algunos han interpretado que este movimiento de Rivadavia tenía el propósito de «impedir» que «la expedición militar» que se equipaba en Cádiz alcanzara el Río de la Plata, lo cierto es que parecía que la revolución porteña llegaba a su fin. La argumentación que Rivadavia empleaba con los cortesanos de Fernando VII era la de que se considerara lo pasado como resultado de «unos hijos extraviados por la fatalidad de las circunstancias, que recurren a su padre benéfico y generoso [...] para evitar funestas consecuencias». Todo era también efecto del gran contraste que ofrecía la

anarquía del Río de la Plata con el sosiego del Perú realista, una vez dominada la rebelión chilena; el virreinato de México también presentaba un horizonte tranquilizador, mientras Venezuela y Nueva Granada se sometían a Morillo.

Carlos Alvear también se pronunció a favor del Monarca y en memorial del 23 de agosto de 1815 le prometió restituir el Río de la Plata a la Corona si le ayudaba a librarse de los invasores lusitanos. En principio, el Gobierno español no le contestó, pero cuando los portugueses se apoderaron de la Banda Oriental, por la tolerancia de Pueyrredón, y el pueblo se levantó contra éste, pensó ayudar a Alvear y a Manuel Moreno. Éste, «expulsado de Buenos Aires en febrero de 1817, buscó refugio en Baltimore y se presentó al ministro plenipotenciario español, Luis de Onís», ofreció sus servicios a la Corona para reconquistar Buenos Aires y prometió comunicarse con sus amigos de la capital del Plata trasladándose a Río de Janeiro, donde asesoraría a los comisionados del Rey sobre el mejor modo de llegar a una conciliación. Del plan de la expedición se encargó al mariscal de campo Gregorio Laguna, quien recomendó que uno de los primeros cuidados debía ser «atraerse al guerrillero don José Artigas».

Estos momentos de la misión Rivadavia vienen a coincidir con otro hecho importante, la publicación, el 30 de enero de 1816, de una encíclica, exhortando «a no perdonar esfuerzo para desarraigar y destruir completamente la funesta cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en esos países», a seguir las virtudes de Jesucristo y a dar la obediencia al soberano, Fernando VII. Además, confirmó la nueva Orden de Isabel la Católica, que el Rey había creado para premiar a los «leales» de América. Por añadidura, autorizó al Monarca a utilizar ciertas rentas eclesiásticas para ayudar a equipar la escuadra que se aparejaba en Cádiz contra Buenos Aires. Era, pues, un respaldo a la idea de la expedición a la que se volvía en España, a pesar de que los días de Vigodet y su posible apoyo estaban lejos.

Pero, entretanto, estaba el hecho consumado de la entrada de las tropas portuguesas en la Banda Oriental, contra lo que reclamó España. Portugal también apeló a las potencias y, por mediación del duque de Palmela, se dirigió a Inglaterra y a Austria, asegurándoles que nada ambicionaba y que sólo se trataba de una «ocupación provisional, no de una conquista» y que sólo permanecería en Uruguay mientras durara el desorden en aquellas comarcas. Alegaba también que España no tenía por

qué protestar, puesto que el territorio de Uruguay ya se había declarado independiente, y por tanto, no había una agresión a una potencia amiga sino actos «precaucionales de propia defensa». Con estos y otros argumentos, Palmela se ganó el voto de Inglaterra y Austria.

España tuvo que aceptar la conciliación, mediante la cual los portugueses abandonarían Montevideo y la Banda Oriental, cuando España enviara una expedición militar para reconquistar el Plata. Pero tenía que prometer amnistía completa, libre comercio y, lo peor, restituir a los portugueses —en la Península— la plaza de Olivenza y sus territorios adyacentes e indemnizarles con siete millones y medio de francos por los gastos de su expedición al Uruguay. Ante la reclamada entrega de Olivenza, el Gobierno de Madrid retrocedió —sólo la aceptó en 1817—, por lo que se indispusieron Rusia y Francia, que reprocharon a España no querer llegar a unas soluciones pacíficas, con la responsabilidad de la posible pérdida de la paz europea, al quedar enzarzada con Portugal. Así, España —sin el apoyo portugués— tendría que enviar el ejército expedicionario sola, por su propia cuenta, pues incluso se descartó la ayuda de la Santa Alianza.

Era este momento cuando en España, el 28 de abril de 1818, aprobaba el Consejo de Estado volver al proyecto de enviar un cuerpo expedicionario al Río de la Plata, como ejército «pacificador», cuya organización se encomendó al conde de La Bisbal. Muy laboriosa y difícil fue la recluta y acumulación de tropas en torno a Cádiz, a la espera del embarque. Incluso se sustituyeron mandos, ante la inseguridad que ofrecían, tal fue el caso del propio La Bisbal, que entregó la jefatura al general Freire, pues la actividad masónica fue detectada.

También la espera de la expedición creó muchos problemas en el Plata. Los orientales y porteños se prepararon para una común defensa y obligaron a los europeos a salir de la provincia. A los habitantes de Uruguay se les permitió exportar sus efectos «a cualquier punto de la costa oriental del norte o provincia de Entre Ríos», donde estaba la «soberanía» artiguista, y se les permitió emigrar de Buenos Aires a Paraguay. Otorgues añadió a estas medidas la creación de la Junta de Guerra y otra de Vigilancia pues, según noticias, el 13 de mayo, la expedición estaba en Cabo Verde. Los europeos debían registrarse en el Tribunal de Vigilancia para ser autorizados a vivir en la plaza o sacarlos de ella. La resolución del Tribunal era inapelable. Se podía penetrar en los hogares para inspeccionar. Esta Junta de Vigilancia provocó una crisis entre Artigas y

Otorgues, por lo que el Cabildo obligó a este último a renunciar, quedando Artigas instalado en la provincia.

Las expresiones de Artigas al Cabildo hicieron presumir que el jefe de los orientales deseaba la llegada de la expedición, por lo que los incautos le tildaron de españolista. Sin embargo, Artigas confiaba que ella consolidaría Uruguay, su federación con Buenos Aires ante el enemigo común, y en el ensayo de la verdadera guerra que se avecinaba, frente a la codiciada expansión de Brasil. Así, Artigas le decía al Cabildo de Montevideo:

> Felicitémonos íntimamente por su llegada [...] Ella hasta nos es necesaria en unos momentos en que tratándose de cimentar con el mayor vigor el restablecimiento del espíritu público en la fraternidad de todos los pueblos precisábamos de un objeto que con exclusión de todo otro reclamase los cuidados de todos. No hay duda de que esta es la época de la consolidación[16].

Tan seguro debió de estar de que esta vez Buenos Aires respondería y que «todos los pueblos reunidos» afrontarían a los peninsulares, que habló de ello incluso con los diputados bonaerenses. Sin embargo, la esperanza de Artigas se desvaneció muy pronto, pues Buenos Aires no le ayudó ni con los peninsulares ni con los portugueses.

La actitud protectora de Artigas hacia los proespañolistas hizo creer al Gobierno español que éste guardaba buenos sentimientos y hasta algunos pensaron que ayudaría a la causa. Así, cuando en 1818 se planeaba la gran expedición al Río de la Plata, José Primo de Rivera se lamentó con el marqués de Casa Irujo, de que la Banda Oriental no estuviera en poder de Artigas porque de haber sido así, decía, la tendríamos el día que quisiéramos. Pero otros, como Alvear, Viana, Herrera y Manuel García, desconfiaban de él.

José Artigas se distinguía además en el terreno diplomático. Había firmado contratos con los ingleses, autorizando el comercio, e incluso concedía permisos de navegación y protección a los súbditos ingleses de la estación naval del Río de la Plata, que le proporcionaban armas. Los adelantos eran tales que inclusive se acercó a Montevideo, estando en manos portuguesas desde 1816.

[16] E. Acevedo, *Anales del Uruguay, op. cit.*, p. 207.

Mientras en España se preparaban las tropas destinadas a Río de la Plata, los simpatizantes del Rey en Montevideo las esperaban ansiosos y organizaban, en respaldo, la actividad que creían posible. Las operaciones las dirigía el coronel Juan de Vargas, quien tenía reunidos a todos los peninsulares de acción. De ello dio noticia al Gobierno de Madrid, que respondió prontamente, indicándole que invitara a Artigas al «compló» porque había esperanzas de atraerlo.

En Buenos Aires, mientras tanto, igual que en 1816, procuraron tomarse medidas de prevención. Para ello se decidió enviar agentes confidenciales a Gibraltar para que estuvieran atentos a los preparativos y novedades, con el fin de que no se presentara la expedición por sorpresa en el Plata. Es más, al comprobarse que la organización de la expedición proseguía, se dotó a los agentes de los fondos necesarios para que pudieran no sólo obtener los informes debidos, sino también entrar en contacto con alguno de los jefes, cuya confianza se hubieran ganado, para comprar a los que pudieran, con el fin de promover una sublevación del Ejército, que impidiera su embarque. Para atraerse a la tropa se hizo correr la especie de que los barcos eran malos y que se hundirían antes de llegar.

Fue una operación reiteradamente acariciada, pues ya en los días en que Brown —después de obtener el triunfo naval sobre Montevideo— pasó al Pacífico, en 1816, advirtió en Guayaquil que la segunda expedición «pacificadora» no saldría de Cádiz, donde se produciría una sublevación.

Torre Revello llevó a cabo una afortunada investigación sobre el particular, hallando los recibos firmados por varios de los jefes de las unidades españolas, acantonadas para el embarque, que publicó en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* de Buenos Aires, hace años, que prueban concluyentemente que la famosa sublevación de Riego, presentada como un levantamiento liberal para establecer el régimen de la Constitución de 1812, fue el resultado de la compra realizada por los agentes de Buenos Aires. Pocos hechos, como este de la sublevación de Riego, han tenido una consecuencia tan amplia en la historia americana, desde la proclamación de la independencia de México por Iturbide y el regreso de Morillo a España, dejando el mando del Ejército Expedicionario de Costa Firme, hasta esa liberación incruenta de la «amenaza» que pesaba sobre Buenos Aires durante años y que condicionó la política de las Provincias Unidas, desde antes del Congreso de Tucumán hasta la misma trayectoria de San Martín.

¿Cuál había sido la base de la proyectada operación? No conocemos los planes que hubieron de elaborarse, pero la opinión del profesor Demetrio Ramos apunta a que si la primera planeada se apoyaba en Montevideo, como la pretendida invasión británica de 1807, el ejército de Freire hubo de tener en cuenta la invasión inglesa de 1806, como operación directa sobre Buenos Aires, aunque se presumiera crear un apoyo inmediato en Maldonado, en la Banda Oriental.

Pero el hecho es que la *liquidación* del islote de resistencia de Montevideo no sólo frustró la posibilidad del envío del primer ejército «pacificador» previsto, sino que también *liquidó* cualquier posibilidad de soberanía española en la fachada atlántica del Cono Sur americano. Curiosamente ha sido una larga historia, que comenzó a desarrollarse desde que Montevideo se vio convertido en núcleo de resistencia, en 1810, hasta la disolución del ejército expedicionario de Cádiz, en 1820. Los liberales del 1812 enviaron tropas y los absolutistas, «ejércitos pacificadores». Pero aun después la voluntad de reconquista fue un sueño, basado no en una *intransigencia* ciega, como suele decirse, sino en un concepto de la obligación que, para el Monarca, era poco menos que indeclinable: entregar a los sucesores la *integridad* recibida de los predecesores. Es decir, algo así como un mandato de la historia, sin advertir que la *realidad* de cada tiempo es distinta y tiene sus propias imposiciones.

IV

EL CASO DEL EJÉRCITO PACIFICADOR ANIQUILADO: COSTA FIRME

De todos los esfuerzos llevados a cabo desde la metrópoli para restablecer el orden legal de América, tras los movimientos de 1810, el más importante, costoso y claramente planeado fue el envío del primer ejército «pacificador» en 1815. Ya hemos hablado sobre las condiciones en que se organizó y el problema de su destino. Montevideo como islote de resistencia había sucumbido. Pero lo curioso es que, al enviarse al general gallego a Costa Firme, con el proyecto de someter los núcleos de resistencia de los patriotas (Margarita y Cartagena, hasta restablecer la autoridad en Bogotá), no pudo nunca concebirse que sería este gran ejército el que, a punto de ser aniquilado, resultaría ser, él mismo, un islote de resistencia, al cabo de los años.

Se trata de una historia sorprendente, casi inconcebible, de la subsistencia de varios millares de hombres, que combatieron en las circunstancias más adversas, prácticamente agotando todos los medios militares, económicos y humanos posibles, sin recibir aliento ni esperanzas, sin saber al final cuál era el propósito de su lucha y cuál sería su destino. La última retreta de Puerto Cabello y el arriar de su última bandera marcó una estela que no merece el olvido[1].

Reducción del Ejército Expedicionario de Costa Firme a Puerto Cabello

Al numeroso contingente de 12.254 hombres con que llegó Morillo a Costa Firme —según las *Memorias* de Rafael Sevilla León, Morillo arri-

[1] Véase en D. Fernández Pascua, *Resistencia española, en Venezuela* [*op. cit.*], como también, en A. González, *Sitios y toma de Puerto Cabello,* Valencia, 1974.

bó a Venezuela sólo con 291 jefes y 10.000 soldados—, sumó, de acuerdo con las instrucciones que llevaba, las fuerzas que logró levantar en Venezuela, una vez que pudo darla por pacificada. Pero con todo, el territorio que habría de cubrir fue inmenso, por lo que redujo mucho su potencialidad al tener que dispersar sus fuerzas. A Moxó le dejó unos 4.000 hombres en la Capitanía General de Caracas. A Sebastián de la Calzada, que debía penetrar por la zona andina para alcanzar Ocaña y operar en combinación, le confió otro contingente, mientras el propio Morillo se trasladó rápidamente a Santa Marta, a pasar a sitiar Cartagena de Indias el 19 de agosto de 1815. Tomada la palaza en diciembre, Morillo dejó en ella una guarnición y subdividió el resto del ejército con que venció la resistencia de la plaza amurallada en varias columnas, que penetraron en el Valle del Cauca y por el del Magdalena, donde sostuvieron algunos combates locales sin gran desgaste. Mientras, Juan de Sámano avanzaba desde el sur, para impedir que los republicanos se retiraran a Quito, que confiaban sublevar. Así, el 27 de abril de 1816, las fuerzas de Morillo llegarón a Bogotá, casi al año de haber salido de España.

La lentitud había sido muy superior a la calculada. Mientras las fuerzas republicanas se desintegraban y las que resistían eran batidas, algunas unidades pudieron huir a los Llanos de Casanare al mando de Serviez y Santander, aunque fueron perseguidos por el coronel La Torre, que tenía que separarse del ejército de Morcillo y que, desde entonces, había de operar aislado en el inmenso territorio llanero, tan duro como inhóspito.

Aunque Morillo logró establecer el virreinato, el extensísimo país no estaba totalmente pacificado, pues varias partidas se mantenían en Los Llanos y en el oriente venezolano, por lo que el Ejército Expedicionario fue dividiéndose en un amplio espacio, desde Casanare hasta la región del Apure, donde se mantenía también otro foco de resistencia dirigido por el llanero Páez, además del que se creó en el extremo oriental y del que se restableció en la Margarita, al sublevarse otra vez Arismendi en la isla.

Pero el caso es que Bolívar también reorganizó un contingente en Haití con los fugitivos de Cartagena, que supuso una seria amenaza a Moxó en los desembarcos que llevó a cabo para aprovechar la concentración de tropas españolas sobre los núcleos resistentes, con intención de caer sobre Caracas o Valencia desde el litoral desguarnecido. Y como no logró sostenerse luego en Barcelona, tuvo que penetrar hacia el Ori-

noco para establecerse en Guayana, unido al grupo de Piar[2], donde llegó a constituir un gobierno y comenzó a recibir recursos y hombres que llegaban de Inglaterra por las bocas del Orinoco, aprovechando la gente que, concluidas las guerras napoleónicas, prefería seguir la vida de aventura.

Esto complicó la situación estratégica de Morillo, pues le obligó a una mayor dispersión del ejército de Costa Firme, sobre todo porque la isla de Margarita, en manos de los republicanos, se convertía en una seria amenaza, y más cuando Bolívar ampliaba su dominio de Guayana y amenazaba unirse a Páez y las fuerzas llaneras para caer, desde el Apure, sobre Caracas, con la gente reclutada en Inglaterra. Así pues, desde este momento, Morillo dejaba de ser un «pacificador» de partidas o de fuerzas sin experiencia, para tener que combatir con tropas equipadas, que tenían su núcleo profesional atraído de Europa, y que además se movían creando un gran peligro, gracias a las distancias y la mejor adaptación de los grupos que estaban habituados a operar en Los Llanos. De esta forma Morillo tuvo que volver a Venezuela con el ejército que llevó a Nueva Granada, para verse acosado en un amplio frente que se extendía desde las faldas de los Andes hasta Guayana, pendiente de las penetraciones que desde el sur pudieran hacer las fuerzas independientes, que intentaron varias veces avanzar sobre Caracas.

Pero Bolívar, al ver que no era tan fácil hacerse con la capital de Venezuela y rehacer desde ella su república, penetró por sorpresa en el Nuevo Reino de Granada, trepando por los valles andinos, en una operación de mucho riesgo, pero que aprovechaba el vacío dejado por Morillo, que se había trasladado con sus efectivos a Venezuela. Así, pudo vencer a los realistas en Pantano de Vargas y Boyacá (25 de julio y 7 de agosto de 1819), lo que le permitió entrar en Bogotá, tres días después.

El virrey Sámano, sorprendido por esta aparición de Bolívar en Nueva Granada, hubo de retirarse rápidamente por Mompox a Cartagena, con lo que quedaba así prácticamente casi todo el virreinato, excepto ese litoral, en manos de Bolívar, que establecería la efectiva unión de Nueva Granada y Venezuela en una república que llamó Colombia. Eso sí, Bolívar tenía que aprovechar el desconcierto creado para buscar al ejército de Morillo que, mientras no fuera destruido, podía dar la vuelta a la situación.

[2] A. González, *Manuel Piar,* Valencia, Venezuela, 1979.

Así, Bolívar se dirigió hacia el norte, tanto para amagar Cartagena, como para amenazar, por Mérida y Trujillo, al ejército de Morillo, que ahora, sobre un territorio menos extenso, poseía una seria potencialidad, y más con el dominio del litoral venezolano.

Pero entonces, el levantamiento de Riego en enero de 1820, con las fuerzas acantonadas cerca de Cádiz, preparadas para constituir el segundo ejército expedicionario —que ya no pudo partir—, complicó aún más la situación del ejército de Costa Firme, a pesar de que Calzada, con hombres de Quito y Pasto, empezó a amenazar desde el sur a la Nueva Granada.

Lo verdaderamente grave fue la situación de asombro que produjo la sublevación de aquel ejército, cuando estaba a punto de embarcar en Cádiz, puesto que se introducía un efecto de indisciplina que podía generalizarse. Así, el anterior contraste entre el orden del régimen realista y las pugnas anárquicas de los ámbitos de los republicanos se invertía. Con ello, muchos de los que apetecían nostálgicamente la seguridad del régimen real, pensaron, ante la extensión de la sublevación de Riego, en la conveniencia de aceptar la realidad de las nuevas repúblicas.

Por añadidura, Morillo quedó sin esperanzas ya de poder recibir los refuerzos que había reclamado a España, donde se generalizaba el desorden y las sublevaciones, hasta que el propio Monarca llegó a verse acorralado y hubo de someterse, jurando el régimen constitucional.

Por su parte, los patriotas deseaban también armonizar con el Gobierno español, para poder constituir su república. Por ello, el 7 de octubre de 1820, Francisco Antonio Zea presentó al duque de Frías, en Londres, un proyecto sobre una posible federación de Colombia con España, que pronto repudió Bolívar.

Ante la superioridad numérica patriota, en América se llegó ya a pensar —dijo Morillo en un informe al Rey— en «asegurar una retirada lenta y ordenada a un punto fortificado de la costa como Puerto Cabello [...] [o] Cartagena». Todavía en esta situación, el Monarca ordenó a La Habana y a Nueva España que enviaran fuerzas y, mensualmente, subsistencias. Pero la aceptación por Fernando VII del régimen constitucional cambió el signo político, para dar paso a una fase de negociaciones que tendían, según la ilusión de los liberales, a lograr una pacificación que parecía inalcazable, ya que no se preveía por el Gobierno de Madrid el reconocimiento de la independencia. Pero, con todo, se abrió un período de conversaciones entre Bolívar y Morillo, que culminó con la en-

trevista de Santa Ana, en noviembre del mismo 1820, en la que por primera vez se reunieron los dos personajes. La conferencia sólo sirvió para acentuar el debilitamiento del ejército de Costa Firme, ante la certeza de su aislamiento y la desmoralización que de ello se derivaba, pues si en España no se quería hacer la guerra, el ejército no podía recabar esfuerzos patrióticos en las provincias, cuando aparecía el fantasma del abandono. El ejército se convertía, trágicamente, antes de ser vencido, en un islote de resistencia, pendiente de fijarse en alguna parte, pero sin un futuro claro.

El propio general Morillo convino entonces con Bolívar un armisticio temporal por seis meses y, hecho esto, se retiró a la Península. El mando del ejército lo entregó al general Miguel de la Torre, que retenía en Venezuela desde la provincia de Cumaná, al este, todo el área de Caracas, Valencia y Puerto Cabello, en el centro, hasta Coro y Maracaibo, al oeste. Como en el área neogranadina también se retenían las provincias de Santa Marta y Cartagena, la situación permitía esperar acontecimientos, gracias al enlace marítimo que podían mantener los pocos barcos de apoyo que mandaba el capitán de navío Angel Laborde.

Los hombres del ejército realista tenían constantemente tras de sí el convencimiento de que las decisiones que se tomaran no dependían tanto de su esfuerzo como de los puntos de vista que se acordaran a distancia, máxime después de haberse proclamado la Constitución. Por ello La Torre comenzó por comunicarse con Bolívar, instándole a nombrar los comisionados a las Cortes, porque éstos, decían, «harán en Madrid más en un día que nosotros haríamos en un mes». Entendía, pues, que el asunto no era militar, sino político. Y, en enero de 1821 los comisionados por el gobierno de Colombia, José Rafael Revenga y José Tiburcio Echevarría, en Madrid, hacían lo posible para llegar a acuerdos definitivos, nunca alcanzados.

Pero el hecho es que el armisticio había sido aprovechado por Bolívar para concentrar sus fuerzas, constituyendo así una masa operativa importante, formando un gran arco que gravitaba sobre Valencia, e intentando penetrar en el área de los ricos valles, que era la más próspera de Venezuela. El ejército realista se apoyaba en ese mismo centro, pero había que estar atento a defender Caracas, por un lado, y a evitar el avance sobre Valencia, por otro.

En estas condiciones, con los pequeños recursos de guerra llegados en la flotilla que condujo a los comisionados de paz, enviados desde Es-

paña, La Torre tuvo que afrontar la ofensiva que desencadenó Bolívar en busca de una batalla decisiva, que eliminara definitivamente del área al ejército de Costa Firme.

Carabobo

El supuesto deseo patriota de llegar a la paz fue burlado a sólo un mes del armisticio firmado por seis meses. Así, el 28 de enero de 1821 Urdaneta, como dijimos, tomaba Maracaibo y poco después, el 24 de abril, Coro. Este hecho hablaba claro de los felices resultados que debían esperarse en el campo patriota y de su intención de «dar algunos golpes a los españoles para que nos reconozcan», según dijo José Manuel Restrepo a Santander el 5 de mayo de 1821.

En cierto modo, Bolívar justificó también la ruptura del armisticio, pues tres días antes de la primera infracción le hablaba a La Torre sobre el inconveniente del armisticio para Colombia, pues

> el Gobierno español [según comunicaciones de personas respetables] no piensa más que en ganar tiempo para continuar la guerra, quiere decir ganar tiempo para mandar nuevas tropas. Ustedes de un momento a otro pueden recibir un refuerzo de ocho a diez mil hombres [...]

Y hasta entonces nadie les había ofrecido ser «reconocidos como nación y por el contrario muchos nos han afirmado la oposición invencible que existe de parte del Gobierno de España». Consistente con este razonamiento, en el mes de abril, Bolívar propuso la extensión del armisticio de Santa Ana, sujeto a la entrega de «las provincias de Cumaná, [y] Maracaibo con Río Hacha», que no pudieron ser conquistadas precisamente por la suspensión de armas. Pero La Torre rechazó las condiciones a pesar de «desear la paz», según decía.

Negada la extensión del armisticio, Bolívar ejecutó su plan de atacar a La Torre por tres ángulos distintos para obligarle a dispersar su contingente concentrado en Carabobo y así poder batirle en detall, o al menos, reducir las fuerzas concentradas. La estrategia fue un éxito, pues al verse La Torre impedido de batir por separado a las unidades republicanas, cuando tenía que atender la amenaza que podía proceder de Coro por su flanco derecho, y la que apuntaba a Caracas por su flanco izquier-

do, se decidió a atacar rápidamente al propio Bolívar por el centro, que avanzaba amenazadoramente por Boconó al Valle del Yaracuy. Además, la operación de diversión llevada a cabo por Bermúdez impuso a La Torre pasar el grueso de sus tropas hacia el centro y permitió que los distintos bloques del ejército libertador se reunieran. La Torre tuvo, pues, que pasar a la defensiva, concentrándose en torno a Valencia. Así fue como se produjo el decisivo enfrentamiento en los llanos de Carabobo, cuando La Torre se había desprendido de un fuerte contingente, para evitar ser envuelto por el norte, y cuando temía ver cortada su necesaria comunicación con Puerto Cabello. Mientras, en el ala derecha, Morales garantizaba el camino de Valencia, con lo que La Torre quedaba dispuesto para cerrar el paso de Bolívar a esta plaza. El enfrentamiento se produjo en un cambio forzado de posiciones que dio la ventaja al contingente de Bolívar, al darle tiempo a desplegar desde posiciones dominantes. Las fuerzas de uno y otro lado eran casi equivalentes. Bolívar atacó amagando un desbordamiento por la derecha con las fuerzas de Páez, que sostuvieron lo más duro del combate, apoyadas en el momento culminante por la Legión Británica. Morales, con la caballería, no llegó a proteger aquel flanco y La Torre fue derrotado, salvando parte de sus unidades que heroicamente se replegaron hasta refugiarse en Puerto Cabello, lugar que previsoramente había preparado para la resistencia, si la fortuna le era adversa.

Pero la celebrada batalla de Carabobo, librada el 24 de junio de 1821, no fue una victoria patriota definitiva, sino una fase de la guerra, pues tras ella, el Ejército Expedicionario de Costa Firme y los naturales que se incorporaron a él, desde las plazas de Coro[3], Cumaná, Maracaibo y Puerto Cabello, se constituyeron, dirigidos por el general La Torre, en serios, muy serios, centros de resistencia, capaces de desencadenar una dinámica ofensiva.

El propio Bolívar temió tanto las operaciones que pudieran promover que, al emprender su campaña del sur, dejó atrás hombres tan experimentados como Páez, pues sabía de sobra las posibilidades defensivas de la plaza de Puerto Cabello, ya que siendo coronel de la Primera República, mandó en sus castillos hasta que la plaza fue tomada por los realistas. Asdrúbal González, en su trabajo sobre Bolívar en Puerto Cabello, señala muy atinadamente que

[3] T. Pérez Tenreiro, *Los sucesos de Coro en los años de 1821 y 1822*, Caracas, 1972.

> el fracaso de [Bolívar] de 1812 deberá gravitar como una pesadilla para quien aprende en la adversidad [...] Puerto Cabello entrará en la memoria de su comandante Bolívar con un sello de fuego [4].

Por ello, precisamente, al emprender su campaña del sur, como ya dijimos, prescindió de su mejor jefe, el llanero Páez, como prueba de lo que valoraba las posibilidades de La Torre, que además contaba con la Marina Real y el respaldo de Puerto Rico y Cuba.

Mas la desmoralización causada en las filas realistas a consecuencia de la batalla de Carabobo dio paradójicamente un impulso de valor para emprender nuevos proyectos, en vez de arrinconarse. Así, los festejos patriotas por el triunfo pronto fueron contrapesados por las acciones que imprevistamente se produjeron, porque Coro, «el malvado Coro», decía Fernando de Peñalver el 30 de julio de 1821, aludiendo quizá a los acontecimientos de 1812, «ha vuelto a insurreccionarse». Además, los pueblos de los alrededores de Puerto Cabello —adonde el Libertador envió a Rangel a establecer la línea, el 25 de junio, para reunir refuerzos y formalizar el sitio a la plaza— mantenían abierta comunicación y comercio con el Ejército Expedicionario, hasta el extremo de que Jorge Manrique se vio obligado a publicar dos bandos amenazando con pena de muerte a las gentes que socorrieran a los sitiados en Puerto Cabello. No debió de tener esto ningún efecto, pues ante el volumen que debió alcanzar esa relación en el área de Valencia —de las más ricas del país—, los jefes patriotas amenazaron con aplicar la pena de muerte a los cultivadores que tuvieran algún tipo de relación con Puerto Cabello (decreto del 8 de septiembre de 1821). Es más, por todo ello, los jefes de Páez impusieron el abandono de los pueblos fronterizos a sus habitantes, como fue el caso de la Borburata y otros, y también se desplazó a los esclavos de un número indeterminado de haciendas, todo lo cual tuvo que ser impopular, repercutiendo automáticamente en favor de La Torre. El mencionado decreto —para mayor claridad— aludía el «grande comercio que se hace en esos miserables pueblos quienes todo lo pasan a Puerto Cabello». Esto quiere decir que la inquietud, generalizada en el área, no se localizaba exclusivamente en los ámbitos próximos, pues en un informe realista —entre el 24 de diciembre de 1821 y el 24 de febrero de 1822—, se hablaba de que «de Maracaibo confirman el descontento del pueblo, el

[4] A. González, *Bolívar en Puerto Cabello,* Caracas, 1979, pp. 10-11.

sobresalto en que están», con efectos perturbadores para la propia economía del área republicana, pues según se hablaba de los valles de Aragua, «las haciendas se pierden por falta de brazos, los esclavos llamados a la guerra huyen a los montes y hay gruesas partidas»[5]. Los efectos del mantenimiento de Puerto Cabello y más su extensión fueron, pues, muy amplios.

En conclusión, consideramos importante destacar que, en contra de lo previsto, el islote de resistencia de Puerto Cabello no se crea a la espera de poder reunir a la gente que lo deseara para evacuar con ella a las tropas dispersas hacia Puerto Rico o Cuba. Al contrario, la originalidad de este núcleo, que se ampara en las fortificaciones del lugar, va a estar precisamente en que no desea encierro ni lo soporta, como será el caso del Callao, de Ulúa e incluso de Chiloé, sino que el vigor de La Torre proveerá acciones ofensivas, sobre un amplio radio, de lo que hablaremos enseguida, pues Puerto Cabello constituirá un centro de actividad más que un refugio. Esto será la desesperación de Páez y de sus subalternos.

Miguel de la Torre, en Puerto Cabello

La Torre fue un excelente previsor, pues ya antes de Carabobo tuvo prevista la retirada y también la forma de asegurar la plaza de Puerto Cabello —como lugar de defensa y refugio— con «víveres y efectos comestibles» y con el acuartelamiento de «todos los hombres emigrados capaces de tomar las armas», quienes debían presentarse en la comandancia el 1 de junio, para señalarles el lugar a donde debían acudir en un caso de alarma, según el bando que publicó Esteban Díaz Aguado, coronel de los Ejércitos Nacionales y comandante militar jefe político subalterno de la plaza de Puerto Cabello.

En cuanto a los alimentos, en el mismo bando citado, se dispuso que

> todos los que tengan en su poder víveres o efectos de consumo, se presenten dentro de tres horas a hacer de buena fe una manifestación cabal de lo que posean para que precedido su reconocimiento y justiprecio, se les dé a sus propietarios el documento de abono o pagaré

[5] AGI, Caracas, leg. 55. Informe sobre la Evolución realista en Costa Firme entre el 24 de diciembre de 1821 y el 24 de febrero de 1822.

y que el que no lo hiciera sería procesado con todo el rigor que prescriben las leyes. Esta medida no podía ser agradable al vecindario; sin embargo, por el acuartelamiento de los hombres, debió de significar un serio aviso de lo que podría ocurrir al entrar en acción.

También las previsiones de La Torre para el alojamiento de tropas explican el éxito de la retirada de Carabobo, a pesar de hacerlo picado constantemente por las fuerzas que le perseguían. Puerto Cabello era una conclusión y no una improvisación.

Además, La Torre ordenó a Laborde, jefe de la Marina, preparar un plan que permitiera asegurar la plaza. Tal proyecto sabemos que este último lo sometió a una comisión presidida por él, y de la que formaba parte Esteban Díaz de Aguado, por sus conocimientos artilleros; el teniente coronel León de Iturbe, del Estado Mayor, y el capitán Faustino Navarro, comandante de la artillería de la plaza, así como el capitán Juan de Arellano, comandante de ingenieros. Esta reunión de estudio tuvo lugar el 17 de mayo de 1821[6].

En su proyecto, Laborde propuso «construir en el arrabal un frente de fortificación, que preservando dentro de su recinto una parte de esta población, alejase el ataque del enemigo, y asimismo cubriese su único y principal frente terrestre», con lo que la plaza quedaba asegurada con una línea completa, desde el baluarte de San Carlos hasta el de la Princesa, salvando el inconveniente que tenía Puerto Cabello —como todas las plazas americanas— de no contar con protección hacia tierra, por haberse volcado la defensa, siempre, hacia el exterior. También recomendó talar el mangle, para que las fuerzas sutiles realistas pudieran establecer vigilancia en los alrededores.

Establecido con su cuartel general en Puerto Cabello, La Torre se encontraba ante una circunstancia siempre desesperante para un jefe: desconocer cuál había de ser su función en cuanto a los designios superiores y las decisiones que se tomaran en España. Porque no podía saber si su misión sería reembarcarse o, por el contrario, resistir hasta que llegaran refuerzos. Entre tanto había de tomar alguna decisión por su cuenta y no podía ser otra que actuar conforme al código de honor de un militar: mantenerse sobre el terreno a costa de lo que fuera, mientras no tuviera orden superior y concreta de hacer lo contrario, orden que, en las circunstancias en que estaba, sólo podía darle el Gobierno español desde Ma-

[6] MNMs. 1828, f. 4-111. Laborde, *Opúsculo Histórico.*

drid. Por tanto, había de contar con tiempo por delante, y con la necesidad de mejorar su posición, para mantenerse con las mejores posibilidades.

La Torre tomó inmediatamente contacto con Tello en Coro y con Pereira en Caracas. El mensaje a estos jefes fue el mismo: «si usted pudiese sostenerse en ese territorio [...]»[7]. Con la misma premura e instrucción se comunicó con los jefes de los cuerpos de caballería que habían quedado dispersos por Los Llanos, a consecuencia de la batalla. No se olvide que La Torre, desde que concluyó Morillo la recuperación de Nueva Granada, fue enviado a operar en Los Llanos, por lo que contaba con una experiencia en cierto modo equivalente a la de Páez. Esto es lo que explicará su tendencia a extender su acción a esta área. La Torre tomaba estas providencias previendo la inconveniencia de quedar encerrado en la plaza con toda su gente y a merced del enemigo. El segundo paso fue casi alternado con el primero, pues se trataba de la reagrupación de fuerzas para organizar la resistencia.

Por razones diversas, ni Tello ni Pereira pudieron mantenerse en sus posiciones y tuvieron que retirarse a Puerto Cabello, en sucesivas entradas de sus contingentes a la plaza, aunque con pérdida, pues Pereira, por ejemplo, de los 1.600 hombres con que operó, había perdido dos terceras partes. El hermano Nectario María estimó que los hombres que entraron en Puerto Cabello con Pereira fueron 266, mientras Lecuna habla sólo de 200; pero, en definitiva, lo que interesa es que si en julio sólo había reunido La Torre en Puerto Cabello 1.400 hombres, en septiembre ya sumó muchos más, pues en el balance de fuerzas reagrupadas de que informó a Madrid, el 21 de ese mes de 1821, daba un total de 3.134 hombres. Así pues, de los 10.282 con que contaba en mayo de 1821 —en vísperas de Carabobo—, el ejército de Costa Firme había quedado reducido a esos 3.134 hombres después de las reagrupaciones.

Este contingente, claro es, no fue estático, porque tampoco lo fue la actitud de La Torre, que pretendió —en cuanto le fue posible— reiniciar una acción a lo «monteverde», como ya dijimos, pues no se limitó a pensar en encerrarse, sino que procuró actuar con un criterio de res-

[7] AHN, Madrid, Estado, Torrepando. Cuadernillo número 1 de la correspondencia de La Torre al secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, donde también se encuentra, bajo el número 130, el parte de Carabobo dado por La Torre, el 30 de junio de 1821.

ponsabilidad compartida, sabiendo que de nada serviría decidir exclusivamente por cuenta propia. Era además lo que estaba previsto en las Ordenanzas. Así, por un escrito de Laborde conocemos que el jefe realista convocó enseguida una Junta de Guerra en la que estuvieran presentes, según era reglamentario, todos los jefes de cualquier arma que fueran, para «explorar el ánimo y opinión de todos para tomar resoluciones de mayor entidad y trascendencia para lo sucesivo», y que tuvo lugar inmediatamente, el 2 de julio de 1821. Esta junta es, pues, el punto de partida de la acción que comenzaría a desplegarse. Y que pronto haría exclamar a los patriotas que «los realistas en Puerto Cabello tienen varios planes», según decía Páez a Santander, ya el 21 de julio, temiendo sus ofensivas.

Pero Puerto Cabello no sería sólo plaza militar, sino también el refugio por excelencia, donde pudiera salvarse la numerosa emigración que con Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela, trasladó el convoy que condujo la fragata *Ligera,* que arribaba casi al mismo tiempo que entraban las tropas residuales del ejército derrotado en Carabobo, según informó el propio jefe político al secretario del Despacho de la Gobernación de Ultramar el 2 de julio[8].

Según la carta-informe de Correa, las gentes que llevó a Puerto Cabello eran «una muchedumbre de familias sujetas al rigor de la indigencia», lo que obligaba a tomar serias medidas para alimentar a todos. Era otro problema que se acumulaba. Por ello, los víveres serían la máxima preocupación de las autoridades. Así, Aramburu, alcalde de primer voto, a la vez que informaba a La Torre de la entrega de quinientos barriles de harina, caldos, carnes saladas y otros artículos, le solicitaba que pusiese una persona que vigilara y supervisara el reparto de raciones. En el mismo sentido José Alustiza escribía al ministro de Hacienda señalando que «se han ido reteniendo cuanto ha sido posible los víveres de sus surtimientos».

No obstante, Ramón Correa procuró descargar en lo posible aquel contingente y ya «el quinto día» hizo salir de la plaza a todos los que no tenían víveres para seis meses, obligándoles a partir en «veinticuatro horas» para lo que concedió «pasaporte a los empleados de todas las ramas para trasladarse a la isla de Puerto Rico y La Habana», lo que sentía muy dolorosamente, pues suponía, y así lo escribe a Madrid, «una deporta-

[8] AGI, Caracas, leg. 55.

ción cruel», sin embargo necesaria, porque estimaba y daba «como muerta la esperanza de la restauración» y consideraba que cualquier «tentativa y esfuerzo» no haría más que «irritar a los enemigos y aumentar el número de nuestras víctimas».

Estamos a la vista —por lo que expresa Correa— de un criterio derrotista, bien inspirado por la realidad, pero que supone en quien lo expresa, nada menos que el jefe político de la provincia, una postura que no podría armonizarse con la del jefe militar, quien expresaría gran satisfacción porque gracias a Pereira

> que obraba sobre la capital [La Guaira ...] las familias vecinas de la misma ciudad [y] de las de Caracas que habían emigrado a ella [...] y a la ocasión favorable del convoy que se hallaba surto en el puerto, pudieron salvarse.

Sin embargo, y para facilitar el servicio, La Torre hubo de disponer que «salieran [de Puerto Cabello] todos los que no tenían víveres para cuatro meses, ofreciéndoles, en el convoy detenido, transportes gratuitos, como se les cumplió, sin otro apremio y en número de más de dos mil personas se trasladaron a otro territorio». Porque la plaza no podía sobrecargarse.

Ángel Laborde, comandante de las fuerzas navales —que salió de Cádiz con destino a Costa Firme en la mañana del 11 de noviembre de 1820 y que había llegado a La Guaira el 28 de diciembre del mismo año, para suceder a Chacón—, hizo posible ese éxodo venezolano. El 8 de julio partió de Puerto Cabello convoyando a «ocho buques y una fragata inglesa» para desembarcar en total unos 3.000 emigrantes[9]. Conocemos por José Vértiz, alcalde de Mayagüez, en Puerto Rico, que Laborde, a su arribo, solicitó ayuda y gente de mar para completar la tripulación de la fragata *Ligera.* No sabemos si se le concedió, pero es de suponer que sí, pues a otros buques de Costa Firme se les socorrió, según el propio alcalde[10].

Con la pérdida de Caracas y la derrota de Carabobo, Puerto Cabello dejaba de ser una plaza de enlace del centro de Venezuela con La Habana o San Juan, para convertirse fundamentalmente en campo militar,

[9] AB, Expedición a Indias 1821, II, carp. 730.

[10] AGPR, Gobernadores, Marina, caja 278, ent. 183. Sobre la emigración, véase T. Blanco, *Prontuario Histórico de Puerto Rico,* San Juan, 1958, p. 61.

donde lo importante serían las unidades de combatientes que pudieran concentrarse, por lo que la población civil acumulada constituiría no sólo un estorbo, sino también un drenaje de víveres, de ropas y de todo lo necesario para sobrevivir, con los conflictos que, además, podían derivarse de su inactividad. Por eso, al mismo tiempo que La Torre había de atender a la concentración de fuerzas, tenía también que proyectar fuera esos excedentes de población civil que necesitaban protección, por su fidelidad, y que, por ello mismo, no debería exponer a los rigores de un futuro insoslayable: el sitio riguroso.

Así, en Puerto Cabello se establecieron Miguel de la Torre, jefe militar, y Ramón Correa, capitán general y jefe político interino; además de los miembros de la Junta de Pacificación; los comisionados de pacificación, José Sartorio y Juan Barry; el conde de La Granja y José Manuel Lizárraga, individuos de la Diputación Provincial, y otras autoridades y vecinos, quedando así constituida en ciudad-fortaleza al mismo tiempo que en ciudad-burocracia.

Es decir, que en Puerto Cabello se acumulaban combatientes y familias civiles, pero también organismos de los mandos militares del ejército de operaciones y los de la mermada escuadra; así como también los correspondientes a la cabeza ejerciente del mando político en Venezuela y los del organismo creado para entender en el posible acuerdo de pacificación con Bolívar, de todo lo cual se deduce, en este orden, un cuadro de complicaciones perfectamente previsibles, desde el momento en que los objetivos de cada organismo eran distintos y, máxime, cuando para cada uno las exigencias prioritarias correspondían a su campo de actuación, mientras veía como subordinadas las demás.

La llegada de Mourgeón a Puerto Cabello y la propuesta extensión del armisticio

Entre tanto, el 5 de julio de 1821 se producía una novedad impensada: el *Asia* atracó en Puerto Cabello con dos personajes que llegaban destinados desde España y que tenían a cargo misiones de alta responsabilidad. Uno era Juan O'Donojú, que seguiría a la Nueva España para relevar al virrey Apodaca; el otro era el mariscal Juan de la Cruz Mourgeón, que pasaba a hacerse cargo de lo que quedara del virreinato de la Nueva Granada, pues al parecer, cuando partió de España no se tenía no-

ticia exacta de la situación, pensándose que podría establecer su mando en Cartagena, cuando del virreinato de Santa Fe apenas quedaba la provincia de Panamá —por muy poco tiempo— y parte, eso sí, del territorio Quiteño —porque ya se había levantado Guayaquil[11].

O'Donojú continuó su camino, en efecto, a México, sin intervenir para nada en la situación de Puerto Cabello, para encontrarse allí con la sorpresa de que el jefe realista, Agustín Iturbide, había pactado la independencia con los insurgentes, de espaldas al virrey Apodaca. O'Donojú apenas pudo hacer otra cosa que intentar sacar algún partido de la situación, como ya se verá.

Mas, volviendo al caso de Puerto Cabello, es evidente que la llegada de los mandatarios tuvo que ser de un gran efecto, pues tal hecho suponía que el Gobierno español estaba decidido, tras la revolución de Riego, a recuperar su protagonismo en la tierra americana. La Torre era liberal y, por consiguiente, la noticia de que se trataba de volver al armisticio, mientras las Cortes se hacían cargo de la situación, presuponía una decisión resolutoria. Por lo pronto, Mourgeón expresaba por sí solo una resolución de firmeza, como sus actos posteriores lo demostraron, al negarse a pactar en forma alguna con Bolívar, según dice Demetrio Ramos.

Pero precisamente ese decisionismo de Mourgeón tuvo que ser poco grato para La Torre pues, por lo pronto ¿era un jefe superior a él a quien debía acatar, o no? El choque se produjo en ese mismo terreno, cuando Mourgeón le presentó la Orden del 21 de febrero de 1821 para que se le facilitaran medios y auxilios para el cumplimiento de su misión. Tal orden estaba dictada antes de la batalla de Carabobo y por lo tanto, sin suponer las estrecheces que se padecían en Puerto Cabello. Pero el caso era que habiendo partido O'Donojú para Veracruz en la misma nave en que ambos llegaron ¿cómo podría trasladarse Mourgeón, si La Torre no le facilitaba buques y las tropas que reclamaba? La Torre pidió al comandante del *Asia* que esperara a Mourgeón unos días, pero éste se negó a ello. Sin embargo, entregó a la Hacienda «12.000 raciones de armada, en lugar de las 9.000» que acordó facilitar, por lo que La Torre le dio las gracias. Este auxilio era «de absoluta necesidad para el suministro de la tropa», como se expresó.

Pero el caso es que La Torre no disponía de buques. El *Hércules* es-

[11] R. M. Tisnes CMF, «El mariscal don Juan de la Cruz Mourgeón, último virrey de la Nueva Granada», *Ximénez de Quesada,* Bogotá, 1972, núm. 17.

taba en La Habana para ser recorrido, la *Ligera* había salido escoltando el convoy de emigrados, y la corbeta *Aretusa* partió para la Península, por lo que Mourgeón hubo de conformarse con el queche *Hiena,* llegado de La Habana, para que le llevara a Curazao, donde podría encontrar otro medio de transporte más cómodo y amplio, al mismo tiempo que víveres para las tropas que voluntariamente quisieran seguirle. Así, La Torre se desprendió de 250 hombres y de elementos de guerra, con el único consuelo de colaborar con las instrucciones de la Corte de hacer lo posible por mantener Cartagena y Puerto Cabello por encima de todo, según expresó al secretario de Guerra el 30 de julio.

El hábil Mourgeón obtuvo otra ayuda de José Galcerán del Vall —a quien La Torre tenía comisionado en Curazao para conseguir víveres para el ejército—, ya que según informó éste al general en jefe, «le había proporcionado diez mil pesos para habilitarse y seguir a Jamaica». Pero la presencia de Mourgeón tenía efectos encontrados, pues al tiempo que disminuía los recursos realistas, producía un efecto psicológico esperanzador en los ánimos de los realistas, mientras para los republicanos era una amenaza, pues no tenían clara idea de hacia dónde podría dirigirse con su expedición y temían que el objetivo fuera Santa Marta, Cartagena o Panamá. Mourgeón partió de Puerto Cabello el 21 de julio y, después de adquirir en Curazao dos bergantines holandeses, el *Fox* y el *Luisa,* completó sus dotaciones y fuerza, tras su escala en Kingston, de donde partía ya el 5 de agosto de 1821, montando 31 cañones, con un centenar de hombres por tripulación, más 376 soldados, entre ellos venezolanos, llevando vinos y frutos de España, quizás para venderlos en el Istmo y contar así con medios de pago. Los patriotas tuvieron conocimiento enseguida de esa fuerza, con lo que se redoblaron las alarmas, según el aviso que el general Santander pasó a Bolívar el 30 de agosto. Santander aseguró completamente el puerto de Sabanilla, acuarteló las milicias de la provincia de Cartagena y estrechó el cerco de la plaza.

Con no poco acierto, La Torre previó también que ése sería el primer efecto del paso de Mourgeón y que «a la fecha [31 de agosto] se habrá perdido la [plaza] de Cartagena» porque estarán «todas sus fuerzas [las de los patriotas] marítimas y terrestres hacia esta plaza para sitiarla formalmente»[12]. Calculó bien, pues los castillos de Bocachica, esperando los

[12] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8737-3. Cuadernillo núm. 2 de correspondencia de La Torre al secretario del Depacho de Guerra, 31 de agosto de 1821.

socorros de La Habana, hubieron de rendirse el 1 de octubre de 1821, tras heroicos sacrificios[13].

Con Mourgeón llegaron instrucciones claras de Madrid para que La Torre negociara con Bolívar una extensión del armisticio, aunque cuando éstas se dieron, se desconocía la iniciación de las hostilidades y la derrota de Carabobo. Pero La Torre aprovechó estas instrucciones para entrar en conversaciones con Bolívar —que se le había adelantado a proponer una extensión del armisticio— y lo que aceptaba a cambio de la devolución del terreno comprendido «del Magdalena a la Villa de Cura, Victoria y línea recta al mar, feneciendo en Chuao». Por añadidura, La Torre decía que «si se denegase totalmente cualquiera de estas dos líneas, se hará por última proposición la ocupación de Coro por las tropas nacionales» y que la plaza de Cumaná tendría por línea «cinco leguas de su circunferencia». Por lo que se ve, La Torre trataba de proteger las guerrillas que para él eran ahora de máximo interés, tendiendo a su reagrupación en el territorio donde actuaran.

Lógicamente, no se llegó a extender el armisticio, como se pretendió, e incluso los patriotas calificaron de «insolencia» la solicitud de La Torre.

Simultáneamente, con la ruptura de las conversaciones del armisticio, se fraguaba otro problema —también por falta de entendimiento— respecto al canje de prisioneros, a causa de las capitulaciones de Pereira, lo que sería motivo de diversas comunicaciones entre La Torre y Bolívar.

El bloqueo a los puertos insurgentes

Bien conocía La Torre que su superioridad y capacidad estaban en el dominio de la costa, por lo que, sin descuidar las operaciones por tierra, ordenó una ofensiva para impedir que se comerciase en los puertos en poder de los insurgentes. Con esta medida, que no era nueva, podría monopolizar el tráfico con las islas, en beneficio de Puerto Cabello. Forzosamente tenemos que relacionar esta disposición con la necesidad de aprovisionamientos, pues el bloqueo condicionaba el comercio con el enemigo a un evidente riesgo, encareciendo los fletes y dificultando el funcionamiento normal de la economía. Por otra parte atraía a los mercaderes

[13] *Documentos para la Historia de Cartagena,* Bogotá, 1883, vol. I.

de las Pequeñas Antillas hacia una colaboración, que podía consistir en préstamos o suministros de armamento, que de esa manera se restaban a los otros puertos. Pero lo fundamental estaba en que la declaración de bloqueo permitía las capturas, con el doble beneficio que suponían los géneros capturados, siempre útil para quienes habían de ser parte en su reparto, pero sobre todo por lo que suponía en cuanto a la toma de naves, siempre que fueran aprovechables por el estado del casco y artillería que portara.

La Torre reanudó el 6 de junio el bloqueo a los puertos[14], al mismo tiempo que persiguió a los corsarios e intensificó la práctica de armar corsarios particulares, como Manuel María Maratón[15] —del que tenemos un amplio memorial con anejos en el Achivo General de Puerto Rico—, y de guerra, como Manuel de Aguete, que «operaba contra los disidentes de Costa Firme». En 1817 el bloqueo comprendió sólo a los puertos de Maracaibo, Coro y Barcelona, pero La Torre ahora añadía La Guaira, con la «parte de costa que la comprende», según lo avisaba a los almirantes y gobernadores de las islas, para que «sus bienes no sean confiscados». La Torre advertía también que el bloqueo entraría en vigor a los 15 días, comenzándose a contar desde el 29 de julio de 1821, en que daba este decreto. Esta extensión del área de bloqueo constituía, más bien, una forma de amenaza, pues dada la escasez de fuerzas navales, su efectividad sería cuestión de habilidad y suerte.

El bloqueo tendría dificultades, pues Pablo Rodolfo Cantzlaar, gobernador de Curazao, lo violó y para obligar a que se anulara, decía a La Torre el 21 de diciembre, que éste no existía, de *facto,* por lo que «no tiene que ser respetado por neutrales a su propio perjuicio y al beneficio de Puerto Cabello». Así, demostraba su actitud abiertamente proteccionista, la que mantuvo con cualquier aparente pretexto, pues según indicaba, la nación que decreta el bloqueo es la que debe hacerlo cumplir.

Pero la marina de Laborde no podía vigilar toda la costa, según se desprende del estado general de los buques, de los oficiales facultativos, infantes de marina, artilleros y marinería, de lo que informó Juan Vigodet, jefe interino del Apostadero de Puerto Cabello, el 30 de noviembre

[14] AB, Expedic. a Indias, 1822, III, carp. 754. Oficio de Laborde al ministro de Marina, fragata *Ligera,* surta en Puerto Cabello, 17 de febrero de 1822.

[15] De quien tenemos un amplio memorial en *AGPR,* Gobernadores, Cónsules, Curazao, caja 27.

de 1821 —cuando además daba cuenta de que el comodoro Daniels había facilitado a los insurgentes «una fragata de 34 cañones y una corbeta» que había de conducir de los Estados Unidos.

Los buques con que se contaba en Puerto Cabello eran la fragata *Ligera* —que había vuelto—, en la que Laborde enarbolaba su estandarte, con 4 oficiales de la armada, 1 guardiamarina, 3 pilotos, 75 infantes de Marina, 20 artilleros y 162 hombres de marinería. Se armaba de 28 cañones de a 18, y 16 de a 6, amén de algún pedrero. Pero su estado en noviembre no era demasiado útil, por lo que se encontraba carenando en el apostadero.

Peor era el caso de la corbeta *Bailén,* comandada por el teniente de navío Manuel María de Acosta, que en noviembre tenía dos oficiales, más 33 infantes de marina, 4 artilleros y 28 marineros. Su habilitación había sido suspendida para poder atender a la carena de la *Ligera.* El bergantín *Hércules,* de 20 cañones, era una pequeña nave mandada por el teniente de navío Martín Mendoza, con 2 oficiales, 2 pilotos, 37 infantes de marina, 14 artilleros y 73 marineros. La goleta *Morillo,* mandada por el alférez de fragata José Montojo, no tenía más oficiales a bordo y contaba con unas posibilidades de combate mínimas. En noviembre se estaba armando para la expedición a Coro.

Las guarniciones de la *Ligera* y el *Hércules* eran de Infantería de Marina, a excepción de unos 14 hombres del Barbastro que se embarcaron para completar. En los otros buques había hombres del Barbastro y del Hostalrich. De éste, La Torre pidió 1 oficial, 2 sargentos, 2 cabos, 1 tambor y 39 soldados, para guarnecer la goleta *Morillo.* Del Valencey pasó Juan Corredor, marinero procedente de la *Bailén.*

Pero más grave que el problema de las dotaciones era el estado de los buques, pues todos hacían agua, aunque podían navegar, aparte de tener muchos elementos de media vida y necesitar recorrerse parte del velamen. Los repuestos estaban consumidos, al punto que los existentes en la corbeta *Bailén* eran realmente de depósito y su destino era el apostadero.

Aparte de los buques mayores, Laborde contaba en noviembre con el pailebot *Conejo* y con las flecheras que se hallaban con sólo lo preciso para su manejo, pero faltas de gente y con pocos recursos, como la flechera *Guaireña,* el místico *Hércules* y el esquife *Magdalena.*

Laborde reforzó considerablemente estas embarcaciones entre los meses de noviembre y diciembre. Además, en los dos primeros meses de

1822 la suerte aumentó el número de buques, pues el comandante general de la Península de Paraguaná participó a La Torre, el 28 de enero de 1822, que «se hallaron varadas en los bajos de Aricuta dos flecheras enemigas nombradas *La Mora* y la *Carupanera,* ambas de las mayores dimensiones y de las que antes formaba la escuadrilla sutil de Cumaná». Estas embarcaciones habían sufrido daños, pues *La Mora* dio en los bajos y se destrozó y la *Carupanera* sufrió en la proa. Sin embargo, aún servirían. Las tripulaciones de estos dos buques fueron «conducidas prisioneras a La Vela de Coro» —ya en poder realista como veremos— y Laborde fue con el *Hércules* y condujo a Puerto Cabello las dos embarcaciones con los «56 individuos de los cuales 44 han tomado voluntariamente partido en nuestras flecheras en las que la mayor parte de ellos habían anteriormente servido».

Esta marinería —decía Laborde— se distinguía con el nombre de *güayqueries,* tomado de la casta de indios que habitaban primitivamente en Cumaná, de donde eran naturales. El grupo —decía— es «sumamente apreciable» para el servicio, ya que si no tenían suficiente disciplina para otra clase de buques que los hiciera pasar la noche fuera del suelo patrio, para las flecheras, en cambio, tenían suficiente capacidad. Así éstos reforzaron las flecheras *Guaireña* y *Hércules,* además de la *Nuestra Señora del Valle,* que Laborde acababa de habilitar y no encontraba cómo dotarla de marinería. Este corto auxilio, diría Laborde, «nos ha sido muy ventajoso» porque «se han dividido en los tres buques dichos para destruir toda idea de asociación y partido». Con esto se evitaba una posible deserción en masa.

Pero el bloqueo, siempre en tela de juicio, apenas tuvo efectividad, aunque las capturas siguieron practicándose en los primeros meses de 1822 con éxitos importantes. Por ejemplo, en el mes de abril de ese año, el teniente de navío Martín de Mendoza, con el bergantín *Hércules,* apresó al bergantín *Calipso,* con un cargamento valiosísimo y tan elevado que sirvió como remedio, por sus víveres y recursos, a Puerto Cabello en aquel momento. Por la generosidad de la tripulación, no se hizo el habitual reparto, sino que cedió sus derechos ante la imperiosa necesidad de alimentos.

No fue ésta la única presa importante, pues no fue menor el éxito que tuvo Laborde con el botín de la goleta *Antelope,* capturada el 26 de junio de 1822, cuando las posiciones de los patriotas en el sitio eran de estrecho asedio. La carga era de tal naturaleza, en víveres y dinero, que

fue como un maná de refresco para la angustiada situación[16], pues hasta elementos de guerra se descargaron, según informó Laborde.

Ésa fue la última presa importante de que hay constancia —luego hablaremos de las de Maracaibo—, aparte de que ya en esas fechas el pretendido bloqueo había fracasado, pues como resultado de los intereses comerciales implicados

> la Inglaterra, el 23 de abril [concedía] la admisión y protección de nuestra bandera —decía Montilla a Santander el 30 de junio de 1822— en todos los puertos de la Nación [inglesa], todo a petición de los principales banqueros de Londres.

Por consiguiente, Jamaica y las Antillas Británicas dejaban de ser observadoras. Y esto prácticamente —en opinión de White— era «equivalente a un reconocimiento formal de independencia»[17].

La reconquista de Paraguaná y Coro

Desde el mismo mes de julio, La Torre debió atender situaciones tan disímiles como poner la plaza en estado de defensa, organizar la hacienda, proveer alojamientos para militares y civiles, atender los hospitales, enviar comisiones en busca de socorro a las islas vecinas, Cuba y Puerto Rico, como también a Estados Unidos, a Nueva España y a la Península, reunir a los dispersos, convoyar a los emigrados, establecer el bloqueo a los puertos ocupados por los patriotas, amén de acudir a las dificultades gestadas por el sistema de gobierno constitucional, que no se entendía bien y que ahora se agravaba en Puerto Cabello por la superposición de funciones entre las autoridades de la plaza.

La Torre, al mismo tiempo que despachaba piquetes para recuperar dispersos, comisionaba a Curazao a Manuel Junquito, que había sido gobernador de Maracaibo, igual que lo había sido ya desde principios de 1821 José Galcerán del Vall y como meses más tarde le ocurrió a Morales. Entre tanto, La Torre envió a Martinica a su cuñado, Manuel Vega. A La Habana ya había comisionado el 28 de enero de 1821 a Francisco

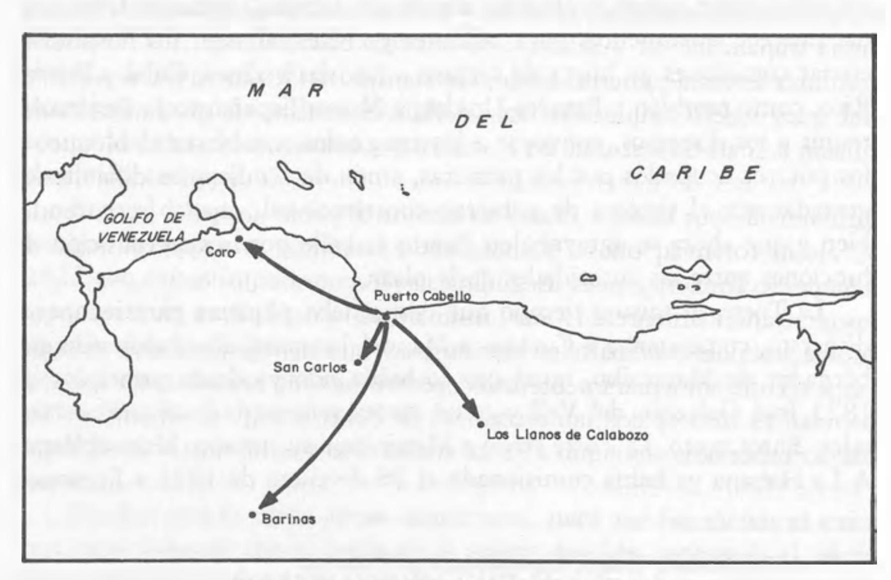
[16] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8734-107.

[17] Arch. S., vol. VIII, p. 302. Carta de W. White a Santander, Caracas, 6 de julio de 1822.

Gárate y su actividad le valió la felicitación de la Junta de Pacificación, el 10 de marzo de 1822, a pesar de haber obtenido tan sólo «2.000 barriles de harina y 500 piezas de crea [especie de lino]». Después comisionó a Feliciano Montenegro y a Diego Alegría, como también a Mariano Sixto, intendente nombrado de Puerto Cabello, quien gestionó socorros antes de pasar a Costa Firme, pero sin resultados significativos. A Puerto Rico fue comisionado Antonio Baura, y a Estados Unidos, Francisco Vives.

A la Península envió La Torre a José Domingo Díaz, quien hizo escala en Puerto Rico y siguió a España, portando un cajoncito con siete pliegos, dos de ellos para el secretario de Estado y del Despacho de la Guerra y tres para Morillo, lo que quiere decir que buscaba su intercesión.

También en el mes de julio debió reorganizar la fuerza para la formación de expediciones, que se convertirían en amenazantes divisiones al engrosarse con los nativos del país en los caminos por los que atravesaban. La Torre procedió a la salida de estas expediciones para no dejarse acorralar en la plaza y para que ellas presionaran a los sitiadores y les obligaran a levantar su asedio. Como se ve, comenzó por desplegar una actividad increíble para convertir la plaza en punto de partida.



Expediciones proyectadas por La Torre.

Las expediciones que La Torre proyectó apuntaban a Coro, Los Llanos de Calabozo, San Carlos y Barinas. A partir del 2 de julio comenzó la salida de fuerzas de Puerto Cabello que cumplieron con las rutas determinadas. Es más, aún mandó otras expediciones a Barquisimeto, Valencia y La Guaira, coronando todas ellas con la realizada a la provincia de Paraguaná, a cuya cabeza se puso el general en jefe, para garantizar el éxito. Con la mayor satisfacción, La Torre escribió a las autoridades de Madrid informando el triunfo de su expedición: «embarcándome el 12 del corriente (diciembre de 1821) con 400 plazas en el bergantín de guerra *Hércules,* la goleta *Morillo* y cuatro transportes corsarios, logrando desembarcar con toda felicidad la noche del 14 a 15 en el Surgidero de Los Taques, península de Paraguaná».

Tras el desembarco, La Torre emprendió una rápida marcha a Baraibed. Los patriotas concentrados allí «evacuaron el fuerte y el pueblo» y muchos desertaron y se unieron a sus filas. Inmediatamente se comunicó con Manuel Carrerá y Colina, quien —tras la frustrada expedición de Tello a Coro por las diferencias de este jefe con Inchauspe— fue nombrado gobernador de Coro y encabezaba los escritos de los fieles corianos que pedían llegara este momento, para ordenarle que marchara prontamente a su encuentro y que le proveyera «el ganado indispensable al suministro de la tropa».

Los efectos de guerra debían ser transportados por tierra y por mar del puerto del Cayude a la boca del Tanque. Laborde encomendó esta misión a Juan Gavasso, quien el día 20 de diciembre ya estaba en el Cayude después de haber pasado grandes peligros. Carrerá, quien debía aproximarse por tierra a Coro en esa misma fecha, no había aún llegado y sólo logró enviar unos 200 hombres. Sin embargo, esto no impidió el avance de La Torre, pues asegurada la retaguardia de Paraguaná, pudo entrar tranquilamente en Coro, puso sitio al pueblo de La Vela y organizó a los fieles del país, en una unidad que denominó *Leales de Coro.*

La Torre inmediatamente se ocupó también de organizar las comandancias que le respaldarían y con las que cubriría toda la provincia e incluso desbordaría los límites de la misma. Así estableció las comandancias de Mitare, Urumaco y Pedregal; Bojoro, Seque, Casigua y San Félix; Capatárida, Zazárida y Dabajuro; Cambure, Pecaya y Agua Larga, entre otras.

El 2 de enero de 1822 La Torre estaba resuelto a marchar sobre La Vela de Coro. El 3 se puso en marcha, con 700 hombres. La Vela estaba

guarnecida por 800 hombres de caballería, infantería y artillería, distribuidos en cinco fuertes con 22 piezas de diversos calibres y tres buques acorazados. No obstante, el día 4, La Torre intimó rendición a los patriotas, quienes se negaron a entregarse. El 5 reforzó sus posiciones, y el 6 y 7 logró cortar la comunicación de una de las casas fuertes con las demás. Ese mismo día 7 ya los buques de Gavasso estaban anclados y a la vista de los patriotas, que quedaban acorralados. Por ello La Torre nuevamente los invitó a rendirse. No viendo mayores posibilidades, Juan Gómez, jefe patriota, firmó la capitulación el 9 de enero de 1822. Con esto, Coro y Cumarebo quedaban libres de los independientes. El general se apresuró a dar cuenta del éxito tanto a Morales, como también al secretario universal de Guerra, en parte que cursó el mismo 11 de enero de 1822[18].

La Torre pensó quedarse en Coro, pero debió pasar a Puerto Cabello para arreglar asuntos del servicio, por lo que dejó grupos operativos para que mantuvieran defendido el territorio conquistado. Entró en Puerto Cabello el 4 de febrero de 1822. En el camino de regreso vio favorecida su idea sobre las nuevas operaciones que podían emprenderse, por la actitud favorable de las gentes del país hacia el Rey.

Posteriormente, La Torre agradeció a Laborde que le hubiera acompañado personalmente y que hubiera elegido punto tan estratégico de desembarco de la expedición, pues de haberlo hecho en el puerto de Cumarebo —que dominaban los patriotas desde La Vela—, o sobre la costa oriental de la Península de Paraguaná —donde también estaban prevenidos—, el éxito pudiera no haber sido tan seguro. Así, Laborde se decidió por el camino más largo para presentarse por donde menos podía pensarse, sorprendiendo con ello a los independientes.

El efecto de la salida de La Torre de Puerto Cabello dio frutos inmediatos, dijo Morales —quien quedó interinamente al mando—, pues los sitiadores:

> desaparecieron de sus cercanías y se replegaron sobre Valencia —con cuyo motivo pudo proveerse diariamente víveres frescos y desahogarse el pueblo y guarnición por sus campos, conteniéndose las enfermedades que había.

[18] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg . 8737-3. Como también en Oficio a Morales desde La Vela de Coro del mismo día en leg. 8722-294.

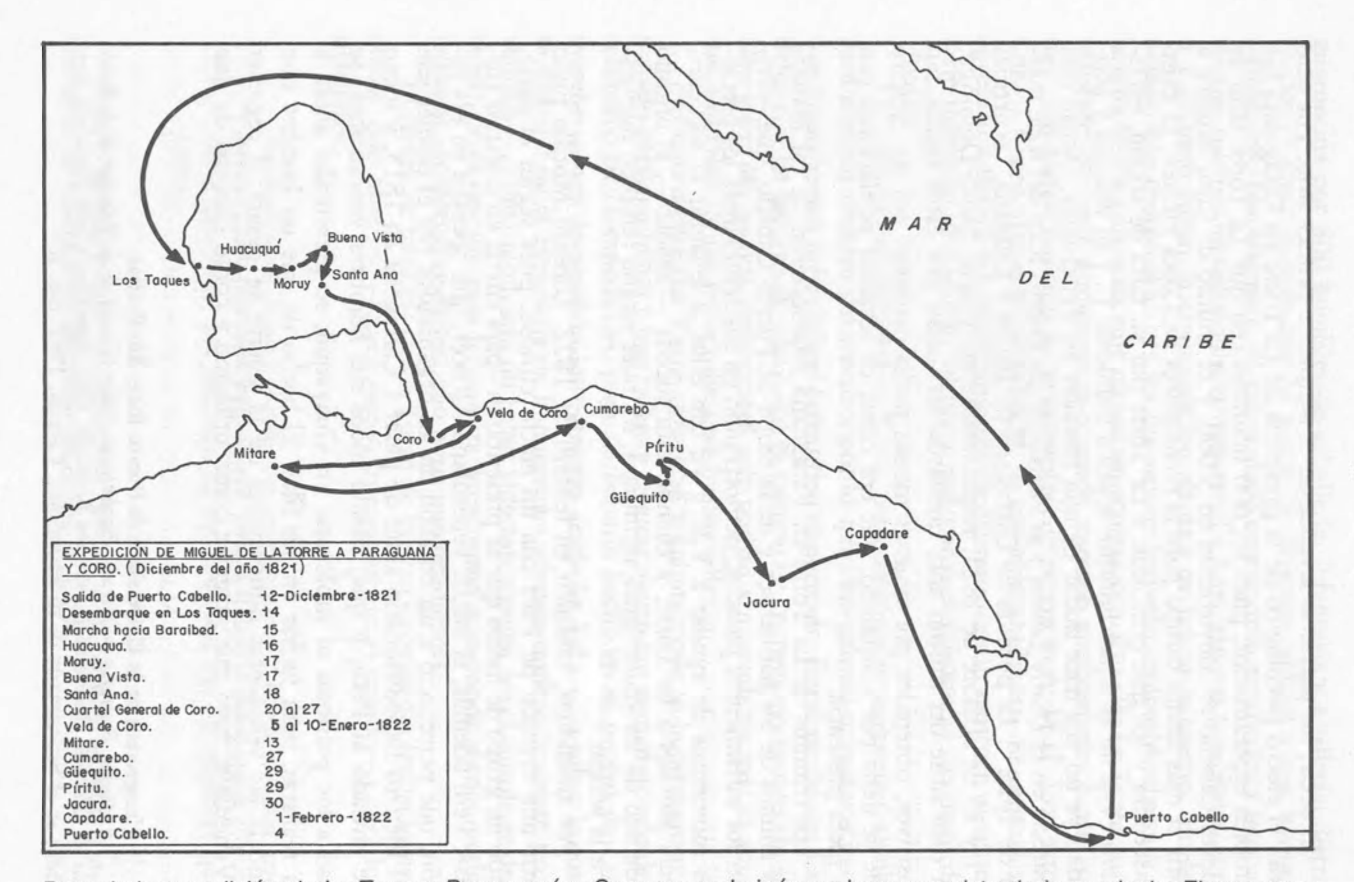
Es decir, los patriotas levantaron el incipiente primer sitio. Por otro lado, el efecto psicológico de la presencia de La Torre en Paraguaná fue también esperanzador, pues los 600 hombres con que La Torre salió de Puerto Cabello se convirtieron en 3.000, y el triunfo de Coro «vuelve a abrir el más ancho campo para la reconquista de Costa Firme». El éxito trascendió y los que criticaron a La Torre por su falta de acción, exclamaron «ya no es aquel hombre apático indolente [...] su energía y actividad ya no nos hace dudar de una reacción en Venezuela», escrito que apareció en el *Diario Liberal y de Variedades* de Puerto Rico del 8 de marzo de 1822[19]. La pérdida de Cartagena de Indias y Cumaná[20] ocurridas el 1 y 15 de octubre de 1821, respectivamente, y la de Santo Domingo, en diciembre del mismo año, quedaron atenuadas por estos signos tan positivos, obtenidos por quienes menos podía pensarse: por un ejército que se daba por aniquilado, que era capaz de levantar poblaciones con su mera presencia.

Los triunfos de La Torre en Paraguaná enardecieron de tal manera los ánimos de los habitantes y de la tropa de Puerto Cabello, que «olvidan los sufrimientos pasados, demostrando en sus semblantes los preciosos momentos de ayudar a V.E. y yo con ellos, a levantar el edificio», decía Morales a La Torre, y cuando esto suceda —añadía—, el orgullo indebido de los «enemigos» terminará. Morales estaba también dispuesto a la acción.

Por añadidura, también en febrero de 1822, Lorenzo Morillo pudo batir una división de Páez con un efecto curioso, pues según el parte, hubo un grupo de indios que se presentaron «para entrar en nuestras tropas». Pero además, el oficial venezolano Alcocer, que operaba en esa región, que perteneció a un batallón de los organizados por el primer jefe del Ejército Expedicionario antes de pasar a Cartagena en 1815, y luego fue enviado al Perú, y que, siendo todos sus hombres venezolanos, se pasó a los patriotas al sublevarse en Guayaquil, se presentaba ahora a los realistas, para luchar en sus filas. El hecho de que un hombre que conocía las verdaderas dimensiones de la guerra se pasara al regresar a Venezuela, tuvo que juzgarse como utilísimo y como síntoma de que

[19] Hemeroteca de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

[20] F. Mejía, *Biografía militar del Excelentísimo Señor General de los Ejércitos de la República de Colombia, Benemérito J. Francisco Bermúdez*, obra homenaje a José Francisco Bermúdez en el bicentenario de su nacimiento, Caracas, 1982, cap. II.



Ruta de la expedición de La Torre a Paraguaná y Coro que culminó con la reconquista de la provincia. El regreso a Puerto Cabello.

el triunfo de Bolívar no era tan seguro en el sur, como quería creerse.

Así, La Torre, que regresó a Puerto Cabello con la intención de pasar sólo unos días para volver hasta San Carlos y establecer su soñado plan de soldadura de Puerto Cabello y Coro por Barquisimeto, ordenó a su segundo, Morales, que «poniéndose a la cabeza de los cuerpos que existen», los aumentara cuanto lo permitieran las fuerzas con que se contaba y el estado de recursos del país. Para lo que «obrará V.S. [le decía La Torre] con la libertad que exige la distancia en que nos hallamos y rapidez que requieran las operaciones». Morales debía partir en el bergantín de guerra *Hércules,* al punto «que designé [decía La Torre] que naturalmente es el de Río Tocuyo» porque allí he dejado a Manuel Lorenzo con tropas. Éste debía salir y unirse a los grupos operativos que ocupaban estos lugares.

De haber resultado, el plan hubiera sido perfecto, porque la plaza quedaría suministrada de todo lo necesario y en la mejor forma para hostilizar a los enemigos. A pesar de que esto no se logró, Morales con su segundo, Juan Tello —muy conocedor del área de Coro—, obtuvo grandes triunfos: bloqueó por dos veces Maracaibo y habiendo interrumpido el primer bloqueo el 24 de abril de 1822, para ir a La Vela de Coro en busca de Piñango, quien oprimía al pueblo, volvió a Maracaibo y estableció el segundo bloqueo. En Dabajuro y en acciones subsiguientes derrotó y dispersó a los patriotas, dejando libre Coro y todo el territorio hasta Maracaibo. Sintetizamos las acciones, a partir de su salida de Puerto Cabello el 23 de febrero de 1822 en la lámina de la página anterior. El segundo triunfo de Morales en Dabajuro, dos meses después, debió hacer creer que poco debían esperar ya los independientes en aquella provincia.

Síntomas esperanzadores realistas

Pocos días antes de llegar La Torre a Puerto Cabello tomaban posesión el jefe superior político, el famoso marqués de Casa León, y el intendente de Hacienda, Mariano Sixto, en sustitución de Ramón Correa y de Diego Fermín de Alegría, ambos interinos. Alegría había actuado con el mayor celo en el año 1821 y extendió valiosos informes que reflejan la actividad que desempeñó para atender los hospitales, obras de

defensa, servicios a la población emigrante y, sobre todo, a la administración efectiva[21]. El signo esperanzador de los nuevos nombramientos pronto se tornó sombrío, pues estos funcionarios discreparon de los existentes y entre sí, quizá por su afán de acomodar sus actos a la Constitución, cuando apenas ésta podía entenderse.

Por otra parte, la existencia de numerario estaba mano a mano con el poder adquisitivo de la Hacienda que, por la prohibición de girar letras contra La Habana, llevó a La Torre y a los miembros de la Junta de Pacificación a protestar enérgicamente mediante el memorial del 22 de marzo de 1822, dirigido a las Cortes, que comenzaba con harta dureza: «apurados todos los recursos... sólo quedaba la esperanza de que el Gobierno socorriera» pero esta esperanza terminó —decía el preámbulo del memorial— con la orden del 1 de octubre, estableciendo «que por ningún término ni motivo las Autoridades de Ultramar giren Libranzas contra la Tesorería General de la Nación», en el concepto de que no serían satisfechas. Porque cerrado el crédito con que se habían conseguido recursos de particulares, de las colonias extranjeras y del ministro plenipotenciario en el Gobierno de Estados Unidos de América, nada podía esperarse, pues careciendo de fondos, era lo mismo —decía el memorial— que la lectura de una sentencia para el reo que es conducido al patíbulo.» La medida fue considerada injusta por la Junta de Pacificación, por lo que ésta solicitaba «suspender entre tanto la ejecución de dicha orden» para no quedar privados de toda ayuda.

Mientras se tomaba la decisión en las Cortes, La Torre celebró dos sesiones de la Junta de Pacificación, con el fin de solicitar gracias especiales para los que hicieran contratas con ellos, bajo «las garantías de las fincas nacionales que eligiesen y subastación de estas mismas». También se acordó pedir al Ayuntamiento 12.000 pesos para sufragar la contrata de Manuel María Maratón, del comercio de Puerto Cabello y el único que se había presentado «a proveer la plaza y marina, dando 3.500 raciones diarias por el término de seis meses». Maratón pedía esta cantidad en metálico, porque no había podido cobrar las letras giradas a su favor y carecía de los fondos necesarios para emprender su empresa.

La contrata de Maratón tuvo un sinnúmero de dificultades desde su comienzo. Ya en Puerto Cabello no pudo firmarla el día señalado —por

[21] Así lo certificaron las autoridades de Puerto Cabello. Véase AGI, Caracas, leg. 499, Anejo número 3.

estar encarcelado por el alcalde de segunda nominación— hasta que La Torre intercedió enérgicamente, para que el alcalde no obstruyera la única contrata que remediaría la escasísima dotación de víveres de la plaza. La situación generada provocó entre las autoridades una crisis que duró tres días y llevó a dimitir al jefe superior político y a las autoridades del Cabildo, al tiempo que Páez, el 15 de abril de 1822, se asomaba amenazante ante la plaza para organizar su segundo y más riguroso sitio. Ante esta amenaza los renunciantes decidieron colaborar y someterse al plan de defensa de La Torre.

Sitios a Puerto Cabello

El primer sitio —de los cuatro que sufrió la plaza según consta en la hoja de servicios del capitán Miguel López[22], ayudante del comandante del castillo de San Carlos— fue encargado por el Libertador al coronel Rangel, al día siguiente del triunfo patriota de Carabobo, y el 26 quedó formado, aunque de manera irregular porque necesitaba refuerzos para estrecharlo. Ya hemos visto su desenlace.

El nuevo sitio se inició después de que Maratón partiera con el *Hércules* a Curazao, dejando la *Ligera,* inmovilizada por rotura del palo mayor, circunstancia que aprovecharon las fuerzas de Páez para tomar el fondeadero de Isla Larga, lo que suponía un serio peligro para la entrada de víveres. La Torre confiaba en que la *Ligera* estaría lista en ocho días, porque como se había pagado a los de la maestranza, éstos ponían gran actividad.

Respecto al sitio por tierra, el general en jefe escribía a Morales que Páez había llegado a Puerto Cabello desde Valencia; pero no estaba informado del número de fuerzas que tenía, aunque sabía que el 16 de abril ocupaba «el playón y casas primeras del pueblo exterior, y su intención parece ser la de tomar la Vigía», por lo que el general pedía a Morales que:

> si por Maracaibo no espera V. algún movimiento que le imponga, convendría que operase sobre el interior para llamar la atención de Páez y libertar la plaza, porque las tropas que la guarnecen son pocas con motivo de las enfermedades que aún la afligen y el Navarra apenas cuenta con 100 hombres disponibles.

[22] AGPR, Gob., Premios 1836, caja 246, ent. 152-153.

A la escasez del Navarra debía sumarse la merma de los de artillería, que según el informe del subinspector de la misma, del 11 de abril, había tenido que dar por inútiles enteramente a «44 artilleros», además de haber dado a la Marina doce, con lo que quedaban reducidas las compañías de la brigada a un número infinitamente menor del preciso para el servicio de las muchas piezas que se hallan montadas y en disposición de hacer fuego. Por ello, el subintendente pedía a La Torre el 13 de abril de 1822 que se completara este cuerpo con la compañía de milicias y éste instó al jefe superior político a «mover el ánimo» para el alistamiento.

Mientras, Páez pernoctó con sus tropas en San Esteban, distante menos de una legua de la plaza, y a las tres de la mañana del 16 de abril marchó sobre Puerto Cabello, ocupó con una columna todo el pueblo exterior, sufriendo los fuegos de las baterías del pueblo interior y los del Solano. Este fuerte se sostuvo vigorosamente; pero a las seis de la mañana los realistas lo abandonaron ante la gran fuerza de Páez. Este contramarchó entonces a San Esteban, proyectando situarse el 17 de abril en Borburata para obstruir la frecuente comunicación en la plaza con este pueblo y destruir los abundantes recursos de toda especie de víveres que diariamente les introducían. Tal como lo planificó lo hizo y, pasando por frente de la plaza, se situó en la Borburata al amanecer[23]. Pero como habían abandonado el Trincherón —que quedaba a espaldas de Borburata, donde estaba Páez— el 17 de abril por la noche, para defenderlo fácilmente con sus fuerzas sutiles, La Torre situó éstas en un caño que tenía a su frente, para impedir los movimientos patriotas sobre la plaza. Enterado Páez de ello, el 18 mandó ocupar el fuerte con una pequeña columna, lo que lograron a pesar del fuego que de Puerto Cabello les hicieron el 19. Dueño Páez del Trincherón, estableció en él su cuartel general, con lo cual dificultó la entrada de recursos de esta zona, según parte de Páez a la Comandancia Militar, fechado el 20 de abril.

Ante el asedio inminente, La Torre ordenó al capitán del puerto que alistara gente marinera y al comandante del apostadero le envió el bando que debía publicar a las cuatro de esta tarde, 22 de abril, para la seguridad de la plaza, puerto y apostadero. Pero además eliminó blancos fáciles, como lo era la lápida de la Constitución, colocada en el pueblo

[23] Archivo Páez (Arch. P.), Parte de Páez a la Comandancia Militar de Venezuela, Cuartel General del Trincherón, tomo II, pp. 68-70, 20 de abril de 1822.

exterior, pues de lo contrario sería destruida por los fuegos enemigos. En esta ocasión la colaboración de Casa León y el Ayuntamiento fue impecable. Como ejemplos, ya el 20 de abril contestaban a La Torre «que sin pérdida de tiempo» se quitaría la lápida y se depositaría, mientras se tuvieran caudales, «en las casas consistoriales» dando libertad a La Torre para que demoliera también la pirámide. Ese mismo día Casa León y el Ayuntamiento respondieron a La Torre que cinco vecinos «pusieron a disposición del Gobierno los 160 barriles de harina, y 13 de galleta» y que se determinó «reemplazar las bajas de la compañía de milicia de Artillería»[24].

También el día 20 La Torre contestaba al jefe superior político sobre si podía dar pasaportes a los paisanos indistintamente, ordenándole que lo hiciera solamente a «los que por sus achaques conocidos o ancianidad los solicitan», porque éstos no podrían concurrir a la defensa. Pero el general especificaba que si tenían bienes, los debían dejar en poder de un agente para socorrer las urgencias y necesidades de la plaza, y si exigían la libertad de extraerlos, se les negase. La medida se ajustaba a las previsiones que La Torre debía tomar ante el tiempo que se avecinaba y para cubrir las limitaciones que tenía el intendente en los presupuestos estimados por las distintas compañías. Sólo el comandante de Ingenieros y Artillería debía reconstruir las fortificaciones y poner las piezas en estado de defensa, acondicionar el hospital y otros puntos. Pero el intendente no tenía fondos, por lo que La Torre ofició al jefe superior político y, en términos fuertes, le dijo: «no hallándonos ya en el caso de guardar contemplaciones [...] debe obligarse a los vecinos a sacrificarse por la plaza», y por tanto, debería dictar las providencias para que se facilitaran al intendente 1.500 pesos, ya fuera «en su totalidad o por partes, voluntarias o forzosamente, sin excepción de persona, en clase de donativo o en calidad de reintegro, y si el ilustre Ayuntamiento quiere satisfacer a los contribuyentes de su legítima inversión, podrán nombrar un individuo de su seno o del pueblo que intervenga en los pagos, poniendo yo el dése en los respectivos documentos; y dispondré además que los gastos se limiten a lo absolutamente preciso».

Con ello, La Torre tomaba la responsabilidad que el Ayuntamiento decía no poder asumir: «imponer ni exigir contribuciones del pueblo»,

[24] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8726-4. Oficios de La Torre al comandante del Apostadero fechados el 18, 19, 22 y 24 de abril de 1822.

como le informó al jefe superior político el 23 de abril, con orden de que el Ayuntamiento consiguiera donantes voluntarios entre el pueblo, para atender el hospital, las fortificaciones y la artillería.

No obstante, tres días después, Sixto se lamentaba de que no tenía «con qué alimentar a los infelices enfermos del hospital» y le era imposible cumplir con los prestamistas que para la recomposición de la fragata *Ligera* habían abonado «1.054 pesos y cuatro reales señas y 129 pesos plata». Con esto, Sixto, que no había podido reunir el dinero necesario para hospitales, artillería y fortificaciones, solicitaba a La Torre que se aplazara el pago a los acreedores, ya que se encontraba en el caso de tener que aceptar hasta «trescientos pesos en plata» que le ofrecieron por unos negros que tuvo que vender.

Por eso el 26 de abril, ante la angustia del avituallamiento, La Torre dio orden a Mariano Sixto para el embargo de carnes y harina pertenecientes a don José Perón y a otros, así como también del cargamento del buque que llegó de Puerto Rico. Este embargo respondía en efecto a la alta necesidad de atender el hospital, fortificaciones y artillería. Claro está que La Torre ofrecía como base de empréstito el «reembolso» —aéreo— «dentro de quince días», tiempo en que el *Hércules* llegaría de Curazao con parte de la contrata de Maratón. Con esta medida, el 29 de abril se habían recogido 725 pesos, de los cuales estaban entregados 500 en la Hacienda.

Hechos todos los arreglos, La Torre informaba al secretario del Despacho Universal de la Guerra, quizás para salvar su responsabilidad, que los disgustos continuos con las autoridades y la falta de recursos

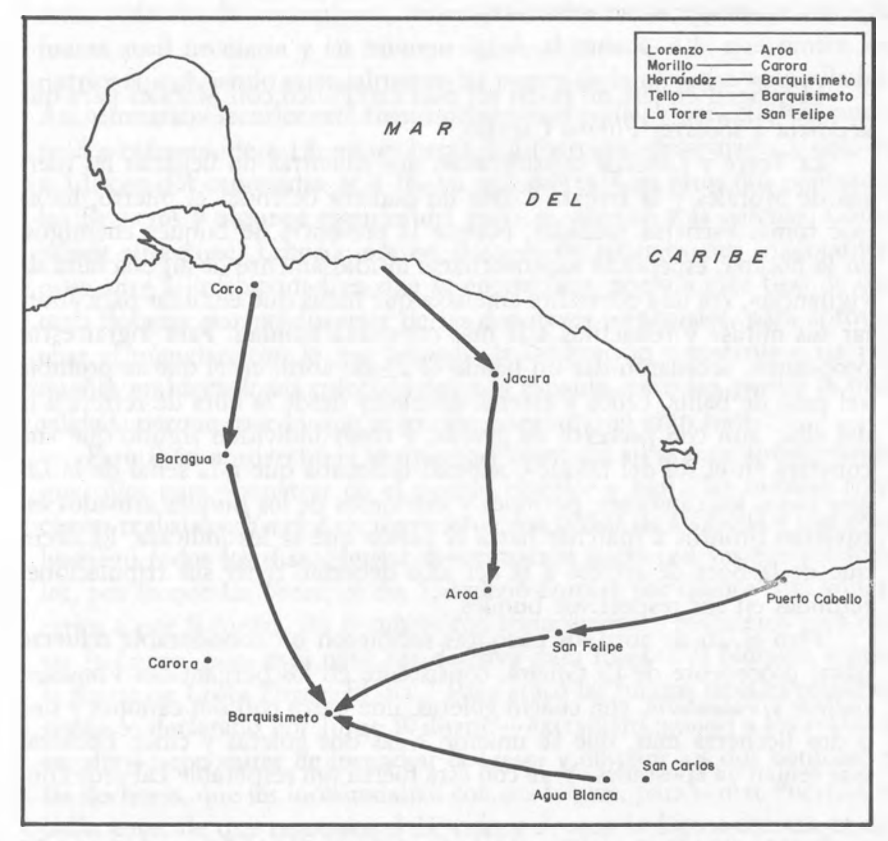
> me han impedido poner la plaza con la oportunidad debida en el estado que debiera hallarse para resistir el sitio, pues se encuentra con el montaje de artillería en mala posición, sin el de respeto que debería tener en el parque, la fortificación en necesidad de repararse y vacíos los almacenes de víveres, por el mal estado de los buques de guerra.

Sin embargo, añadía también estar dispuesto a llevar la resistencia hasta el «último grado», a pesar «de conocer que cuantos esfuerzos haga sean tal vez infructuosos, por carecer de auxilios». Esto lo decía La Torre el 30 de abril de 1822, cuando ya Páez había tomado posiciones por mar y tierra e incluso le había intimado rendición, haciendo alarde de fortaleza, para estrecharle psicológicamente.

LA SITUACIÓN CRÍTICA EN MAYO DE 1822 Y EL REGRESO DEL *HÉRCULES*

Tras la negativa de La Torre a rendirse, Páez se vengó «poniendo una batería en el Trincherón», con lo cual molestó bastante al pueblo, causando varias desgracias y además aproximó a la plaza partidas, muy numerosas, que aunque fueron rechazadas por la artillería, causaron grandes males.

La situación y el sitio a Puerto Cabello obligaban a La Torre a ordenar a su segundo que operara hacia el interior de la provincia de Coro con dirección a Barquisimeto, lugar ventajoso para disponer de subsis-



Plan de soldadura y convergencia en Barquisimeto que proyectó La Torre para comunicar sus guerrillas.

tencia y estratégico para hacer levantar el sitio de la plaza volviendo sobre los sitiadores.

La Torre no deseaba abandonar el territorio ganado por Morales, porque esto podía ser también peligroso, por lo que ordenó a su segundo que al partir hacia el sur, como le pedía el 23 de abril, dejara en observación de Maracaibo la división de Casicure

> que por sí sola, ya en masa, ya en guerrillas, puede contener las tropas que se desembarquen por los puertos o, cuanto menos, perseguirlas ventajosamente; pues aún cuando los enemigos ocupasen la capital [Maracaibo] el estado miserable del país no permite su larga permanencia, y Maracaibo no creo se halle en posibilidad de auxiliar con víveres la expedición que intente sobre Coro.

El general en jefe no podía ser más categórico con Morales para que acudiera a socorrer Puerto Cabello.

La Torre y Laborde consideraban que mientras no llegaran las fuerzas de Morales y la fragata *Ligera* no pudiera defender el puerto, había que tomar estrictas medidas, porque la presencia de buques enemigos, en la bocana, esperando «aprovecharse insidiosamente de alguna falta de vigilancia», era una constante amenaza que había que eliminar para «burlar sus miras» y reducirlos a la más completa nulidad. Para lograr estos propósitos, acordaron dar un bando el 23 de abril, en el que se prohibía «el paso de bahía, caños y esteros interiores desde la hora de retreta a la del alba, aun con pretexto de pesca», y tener individuo alguno que «no constara en el rol del buque», además ordenaba que a la señal de la *Ligera* todos los capitanes, patrones y marineros de los buques armados estuvieran prontos a marchar hasta el paraje que se les indicara. Es decir, que de la hora de retreta a la del alba deberían tener sus tripulaciones reunidas en sus respectivos buques[25].

Pero el 26 de abril los patriotas recibieron un considerable refuerzo naval procedente de La Guaira, consistente en los bergantines *Vengador, Bolívar* y *Voluntario,* con cuatro goletas, una barca con dos cañones y una o dos flecheras más, que se unieron a las dos goletas y cinco flecheras que tenían ya apostadas. Y ya con esta fuerza tan respetable Laborde con-

[25] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8724-92. Bando de Laborde, Puerto Cabello, 23 de abril de 1822.

sideró que, a su regreso de Curazao, el bergantín *Hércules* tendría dificultades para entrar al puerto, por lo que envió al comandante de la flechera *Carmen,* al oscurecer de ese día, con un aviso para Martín Mendoza, comandante de dicho barco. El mensajero, burlando la vigilancia de los enemigos, partió con los pliegos de Laborde, que ordenaban a Mendoza esperar en el puerto de Santa Ana de Curazao hasta que llegara ahí la *Ligera,* que lo escoltaría para entrar en Puerto Cabello sin correr riesgos.

Como es lógico, Laborde centró sus esfuerzos en arreglar el palo de la *Ligera* para poderla botar y llevarla a sitio seguro, lo que logró el 2 de mayo, para continuar con los otros arreglos necesarios a fin de que la fragata estuviera lista para entrar en servicio.

Además, Laborde, que comparaba a Puerto Cabello con Venecia por estar rodeado de «manglares, caños y esteros», se ocupaba de tener la fuerza sutil necesaria y en número igual, al menos, a la que tenían los patriotas, cubriendo especialmente las partes de la plaza no amuralladas. Así, procuraba atender este flanco débil como podía, y para ello «he puesto dos cañones, de a 18, en un bergantín mercante desarmado, y dos, de a 12, con dos cañonadas de a 16, en una goleta. Con estos dos pontones, las flecheras y algunos esquifes del país» se dispuso a la defensa. Como puede advertirse, Laborde era un hombre de recursos casi inagotables, pues ante la inferioridad en que se encontraba, apeló a este tipo de batería flotante por no disponer de las dos naves principales, para aprovechar el manglar, con lo que impedía la infiltración y sostenía a las pequeñas embarcaciones cubriéndolas a la espalda, pero sin perder la movilidad, porque, por lo que se ve, los pontones no eran fijos.

Pero Páez aprovechó el momento y comenzó su avance aproximando guerrillas para «penetrar en el pueblo exterior y hasta las mismas trincheras realistas». Ya el 2 de mayo situó dos piezas de artillería y con ellas hostilizó todos los días. Similar aproximación hacía con sus fuerzas sutiles, por lo que La Torre, el día 5, ordenó enrolar por quince días voluntarios o por la fuerza, los hombres con conocimientos marineros para dotar la *Ligera,* pues esta nave era decisiva para romper el bloqueo y para la suerte de Costa Firme. El día 7 Páez atacó las fuerzas navales realistas, según lo declarado por Jorge William —extranjero pasado a los realistas ese día—, con miras de incendiar la *Ligera* y destruir los dos pontones y las flecheras, que les incomodaban con sus fuegos, para tomar Puerto Cabello antes de que regresara el *Hércules* y de que la *Ligera* entrara en acción. Éste fue un serio intento patriota por pasar al otro lado del puerto,

que aunque inconcluso, llegó a introducir cinco o seis botes. La destrucción de la inmóvil *Ligera* no estuvo a su alcance.

El día 12, La Torre, sospechando un nuevo intento de Páez por tierra, ordenó alistar incluso a los empleados de cuenta y razón de todos los ramos y a los funcionarios del Gobierno para que reforzaran la segunda línea. Mariano Sixto, intendente de la Hacienda, proveyó al general en jefe las listas de todos los individuos de su dependencia, y el día 13, a las ocho de la mañana, fueron armados e impuestos del punto que debían cubrir. La situación no podía ser más desesperada.

Por añadidura, tras el combate en los pontones, Páez asedió el Mirador de Solano, llamado también La Vigía. Y el capitán Raimundo Cabo Montero, con su corta guarnición, entregó el fuerte[26] el 17 de mayo de 1822, precisamente el día que la *Ligera,* ya reparada, salía de Puerto Cabello en busca del *Hércules* para escoltarlo. Al día siguiente, La Torre vio izada la bandera enemiga en este fuerte en que tenían instalado el telégrafo de señales, con el que se informaban sobre los movimientos de los independientes, por lo que hubo de comprender que quedaban reducidos a la plaza de Puerto Cabello y sin la comunicación oportuna que les facilitaba el reducto perdido.

Además, Paéz montó baterías en La Vigía baja y en el Trincherón e hizo subir a las alturas inmediatas partidas que a todas horas hacían fuego de artillería contra Puerto Cabello.

Mientras, La Torre, que había insistido a Morales para que operara sobre el interior sin dilación alguna para hacer levantar el sitio, recibía de su segundo pocas esperanzas de dar cumplimiento a su orden, pues solicitaba buques para bloquear Maracaibo. El caso es que Morales, con buen número de tropas, estaba sin operar en la forma indicada mientras que La Torre, por el debilitamiento de la guarnición, tenía que limitar las acciones a escarmentar las partidas que se aproximaban. Por ello responsabilizaba a Morales ante la Nación de las consecuencias que resultasen por la falta de cumplimiento a su orden para que volviera. Después se sabría que Morales no lo hacía porque desde Maracaibo atrajeron al brigadier con el fin de retenerlo en aquel extremo para que dejara mano libre al jefe llanero.

[26] AHN, Madrid, Estado Torrepando, leg. 8745-127. Parte del capitán R. Cabo Montero a La Torre, Puerto Rico, 7 de junio de 1822. También en parte de La Torre al secretario de la Guerra, leg. 8738-134.

La situación de los sitiados era tan crítica que el 31 de mayo por la noche, La Torre se vio obligado a echar cerca de 200 mujeres fuera de la plaza, en las costas desiertas, a sotavento, por no contar con raciones ni para tres días.

Mientras, en Curazao, Laborde adquirió algunos víveres, que sumó a los reunidos de las casas de Lens y Curiel, y el 28 de mayo partieron de la isla holandesa la *Ligera*, el *Hércules* y la goleta *Morillo*, escoltando a las goletas mercantes *Juanita, Holandesa* y *Atractiva*, cargados todos con los ansiados artículos. Y, el 1 de junio, sin el menor contratiempo, entraron a Puerto Cabello, dejando frustrados los planes de ataque que Beluche tenía calculados.

Otro golpe de suerte se produjo el 26 de junio,o cuando fue apresada la goleta americana *Antelope*. Laborde, en oficio a La Torre del 6 de julio, ponía a disposición del general los artículos del cargamento encontrados en ella. Nuevamente la Marina salvó la situación, cuando sólo contaban con víveres para once días.

Pero pronto le apremiaron las dificultades. La fragata *Ligera* se deterioró e hizo hasta 25 pulgadas de agua. En Junta de Guerra, su comandante propuso llevarla a La Habana para una reparación firme. Para este viaje Laborde estimó que el tiempo de ausencia de Costa Firme sería de cuatro meses, por lo que los miembros de la Junta rechazaron la propuesta, ya que opinaban que la sola presencia de este buque en el puerto daba seguridad al pueblo y amedrentaba a los enemigos[27].

Últimos meses de La Torre en Costa Firme: entrega del mando

Las últimas Juntas de Guerra de La Torre fueron celebradas el 2, 4 y 9 de julio de 1822. En ellas se consideró nuevamente el estado de inutilidad de la *Ligera*. El 9 de julio la Junta fue convocada por La Torre para anunciar que en virtud de la orden del 18 de enero, por la que era designado para el gobierno militar de Puerto Rico, debía pasar prontamente a esa isla y, por tanto, quedaba relevado del mando del ejército[28].

[27] AB, Expedición a Indias, 1822, III, carp. 791. Actas de las Juntas de Guerra celebradas el 7 y 8 de junio de 1822 que envió Laborde al ministro de Marina, 17 de junio de 1822.

[28] AHN, Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8833-28. Actas de las Juntas de Guerra el 2, 4 y 9 de julio de 1822.

Pero antes de partir, La Torre hubo de dirigir el último hecho de armas: el combate en los pontones del nordeste. Precisamente Laborde los había armado en un bergantín mercante, con dos piezas, de a 18, y la goleta *Unión* con dos, de a 12, y dos corsarios, de a 16. Éstos estaban estratégicamente colocados desde el 9 de mayo de 1822 para defender el canal del puerto y para evitar cualquier sorpresa que pudieran intentar las fuerzas de Daniels o de Páez, o ambas combinadas. Los patriotas dieron la sorpresa en la noche del 9 al 10 de julio al abordar los pontones mientras por tierra llamaban la atención haciendo fuego. Sin embargo, los hombres de Laborde se obstinaron en sostenerlos, por lo que La Torre premió a los valientes defensores. El combate fue informado por Laborde al ministro de Marina en el oficio del 7 de agosto de ese mismo año[29].

Avisado Morales de que debía recibir el mando, decidió pasar a Puerto Cabello con todo su ejército, hecho que disgustó a La Torre porque sabía que con ello Piñango se apoderaría de Coro, como así lo hizo el 23 de julio. Sin embargo, el movimiento que perjudicó a Coro benefició a Puerto Cabello, pues Páez, enterado de que Morales regresaba —más que por la peste que diezmó su ejército, como alegó en su *Autobiografía*— retiró su ejército sitiador a Valencia y terminó el asedio con que durante 106 días castigó a Puerto Cabello. Así, el 29 de julio de 1822, La Torre tuvo el mejor premio de despedida: el levantamiento del sitio y el abandono de todas las posiciones desde el Mirador de Solano hasta el disputado Trincherón[30].

Con la toma del mando del jefe canario se impondría otro estilo de guerra para el ejército de Costa Firme y otro estilo de vida para Puerto Cabello. Con La Torre había predominado el sistema de espera, aprovechando las posibilidades de cada circunstancia. Puerto Cabello era la cabeza de la resistencia, el puesto de mando y el «apoyo firme» para todas las operaciones que se pudieran realizar, según escribió La Torre. Para Morales la guerra era movilidad. En contraste con la prudencia está su audacia. Nada podía ser previsible. Puerto Cabello sería su plaza de arribada y de entretenimiento de las fuerzas enemigas. El puesto de mando estaba en su propio caballo. Se invertirán los términos en su totalidad, pues tampoco fue Páez su contendiente, el cual quedaba atrapado en

[29] AB, Expedición a Indias, 1822, III, carp. 802.
[30] Páez, *Autobiografía, op. cit.*, t. I, p. 221.

Puerto Cabello a la espera de noticias porque el sitio de la plaza, en realidad, estaba lejos, al otro lado del Golfo de Venezuela.

De Morales se esperaban grandes éxitos, pues era personaje que contaba con una favorable opinión, tanto en España como en muchas partes de América. En Curazao poseía crédito y mejores relaciones que cualquier otro jefe. Es cierto que pesaba sobre él la reserva —que el propio La Torre tenía sobre su conducta— de que la batalla de Carabobo se perdió por la defección de la caballería que él mandaba, sin que llegara a intervenir en el momento necesario. El asunto había sido muy debatido en su momento, pues incluso el famoso *Telégrafo Mexicano* le defendió, explicando que los jefes del Ejército Expedicionario siempre le vieron con desdén, como oficial que había ascendido gracias a los sucesos revolucionarios de Venezuela, que le dieron oportunidad en los momentos de crisis. Y que, como segundo que fue de Boves, Morillo le vio con reserva. En cuanto a la batalla de Carabobo, se afirmaba que Bolívar había seducido a parte de la Caballería antes de entrar en combate, pero exculpando a Morales, pues nunca nadie dudó de su bravura y de sus raras cualidades.

Rodeado de esa fama —pues ya se le vio en el pasado como el posible salvador de Venezuela—, Morales desembarcó el 3 de agosto en Puerto Cabello con las fuerzas que conducía. No perdió tiempo alguno. Con La Torre tuvo un cambio de impresiones preliminar y al día siguiente se produjo el traspaso del mando con el ceremonial del caso, convirtiéndose el brigadier Morales en general en jefe del Ejército Expedicionario. El mismo día del traspaso de mando el hasta entonces general en jefe pedía por escrito ser trasladado en un buque de guerra a Puerto Rico, donde pasaba a ser gobernador militar de la isla. O si no a Curazao, para «el caso de que las operaciones que V. S. haya proyectado no permitan el que se separen por mucho tiempo una parte de las fuerzas navales con que contara para ellas». Este texto pone de manifiesto que el cambio de impresiones, que es normal suponer, tuvo que ser muy somero, pues si bien en él hubo de hablarse del traslado y se quedó en formular la petición por escrito, nada se había concretado.

Por otro lado, en opinión del general Pérez Tenreiro —estudioso de La Torre—, si éste llegó a Costa Firme cual simple y voluntarioso coronel, partía con uno de los grados más altos de la jerarquía castrense y, ciertamente, con la conciencia clara de haber hecho todo lo conveniente y al alcance de su mano para el buen y mejor servicio de la «justa cau-

sa». Los ascensos fueron logrados «bregando muy duro, en la guerra misma», con una especial forma de combatir en columnas, «exponiéndose de manera imprudente, pero necesaria para la buena conducción de sus tropas». Su estrategia era correcta. Así, generalizando su obra, Pérez Tenreiro dice:

> muy pocas veces un jefe ha de luchar tan abandonado de sus superiores, cual le tocó al mariscal La Torre. Y a pesar de sus quejas de estadillos de dignidad ajada, de aparente rebeldía, que salían para la Corte en su correspondiencia, nada de ello quiebra su obedencia, su celo, ni el planteamiento de iniciativas que llevaban a nuevos combates.

Pérez Tenreiro refuta hoy en día a los historiadores que pretenden dibujar a La Torre como el hombre que entregaría el territorio por la paz, aceptando que él, así como otros realistas, «tenían la voluntad de poseer la tierra que conquistaran sus antepasados y cuya educación, hija de la época, no era muy comprensiva de los movimientos independentistas». Termina diciendo, con verdadero acierto y justicia: «puede estar orgullosa España y tanto más el Ejército español, de este hombre, nacido de la clase media, que vino a la América y defendió con resolución, bizarría y gran honradez sus pretensiones y estandartes». Por cuyas virtudes recibió la estima venezolana hasta el extremo de que en sus funerales su esposa izó la bandera de este país como «el nacimiento definitivo de una nueva nación libre, reconocida de la Madre Patria, e hija de muchos sueños, esfuerzos y sangre»[31].

El mariscal La Torre no pudo trasladarse directamente a su nuevo destino en Puerto Rico, pues sólo llegó a ser embarcado a Curazao en el *Hércules* por escasez de buques —diría Laborde—. No sabemos exactamente la fecha del viaje, pero el primer documento que aparece escrito en la isla holandesa lleva fecha del 20 de agosto; allí entabló relación con emigrados y con franceses que más tarde le tendrían al corriente de los sucesos en Costa Firme. La Torre desembarcó en Puerto Rico por el puerto de Mayagüez y sin detenerse pasó a la capital, «donde el 7 de septiembre tomó posesión del mando militar de la Provincia», dice Córdova en sus *Memorias*.

Tras dos proclamas[32] a los ciudadanos y a los soldados, el 4 y 5 de

[31] P. Tenreiro, *Don Miguel de la Torre y Pando...*, *op. cit.*, pp. 453-455.
[32] AGI, Caracas, leg. 78.

agosto de 1822, Morales comenzó su actuación con la reorganización de funciones en Puerto Cabello. Los cambios fueron totalmente necesarios porque las autoridades existentes no eran adeptas a él. Así, cuando pidieron pasaporte, les fue concedido como la mejor oportunidad de que salieran de Costa Firme y de evitar que se opusieran a sus planes. Sin embargo, este proceso, encargado a Juan Nepomuceno Jaldón, jefe nombrado para la plaza, que ocupó hasta el 20 de abril de 1823, fue catalogado por Laborde de «atropellado» en la mayoría de los casos. El 27 de agosto de 1823 partían para Curazao los funcionarios relevados y también los comisionados regios, José Sartorio y Juan Barry, porque su misión de pacificación había terminado antes de llegar a Venezuela.

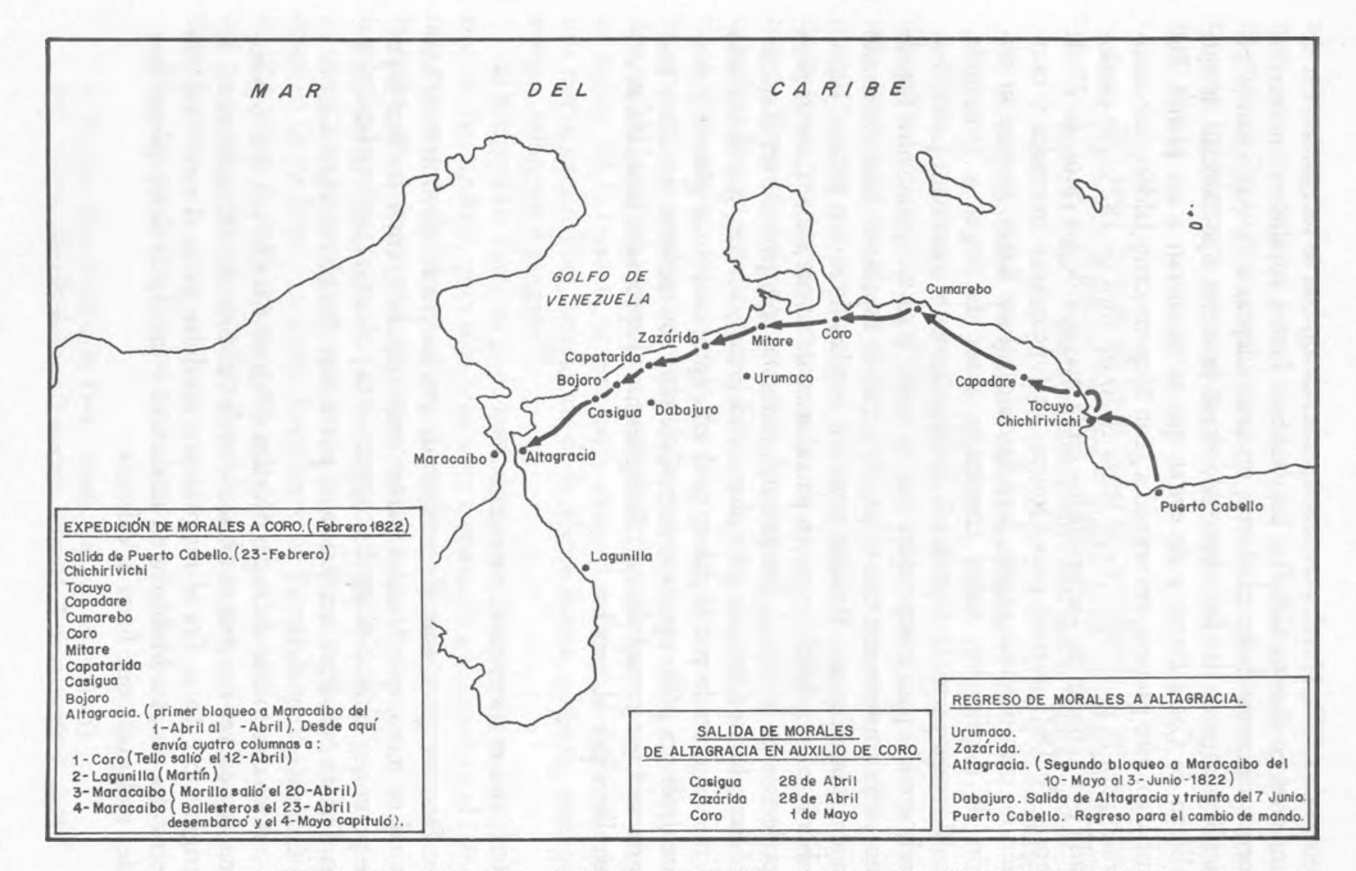
Por otra parte, la experiencia de Morales en el interinato parece haberle servido para comprender que su estilo y su temperamento fogoso «no podía conformarse con el pasivo papel de esperar el final encerrado en una plaza fuerte». Por ello presentó su plan de acción en una Junta. Laborde y otros miembros eran partidiarios de actuar sobre Caracas para apoderarse de la ciudad. Sin embargo, Morales sólo pensaba en Maracaibo como lugar adecuado para obtener recursos y víveres, por haber sido el menos afectado por la guerra y el más apropiado a sus planes, y porque desde ahí podía operar «contra Colombia con menores auxilios y mayores ventajas y resultados»[33]. Este plan fue el aprobado: la acción se desarrollaría por Maracaibo.

Morales y el movimiento pendular

Estamos, pues, ante el comienzo de una guerra de movimientos, hasta tal extremo, que Morales parece como péndulo, entre los dos topes de presa que limitan el espacio operativo del área de Coro-Puerto Cabello. Por un lado Páez, en Valencia, por el otro Soublette, entre Carora y el Golfo de Venezuela.

A los cuatro días de llegar Morales a Puerto Cabello con 1.000 hombres, y una vez tomado el mando de jefe del Ejército Expedicionario, se dirigió sobre Páez. Era el movimiento pendular hacia el este. Con ello pretendía atraer a Soublette en su socorro y sacarlo de Coro, puesto que Páez reclamaba que fuera a Valencia.

[33] Hoja de Servicios de T. Morales, Archivo General de Segovia.



Itinerario seguido por Morales en los dos bloqueos a Maracaibo y el triunfo en Dabajuro.

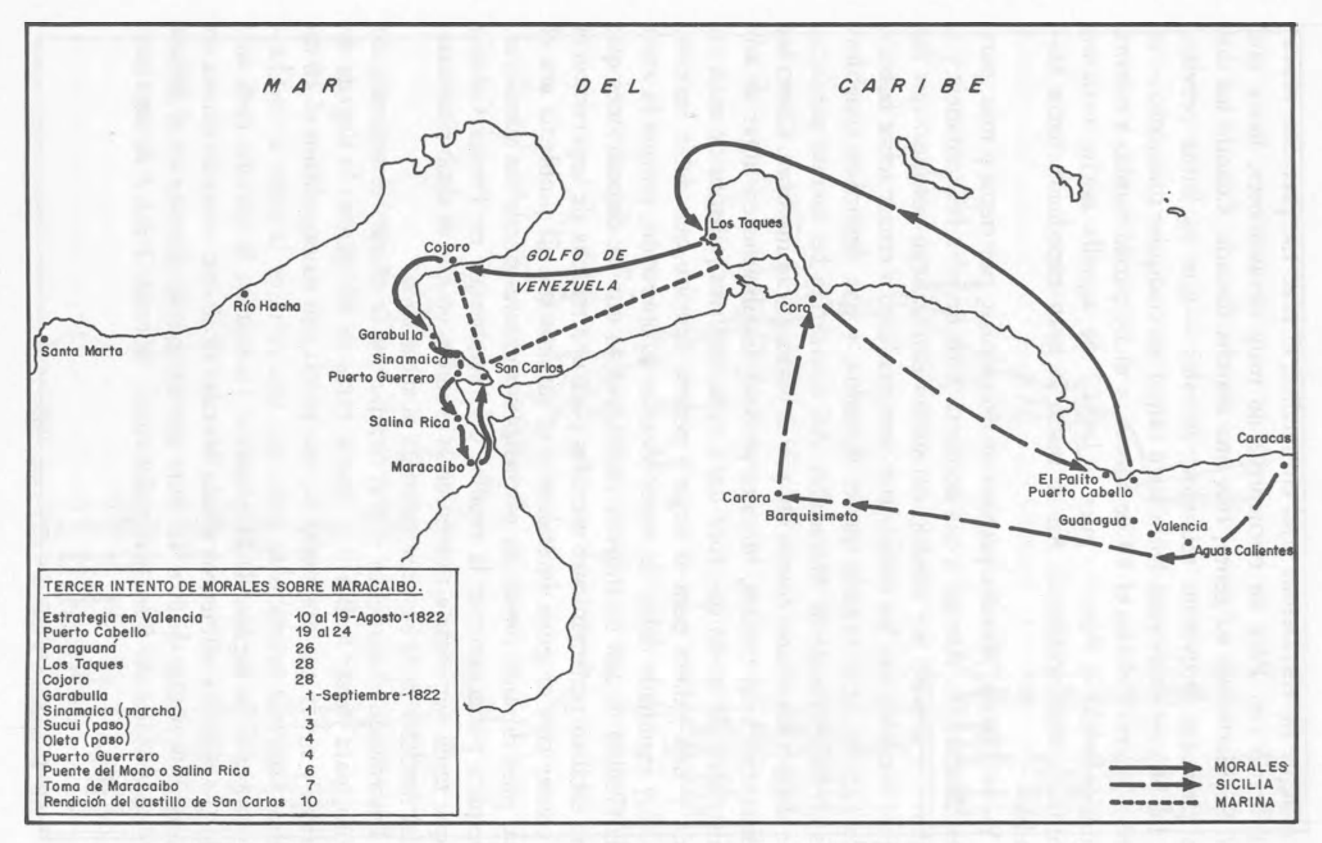
Aunque no entraremos aquí en detalles, el plan fue perfecto: Morales se batió con Páez en encuentros no muy devastadores, hasta que llegó Soublette con su gente, tras una marcha forzada. Cuando los dos jefes patriotas estuvieron reunidos, Morales —que ya había previsto que los buques estuvieran listos para zarpar en cualquier momento— se retiró a Puerto Cabello el 19 de agosto, y el 24 partió rumbo a oriente —confundiendo a Páez— pues a las 12 de aquella noche variaron el rumbo sobre occidente. Así se inició la gran expedición hacia Maracaibo.

Ya en Cojoro, Morales preparó un doble plan, por tierra y mar, para tomar Maracaibo. Arengó a sus hombres y los invitó a la constancia y a la gloria, y se puso por modelo del sufrimiento. Luego «dispuso que los buques armados con los transportes retrogradasen a cruzar sobre la boca de la Laguna, aparentando querer forzarla», y que desembarcaran después en las cercanías de Maracaibo. Así distraerían las fuerzas patriotas «que debían emplearse contra él» y le dejarían el camino libre. Como las subsistencias eran escasas, Morales prefirió distribuirlas en lugar de administrarlas, de modo que tocó dar a cada uno tres puñados de maíz en grano y una galleta para el largo y penoso tránsito que debía hacerse.

Muy estudiada debía de tener Morales la operación, porque la zona de la Guajira es casi totalmente estéril, por lo que las disposiciones que tomó estaban perfectamente medidas para una marcha de supervivencia sin contar con ninguna intendencia ni suministros. El problema era el agua, pues durante meses las pequeñas torrenteras quedaban semisecas. Se explica perfectamente la rapidez del reembarque en Puerto Cabello porque tenía que estar a tiempo en la Guajira, ya que el alisio dominante del nordeste sería su peor enemigo al secar todo.

Distribuido el alimento —y al tiempo que la Marina se separaba de Cojoro, para forzar la Barra y esperar cerca de Maracaibo la llegada de Morales y sus tropas por tierra—, éste partía con su expedición el 28 de agosto, «sin más prácticos ni guías que una carta de la costa de la Guajira, y otra de la laguna de Maracaibo». La marcha la iniciaba cada soldado al recibir los alimentos yendo Morales el último —según consta en la hoja de servicios de éste. La dura jornada quedó descrita en el *Boletín del Estado Mayor del Ejército Expedicionario*[34] número 2 del 2 de septiembre de 1822.

[34] AB, Expedición a Indias, 1823, carp. 985.



Itinerario de Morales en la toma de Maracaibo.

Mientras el ejército tomaba Maracaibo el 8 de septiembre, la marina no pudo pasar la Barra. Morales, al comprobar que ni Echevarría ni Gavasso habían llegado a Maracaibo, tomó los buques que encontró e hizo una marcha por la laguna hasta el castillo de San Carlos e intimó rendición a Natividad Villamil, comandante del fuerte, quien la aceptó el 10 de septiembre de 1822. Tomado el castillo, nada impidió que Echevarría entrara en la laguna.

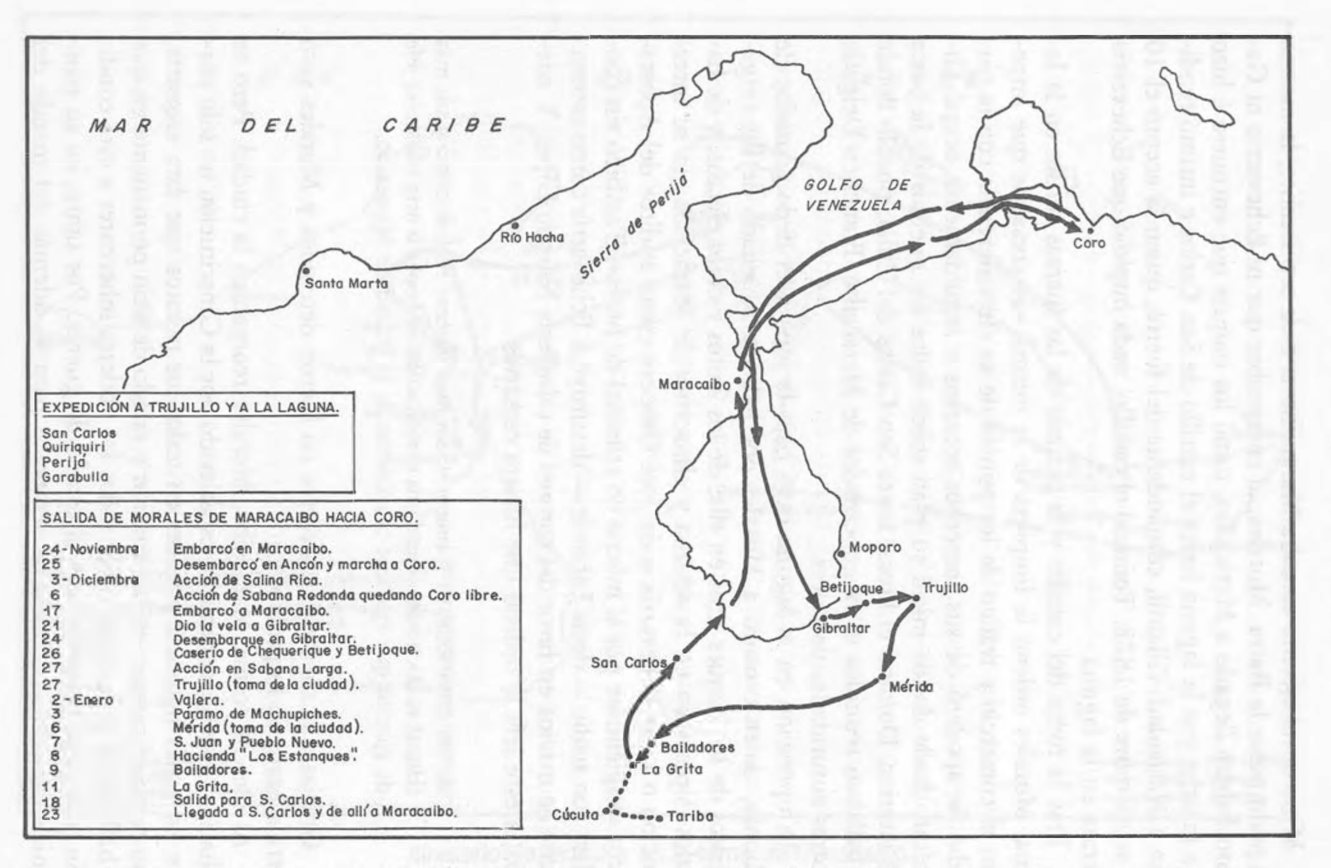
Tras la toma del castillo y la entrada de las fuerzas sutiles en la laguna, Morales ordenó la limpieza de la misma «de corsarios que impedían el comercio y tráfico de los puntos de su circunferencia con la ciudad». Se apoderó de sus inmensos recursos y seguidamente ocupó Gibraltar, desde donde inició su plan sobre todos los pueblos de la costa del interior. Dominó el litoral hasta San Carlos del Zulia, pueblo donde se hallaban reunidos el ex gobernador de Maracaibo, Francisco Delgado y otras autoridades patriotas.

La operación en la laguna cayó bajo la lupa y el dedo acusador de Laborde, quien censuró a Morales por haberse adueñado de los cargamentos de los buques sitos en ella, de los frutos y otros efectos, y de haberlos depositado en la aduana y almacenes de Maracaibo sin su intervención o la de Echevarría o de José Oropeza como auditor del Apostadero, «erigiéndose por sí mismo en tribunal de presa». También sin consultar con nadie —decía Laborde— destituyó a Echevarría como comandante de marina en favor del coronel de caballería Narciso López. Y además, a este jefe le ordenó que hiciera corsarios

> sin mi conocimiento y anuencia, sin más patente real de corso y sin más fianzas ni documentos que una certificación de López u otro cualquier jefe de ejército que ejerciese el gobierno de la ciudad de Maracaibo.

Gracias a la suerte, estos corsos no fueron detenidos y Morales sacó partida hasta de lo prohibido.

Al mes de tomar Maracaibo, Morales reorganizó la ciudad. Pero se le hacía imposible cumplir lo establecido por la Constitución no sólo porque no podía nombrar oficiales en todos los puestos que ésta requería, sino también porque en la situación y estado de sitio permanente en que se hallaba, él necesitaba tener todos los poderes inherentes a esta condición, mientras permaneciera el estado de guerra. Por tanto, en su reorganización político-militar se reservaba para sí, además del mando del



Morales llegó hasta la Grita, cerca de Cúcuta, por lo que, en su alarma, los independientes decían que este jefe realista tenía Cúcuta amenazada.

ejército, la inspección de todas las autoridades y empleados para que nadie comprometiese con su conducta las operaciones militares o la seguridad del país que

> logre reducir a fin de que, do quiera me halle de este inmenso territorio, viva seguro de que la autoridad y el despacho de los negocios públicos residen en personas de confianza e incapaces de seducción ni de contrariar o entorpecer mis progresos.

Es decir, Morales justificaba así el nombramiento de gente de su confianza para poder hacer o deshacer.

Este absolutismo de Morales —como lo calificó Casa León que lo resintió— permitía, sin embargo, en cada pueblo, «un juez de letras», un abogado si se encontraba —cosa que creía difícil—, y «un Ayuntamiento provisorio». Cada pueblo tendría un alcalde, dependiente del jefe superior político, que también era intendente; del comandante militar principal de la respectiva provincia, y del Tribunal Supletorio de la Audiencia. Con esta política administrativa Morales se propuso reducir el número de empleos y los beneficios que obtenían los empleados por la posición ocupada, para reducir el consumo de los poquísimos ingresos que entraban en las cajas. Sin embargo, no escatimaba los recursos para el ejército a fin de evitar en lo posible que éste se viera obligado a merodear por los pueblos en busca de subsistencias. Esta reorganización fue informada por Morales al secretario de Estado de la Gobernación, diciendo que la había dispuesto de esta forma previendo la escasez con que tendría que sostenerse, mientras no llegaran los auxilios que tenían pedidos de la Península o de La Habana[35]. Iniciaba así su propia política económica.

Sobresalto y previsión patriota ante los avances de Morales

Los rápidos movimientos de Morales tuvieron el efecto de desasosegar e inmovilizar a los patriotas a causa de la incertidumbre sobre cuándo y dónde aparecería. No podían concebir plan alguno cuando Morales

[35] AGI, Caracas, leg. 178. Oficios de Morales al secretario de Estado, Maracaibo, 2 de noviembre y 19 de diciembre de 1822.

no presentaba posiciones firmes ni lugares precisos donde actuar. Sólo les quedaba el recurso de permanecer en una continua alarma por si se daba la circunstancia favorable de encontrarlo.

Cuando Bolívar supo los sucesos de Naguanagua y Maracaibo, se limitó a instruir a Santander para que frenara a Morales, pues era de opinión que «en la balanza, más pesa el Perú que Morales con Puerto Cabello y Coro»[36]. Claro está que Bolívar a esta fecha —12 de noviembre de 1822— no calculaba los peligrosos avances de Morales que alarmaron a toda Colombia. Pero sabía de sobra que las batallas decisivas, las que liquidan las guerras, son siempre las que se dan frente al grueso de los ejércitos, y el grueso de los ejércitos realistas estaba en el Perú, donde en esas fechas todavía podían poner en muy serio peligro al Libertador. Por consiguiente, frente a las alarmas de Santander, lo que quería decirle es que se entendiera como pudiera, sin esperar ni un solo refuerzo, porque él tenía en frente las acciones decisivas.

Pero la toma de Maracaibo proporcionó a Morales grandes ventajas, pues como dijo O'Leary, después que logró ocupar la ciudad y provincia de Maracaibo, no se contentó con ello, sino que «cruzó el lago e invadió las provincias de Trujillo y Mérida, amenazó el interior de Venezuela y aun los departamentos fronterizos de Cundinamarca». Porque, en efecto, Maracaibo era en sí misma una plaza importante estratégicamente, pues estaba en posición central para operar, en líneas interiores, «contra Río Hacha, Valle de Upar, Cúcuta y Coro, zonas ubicadas lejos entre sí». Cuando además, con una fuerza adecuada y la libertad de movimiento que el lago y el mar ofrecían, las operaciones de Morales «podían dividir a las fuerzas republicanas para luego batirlas en detalle», como señala El Yure Yunez.

Los triunfos de Morales «pusieron en consternación a Bogotá y en grande alarma al vicepresidente de la República», quien dictó las providencias más eficaces —según narra Groot—[37], de forma tal que «al Departamento de Boyacá libró órdenes para levantar tres mil hombres de tropa, y al Magdalena para dos mil. De Bogotá salieron mil para Tunja, y se mandaron venir las tropas que había en Popayán».

[36] Archivo S., vol. IX, pp. 147-149. Carta de Bolívar a Santander, Quito, 12 de noviembre de 1822.

[37] J. M. Groott; *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada,* t. IV, p. 263, recogida en Archivo. S., vol. IX, pp. 159-161.

El vicepresidente expidió un decreto el 25 de septiembre

> declarándose en ejercicio de las facultades extraordinarias [...] en consideración a que la pérdida de Maracaibo ponía al enemigo en contacto con los Departamentos del Magdalena, Boyacá, Venezuela y Provincias del Zulia, hacia los cuales podía dirigir sus operaciones.

Además de que les privaba de los recursos de esos departamentos, por lo que «deberían declararse en Provincias de Asamblea», debiendo dar cuenta al Congreso en la sesión que se celebraría el 2 de enero de 1823. Asimismo, Santander, «decretó un empréstito de 300.000 pesos», para sufragar la campaña y sofocar las guerrillas que amenazaban «a Caracas, bajo pretexto de sostener la causa del Rey». Aprobado el empréstito, se pidieron «dos terceras partes a la Iglesia y el resto a particulares». Las listas con los individuos y cantidades asignadas fueron publicadas en la gaceta de Colombia. Santander también informó al Congreso que las autoridades de la República se vieron precisadas a imponer el *decreto de conspiradores* [38]. Pero Morales no se quedó atrás en normas represivas.

El único plan patriota posible era amagar a Morales por algún punto para atraerlo a un lugar específico. Por ello Montilla preparaba sus fuerzas navales en Santa Marta para enviarlas a bloquear Puerto Cabello y respaldar así el sitio que Páez puso por tierra a la plaza. Al mismo tiempo que envió a Sardá por Perijá al encuentro de Morales, enfrentándose en octubre de 1822 en la batalla de Garabulla, donde el primero sufrió una gran derrota[39]. Tras el éxito, Morales volvió a desaparecer.

Así, la incertidumbre patriota al desconocer dónde se encontraba Morales llevó a Santander a suponer, y así lo escribió el 10 de noviembre, que el jefe realista invadiría por barlovento de Puerto Cabello y quién sabe —decía— si iría a dar a Guayana. Este expresión no hace más que confirmar la gran movilidad de Morales y la alarma de los republicanos.

Éste, mientras tanto, y tras el éxito en Garabulla, concibió la idea de socorrer a los fieles corianos «que los patriotas oprimían» y dio a la vela

[38] Archivo S., vol. VII, pp. 23-25.

[39] El parte sobre la batalla de Garabulla sostenida el 14 de noviembre de 1822, en AGI, Caracas, leg. 178, *Boletín del Estado Mayor del Ejército Nacional de Venezuela,* número 8.

en Maracaibo con 800 hombres, y el 25 de noviembre desembarcó en Ancón, desde donde comenzó una rápida marcha. Batió las partidas que encontró, destruyó las fortificaciones patriotas y dejó Coro libre de republicanos, según se decía. El 17 de diciembre regresó a Maracaibo para de ahí dar a la vela, tres días después, hacia Gibraltar. Derrotó a Lino Clemente y luego a Urdaneta, llegando hasta Mérida y la Grita en persecución de los patriotas. Es decir, tenía Cúcuta y la zona andina de Colombia amenazadas, a la vez que el interior de Venezuela, obligando a los patriotas a una urgente movilización de tropas en Nueva Granada y recrudeciendo la guerra, ya que impuso pena de muerte a los extranjeros que encontrara con las armas en la mano, teniendo sin duda en cuenta a la Legión Británica.

La contramarcha de Morales de Coro desconcertó a Montilla y le contrarió «infinitamente», según escribía a Santander el 29 de diciembre, porque «yo pensaba aprovecharme de su ausencia y entrar a Maracaibo muy pronto». Mientras, el ejército de Urdaneta sufrió una gran deserción, le decía este jefe a Santander, y creía que era causada por Morales, ya que éste había dejado «muy animadas esas facciones del Zulia y toda la costa de la laguna», donde se había presentado como «muy político», ofreciendo rebajar «el tercio de los derechos», se había ganado al pueblo, al ejército y «hasta el Cabildo se reunió y formó acta para hacer elecciones nuevas; así, pues, no extrañes que ahorque yo a alguno de esos diablos si los cojo». Tal fue el desconcierto que Morales provocó en este ámbito que, según el escrito de Urdaneta a Santander, «toda la gente de los valles ha estado emigrando y emigra. Yo no puedo remediar el miedo que tienen todos» pues interpretan que «cuando yo [Urdaneta] muevo las tropas será porque hay peligro». Esta opinión, dada a Santander el 31 de diciembre de 1822, sobre la política desplegada por Morales es uno de los juicios más valiosos con que contamos sobre la obra de éste, que se agranda aún más por provenir de las filas patriotas y de un gran jefe.

Morales siguió su plan y el 23 de enero de 1823 llegó a la villa de San Carlos de Zulia, donde se embarcó para Maracaibo felizmente, «con la satisfacción de haber recorrido el país de mejor opinión a favor de la justa causa», según se publicó en *El Posta Español.* La audacia de Morales le llevó a montar una operación triunfadora, el problema estaba en hasta cuándo podría ser.

En los éxitos realistas, hemos de valorar el papel que desempeñó la

Marina Real, pues, como bien lo expresara José Manuel Restrepo en el Congreso de Colombia del 27 de abril de 1824:

> La Constitución de Colombia ha pasado ya por la prueba de un ataque exterior. La Torre y Morales, con los restos del Ejército de Costa Firme, y una Marina superior entonces a la colombiana, invadieron nuestras dilatadas costas y aprovechándose de su movilidad [...] ocuparon puertos y aun provincias importantes [...] hasta que el poder ejecutivo [...] reunió tropas, aumentó su Marina, sacó recursos y opuso obstáculos insuperables a los progresos del enemigo [...] hasta que primero de Maracaibo y luego de Puerto Cabello fueron expulsados los restos del Ejército Expedicionario de Costa Firme.

Capitulación de Maracaibo del 24 de julio de 1823

El 23 de octubre, portando víveres, llegaron a Puerto Cabello, procedentes de Puerto Rico, los buques que conducían a Sebastián de la Calzada y al batallón Leales Corianos, quienes se incorporaron al ejército de Morales. El transporte de estos hombres fue encargado a Laborde, quien partió el 8 de noviembre de 1822, pero en la remontada a Curazao y en la persecución al comodoro Daniels, casi pereció la *Ligera,* que milagrosamente pudo entrar en el puerto de Santiago de Cuba, en el que al fin se fue a pique[40]. Este hecho ausentó a Laborde de Costa Firme, lo que era muy grave.

Laborde pasó a La Habana, donde no perdió el tiempo y, después de muchas gestiones, el 3 de abril de 1823 recibió de Miguel Gastón, comandante general, la corbeta *Ceres* y la fragata *Constitución*[41]. Por este tiempo Santander concibió que la toma de Puerto Cabello debería preceder a la de Maracaibo, pues pensaba que tomado el castillo de San Felipe, Venezuela quedaba asegurada, con lo que todas las fuerzas podrían concentrarse después en la toma de Maracaibo. En consecuencia, Santander dispuso poner sitio a Puerto Cabello con «preferencia a cualquier operación»[42]. No es de extrañar que este cambio drástico de planes de San-

[40] AB, Expedición a Indias, 1823, II. Oficio de Ángel Laborde al ministro de Marina, Santiago de Cuba, 21 de diciembre de 1822.

[41] Con la fuerza entregada, Laborde debía defender también Puerto Rico. Véase AGPR, caja 279, ent. 183.

[42] Archivo S., vol. IX, pp. 239-242. Carta de Santander a Bolívar, 6 de febrero de 1823.

tander respondiera también a la fuerza superior que Páez tenía organizada y a la resistencia de éste a abandonar su departamento.

Así, Páez comenzó el tercer sitio a la plaza el 27 de enero de 1823, y decía que la misma estaba «perfectamente bloqueada por nuestra escuadra». Peñalver informaba que el bloqueo se comenzó sin barcos, por lo que un buquecito nombrado *El Rayo* entró muchas veces a la plaza. Pero el caso es que la escuadra patriota ya reforzada asediaba cuando Laborde volvió de Cuba con fuerzas superiores y empeñó el combate del 1 de mayo, en el que se apoderó de las corbetas *María Francisca* y *Carabobo* y dispersó al resto de la escuadra patriota. A resultas de esta derrota, Páez retiró también las tropas de tierra[43].

El regreso de Laborde a Costa Firme y el triunfo en el combate del primero de mayo precipitó el combate naval en el Lago Maracaibo[44], pues los patriotas, temiendo que el comandante realista persiguiera a su escuadrilla en la Boca del Saco, decidieron forzar la barra y entrar al Lago según acordado el 3 de mayo, en el *Acta de Taques*. Esta estrategia obligaría a Laborde a desprenderse de los buques de gran calado, pues éstos no podrían entrar al lago y así las fuerzas se igualarían.

Tras la entrada de las fuerzas patriotas en el lago el 7 de mayo, las fuerzas sutiles de Morales sostuvieron con ellas algunos encuentros. El 14 de junio, éste se retiró al castillo de San Carlos para esperar la llegada de Laborde, que llegó, en efecto, un mes más tarde, el 14 de julio, e inmediatamente Morales decidió presentar combate —en contra de la opinión del comandante, que lo consideró un acto temerario. Finalmente desencadenó la batalla naval el 24 de julio, que terminó con el triunfo patriota. A pesar de los vientos alisios y el furor del combate, algunos buques de Laborde se refugiaron en Maracaibo, burlaron a los buques patriotas y luego partieron a Curazao, transportando a éste, a Sebastián de la Calzada y a otros jefes. Pero el desastre naval era irreparable.

[43] AGI, Caracas, leg. 500. Carta de Diego Alegría al secretario Universal de la Hacienda, Puerto Cabello, 2 de mayo de 1823. También narra el combate del 1 de mayo Sendrós en carta fechada el 24 de abril que retuvo hasta el 8 de mayo de 1823. Véase AHN, Estado, leg. 6375, caja 1.

[44] *Documentos relativos al Combate Naval de Maracaibo, Diario de operaciones de la Escuadrilla sobre el Zulia, al mando del general José Padilla.* Biblioteca Venezolana de Ruiz Moreno, Caracas. También en A. R. Ejuri-Yuñez S., *La batalla naval del lago Maracaibo* (narración), Caracas, Editorial Arte, 2da. edición, 1973. También estudia los hechos B. Jurado Toro, *La batalla naval del lago Maracaibo.* Venezuela, Imprenta Municipal de Caracas, 1974.

Morales aún resistió en Maracaibo y pensó en actuar con su ejército hasta que, viéndose acorralado por Perijá y encerrado en Maracaibo y sin la laguna por donde moverse, aceptó una capitulación honrosa que negoció su segundo, Narciso López. Así, partió para Santiago de Cuba con los restos del Ejército Expedicionario de Costa Firme. Era un desenlace insospechado para aquel momento.

En la guerra de la emancipación hispanoamericana, los combates navales apenas han alcanzado las celebridad y categorización de la lograda por las batallas de tierra adentro desde Boyacá a Carabobo, desde Bombons a Pichincha, hasta las de Junín y Ayacucho. Y, sin embargo, es forzoso valorar debidamente las acciones navales. Sin el combate en el que Brown destrozó la armadilla de Montevideo, presumiblemente la guerra de la emancipación se hubiera meridionalizado. Pero ya no pudo ir un ejército expedicionario al Río de la Plata —como el de Morillo fue a Costa Firme— por haberse perdido entonces el soporte de una base de desembarco. A pesar de las pocas naves que intervinieron y del poco renombre de Salazar, fue una batalla de grandes efectos, como lo fue también, estremecedoramente, la tremenda batalla del lago de Maracaibo, donde tantos jefes y marineros prefirieron volarse antes de entregarse a los vencedores. Es el holocausto de los que saben combatir. Pero además del gesto de los que morían en aquellos pequeños *nepomucenos,* hay que resaltar la tremenda importancia que tuvo la acción. En ella se jugó la suerte de la superioridad naval en Costa Firme, que de haber sido a la inversa, habría provocado la caída de Caracas, con el rápido movimiento pendular de la estrategia de Morales y el aprovechamiento de la victoria por Laborde, acosando Cartagena. La batalla del lago fue el Ayacucho naval y señala el fin de aquel predominio, como Trafalgar lo señaló en 1805.

Postrimerías de la resistencia de Puerto Cabello

La defensa de Puerto Cabello fue esperanzada cuando La Torre confió en que le llegarían auxilios para rehacerse. Con Morales alcanzó a saltar hasta la chispa de la ilusión, ante sus desconcertantes maniobras. Pero de repente quedaba reducida a una hoguera del honor militar que se consumía.

Laborde, con su llegada a la bahía y el combate del primero de mayo, animó los últimos rescoldos ante la evidencia de su superioridad marine-

ra. Pero pronto los patriotas inciarían el último y definitivo sitio porque el objetivo de Páez no podía ser otro que tomar la plaza. No cabía para él más espera. Por ello, perdida ya la batalla del lago y cuando todavía resistía Maracaibo —antes de pensarse en la rendición—, Morales meditó su última maniobra: trasladar sus fuerzas, que evacuaría Laborde, para ir a desembarcar en las costas de Caracas. No sólo defendería así Puerto Cabello, sino también se anularía otra vez el éxito republicano de la batalla del lago. A este fin, y antes de rendir el castillo de San Carlos, Morales se propuso evacuar a los 1.800 ó 2.000 hombres que podía tener, transportándolos en tres goletas mercantes, dos flecheras armadas y otras embarcaciones menores rumbo a Coro para, después, pasar a la costa de Caracas[45].

También ordenó que las autoridades y con ellas el comisario del ejército José María Correa partieran del lago con Laborde —como vimos—, en una lancha que se hizo a la vela el 29 de julio, y se dirigió a Los Taques, pasando de allí a Curazao, donde arribaron el 9 de agosto, con la fragata *Constitución* y los 10 marineros supervivientes de los 80 con que Laborde había llegado al lago. Con ellos iba Calzada para que, entre tanto, se encargara del mando en Puerto Cabello.

El comisario del ejército tenía instrucciones de Morales de adquirir víveres en Curazao para Coro y Puerto Cabello, con los 507.770 pesos traídos de La Habana por Laborde, y esperar su llegada. Entre tanto, el 4 de agosto de 1823 el comisario supo que Morales había capitulado y, por tanto, que su permanencia en Curazao era infructuosa, por lo que partió para Puerto Cabello con todos los víveres conseguidos. La remesa adquirida con este métalico, decía Casa León, duraría para tres meses, que por otra parte era el tiempo que se podían conservar en buen estado, y además era el tiempo que se calculaban resistiría la plaza. Pero Puerto Cabello resistió cuatro meses bajo la penuria más asombrosa, burlando hasta última hora el bloqueo marítimo patriota —octubre de 1823.

Sólo quedaba allí un pequeño contingente que tendría que soportar un sitio riguroso por mar y tierra, en espera de que la Nación reaccionara ante lo inminente y les enviara las ayudas para resistir o evacuar la plaza.

[45] AGI, Caracas, leg. 500. Carta de Alegría al secretario del Despacho de Hacienda, Puerto Cabello, 18 de agosto de 1823.

El caso es que Puerto Cabello, en su último período, se quedó sin el general en jefe, sin ejército y sin el jefe superior político que permanecía, enfermo, en Curazao; y se quedaría también —conseguidas algunas provisiones para Costa Firme— sin el comandante de Marina. Quedaba en la plaza Diego Alegría, jefe superior político e intendente interino, el coronel Manuel de Carrerá y Colina, comandante militar, y el brigadier Sebastián de la Calzada al mando de todo.

Tras la salida de Sixto de Puerto Cabello, Alegría, intendente interino, otra vez, había tomado providencias para adquirir recursos mientras aguardaba las operaciones de Morales —sabemos que siempre mantuvo víveres para tres meses— y que para ello decretó libertad de derechos —por el término de un mes— para los comestibles de primera necesidad. Con el mismo propósito y previsión, el 4 de agosto de 1823 nombró comisionados para Puerto Rico y La Habana, y los gratificó como estímulo. Esta acción de Alegría hablaba claramente de la esperanza de que la plaza resistiera. Ya en Puerto Rico, los comisionados Manuel Muria y Manuel García fueron socorridos por La Torre para proseguir su comisión a Cuba.

Otra medida tomada por las autoridades de Puerto Cabello fue la de hacer salir para Puerto Rico o La Habana las personas inútiles para el servicio de las armas. Así, desde Mayagüez, José Rivas informó a La Torre que el 7 de septiembre había entrado en el puerto la balandra *San Antonio* procedente de Puerto Cabello, conduciendo treinta personas emigradas de esa plaza.

Así las cosas, Bolívar no consideraba de tanta urgencia tomar Puerto Cabello, pues estimaba que esta plaza en poder de los realistas era «un freno para contener las facciones interiores», como lo había sido Canterac para impedir «el partido que naturalmente habría de levantarse entre peruanos y colombianos». Así, Bolívar juzgaba útil posponer la toma de Puerto Cabello hasta «dentro de seis años» cuando estando ya «constituidos y fuertes y también consagrados por el tiempo [...] estaremos en estado de rehusar y de pedir a Puerto Cabello y al Perú, o hacer la guerra con gran suceso». Por ello, en carta del 14 de junio, gestionaba una tregua con los comisionados realistas. Cuatro meses más tarde, aún Bolívar mantenía el mismo argumento, posiblemente para insistir a Santander en que le mandara hombres al Perú y se olvidara de Puerto Cabello, como plaza menos importante y que, al fin, caería por sí sola.

Pero Santander —que siempre creyó que estrechar el cerco a Puerto

Cabello era superior objetivo a otra acción— reorganizaba las fuerzas, para terminar con los realistas de Costa Firme cuanto antes. Ordenó a Soublette integrar sus fuerzas con las de Páez y Bermúdez y establecer con todo rigor el sitio a Puerto Cabello. Soublette decía que, sin marina, no harían nada, pues sospechaban que Laborde tomaría represalias tras la derrota en el lago Maracaibo.

Por su parte, Páez aprovechó la angustia que la noticia de la pérdida de Maracaibo produjo en los residentes de la plaza y ofició a Carrerá el 2 de septiembre de 1823, pero éste no quiso ni recibir la nota, diciendo «que tenía órdenes expresas de no entrar en ningunas relaciones con el Gobierno de Colombia». Esto no resultó, como tampoco el proyecto de introducir en Puerto Cabello a un agente con la misión de probar la fidelidad del comandante de la plaza. El 17 de septiembre Páez mandó una nota a Sebastián de la Calzada, intimándole a la rendición y la misma comunicación se la envió a Jacinto Iztueta, de quien esperaba colaboración para lograr que un movimiento interno obligara a aquél a rendirse. Pero «la denodada obstinación de Calzada», obligó a estrechar el sitio a la plaza.

Último asedio: la agonía de la resistencia

Páez fijó su cuartel general en la Alcabala de Paso Real, donde el río San Esteban cortaba el camino que conducía a El Palito. El 23 de septiembre puso sitio por mar y tierra y envió a Calzada otra intimación, haciendo alarde de sus fuerzas y ofreciéndole las mayores ventajas para persuadirlo. Éste contestó a las amenazas diciéndole que la crueldad que usara no sería olvidada. Esta decidida contestación de Calzada, aun sabiéndose inferior, lo distinguiría como militar heroico. Pero no menos importante es el sutil efecto psicológico que Calzada quiso lograr en el ánimo de Páez. Así, Calzada le dijo que el «dictar leyes nuevas de barbarie y crueldad» provocaría que nadie lo olvidara y que su nombre quedara marcado para la posteridad como hombre sanguinario. El rechazo de las dos primeras intimaciones hicieron que Páez propusiera a Briceño Méndez retardar la tercera, hasta que, reunida toda la fuerza destinada al efecto, pudiera tener garantía de éxito. La dilación fue aprobada y el 3 de octubre Páez se sintió ya preparado y envió la tercera intimación, con la que pretendió disuadir a Calzada de resistir como «en Sagunto y Nu-

mancia», pues aunque era cosa digna de imitación, era una gran temeridad y ese puñado de españoles —a los que Calzada aludió— no serían tratados como héroes. Pero con las mismas, Calzada rechazó las proposiciones, «no por un valor dislocado», sino porque «sería obrar de una manera indecente», y porque «la defensa es natural a toda clase de vivientes por tímidos y cobardes que se les suponga»[46].

El ambiente proespañolista de los partidos de Caracas y Puerto Cabello, creado por las normas de expulsión general de españoles, perjudicaban el plan de Páez de ganarse diplomáticamente a los sitiados, e inclusive llegó a protestar ante Santander, porque esa acción había causado en Puerto Cabello un gran «estrépito» y a partir de él se desconfiaba de todas las demás ofertas. Consecuentemente, pidió a Santander el 4 de octubre de 1823 que anulara la implantación de este decreto, al menos hasta que se verificara la toma de la plaza, porque «los pueblos al ver arrancar del seno de sus familias a muchos españoles pacíficos, sin más delito que haber nacido en la Península e Islas Canarias», desconfiarían del futuro. Este ambiente españolista, por otra parte, reforzaba las esperanzas realistas de los sitiados y hacía evidente que la rendición sólo podría lograrse por las armas.

Páez debió de creerlo así, por lo que montó la artillería, estrechó la plaza por el mangle, se apoderó de La Vigía —que capituló a mediados de octubre— y cubrió el cerco con más de 1.200 hombres. En el lugar se reunieron tres generales en jefe patriotas: José Antonio Páez, José Francisco Bermúdez y Santiago Mariño.

Como era de esperar, ante los constantes ataques y por la escasez de fuerzas, se rindió el fuerte Solano, y Calzada consideró necesario abandonar la línea exterior y reducirse al castillo donde reparaba por la noche los daños que la artillería de Páez le causaban por el día.

Páez pensó en seguir estrechando el cerco, pero antes partió a Valencia con el fin de aprovisionarse para las operaciones que aún le esperaban. Se llevó consigo a Santiago Mariño y encargó a Bermúdez el mando del ejército sitiador. El 21 de octubre partieron de Valencia a La Guaira a fin de empujar la salida de los buques que habían de bloquear el Puerto Cabello. Tanto Páez como Soublette temían que Laborde volviera a batirlos, como les ocurrió el primero de mayo, pues a Santander le

[46] Archivo S., vol. II, pp. 215-252. Carta de Calzada a Páez, Puerto Cabello, 4 de octubre de 1823.

recordaba éste «descuidese, general, nosotros no podemos ser marítimos por ahora».

De regreso a La Guaira, Páez decidió dar la batalla final cuanto antes, por si Laborde se acercaba a Puerto Cabello. Dio la orden de cese del bombardeo para enviar una nota secreta a Calzada, el 28 de octubre, invitándole a conferenciar. Éste no la aceptó, por lo que el 31 del mismo mes, a las 8 de la mañana, Páez le envió la cuarta y última intimación:

> Señor brigadier: Después de haber visto parte de los sacrificios que he tratado de evitar, estoy resuelto a consumarlos en el último caso en las personas de los causantes de ellos, y en su consecuencia, intimo a vuestra señoría la rendición de esa plaza dentro del término de 24 horas, y no haciéndolo, pasaré a cuchillo toda la guarnición para vengar en ella las víctimas que se han inmolado imprudentemente de los vecinos pacíficos que son los que han sufrido en sus personas y sus casas.

Con la fuerte expresión de *pasar a cuchillo,* Páez debió de querer evocar la toma de Santa Marta, para con ella impresionar a Calzada. Creemos que lo consiguió, pues éste, ante el cambio drástico de actitud de Páez, contestó con unas reflexiones persuasivas, aunque firmes:

«No tengo qué contestar a la intimación» y «mucho menos a la amenaza con que la acompaña.» Y se preguntaba y le preguntaba:

> ¿Será posible que en el juicio de V. E. y en el carácter de moderación y mutuo respeto que han tenido nuestras comunicaciones; será posible, digo, que V. E. aventure una proposición tan falsa y absurda como es la de llamar causantes de los males de la guerra a los defensores de esta plaza? ¿Tenemos nosotros acaso la actitud ofensiva, o en qué hemos violado el derecho de las gentes, para que así se infrinja y se quebrante con nosotros? He dicho a V. E., y ahora lo repito, que mi ánimo es el de defender esta plaza hasta donde mi deber me señala. Si por ventura V. E. tiene la fortuna de penetrar hasta este recinto, será después de haber vencido, y la victoria podrá dar a V. E. el derecho de disponer la mortandad y encarnecimiento. Pero ruego a V. E. que medite el juicio que en las demás naciones y en la posteridad más remota merecerán, no sólo los hechos, sino aun las simples amenazas de esta especie.

El mismo día, Páez informaba a Briceño, secretario de Guerra y Marina, sobre la negativa de Calzada, y le instaba a no perder más tiempo y proceder a dar «un golpe de armas», ya que estaba convencido de que

dilatar el mismo no llevaría más que a prolongar los sufrimientos. La prisa de Páez debió de responder a las noticias que tuvo de Curazao, el 2 de noviembre, que aseguraban que de La Habana partiría una expedición «comandada por Laborde, integrada por 2.500 hombres y diez buques de guerra» y que el 4 de noviembre aseguraban que éste estaba ya en la mar. Aunque Páez comentaba «yo soy demasiado crédulo para formar un cálculo desgraciado desde ahora y contar con la infalibilidad [...]» pero figúrese —decía al secretario de Guerra:

> a ese español orgulloso con las fuerzas de su mando, lastimado en su honor por la acción del 24 de julio en la laguna, calculando sobre nuestra Marina desproveída de gente y con buques que le costaría mucho menos que las dos corbetas apresadas en mayo de este año. Y vea si es o no posible que aun sin la necesidad de auxiliar a Puerto Cabello aventure una expedición con el fin de destruir nuestra escuadra; todo lo temo y la experiencia ya me tiene enseñado para no ser demasiado confiado.

Y calculaba sus posibilidades, pues si las cuatro flecheras que había traído de La Guaira «han servido más para intimidar al enemigo que para privar la entrada de buques», porque siendo tan extensa la línea que hay que cubrir no son suficientes para toda ella, mucho menos cuando no pueden separarse, pues «una sola caladora que conserva el enemigo batiría a dos o tres de las nuestras si las encontrase desunidas, así por lo grueso de su artillería como por su capacidad para admitir tripulación». ¿Qué pasaría si llegaba Laborde con fuerzas infinitamente superiores?[47].

Rendición

La resistencia realista había sido tenaz, tanto por mar como por tierra, confesaba Páez en la misma carta, y recordaba las grandes dificultades que tuvo para arruinar una casa fuerte seguida de un reducto bien construido, que formaba la línea exterior de la plaza, y que era la que conservaba el agua y que apenas distaba el ancho de la plaza. Y que aún después de arruinada les quedaba un reducto entre los escombros «con

[47] Arch. P., vol. II. Cartas de Páez al comandante general, Paso Real, 2 y 4 de noviembre de 1823.

que defienden la boca del río bañada por nuestra metralla y fusilería». Es más —añadía Páez—, causa admiración

> ver agolpar la gente a tomar agua, y ver sacrificarse el soldado, el paisano, la mujer y el niño, y que a porfía prefieren la muerte cierta a la sed que les devora; es rara la vez que no conducen para adentro muertos o heridos, pero nada de esto les contiene. Y aunque sólo pueden coger el agua que entra a la mar con una velocidad increíble, y que esta misma no les puede bastar, ayer [día 3] resolví desechar el río cerca de su embocadura bajo todos los fuegos de castillo por ser la parte más angosta. Y hoy hemos visto casi concluido nuestro trabajo.

Aún los sitiados resistirían por una semana más los constantes fuegos de metralla y fusilería. Debió de ser tal el padecimiento de esta gente que Páez estimaba que de no hacer una operación inmediata y rendir «ahora a Puerto Cabello, la consecuencia funesta de este suceso refluirá sobre la República». Por ello, procedió a dar un golpe de armas a la plaza aunque estaba falto de botes. Este elemento era indispensable, pues el plan sólo era viable por la laguna, pero carecía de prácticos.

Mientras, Calzada había calculado la pólvora y los víveres de que disponía para el tiempo que podría resistir. Del primer elemento le quedaba para «ocho días» economizándolo, y para la alimentación tenía para «16, de una ración muy escasa». Ante lo inminente, el 31 de octubre, Calzada comisionó al capitán López para asegurar los archivos de correspondencia oficial de la plaza, y este jefe salió de Puerto Cabello quince días antes de su rendición para conducir pliegos importantes del servicio a Curazao, lo que verificó con celo y actividad. Así, el hombre que fue ayudante del castillo de San Carlos de Puerto Cabello salvó la Secretaría del Ejército y provincia y lo «practicó en un barquichuelo por entre toda la escuadra enemiga, con inminente riesgo de la vida, poniéndolo todo a disposición del general en jefe del Ejército en la isla de Curazao[48]. Por esta previsión contamos con ese material para la historia.

Páez decidió buscar el lugar más a propósito para penetrar hasta la plaza. Casualmente sorprendió a un negro que vadeaba el terreno por el camino de la playa de Borburata, hacia Puerto Cabello, por lo que concibió la idea de asaltar la plaza por ese terrible lodazal y atascadero, en

[48] AGPR, Gobernadores, caja 246, ent. 152-183.

la parte del mangle. Pero «para que el enemigo no creyera que íbamos a llegar muy pronto [...] puse quinientos hombres durante la noche a construir zanjas, y torcí el curso del río» para hacer pensar a los sitiados que lo único que quería era estrecharlos más por la sed.

El desvío del curso del río San Esteban fue un hecho el 6 de noviembre, según informaba Calzada: «cortaron luego el río *enteramente* de modo que no corría una sola gota de agua y me pusieron en el caso de hacer uso de la del aljibe del castillo». Pocas o ninguna esperanza debía de tener ya Calzada cuando debía defender la línea exterior, la plaza y demás puntos con sólo «sesenta hombres de la Milicia Nacional local y otros tantos borburateños que, agregados a la artillería, servían las piezas, y el resto, hasta los trescientos hombres [...] estaban en la línea exterior». Es decir, sólo contaba para todo con trescientos hombres más o menos. Por esos días había pensado reducirse al castillo o, al menos, abandonar la línea exterior, como medio más prudente para sostenerse, pero el pueblo quería protección, por lo que Calzada decidió «sacrificarlo todo a un tiempo» para no dejar a Puerto Cabello sin guarnición.

En estas condiciones llegó el día 7 de noviembre, fecha en la que los sitiadores «estuvieron haciendo un horroroso fuego de cañón y mortero sobre la plaza y línea exterior, abriendo a ésta una gran brecha». Pero a las «once de la noche cesaron sus fuegos que yo no contestaba, por economizar municiones», dijo Calzada a Laborde el 22 de noviembre de ese año.

Hecha esta distracción, cuando Páez supuso que los realistas estaban agotados, ordenó marchar al Anzoátegui sigilosamente, a las diez de la noche de ese mismo día 7, desde la alcabala hasta la plaza por un espacio de más de ocho cuadras de agua y fango, burlando la vigilancia de la corbeta *Bailén* y de otras lanchas realistas, así como de los buques apostados en las baterías Princesa y Constitución, que de haberlos descubierto hubieran sido abrasados «a medio tiro de pistola». Esta operación estaba respaldada por otras columnas encargadas de apoderarse de esas baterías y de ocupar el muelle y la puerta de la Estacada, que era el punto por donde la fuerza que cubría la línea exterior podía entrar a la plaza.

Los realistas, aunque agotados, estaban vigilantes, por lo que habiendo descubierto la columna que avanzaba por el mangle entre las baterías Constitución y el baluarte La Princesa, iniciaron la operación de contraataque. Así, Calzada informó después que

> a las dos de la mañana del 8 atacan la brecha cuatrocientos infantes, seis flecheras y algunos botes llaman la atención por la derecha nuestra, dirigiendo sus fuegos sobre la línea y batería del Príncipe, y seiscientos infantes con seis lanceros pie a tierra y todos en cueros, dan el ataque verdadero por el mangle.

Y añadía: «los del mangle lograron salir entre las baterías de la Constitución y Princesa, [y] corriendo en seguida en todas [las] direcciones quedaron dueños de la plaza». Esta completa invasión con fuerzas infinitamente superiores, hizo que los noventa hombres encerrados en la casa fuerte pidieran capitular. El ataque por tres flancos y la invasión fue imposible de resistir, y Calzada y sus hombres quedaron prisioneros. A las 4 de la mañana la plaza fue saqueada y a las 6 entraron en ella Páez y Bermúdez y se reunieron con Calzada, «con la más apreciable conducta», dice éste.

Pero aún no había terminado todo, pues aunque perdimos «la mayor parte de la guarnición [...] muchos se salvaron con Carrerá, pasando al castillo, gracias a una cadena de madera que yo había puesto a la boca del puerto», dijo Calzada. Y Alegría especificó que con Carrerá, en San Felipe, estaba «lo mejor de nuestras tropas». Éstas continuaron los fuegos sobre el pueblo el día 8. Para terminar con esta situación, Páez intimó al comandante del castillo el mismo día. Manuel Carrerá y Colina pidió tiempo para tomar la decisión. Pero según dijo Alegría, la actuación de Carrerá de no seguir resistiendo fue la más prudente, por el «aislamiento en que se encontraba».

Aún hubo actos aislados de resistencia. Así, José Picayo, encargado del apostadero, incendió la corbeta *Bailén,* cuando vio que los patriotas se habían apoderado de la población.

Las capitulaciones fueron firmadas el 10 de noviembre y en ellas se acordó que la tropa sería conducida a Santiago de Cuba y que los que lo desearan podrían quedarse en Colombia. El jefe realista no olvidó interceder por los vecinos y habitantes de la plaza, para que se respetasen sus personas y bienes, así como por los ausentes. Las gracias pedidas para los habitantes de Puerto Cabello se solicitaron también para los pueblos que habían colaborado estrechamente con la causa: los vecinos de los valles de Borburata, Patanemo y Morón. Páez lo concedió en los mismos términos que lo concediera para los habitantes de la plaza, dato revelador, pues a pesar de los decretos de Manrique, imponiendo pena de muerte

a los que comerciaran o se acercaran a los sitiados, estos pueblos debieron de persistir en ayudar a sus vecinos, cuando en este momento fueron recomendados.

La resistencia fue imposible, pues Calzada sólo contaba con 300 hombres para la defensa de todo y la deserción de más de 40 hombres de la milicia nacional le obligaron a rendirse. En el juicio que años después se le siguió, quedó exonerado por la entrega de la plaza[49]. Y Alegría, en su parte a Ultramar, indicó que sostenerse hubiera sido infructuoso, pues mantener el aislamiento sólo hubiera logrado alargar su defensa hasta donde hubieran alcanzado las subsistencias y después se hubieran visto obligados a rendirse a discreción del vencedor, es decir, sin ventaja alguna para la guarnición y para el vecindario. Con todo esto, podemos concluir que la pérdida de Puerto Cabello fue debida a la falta de ayuda de la Nación, porque como pidió Alegría que se le informara al Rey, «todos hemos cumplido con nuestros deberes» y «aunque vencidos somos honrados»[50]. Definitivamente, la constancia de los sitiados en Puerto Cabello era el justo paralelo en la lucha por la causa de cada parte.

[49] Col. Enrile XVIII, doc. 28, fols. 207-208, ms. 2.287. Carta de Vicente Atuers a Pascual Enrile, 2 de mayo de 1818.

[50] AGL, Caracas, leg. 500. Carta de Alegría al secretario del Despacho de la Gobernación, 14 de noviembre de 1823 y copia del documento de capitulación.

V

EL CASO DEL VIRREINATO DEL PERÚ ANTE LA PÉRDIDA DEL DOMINIO DEL MAR

Puede resultar paradójico que en el Perú, a tan enorme distancia de España —aumentada por la larga ruta que había que recorrer en los Mares del Sur—, se pudiera sostener la fidelidad al Rey durante tantos años y rodeado de conflictos juntistas y de levantamientos a los que hubo de hacer frente, desde el mes de mayo de 1809 en Chuquisaca hasta el de agosto del mismo año en Quito; desde la separación de Chile en septiembre de 1810 hasta que, tras la batalla de Ayacucho de diciembre de 1824, quedara reducido todo, en aquellas costas, a los dos núcleos de resistencia: El Callao y Chiloé, testimonios de un lento debilitamiento que comenzó con la disputa a los patriotas del dominio naval del Pacífico.

La potencialidad del Perú es concebible si tenemos en cuenta que desde Lima se estaba luchando por dos cosas: la fidelidad al Rey y la fidelidad a la tradición peruana, al tratar de aprovecharse la oportunidad de los levantamientos emancipadores para ir incorporando territorios perdidos en las reformas del siglo XVIII. Así, el reino de Quito volvió a ser peruano, pues Abascal asimilaba también al virreinato el Alto Perú, como en la práctica se hacía con Chile. Pero si todo era posible con el dominio del mar, todo empezó a ser imposible al quedar en inferioridad el virrey de Lima. Por eso, no en vano los islotes de resistencia lo eran físicamente, casi de verdad.

Causas de la aniquilación naval en el Pacífico

En la costa del Pacífico, Chile se declaró independiente oficialmente antes que Buenos Aires lo hiciera en el Atlántico, pero como «eco» de

los acontecimientos de la capital del Plata en 1810, y con una «alianza ofensiva-defensiva con ella[1]». Esta aparente anticipación era resultado de que, en realidad, se trataba de un desligamiento más bien del poder de Lima, ante las noticias de los sometimientos de La Paz y Chuquisaca. Pero Abascal, virrey del Perú, dueño de las comunicaciones marítimas, envió una expedición al mando de Antonio Pareja a Chiloé, para que, desde esta gran isla del sur, organizara la fuerza necesaria para someter a los disidentes de Santiago.

En dos meses el brigadier de la Armada Antonio Pareja organizó dos batallones con 1.300 hombres y se presentó en Valdivia, donde reclutó más hombres y logró hacerse con la fragata *Perla* y el bergantín *Potrillo*.

Allí se incorporó a las filas realistas Antonio de Quintanilla, que al cabo de los años sería la cabeza de la resistencia en Chiloé. Era un hombre valeroso, santanderino, que entonces carecía de conocimientos militares y cuya profesión era el comercio. Pareja, con las fuerzas reunidas, tomó Concepción y a finales de marzo de 1813 tenía ya una fuerza de 6.000 hombres[2], de todo el sur de Chile y, por supuesto, de la costa. Pero falleció y para sustituirlo fue nombrado el brigadier Gabino Gaínza, que llegó también del Perú y aumentó el ejército con 200 peruanos que llevó con él, en enero de 1814.

La llegada del *Asia* con un batallón de 600 hombres de infantería reforzó el dispositivo de Gaínza, que obtuvo el triunfo de Rancagua y logró con él restablecer el régimen realista en Santiago. Era la consecuencia de la superioridad naval, que pudo crear los nódulos del sur, como bases de partida.

Los emigrados chilenos trataron de contrarrestar desde Buenos Aires con el comodoro Guillermo Brown, el vencedor de la batalla de Montevideo, quien pudo organizar una pequeña escuadra de la que formó parte un barco, el queche *Uribe,* aportado por los chilenos. Con ella Brown entró en el Pacífico para cumplir una amplia y ambiciosa misión, si bien los emigrados le pidieron que libertara a los desterrados de la isla de Juan Fernández. Había de seguir al Callao, para bloquear y destruir las naves virreinales y luego penetrar en Guayaquil, con una misión más importante: apoyar a los neogranadinos, acosados por las columnas de Morillo,

[1] L. Galdames, *Estudio de la Historia de Chile,* Chile, 1907, t. II, p. 25.
[2] B. D. Barros Arana, *Historia General de Chile,* Santiago, 1884-1902, t. IX, p. 128.

levantando Quito. Fracasó, pero era un nuevo ejemplo de lo que suponía el dominio en el mar.

San Martín, desde su entrada en Chile, procuró también —con O'Higgins— hacerse con la superioridad naval en el Pacífico, sin la cual podía repetirse la reacción realista desde el sur, e incluso le sería imposible llevar a cabo su expedición al Perú.

El nuevo virrey del Perú, el general Pezuela, tuvo, en efecto, la esperanza de reconquistar el territorio chileno perdido. Para ello organizó una poderosa expedición con nueve fragatas mercantes, escoltadas por la *Esmeralda,* al mando de su hijo político Mariano Osorio para establecer crucero y defender Talcahuano y Valparaíso aún en poder de los realistas. Más al sur, la costa estaba defendida por Antonio de Quintanilla, gobernador de Chiloé desde el 20 de marzo de 1817, que había armado buques que se enseñorearon en las aguas próximas.

Pero San Martín, con la ayuda del Gobierno chileno, formó una escuadra superior con naves adquiridas en Estados Unidos, además de otras chilenas, contratando también marinos de muy diversas procedencias, desde Blanco Encalada, que había sido oficial de la Armada española, a no pocos ingleses, americanos o aventureros de cualquier nación. El más destacado fue el comodoro Cochrane.

Un parte del comandante español de la fragata *Esmeralda* que informó de la acción sostenida el 27 de abril de 1818 en las costas de Valparaíso, con un buque que salió de aquel puerto con bandera y gallardete inglés, sin izar otra de los insurgentes, nos habla de lo que fueron esos reclutas, pues perseguidos por él, una vez que se hicieron con la nave descubrieron que la mayor parte de su tripulación estaba compuesta por ingleses y angloamericanos.

Pezuela se quejó formalmente al comandante de la corbeta inglesa *Blossom* de que el concurso de los extranjeros «es el mayor óbice que ha tenido hasta el día y tendrá en adelante la pacificación de esta América»[3]. El mismo día el comandante de la *Blossom* ofreció disculpas a Pezuela y le expresó que sentía lo ocurrido por la alianza existente entre España e Inglaterra y que indicaría al gobernador de Santiago de Chile «el modo impropio de hacer la guerra». Lógicamente, la vaga respuesta del comandante no satisfizo a Pezuela.

[3] *Col. Doc. del Perú, op. cit.,* t. XXII, vol. 2, p. 19. Oficio de Pezuela, 12 de junio de 1818.

Los métodos a los que recurrieron los patriotas para ampliar su flota fueron también poco éticos, por lo que fueron denunciados en varias oportunidades: dejaban izada la bandera española en las plazas y puertos abandonados o perdidos por los realistas, para que sirviera de reclamo a los buques que pudieran entrar desconociendo la realidad, con lo que eran capturados por sorpresa.

El caso es que el virrey tenía también fuerzas extranjeras a su servicio, entre las que debe recordarse la corbeta francesa *Bordelais;* la zumaca portuguesa *La Brillante Magdalena;* las fragatas rusas *Kutusor* y *Suvarow;* las angloamericanas *Governor Shelbi,* la *Ontario* y las *Dos Catalinas;* éstas habían hecho posible el comercio a pesar del bloqueo, pues reforzaron las fragatas mercantes *Cleopatra* y *Resurrección* y el bergantín *Cantón,* destinados al comercio del sur hasta Arica, y a la fragata mercante *Veloz* y la pailebot *Aránzazu,* destinadas al norte hasta Panamá. En el informe de Pezuela del 12 de noviembre decía que, además de las naves mercantes, había reunido las fragatas de guerra *Venganza, Esmeralda* y *Sebastiana* y el bergantín *Pezuela,* y que en la defensa del puerto del Callao tenía 8 lanchas cañoneras y 8 botes, y el bergantín *Potrillo,* para avisos a cualquier parte.

Cuando lord Cochrane se apoderó de Valdivia, lo hizo también del bergantín *Potrillo,* que había sido enviado por Pezuela a Chiloé y Valdivia con 20.000 pesos y municiones, y de la fragata *Dolores.* El éxito le animó a intentar igual hazaña con Chiloé, pero Quintanilla supo reaccionar, presentando combate naval en el puerto de San Carlos de Ahuí, en el que resultó vencedor. Miller, en sus *Memorias,* hizo un exhaustivo relato de esta batalla.

Otro factor que hay que tener en cuenta era la dificultad logística de los virreyes del Perú para recibir convoyes desde España y reforzar sus medios navales, puesto que si en un principio hacían escala en Montevideo, después de perdida la plaza tuvieron que enfilar directamente hacia el Cabo de Hornos, aguantar los fuertes temporales, para luego tener que cruzar ante las costas chilenas, de donde podían salir naves a su caza. Un caso bien concreto lo tenemos con el convoy que se envió desde Cádiz el 21 de mayo de 1818, custodiado por la fragata de guerra *María Isabel* de 50 cañones, que en tan larga travesía fue víctima de todo tipo de incidencias, como era lógico: muertes por enfermedades, sublevación de una tripulación, captura de gente al pasar por el Río de la Plata, pérdida de la ventaja de la sorpresa, pues como en este caso se dio, pudieron es-

tar prevenidos los navíos de Chile del paso del convoy con tiempo suficiente. Así, sucedió que la *María Isabel,* tras fondear en la isla sureña Santa María para ser reparada, fue atacada por buques chilenos, que lograron apoderarse de ella en tal trance. Pero el caso es que los chilenos, dueños de la *María Isabel,* la utilizaron como señuelo, manteniendo arbolada la bandera española. Así, el resto de los buques de la expedición, desconociendo el apresamiento de la nave protectora, entraron mansamente hasta la trampa preparada con sagacidad en la isla de Santa María y allí fueron presa fácil. Con este doble triunfo la escuadra patriota quedó fortalecida y pudo regresar a Valparaíso.

En consecuencia, pasaron a poder de los chilenos buen número de armas y cañones, al mismo tiempo que resultaba ya imposible el plan que llevaban de bloquear Valparaíso y contribuir a una acción reconquistadora de Chile. De todo el conjunto de doce naves sólo cuatro lograron entrar en El Callao, entre ellas la fragata mercante *Especuladora,* con seis oficiales y 200 hombres del Regimiento de Infantería de Cantabria. La pérdida de la *María Isabel* fue —dijo Rodil, el que sería defensor del núcleo del Callao— el «principio de nuestros males en el Pacífico». Pezuela reaccionó pronto y envió sus buques de guerra contra los chilenos y, tras un encarnizado combate, la *Resolución* capturó al *Maipú.* Pero la contrarreacción chilena con sus fuerzas aumentadas y el nombramiento de lord Tomás Cochrane para comandar la *María Isabel* —a la que se le cambió el nombre por el de *O'Higgins*— determinó el fin de la superioridad. Además, con el engaño repetido de exhibir bandera española, lograban los chilenos penetrar en Valdivia, en enero de 1820.

Todo lo dicho explica que Cochrane pudiera llegar a bloquear El Callao en la noche del 5 al 6 de noviembre de 1820 con 14 embarcaciones de todas las categorías y con capitanes de distintas nacionalidades. Éstos abordaron la fragata *Esmeralda* y el bergantín *Maipú,* cortaron sus cables y los remolcaron. La tripulación de la *Esmeralda* resistió, pero la superioridad de las fuerzas atacantes hizo que finalmente se rindiera. La *Maipú,* sin embargo, pudo resistir, así como otros buques menores.

Puede creerse que los acontecimientos navales apenas tenían otros reflejos que los que se derivaran de una posibilidad o imposibilidad operativa. Y, sin embargo, se originaban dramáticas consecuencias populares como resistencia. Un caso bien visible lo tenemos en los desórdenes que se produjeron en Lima al conocerse la pérdida de la *Esmeralda,* hecho que provocó una fuerte reacción ciudadana contra los ingleses que pudieron

encontrar, a quienes persiguieron especialmente las mujeres, ansiosas de vengar la muerte de sus maridos o hijos, por creerlos cómplices del acto. Así, a las 6 de la mañana del mismo día que llegó la noticia, estaban congregadas en el muelle cerca de 500 personas y habiendo atracado el buque inglés *Macedonia,* toda la gente le arrojó las piedras que hallaban a la mano, impidiéndoles el desembarco. Quien lo lograba era apresado, si no muerto, hasta que la patrulla realista pudo tranquilizar los ánimos. El mismo comandante del *Macedonia* salió oculto; el de la goleta mercante *Rumpart* fue obligado a detenerse a tiro de fusil hasta identificarse a la entrada del puerto[4] y lo mismo ocurrió en otros casos.

Así se precipitó todo en 1820, cuando las dos últimas grandes naves fueron capturadas por Cochrane. En su *Historia,* Mariano Torrente señala que la pérdida de las fragatas *Prueba* y *Venganza* fue enormemente sensible, porque con ellas todavía hubieran sido posible importantes operaciones que ya quedaban fuera de todo cálculo. La total aniquilación de la Marina española en el Pacífico, a finales de 1820, unida a su urgente necesidad, el fracaso del armisticio propuesto por San Martín y el influjo de éste ante las gentes y ante los jefes realistas, que vieron cómo alguno de sus batallones enteros —como el caso del Numancia— cambiaron de filas, impuso a La Serna abandonar Lima y el apostadero del Callao, para internarse con su ejército hacia Huancayo, donde permaneció hasta el 29 de diciembre de 1821, cuando pasó al Cuzco, instado por la Real Audiencia para establecer la Capitanía General, la Superintendencia de Hacienda y otras instituciones de gobierno en esta ciudad.

Es un fenómeno verdaderamente interesante el que se repite en el área del Pacífico, que puede considerarse efecto de una realización tardía, sueño que al fin se cumple. Quito, ansioso de ser cabeza de su mundo del litoral norteño-pacífico del continente, pudo ver en la llegada de Mourgeón su ansiada conversión en cabeza virreinal, igual que Coro mantuvo su fidelidad frente a Caracas, con la esperanza de recuperar la capitalidad. Lo mismo sucedió con el Cuzco al insistir ante La Serna por su instalación en la ciudad primigenia, haciéndole ver que en ella podía incorporar hombres, conseguir dinero para sostener el ejército y contar con una mayor posibilidad logística, tanto sobre Lima, como sobre el litoral del sur, es decir, sobre Arequipa, como sobre el Alto Perú. Además

[4] *Col. Doc. del Perú, op. cit.,* tomo XXII, vol. 2, doc. 207. Informe de Pezuela y documentos sobre la sumaria seguida por la pérdida de la fragata *Esmeralda.*

de contar con el prestigio de su Audiencia, podía respaldarse en el influjo de sus eclesiásticos y en la convergencia de sus caminos. Cuzco fue así similar a una isla tierra adentro, anclada en las cumbres andinas. Y La Serna permaneció en la ciudad hata el último momento, hasta octubre de 1824, cuando salió con sus tropas para la última batalla.

Y lo curioso es que Vacaro, el jefe del apostadero del Callao, se había opuesto a la internación que decidió el virrey porque suponía el abandono del centro naval. Tuvo que justificarlo. En su informe sobre la rendición que dirigió al secretario de la Gobernación de Ultramar, decía que desde que La Serna y sus colegas tomaron el mando

> tenían ideas contra la capital [Lima], puerto y fortificaciones del Callao, por espíritu de partido y con la extravagante idea de mantener la dominación del Rey poseyendo el Alto Perú, que no puede ser, habiendo perdido el manantial de recursos, apoyo de la opinión y demás ventajas que produce la posesión de la capital y que no tiene sustitución[5].

Y, sin embargo, La Serna no había renunciado al mar, a pesar de no tener barcos, pues existían los puertos del litoral que no habían ocupado los enemigos y en tales circunstancias se permitió expedir el decreto del 29 de julio de 1822 en arreglo del comercio marítimo[6], que permitió que no pocos barcos extranjeros encontraran ventajosas circunstancias para entrar a su abrigo, con el fin de vender armas, hierro, azogue, útiles, así como elementos de vestuario, etcétera.

Estando ya Bolívar en el Perú y a causa de los conflictos que se habían producido con los mandos chilenos, vino a crearse una especie de vacío que consideró muy peligroso el Libertador. Así, en la carta que escribió a Santander, desde Trujillo el 21 de diciembre de 1823, le decía que si los realistas tenían

> cuatro buques de guerra en el Pacífico y poseen algunos puertos, pronto lograrán más. El desaliento de los peruanos aumentará la fuerza de los españoles; sus ventajas, en fin, serán decisivas luego que sean dueños del mar como todo lo anuncia muy próximo. Nuestra escuadra no se puede

[5] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo XXII, vol. 2, pp. 165-173. Minuta de un despacho de Vacaro relativo a la rendición de la plaza, firmada por Jacinto Romarete, Aranjuez, 30 de marzo de 1822 y dirigida al secretario de la Gobernación de Ultramar.

[6] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tema XXII, vol. 2, doc. 210.

> mantener porque no hay un peso con qué hacerlo y diez meses ha que no se le paga un duro. Los españoles, teniendo mucho dinero, porque tienen sistema y rigor, no dejarán de conseguir una buena escuadra para ejecutar sus desembarcos en Guayaquil y Esmeraldas[7].

El desaliento peruano que indica Bolívar comenzó con la retirada de San Martín de Lima y el destierro de más de 400 españoles «de las primeras familias y personas de las más ricas de Lima» que fueron conducidas, a la fuerza, al Callao «rodeados de guardias y seguidos por sus esposas e hijos, de quienes no les fue permitido despedirse» y quienes, empujados a bordo de un buque, serían trasladados a Chile. En ese sentimiento nostálgico tuvo que influir la actitud de los jefes realistas, pues Bolívar decía a Santander:

> los godos del Perú han profesado altamente la opinión, hasta ahora, de no reconocer la independencia de América ni aun cuando el Gobierno español la reconociese; por consiguiente, no podemos esperar más que sangre y fuego de los compañeros de Canterac, La Serna y Valdés [... y] no debemos esperar nuestra libertad sino de los 12.000 colombianos que le he pedido para que vengan al Perú.

Así, el temor de que Riva Agüero, presidente de la República, se pasara a los realistas, y el acercamiento del Gobierno de Buenos Aires a España —es la época de la petición de un infante para gobernar el Plata y de la llegada de los comisionados españoles a Buenos Aires— llevó a Bolívar a proponer a La Serna un armisticio por «seis meses», tiempo que calculaba que tardarían en llegar los 4.000 hombres y otros recursos que tenía pedidos a Santander. Pero sobre todo, Bolívar concibió el armisticio para mejorar la situación militar, nada clara.

PREVISIONES DE LA SERNA PARA CONSERVAR SU EJÉRCITO

Muy distinto al caso de La Torre, el problema del virrey La Serna, en el Perú, consistió en la dificultad en que se encontraba para disponer de un ejército, pues por la falta de marina, su situación se agravó al verse sin la esperanza de reemplazos, a consecuencia de la política del régi-

[7] Arch. S., v. XI, p. 193. Bolívar a Santander, Trujillo, 21 de diciembre de 1823.

men constitucional español. Así, en 1822 La Serna no esperaba relevos que pudieran llegar de la Península, cuando la extensión que debía defender en Perú era inmensa, lo que imponía a sus tropas marchas agotadoras que diezmaban los efectivos. Por ello, con más vehemencia que en otras ocasiones, ordenaba a los comandantes militares de cada provincia alistar a los del país y organizar la fuerza que así pudieran reunir, que «no baje de un escuadrón completo». Para organizar ese escuadrón debían elegir «aquellos oficiales que reúnan el mejor concepto en el país, unido a las cualidades de valor y decisión por la justa causa nacional», a los que asignaría «un oficial y doce sargentos, cabos y soldados del escuadrón de Dragones de Lima». Así, los criollos y nativos fueron los grandes colaboradores de La Serna, mientras los ejércitos de Bolívar y Sucre contaban con ingleses.

Los comandantes militares debían adquirir en el distrito el número necesario de armas de fuego y blancas y hacer construir algunas lanzas. Canterac, en las instrucciones al coronel Juan Antonio Olaechea, comandante militar de la costa de Palpa, Nazca y Acari, le pidió que recurriera a los subdelegados de Lucanas y Parinacochas, si el número de armas conseguido en su distrito fuera insuficiente. Estos partidos habían sido pacificados, por lo que las armas procedentes de los enemigos podrían remediar la carencia en que se encontrara.

Toda la fuerza —si ello era posible— debía ser de caballería, para evitar el agotamiento de los desplazamientos, por lo que se prohibía hacer caprichosas requisas de caballos, que habían de realizarse con la autorización de La Serna o Canterac, como medio para proteger sus disponibilidades. Era tan valiosa la caballada que en la instrucción séptima, Canterac prevenía a Olaechea que alejara de la costa todos los ganados y en especial la caballería para impedir que pudiera internarse el enemigo, ya que intuía un próximo desembarco.

Al contar con buen número de nativos, los jefes realistas supieron recurrir al sistema de guerrillas, por ser en ello bien eficientes, máxime cuando las fuerzas patriotas eran numéricamente superiores. Si llegaba el caso, el comandante militar debía alertar a todos los habitantes y formando montoneras hostilizar al enemigo con grupos pequeños, para no comprometer toda la fuerza de que dispusiera. Así, las guerrillas resguardaron al ejército realista de su agotamiento. La acción de estas guerrillas nos la narra Tomás Barandalla en carta al general Valdés fechada el 25 de diciembre de 1822, a una legua de Ica, diciéndole:

> el 28 salgo con toda la división (que consta de doscientos infantes y doscientos caballos) para Chuchanga [...] en donde voy a situarme para hostilizar de algún modo a los enemigos, impedir sus correrías, y cubrir el flanco izquierdo del ejército, que es el principal objeto de esta división.

La retirada a tiempo también sería aconsejable para conservar la fuerza existente; por ello, en la instrucción octava, Canterac prevenía al comandante militar que si los patriotas se internaban, se plegara en retirada «con toda cuanta fuerza pueda, para Córdoba, Cuchibamba o Arequipa, hostilizando a aquellos cuanto fuera dable». Es decir, Canterac prohibía comprometerse en una acción general. El último punto, el decimotercero, especificaba que el financiamiento debía ser consecuencia del «celo y entusiamo de los habitantes del distrito»[8].

Los realistas, de esta forma, impidieron a los patriotas conseguir caballerías para, además, someterlos a acciones de acoso. Sobre ello, en carta del 21 de diciembre de 1822, Canterac dijo a Olaechea que el brigadier Valdés, tras ocupar Tacna, redujo al coronel Miller y a sus 800 hombres «al estado más impotente y miserable»; por estas causas —decía— «es de presumir abandonen Arica y se vayan costa abajo». Así, todos los ganados, caballerías y víveres reunidos en puntos determinados al momento de avistarse los buques en la costa debían retirarse al otro lado de la cordillera, de modo que si los patriotas intentaban seguirlos, encontrarían su ruina total en la sierra, donde les esperaría el gran ejército realista. Las enérgicas y eficaces disposiciones que tomó Valdés en toda la costa de Arequipa redujo al ejército patriota a la miseria, como lo expuso Sucre a Santander: «los españoles han hecho retirar todo al interior, que ellos tienen asegurado»[9].

La cooperación en este sentido del Ayuntamiento constitucional de Carabelí fue ejemplar al seguir las órdenes de «internar al pueblo más inmediato de la sierra todo el ganado, mulas, caballos y bagajes de toda especie». La población civil también respaldó el plan de Canterac, pues los alcaldes de Pullo y Chaipi suspendieron la tradicional feria que por la Candelaria se realizaba en este último pueblo para evitar la reunión

[8] Instrucciones de Canterac al coronel Juan Antonio Olachea, Cuartel General de Jauja, 17 de septiembre de 1822, en Miller: *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú,* traducidas al castellano por el general Torrijos, Madrid, sin año de publicación, tomo II, apéndices, P, Q, R y X, pp. 389-400.

[9] Arch. S., vol. XI, p. 27.

de cabalgaduras de los comerciantes, tan cerca de donde suponía que estaban los hombres de Miller, para evitar que se apoderaran de ellas. El alcalde de Pullo debía detener a los comerciantes que se encaminaran a la feria y hacer retirar a los que ya habían llegado a Chaipi. La orden era totalmente impopular, pues los interesados no podrían así ofrecer sus mercancías. Pero la firmeza con que instó a los alcaldes y les hizo responsables de lo que sucediera si no colaboraban con lo prevenido, redundó en el éxito previsto.

En general, la estrategia realista fue tal que hizo exclamar a Sucre, en 1823:

> si no nos reunimos u obramos a lo menos bajo un exacto concierto, nos baten infaliblemente, porque el enemigo posee tanta o mayor fuerza que nosotros, en posiciones excelentes, con muy buenos jefes de división y bajo una sola dirección, a la cual se someten ciegamente el uno al otro extremo del territorio que pisan.

La ventaja del ejército realista era en este sentido una realidad, y las tropas locales tuvieron su mérito en ello, hasta que en 1823, con la invasión francesa de los Cien Mil hijos de San Luis a España, que restableció el sistema absolutista, generó la agudización de las diferencias ideológicas de los jefes, causa de que se separara Olañeta con 4.000 hombres que se acantonaron en el Alto Perú e incluso se enfrentaron entre sí, porque éste, ante el cambio de situación, desconoció la autoridad de La Serna —nombrado bajo el régimen constitucional—, se consideró virrey de las provincias del Río de la Plata, con lo que los jefes del ejército se asociaron a uno u otro según sus ideas, quedando así muy debilitada la defensa.

Mientras, Bolívar lograba ventaja, y organizaba el ejército del Perú con el cual obtuvo el éxito de Junín, así como Sucre la victoria y rendición de La Serna en Ayacucho, a consecuencia de lo cual se embarcó para la Península. Olañeta tampoco pudo mantenerse y, tras su muerte, los 200 que capitularon del Alto Perú se retiraron al fin, sin haber podido comunicarse ni reunirse con Rodil, que se sostenía en El Callao, ni Quintanilla, que resistía en Chiloé, como fue el deseo de su jefe.

La posibilidad de que la España absolutista enviara refuerzos o relevos a América y que se lanzara a una acción de reconquista era imposible, máxime cuando todo lo que quedaba eran reductos aislados.

EL ABSOLUTISMO Y LAS ÚLTIMAS OPERACIONES EN EL PERÚ

A finales de 1823 La Serna preparaba su ejército de unos 18.000 hombres distribuidos de la siguiente manera: unos 4.000, en Santa Cruz de la Sierra y Charcas, con Olañeta; 3.000 en Puno y Arequipa, cuyas fuerzas componían el Ejército del Sur; 8.000 en el norte; 1.000 en el Cuzco, y 2.000 en otras guarniciones. Esperaba abrir campaña sobre Trujillo con 12.000 hombres, suponiendo necesarios en el Perú los 2.000 de guarniciones y los 4.000 de Olañeta[10]. Pero el 5 de febrero del año siguiente, la fortuna les entregó la plaza del Callao y por ello el ejército quedó disminuido en unos 1.500 hombres, que pasaron a defender la nueva posesión.

La noticia del Real Decreto del 1 de octubre de 1823, restableciendo en España el régimen real, dividió a los jefes militares. Pedro Antonio de Olañeta —antiguo comerciante de Salta que se había distinguido en el Alto Perú—, declarándose partidario del «rey absoluto», se negaba a que continuara la autoridad de La Serna, por ser liberal, motivo por el cual se retiró con sus hombres hacia Tupiza.

La Serna informó al Rey[11] que Olañeta había publicado «un papel difamatorio» titulado *Manifiesto a los pueblos del Perú* y le acusó de ser el «origen de las desgracias del Perú y el principio de los sobresaltos en América» porque depuso las primeras autoridades de Potosí y Charcas, anuló el régimen del Gobierno liberal, se tituló capitán general y superintendente del Río de la Plata y se negó a obedecer al virrey «vanagloriándose» además del sobrenombre «realista neto» con que los insurgentes de Buenos Aires se referían a él. También Valdés, en su informe al Rey, dijo que Olañeta proclamó defender el altar y el trono «setenta y tantos días» después de haberse «insurreccionado», insinuando con ello que proclamó al Rey para que el hecho encubriera sus pasados movimientos. El caso es que, además de dividir el virreinato en dos y adueñarse de una parte, se anexionó territorios de uno y otro, pues Olañeta se hizo dueño de Potosí y Charcas, y los jefes liberales pasaron a Oruro desposeídos y obligados a capitular, como si se tratara de gentes de naciones enemigas.

El inconveniente era grande, pero se contrapesaba con los éxitos que

[10] *Informe Valdés, op. cit.*, pp. 370-385.
[11] *Col. Doc. del Perú,* tomo XXII, vol. 3, pp. 291-310.

obtenía el Ejército realista del Norte, que comandaba Canterac, que —por lo que a nosotros nos interesa— lograba la entrega de la plaza del Callao el 5 de febrero de 1824, así como también que se pasaran dos escuadrones de granaderos de los Andes, que incrementaron las fuerzas del Callao, en la que las naves allí ancladas caían también bajo su dominio.

El 10 de febrero de 1824 la situación era tan desesperada para las fuerzas republicanas, que el Congreso ofreció a Bolívar la más extraordinaria de las dictaduras, concentrando en él «la suprema autoridad política y militar» y suspendió la Constitución. Esto provocó que Torre Tagle, nada menos que el presidente de la República, se entregara voluntariamente a los españoles y les informara de los planes de los patriotas.

Sin embargo, a causa de las desavenencias entre el virrey y Olañeta, se produjo, en el altiplano de Junín, el éxito militar que precisaba Bolívar. Todavía y a pesar de todo, el 6 de noviembre La Serna tenía grandes esperanzas en el remate de la campaña, pues le decía a Rodil:

> ésta se presenta bien: ya se halla en nuestro poder el coronel de ingenieros de los enemigos con un oficial más, y algunos individuos de tropa y todo el equipaje de Sucre, habiendo muerto dos oficiales y varios individuos de la clase de tropa en los pequeños encuentros que han ocurrido.

Con estas noticias La Serna pedía a Rodil no dar crédito «a ninguna de las muchas patrañas y especies que esparcen los enemigos», porque con la ayuda del Dios de los ejércitos y la tropa «me prometo de esta campaña un resultado próspero y feliz».

El 2 de diciembre los dos ejércitos estaban frente a frente y el 9 tenía lugar la sangrienta batalla, en Ayacucho, la que «no fue perdida por la traición ni la ignorancia; la perdió la falta de valor de la tropa», según el informe de Valdés, al producirse un repentino «desorden» y la deserción en masa. Al estar La Serna herido y prisionero, Canterac, de acuerdo con los generales Monet, Carratalá y Villalobos, más otros brigadieres, vino a aceptar la capitulación que el general La Mar les ofreció en nombre de Sucre. No es nuestro propósito analizar tan importante acontecimiento, sino establecerlo debidamente para comprender la situación en que quedaba El Callao. Las fuerzas realistas capituladas fueron: 16 generales, incluidos el virrey y el mismo Canterac; 16 coroneles, 68 tenientes, 484 sargentos mayores y oficiales, con 2.000 soldados. El Callao debía entregarse al Gobierno peruano a los veinte días, según lo pactado

en la capitulación. Pero no lo hizo. Prefirió resistir, aun a costa de desobedecer las órdenes recibidas. Rodil tenía al frente el mar, vacío, y a la espalda el Perú, perdido. Pero las gestas siempre se hacen en situaciones desesperadas.

La Serna, con toda la fuerza que le seguía, en aplicación de lo acordado, llegaba al puerto previsto para su embarque, donde había una serie de naves que irían a distintos destinos de acuerdo con lo establecido: dos transportes, el *Trinidad,* y el *Real Felipe* decidieron ir a Chiloé, para continuar allí la resistencia. Otro transporte llevaría a los que se dirigían a Filipinas. Y no deja de ser digno de mención que si algunas naves fueron entregándose a Chile, a México etc., las destinadas a Chiloé llegaron a su destino, así como las que fueron a España. Eran los dos polos que estaban en el extremo del arco: resistir o regresar. Como se trataba de un acto solemne, digno de su inclusión en la historia, la partida del virrey se hizo con los honores de ordenanza, con las salvas de artillería correspondientes.

Olañeta, en su aislamiento interior

Otro gesto que merece recordarse es el de la decisión de Pedro Antonio de Olañeta, un hombre nacido en Salta, dedicado al comercio, que se había convertido en militar desde que tomó las armas en 1812. Tan constante fue su actividad, que ya era brigadier en 1816. Fue precisamente La Serna quien lo ascendió a mariscal en 1822. Pertenecía por su nacimiento a lo que fue el virreinato del Río de la Plata, por eso no es de extrañar que al separarse de La Serna, tras el restablecimiento del régimen realista, se considerara virrey en funciones de esa zona. No se apartó de su origen, como tampoco quiso alejarse de su destino. ¿Fue el responsable de la pérdida de la batalla de Ayacucho, por haberse negado a acudir con sus divisiones? El caso de Olañeta es distinto. La Serna era virrey del Perú y él prefirió acatarse a sí mismo como virrey del Plata. Otro caso de persistencia a ultranza en la incomprensión de un gesto, como el otro virrey, Elío, igualmente en la periferia.

Sobre la acusación de Valdés de no haber disparado un tiro contra los independientes sólo citaremos la carta de Heres a Bolívar informándole: «Olañeta ha batido a Lama, cerca de Cochabamba, tomándole 600 prisioneros y 30 oficiales. Lama se metió a Quijote, y buscó a Olañeta y

éste le hizo conocer que era un bárbaro». Sin embargo, la carta de Olañeta a Sucre y la del mismo día a Bolívar disponiéndose a hacer «tratados» con ellos pudo parecerlo, pero es preciso leer las últimas líneas para descubrir la demostración de fuerza que en ella hacía Olañeta.

Sin embargo, estos movimientos de Olañeta favorecieron notablemente la causa de la independencia, pues «siendo traidor a su patria prestaba sin pensarlo servicios importantísimos a la libertad de América», dice Paz Soldán. De esta misma opinión fue Bolívar, que creyó erróneamente que Olañeta colaboraba con los independientes. Y Valdés le culpó por la pérdida del Perú porque no siguió el plan dispuesto para

> [...] en el último extremo de desgracia, hacer su repliegue a las provincias de Charcas y Cochabamba, dando la espalda a Santa Cruz de la Sierra, pues con este movimiento se establecía una base segura de operaciones sobre el país neutral, conservando así por el Matogroso la comunicación con la Península.

Pero Olañeta, en vez de hacer este movimiento para salvar los restos del ejército de su majestad, en enero de 1825, «marchó sobre la provincia de Salta, por donde nadie podía salvarse sin unirse a los insurgentes que la mandaban», dice Valdés en su informe. Pero no podemos pecar de ingenuos y aceptar que Olañeta rendiría sus aspiraciones tan fácilmente ante Bolívar.

Las noticias sobre la derrota de Ayacucho fueron tan vagas que el coronel realista Cayetano Aballe convino en suspender las hostilidades —mientras se sabía de firme lo acordado entre Canterac y Sucre—, con la condición de que las tropas independientes no avanzaran. La guarnición de Cuzco, compuesta de unos mil hombres, a las órdenes del general Álvarez, capituló; sin embargo, el general realista Pío Tristán, al saber que La Serna estaba prisionero, «reasumió el título de virrey, e hizo algunos esfuerzos para mantenerse en aquel destino», pero finalmente también capituló, con lo que Arequipa, Cuzco y Puno aceptaron la rendición, y nueve días más tarde debieron proveer, por orden de Sucre, para un empréstito de 200.000 pesos, fuera voluntario o forzado, a fin de sostener a su ejército[12].

[12] *Col. Doc. del Perú*, *op. cit.*, tomo VI, vol. 8, pp. 162-163, Carta de Lavalle a Otero, Arequipa, 30 de diciembre de 1824.

En las capitulaciones de Ayacucho, Olañeta no quedó como Rodil comprometido a entregar la plaza, por lo que era preciso esperar a decidir qué partido habría de tomar con los 4.000 hombres mandados por él. Por lo pronto, para Rodil, en El Callao, y para Quintanilla, en Chiloé, fue Olañeta una esperanza, pues permitía la ilusión de no estar defendiendo plazas aisladas. Por ello intentaron comunicarse con él.

Pero también Olañeta hizo otro tanto, pues comisionó al brigadier Echavarría a la isla de Chiloé. Este jefe embarcó en el buque sueco *Iquique,* cuyo capitán, contra lo convenido, lo entregó a las autoridades de Arica. Sentenciado a muerte, sin juicio previo, fue ejecutado el 19 de abril de 1825. Este intento de contacto viene a demostrar que Olañeta se creyó con autoridad para reunir las fuerzas realistas. Pero también lo percibieron así en la Península los que respaldaron la idea de reconquista, pues opinaban que la situación del Perú, tras Ayacucho, dependía de que el ejército de Olañeta y Tristán pudiera hacer frente al enemigo y conservar el Callao, defendido por el *Asia* y otros buques. Como no descartaron que, «sin la suficiente [fuerza]», pudiera haberse convertido «en columna volante sin poder auxiliar al Callao». La esperanza en todo caso estaba puesta en Olañeta[13].

El «ultra realista general Olañeta», dice Miller, rehusó entrar en negociaciones. El 1 de enero de 1825 Sucre le notificó la derrota de Ayacucho y le invitó, en nombre de Bolívar, a que se uniera con su ejército; pero Olañeta, que creía contar con Pío Tristán para mantenerse, rechazó la oferta. Sucre tenía puestas sus esperanzas en la entrevista que sostendría en el Cuzco con él, pues en ella esperaba que entregaría el Alto Perú.

La soñada entrevista no se realizó, pues el jefe realista se desplazó con su ejército hacia el Desaguadero, en busca de Tristán, excitó los ánimos a favor del Rey y avanzó peligrosamente hacia las líneas de los patriotas, por lo que éstos llegaron a temer que se uniera al emperador de Brasil, que se había declarado absolutista y que, entre ambos, tomaran Buenos Aires y llegaran a imponerse en el continente. Por ello, Bolívar quería ir personalmente a batir a Olañeta, aunque Santander le había aconsejado que no se mezclase en asuntos del Río de la Plata y delegara en Sucre los asuntos del Alto Perú.

Finalmente los contratiempos le llegaron a Olañeta: Tristán se había

[13] Según el informe de Francisco Xavier de Cerveriz al Rey sobre las operaciones en América, en AHN, Estado, leg. 217.

sometido a los patriotas; a su segundo, el «Barbarucho», se le había sublevado la guarnición en Potosí, y el general Arenales amenazaba, desde Salta, el sur del Alto Perú, mientras Sucre, con su división, estaba ya cerca de Potosí. Medinacelli, con sus tropas defeccionadas, se hallaba en Tumusla el 1 de abril de 1825, cuando se comprometió un serio y arrojado combate en el que Olañeta fue herido gravemente y murió, según informó Antonio Alvares de Arenales. Sus tropas, unas «se pasaron» y otras «se han desertado», decía Bolívar.

No cabe ni trazar el perfil de la gesta de Olañeta, por la complicación en que se vio sumido; entre la poderosa presión de Sucre, desde el norte; el efecto penetrador de Arenales, desde el sur; las defecciones internas y el ansia por buscar algún asidero de contacto. Así, se convierte en un hombre en aislamiento sin desearlo. Pero el desvanecimiento de la ilusión de Pío Tristán quizá pudo más que el azar de la última batalla, en la que perdió la vida. La muerte fue el único asidero que no le defraudó y lo curioso es que Olañeta puede ser el símbolo de no pocas posturas.

VI

EL GRAN ISLOTE LEJANO DE CHILOÉ, HASTA SU EXTINCIÓN

Resulta extraño el hecho de que Olañeta prefiriera llegar a tomar contacto con Chiloé, hacia donde envió al brigadier Echevarría para acordar un plan conjunto. Todo el intento ya sabemos que concluyó al ser fusilado en Arica, en abril de 1825. Pero el caso no es único, pues dos barcos de los que evacuaban a las fuerzas militares del Perú fueron también a Chiloé. El mismo Rodil se sintió postergado por las preferencias de La Serna. Pero no vale suponer razones de especial preferencia. Existía un hecho, que el núcleo que defendía Quintanilla no estaba comprendido en la rendición de Ayacucho, por tanto, La Serna no violaba lo previsto aceptando la evacuación a Chiloé con sus gentes.

Para el caso de Olañeta, la situación era distinta, porque él ansiaba tomar contacto con España, como con Filipinas, y todo barco que llegara de la Península por la vía del Cabo de Hornos tendría que pasar primero ante Chiloé. De esta forma, del triángulo constituido por Quintanilla, Olañeta y Rodil, el vértice estaba en Chiloé. Además, era el islote auténtico, por tanto, contaba con una seguridad, pues sólo el canal de Ancud se aproximaba a la costa continental. Tenía, también un campo operativo posible, en Valdivia, con fortificaciones serias e importantes, que aunque alejado del país central poseía un puerto estratégico, con posibilidades imprevisibles. Además, había respaldado tiempo atrás la recuperación del territorio chileno, contando con una población adicta, con fácil capacidad defensiva.

En todo ello está su secreto, de acuerdo con esa larga tradición del sur araucano. Iba así a convertirse en un símbolo histórico, con un futuro casi peculiar y propio. De todos los núcleos de resistencia era el único que podía llegar a ser una república de solidaridad con el pasado.

La forzada creación del refugio del sur y la capacidad de Quintanilla

El triunfo patriota en Maipú, que fue considerado definitivo, crearía Chiloé como refugio, pues tuvo razón el capitán de navío Basilio Hall al decir que si «Chile sacudió el yugo español por primera vez en 1810, no se afianzó completamente la independencia nacional hasta el mes de abril de 1818»[1].

Pero aún en julio de ese año resistían unos 1.200 realistas en Concepción, hasta que fueron desalojados, con lo que el único reducto realista de Chile era ya el archipiélago de Chiloé, contando sus islas. Quintanilla había aparecido poco antes, cuando el virrey Pezuela, tras la derrota de Chacabuco, le nombró gobernador y comandante general de la provincia e islas de Chiloé. Tenía entonces el grado de brigadier, y había nacido en la trasmiera, cuya cabeza es Santoña. Es decir, tenía vocación de distancia, como la tuvo su paisano Juan de la Cosa. Fue un hombre tan extrañamente capaz, que cuenta en su *Autobiografía*, que habiendo comenzado a estudiar aritmética con un maestro para poder dedicarse al comercio «en un solo mes adelanté tanto que el maestro que me la enseñaba no sabía más», en cambio, el viaje a América que hizo de muchacho en 1802, para llegar a Montevideo, duró nada menos que cuatro meses. La vida ponía distancia y tiempo donde él ponía capacidad.

No le asustó nunca el riesgo y la penalidad. En el viaje hicieron las últimas millas sin comer. Después, desde el Plata, tuvo que atravesar con su tío 300 leguas de pampa hasta llegar a Mendoza y 90 más para llegar desde este punto, salvando la cordillera, hasta Santiago. Allí empezó, como tantos emigrantes, de dependiente en una casa de comercio. Por su seria laboriosidad recibió proposiciones para pasar a otros almacenes, pero desde ese momento ya demostró quién era, pues «siempre rehusé porque estaba persuadido que mi crédito dependía de no variar casas sin motivo justo». Demostraba así lo que sería el rasgo principal de su comportamiento: la persistencia.

Más tarde, Quintanilla, en relación con otras familias de su tierra, fue a instalarse en Concepción —la población más importante del sur chileno— y comenzó a adelantar en su dedicación comercial, hasta el extremo de navegar regularmente entre Concepción y Lima, pilotando un

[1] B. Hall, *El general San Martín en el Perú. Extractos del diario escrito en las costas de Chile y Perú en 1820 y 1821,* traducción de Carlos Aldao, Buenos Aires, 1918.

buque propio y en posesión ya de un regular capital. Cuando se inició el movimiento de los *señores* de Santiago, Quintanilla estaba muy ajeno a la vida militar, pero al llegar en 1813 al puerto de San Carlos el brigadier Pareja con 50 soldados y unos oficiales —enviados por el virrey Abascal para crear un ejército en el sur de Chile que pudiera actuar sobre los disidentes de Santiago—, fue invitado por el brigadier para que fuera su ayudante. Dados los conocimientos que tenía de la tierra, éste le dio el empleo de subteniente. Era, pues, un oficial improvisado, como tantos en aquellas circunstancias, que en los primeros combates resultó herido, por lo cual quedó con una deformación en el rostro, que le afectó la parte izquierda, especialmente la boca y el ojo. Entorpecido el comercio y perdidos los bienes, Quintanilla sólo poseía ya el sable y la casaca. Su vida —ya había decidido pasar a caballería— era también como la de tantos, en una frugalidad espartana, impuesta por la falta de medios:

> [...] yo no tenía un real en dinero —dice en sus *Memorias*— ni nadie exigía pagos, ni había pan, y tanto yo como los oficiales y tropa no comíamos sino carne de vaca salada, y muchas veces sin sal [...], ni teníamos más ropa que la puesta, ni más camisa [...] Todo faltaba, menos entusiasmo y decisión por la causa del Rey de España.

Esta estampa no la tomamos al azar, sino por lo que refleja sobre la realidad de las fuerzas realistas, constituidas por gente del pueblo, habituadas a la frugalidad, en contraste —según decían— con los *señores* de Santiago. Fue común este contraste entre campiña y ciudad, en el ámbito del sur, ya que las banderas de la emancipación, por lo común, se levantaron en las capitales y las nutrieron los jóvenes del criollismo más distinguido.

Muerto Pareja, Quintanilla siguió en este ejercicio del sur, bajo el mando del brigadier Gabino Gaínza —que llegó con 200 soldados, desde el Perú. Seguidamente, continuó a las órdenes del coronel Mariano Osorio —enviado también desde Lima para sustituir a Gaínza—, que llegó con un batallón peninsular, el de Talavera, mandado por Rafael Maroto —luego tan célebre—, y que era la primera unidad propiamente española que, en estas fechas, se recibió en el virreinato. Quintanilla, ya ascendido a teniente coronel, cooperó en la organización de este ejército del sur, creando una de sus mejores unidades, el escuadrón de carabineros de Abascal, y quedó al frente del mismo. Con él intervino en la ba-

talla de Rancagua (octubre de 1814) y luego, en un movimiento de explotación del éxito, fue quien entró en Santiago, para perseguir después a los restos del ejército vencido, hasta que traspasaron la cordillera. Así fue ascendido a coronel por el virrey. Curtido en el combate, suplió su falta de verdadera instrucción militar estudiando y haciendo estudiar a sus oficiales el manual de táctica que había publicado en España el general Freire, con cuyo método y ejercicios de sable, lanza, despliegues y cargas, convirtió a su unidad en un verdadero modelo. Así permaneció ya Quintanilla durante la primera época de régimen realista, como comandante militar del distrito de Aconcagua. Mas, al cabo de dos años, sorprendido el capitán general Marcó por la irrupción del general San Martín, que le desbarató en Chacabuco (febrero de 1817), Quintanilla —que estaba alejado del área en otra misión— no pudo hacer otra cosa que salvar algo del ejército real, para alcanzar Valparaíso, donde embarcó con tales tropas, para ir al Perú.

Tras esta derrota de Chile, el virrey Pezuela trató de fortalecer los pequeños núcleos que supo que se mantenían en el sur: las plazas de Talcahuano, Valdivia y el archipiélago de Chiloé, al que hizo volver al coronel Quintanilla, después de una entrevista que tuvo con él, ya como gobernador y comandante general de la provincia. Al llegar encontró el país muy decaído, por haber salido de él buena parte de su juventud para nutrir el ejército; sólo en los fuertes había alguna unidad de milicias que habían quedado con las armas más viejas. No podía suponer que allí iba a permanecer casi aislado durante 8 años, 7 meses y 19 días y, además, en una situación estrechísima. Tuvo así que arreglárselas para improvisar todo, administrando los escasos recursos del territorio que, acostumbrado a recibir un situado de Lima, también iba a faltarle. Como prueba de que no abandonaría a los que allí estaban, decidió Quintanilla quemar la nave que el gobernador anterior construía para poder retirarse al Perú si era atacado. Con esto demostró a las gentes su decisión de resistir y correr la misma suerte que todos. Y comenzó a organizar lo necesario, casi de la nada, pues ni pudo pagar el equipo propio que adquirió en Lima, ni consiguió cobrar sus sueldos.

A pesar de todo, se dio a organizar la defensa, sin más oficiales de experiencia que tres o cuatro —dos españoles y un chilote—, improvisando los demás, entre los que ya habían participado en la guerra. Así creó un batallón y formó una compañía de artilleros, fuerzas que envió a Ordóñez para defender Talcahuano. Para la defensa marítima, hizo

construir varias cañoneras, aprovechando los conocimientos de los carpinteros de ribera de la región, también abrió el puerto de San Carlos —el actual Ancud— al tráfico con los extranjeros para obtener recursos y sacar a la economía local de su angustiosa paralización. Se procedía así a montar una economía propia, similar a la que le permitió subsistir a La Torre en Puerto Cabello, con la diferencia de que Quintanilla contaba con toda una gran isla y con una población acostumbrada a vivir en aislamiento. Así incrementó la exigua milicia que encontró y aumentó los escasos elementos de guerra con que contaba para la resistencia militar.

Administrativamente Chiloé constituía una intendencia anexa al virreinato de Lima, porque se creyó que no podía defenderse su territorio sin el apoyo directo del Perú. Esto daba al país sureño una individualidad, ahora muy útil. Contaba con unos 40.000 habitantes que eran blancos, indios y gentes de calidad. A 365 leguas de Valparaíso y 65 de Valdivia, Chiloé estaba habituado a ser el primer punto de ataque de toda nave enemiga que doblara al Cabo de Hornos, como era también el caso de Valdivia, motivo por el cual contaban con fuertes, ahora tan útiles[2].

El virrey Pezuela no creyó que la situación de Quintanilla en Chiloé llegaría a alcanzar la dimensión que tuvo, pues confiaba en la próxima llegada de la gran expedición al Río de la Plata, por lo que trataba de fijar efectivos a los patriotas, para distraerles en distintos campos de actividad: uno, el frente del Alto Perú; otro, el del sur de Chile, mientras esperaba, además, que Morillo aplastara a Bolívar en su refugio de Guayana y pudiera así enviarle el refuerzo de tropas que le había pedido, además de las que le retenía de las previstas: un batallón del Burgos y un escuadrón de lanceros, todo lo cual emplearía en una expedición que pensaba enviar a Chile, para crear otro frente activo.

Por añadidura, para contrarrestar la expedición premeditada por San Martín, Pezuela hizo un máximo esfuerzo enviando sobre el litoral chileno dos fragatas armadas de 32 y 20 cañones con víveres para cuatro meses, respaldadas por la *Esmeralda,* que habían de mantenerse en crucero, apoyándose en Valdivia. Además, habilitó las corbetas de guerra *Venganza, Sebastiana* y *Veloz,* a las que esperaba se unieran un paylebot

[2] M. Torres Marín, *Quintanilla y Chiloé: La epopeya de la constancia,* Chile, 1985, pp. 12-22.

que le enviarían de Panamá, con una fragata particular y un bergantín, para así «igualar o exceder» los buques de los patriotas —escribió al duque de San Carlos, embajador en Londres, en julio de 1818—, para poder retener el dominio del mar[3].

CHILOÉ PIERDE SU CONTORNO

Pero todo lo previsto por Pezuela falló, pues el Gobierno chileno de O'Higgins también reforzó sus fuerzas navales, con la compra de buques a los ingleses, incrementando su escuadra con el convoy que enviaba España precisamente para desmantelar el Gobierno patriota de Chile. Había zarpado el 21 de mayo de 1818, con 2 000 hombres —¡el último ejército que enviaría España para la guerra de Chile!—, escoltado por la fragata de guerra *María Isabel,* único de los barcos comprados a Rusia que estuvo en condiciones de navegar. Ya hemos hablado de las incidencias de este convoy y de cómo por la nave que, sublevada, entró en Buenos Aires, se supo los planes que traían y su próxima entrada en el Pacífico, por lo que el Gobierno de Santiago tomó las medidas oportunas para la captura o destrucción del convoy. Así, Talcahuano —cuyos fuertes desmanteló Osorio— fue tomado, y esperaron al acecho sorprender en esta ensenada la recalada de las naves, lo que sabemos sucedió al fin a fines de noviembre, cayendo en poder de Blanco Encalada —experimentado marino de la Real Armada, al servicio de los republicanos de Chile— no sólo la *María Isabel* sino también cinco de los transportes que la seguían. Apenas parte de la tropa, que pudo desembarcar, escapó al señuelo, pudiendo llegar a unirse a las fuerzas realistas.

Así, no sólo perdía Pezuela el dominio del mar, sino que además se frustraba el reforzamiento de los núcleos realistas al perderse ese ejército, lo que se agravó aún más al poder tomar los republicanos de Chile la plaza y el fuerte de Valdivia. En efecto, el 2 de febrero de 1820, Cochrane se apoderó de todas las baterías, una a una, asaltó los fuertes de la Aguada del Inglés y San Carlos y ya entrada la noche, a pesar de los esfuerzos de los realistas para defenderlo, tomó las baterías de Avanzada, Barros, Amagos del Corral y Chorocomayo, y ocupó el castillo. Al día siguiente,

[3] *Col. Doc. del Perú, op. cit.,* t. XXII, vol. 2, pp. 23-29. Carta de Pezuela al duque de San Carlos, embajador de Su Majestad en Londres, Lima, 29 de julio de 1818.

tras la dureza del combate, unos 500 soldados y la mayor parte de los 15.000 habitantes, abandonaron la ciudad para refugiarse en Osorno. El botín fue el barco *Dolores* y setenta piezas de artillería. Tras esta operación, la flota de lord Cochrane quedó compuesta por la *O'Higgins,* de 50 cañones, llevando al tope la insignia de almirante; la *San Martín,* de 60; el *Lautaro,* de 40; y la *Independencia,* de 24; y tres barcos menores, además de veinte transportes.

El éxito de Valdivia envalentonó a Cochrane, quien seguidamente atacó Chiloé, pero la vigorosa resistencia que le opuso Quintanilla le impidió poner pie en la isla. Este éxito de la defensa se debió a que este último redobló la vigilancia, por prever que Cochrane había de llevar a cabo la expedición, cuando supo que Valdivia había sucumbido. Cochrane, en efecto, se presentó con dos buques el 17 de febrero ante el puerto de San Carlos de Chiloé y se dispuso a asaltar el fuerte de San Miguel de Agüí —el más estratégico de los islotes— pero los 300 hombres que lo defendieron a las órdenes del capitán chilote Antonio Manuel Garay, con el refuerzo que Quintanilla le mandó, obligaron a Cochrane a retirarse, después de perder 40 hombres y quedar gravemente herido el famoso general inglés Guillermo Miller.

El cronista de la guerra, del lado español, Mariano Torrente, dejó constancia de esta gesta, diciendo que Cochrane vio estrellarse en Chiloé «su loca confianza contra la firmeza y arrojo del benemérito gobernador Quintanilla, y de sus dignas tropas y paisanaje, que concurrieron con la más fina voluntad a castigar tamaña osadía».

Era el primer combate de la defensa de Chiloé, que animó y dio confianza a Quintanilla y sus hombres. Se pidieron refuerzos al Perú, al estar persuadido éste —que además enfermó— de que pronto se repetiría la intentona. Pero la confianza que pudiera tener en los socorros de Lima desaparecía, al conocerse que San Martín, con su ejército, habían desembarcado en el sur del Perú e intentaba las operaciones sobre el centro virreinal. Osorio quedaba sin ningún asidero, reducido a su isla. Más aún, pudo saberse que los oficiales del ejército virreinal en Aznapugio depusieron al propio virrey, al tenerse la noticia de la sublevación de Riego y del establecimiento del régimen constitucional en España.

Ya sabemos el efecto que el cambio político supuso para el Ejército de Costa Firme, donde Morillo acordaba con Bolívar un armisticio por seis meses en Santa Ana, en noviembre de 1820, así como, con mayor alcance, se produjo el levantamiento de Iturbide en México.

El Gobierno de Madrid decidía, al mismo tiempo, pedir a los gobiernos establecidos en los países emancipados que enviaran comisionados para llegar a una pacificación.

En Madrid se propuso a los comisionados de Chile que el Gobierno, el pueblo, y el Ejército jurasen la Constitución de la monarquía española y enviasen diputados al soberano Congreso de España para acogerse a los «derechos y garantías otorgados a las colonias por las Cortes». Pero, claro es, los comisionados no aceptaron tales proposiciones por no estar autorizados por sus gobiernos para semejante negociación. ¡Era, una vez más, el sueño de los liberales, que creían que con la Constitución todo estaba resuelto!

La amargura del silencio

En tales circunstancias, llegó a escribir Quintanilla una dramática carta al Rey, fechada el 1 de abril de 1822, que envió en un barco extranjero que recaló en Chiloé. En ella comenzaba por resaltar el mérito y fidelidad de los «provincianos» de la plaza, para continuar con su relato de la sucesión de situaciones desde que el virrey le situó en aquel mando y del refugio que en la isla habían ido encontrando las familias que preferían seguir los dictados de la lealtad. Pasaba a recordar que desde junio de 1820, cuando llegó un bergantín con 25.000 pesos, paño y brin, para vestuario de la tropa, no había podido recibir ninguna especie de recurso, «a pesar de haberlos pedido por cinco ocasiones, y en cada una he solicitado que, al no poderse remitir auxilios, se me comunicase al menos el estado de la guerra y órdenes para arreglar mi conducta en tan apuradas circunstancias». Todo había sido silencio. ¿Cómo podía así sostener la guarnición?

En esta tremenda carta al Rey lo explicaba así Quintanilla:

> cinco años hace, Señor, que me hallo manteniéndola y no pasan de treinta mil pesos en efectivo los que me han remitido en todo ese tiempo por vuestros virreyes de Lima. Bien veo que los apuros de la capital eran grandes: pero nunca bastantes para olvidar o más bien abandonar en todo a esta benemérita Provincia que [...] está haciendo por un milagro de la Divina Providencia una defensa de que se asombran los enemigos [...]

Alguna noticia decía saber sobre la situación de España, por lo que los enemigos le informaban, así —con no poca prudencia política— decía que:

> por los papeles públicos de los enemigos he sabido que V. M. y la nación entera han jurado la grande obra del espíritu humano, la Constitución de la Monarquía, en marzo de 1820. En Perú, he sabido por los mismos papeles, que se juró y puso en planta; pero, Señor, hasta este inestimable bien negaron y siguen negando [conocer] a esta provincia [...].

Nada más sabía. Sólo esperar y cumplir con su deber de fidelidad, perdido en el extremo del mundo.

Mas Quintanilla no era justo al hablar del olvido en que se le tenía. En efecto, la constancia demostrada por los chilotes fue ensalzada por el virrey La Serna en una proclama del 3 de abril de 1822. En ésta decía que la «lealtad acrisolada» de los habitantes del archipiélago superaba la de «todas las provincias de América del Sur», y añadía: «Vosotros solos habéis sido en ella españoles inmutables y generosos hasta un punto donde no han llegado otros pueblos». Como recompensa decía La Serna proponerse socorrerlos. Esta disposición era tan sólo eso, una buena intención, pues poco antes, en noviembre de 1821, Quintanilla había comisionado a José Rodríguez Ballesteros y el virrey sólo consiguió entregarle diez mil pesos que no pudieron llegar.

Mientras tanto, cuando ya La Serna había sustituido a Pezuela, San Martín entraba en Lima —donde proclamaba la independencia del Perú, y poco después se rendía El Callao. La Serna, que se retiró al Cuzco con el ejército, por ser el lugar más próspero y con más recursos, iniciaba la resistencia serrana.

Perdido Talcahuano, Valdivia y Osorno, Quintanilla no contaba ya con ningún apoyo, fuera de la gran isla, a excepción de las acciones que pudo llevar a cabo Vicente Benavides, que con sus guerrillas hostilizó constantemente a los patriotas, ayudado por Quintanilla, de quien recibió «un cañón de 24 libras, 4 de seis y 2 piezas de artillería ligera con abundantes municiones, además de once oficiales españoles y veinte soldados, junto con las más cumplidas y alentadoras cartas». Benavides tuvo una actividad casi increíble, pues logró que los indios araucanos colaboraran en el saqueo de Chillán, en la Araucania. Así, se daba el caso de que los araucanos, que desde el siglo XVI habían hostilizado a los espa-

ñoles de Chile, «ahora —dice Hall—, cuando el enemigo común es expulsado y la libertad proclamada, toman las armas al mando de un oficial español renegado y combaten contra los chilenos».

Pero Benavides no podía mantenerse mucho tiempo en tales condiciones, por lo que llegó a ser capturado en 1822 y luego ahorcado en Santiago, como un vulgar facineroso. Con él «acababa la más vigorosa resistencia realista en Chile», según se escribió en el Perú, donde bien se sabía que Quintanilla quedaba totalmente solo.

Mas no sólo tenemos el testimonio de Quintanilla, que nos habla de tan triste situación. El mismo coronel Rodríguez Ballesteros, en su *Historia de la Revolución de Perú,* dice que, en nueve años de campaña en Chiloé, no recibió un mes de sueldo entero y que los jefes recibían sólo 15 pesos y lo demás en «trapos». Por ello, la Tesorería adeudaba a Rodríguez Ballesteros dos certificados, de fecha 22 de enero de 1823 uno, y otro de 1 de octubre de 1824, que sumados a otra deuda ascendían a 11.502 pesos fuertes, 3 reales y 30 maravedíes.

Sin embargo, La Serna tenía grandes planes sobre el archipiélago, pues no sólo los españoles expulsados de Chile estaban concentrados allí, sino también porque al ser aquél un lugar remoto y disimulado, era fácil que pudiera llegar la expedición dirigida por Gaspar de Bobadilla. De aquí que, en la proclama ya citada del 3 de abril, ofreciera significativos premios a los jóvenes que se incorporaran a las filas realistas.

Decía así:

> todo joven robusto y apto para las armas que se aliste en la expedición del Sr. Bobadilla será desde luego un propietario: en nombre de la Nación y del Rey: prometo a cada uno cuatro cuadras de los terrenos baldíos de la provincia de Chiloé en propiedad absoluta, y de libre uso y disposición para sí, su familia y descendientes.

Era el premio de la tierra, incentivo que, como Boves y luego los patriotas de Colombia, servía para llevar adelante una lucha que se convertía en social.

El virrey especificaba que este premio no sería óbice para otros, que pudieran adquirir por méritos del servicio en las operaciones militares. Dos años más tarde volvió a poner en los chilotes sus esperanzas, por lo que en la capitulación de Ayacucho tampoco entregó «la fidelísima isla».

El sistema de Quintanilla: frugalidad y audacia

Quintanilla pudo intuir que la campaña del Perú impediría al virrey socorrer a Chiloé, a pesar de sus buenas intenciones y su aprecio por los chilotes, por lo que concibió un plan propio de subsistencia. Así lo dice en sus *Memorias,* para sostenerse mientras llegaba ayuda de España o de Perú. Por un lado, estimuló con ascensos a los soldados —ya que no podía pagarles—, suplió con hojas de manzano secas la carencia de tabaco; estableció una dieta de patatas y mariscos para cubrir la falta de carne, o al menos su escasez; concedió licencias temporales a los defensores para permanecer en sus casas y atendió a sus necesidades con la construcción de caminos y creación de escuelas, cuyo maestro era un soldado, estableciendo la asistencia obligatoria. Era el Quintanilla *organizador* del que nos habla Torres Marín.

Para la defensa por mar, dio patente de corso a Matei Maineri y al capitan del *Puig* y creó una diminuta fuerza naval. Maineri llamó a su buque *General Quintanilla* y otro de su escuadrilla *General Valdez,* e inició su actividad en 1823. La *Gaceta del Cuzco* del 10 de enero de 1824, publicó el parte oficial de las actividades del bergantín goleta de guerra *General Quintanilla,* armado en corso, y decía que su capitán salió de Chiloé el 22 de noviembre de 1823, habiendo hecho escala en la caldera del Puerto de Copiapó y luego en Arica, para informar que hizo cuatro presas: la fragata contrabandista inglesa *Estanmor,* el bergantín *Guadalupe* —cargado de cobre la primera y de frijoles el segundo—, un bergantín goleta *Mariana,* que encontraron sin tripulación y lo quemaron, y el bergantín *Rosario,* que lo echaron a pique en el puerto de Copiapó, despachando los anteriores a Chiloé. Por último, se decía que atacó a la goleta *Moctezuma.*

Por su parte, los patriotas comentaban —según escribió José de Espinar al Ministro de la Guerra de Colombia, en 21 de enero de 1824— que el Pacífico estaba «señoreado por cuatro corsarios españoles, que han hecho y hacen cada día numerosas presas, sin que la escuadra peruana se haya ocupado hasta ahora en perseguirlos»[4]. Podemos así saber que el *General Quintanilla* capturó al menos cuatro buques mercantes, uno de ellos con armas del Perú y otro de matrícula genovesa, al que dejó libre;

[4] Carta de J. D. Espinar al ministro de Guerra de Colombia, Pativilca, 21 de enero de 1824.

que creó gran alarma en el Pacífico, pero también que, a causa de la captura de buques neutrales, Maineri fue declarado fuera de ley incurso en las responsabilidades de piratería cuando el 15 de mayo de 1824, fue capturado por la corbeta de guerra francesa *Clorinda.* Maineri[5] quedó encarcelado en la gabarra francesa *Mosselle* y fue luego enviado a Francia en calidad de prisionero. El buque *General Valdez* no llegó a desplegar gran actividad, pues a poco de ser botado se perdió en el mar.

PRIMERA EXPEDICIÓN PATRIOTA A CHILOÉ Y LA LLEGADA DEL *ASIA*

La actividad de Quintanilla en Chiloé creo grandes molestias a los patriotas y sobre él se fue acumulando el odio. Así, Heres decía: «mientras los enemigos cuenten con aquella *madriguera,* estaremos experimentando males», pues los corsarios que allí armaban, animados por los buenos resultados, no dejarían de hacer daño hasta que el Gobierno de Chile no se decidiera a bloquear efectivamente la plaza de Chiloé. Poco después, a fines de noviembre de 1823, el mismo Heres —quien tenía la esperanza de que llegara a gobernar Salazar, porque éste era partidario de asediar a Chiloé— decía que «si un pigmeo nos está hiriendo en el cuerpo, un gigante nos cortaría, tal vez, la cabeza. Chiloé, mi general —decía a Bolívar—, Chiloé debe ser quitado a los españoles por mil y una razones»[6].

Los independientes decidieron, en efecto, atacar Chiloé con 2.000 hombres a finales de verano de 1824, aprovechando que era el tiempo en que Quintanilla, normalmente, y por razones de economía, devolvía a sus hogares a parte de su tropa. Pero informado del plan, éste no concedió ese año licencias. La campaña, por tanto, se atrasó y al comienzo del invierno, el 25 de marzo, aparecieron los buques chilenos en aguas de Chiloé. Freire comenzó por ofrecer capitulación a Quintanilla, quien la rechazó. Luego pensó en una maniobra envolvente, aunque esta operación —según Torres Marín— era muy difícil en Chiloé, por lo que el

[5] Hernández Díaz Arrieta, en *Recuerdos del Pardo 1814-1860,* lo llama *Martelí* y afirma que *Clorinda* era una fragata. Véase la reimpresión de esta obra por V. Pérez Resales, Buenos Aires, 1957.

[6] T. Heres, *Correspondencia,* p. 29. Carta de Heres a Bolívar, Lima, 20 de noviembre de 1823.

ataque principal se efectuó el 1 de abril de 1824 en un lugar llamado Mocopulli, sobre la costa oriental de la Isla Grande. El combate entre montes y pantanos obligó a los invasores a retirarse, tras la pérdida de 300 hombres. Era un serio descalabro a quienes pensaban en un fácil éxito. La misma escuadra de Freire también sufría averías por las corrientes y las enormes variaciones de la marea, causa de que la corbeta de guerra *Voltaire* cortara sus amarras y se fuera contra la costa de Carelmapu el 29 de marzo. Al fin, el 15 de abril tuvo que ordenar el levantamiento del bloqueo y retirar la armada, ante la noticia de que el navío español *Asia* y el bergatín *Aquiles* estaban cerca de las Malvinas. El día 28, en efecto, entraban los buques al puerto.

Con la expedición —que fue acogida con delirante entusiasmo—, Quintanilla recibió el nombramiento de brigadier. El pueblo disfrutó con las fiestas organizadas y la vida rutinaria tuvo otro signo, hasta agosto, cuando los visitantes se retiraron. Esto significaba que España no los olvidaba: ése fue el gran mensaje y síntoma esperanzador de la expedición. Sin embargo, a Quintanilla le salió caro, pues hubo de socorrer a Guruceta con 17.569 pesos y dos y medio reales para reparar los buques. Además Quintanilla quedó resentido con él porque no respaldó el plan que le presentó para defender la costa. Así, el 15 de agosto Guruceta partía hacia el Callao.

En la *Gaceta del Cuzco,* en su número 51, se publicaba la noticia de que a finales de 1824 la *Lautaro* había entrado en Valparaíso para proseguir hasta Chiloé con el fin de atacar la plaza, pero que, después de «tres acciones» en el archipiélago, tuvo que regresar sin ventaja alguna[7]. Esto no era una invención, pues Miller alude al caso, aunque se limitó a decir que Freire, sucesor de O'Higgins, ordenó atacar Chiloé como uno de los primeros actos de su presidencia, para lo que organizó una expedición de tres o cuatro mil hombres que dio a la vela desde Talcahuano, pero que como el sitio elegido para el desembarco no era el más oportuno y ante la falta de resolución, el plan se malogró.

Este nuevo fracaso llenó de confianza a Quintanilla, pues se sintió protegido por las mismas condiciones naturales. Es más, con el botín de la *Voltaire* pudo hacer frente al arreglo de averías de los buques de guerra españoles recién llegados.

Así, creció también el prestigio del jefe español, hasta el extremo de

[7] *Col. Doc. del Perú, op. cit.,* tomo XXII, vol. 3, pp. 231-232.

que Heres asegurara a Bolívar que Quintanilla, con 1.000 hombres, era capaz de pasearse por Chile. Por otro lado, estallaban conflictos en la república chilena, hasta el punto de que Coquimbo se había declarado independiente de Chile, porque el pueblo rechazó al gobernador que le nombraron en la capital, por lo que Heres temía que Perú incorporara la provincia desidente[8]. Para evitar el efecto del ejemplo de resistencia, Heres recomendó apoderarse de Chiloé en diciembre. El asunto era delicado pues «las tres provincias, Santiago, Coquimbo y Concepción, se han aislado formando cada una su Gobierno y su sistema aparte». Y aunque en 1825 el director Freire tenía en sus manos el mando militar de Santiago y el nombramiento supremo, en realidad, decía Heres, que «Freire no es nada porque ni le hacen caso, ni tiene la menor opinión, y sobre todo él no tiene ni medios positivos ni resolución para establecer su autoridad y el orden». Con esto dejaba traslucir su duda de que el Congreso lograra la federación de las provincias chilenas[9].

Pero los comentarios más fuertes sobre el suceso fueron los que O'Leary hizo por carta de Santander, en la que decía que Chile estaba en una delicadísima situación, pues Quintanilla resistía mientras las provincias se habían separado, porque Ramón Freire, «un imbécil, torpe y estúpido, es el que se halla a la cabeza de aquel Gobierno». Y añadía:

> hace meses cometió un escándalo superior al de Riva Agüero, pues al ser llamado al Congreso a prestar juramento [...] se puso a la cabeza de un batallón, disolvió el Congreso y desterró a 30 ó 40 de los más notables ciudadanos de Chile. Enseguida nombró tres ministros sacados de la canalla. Ahora ha marchado contra Chiloé, pero si Quintanilla resiste, Freire será derrotado. No puede V.E. imaginar la clase de hombre que es éste. Yo lo conozco personalmente. Nuestro Cedeño valía mil veces más. Los indios araucanos amenazan hasta la capital de Santiago. Su caudillo Pinchura hace lo que quiere y no ocupa todo el país porque no quiere[10].

Chiloé no sólo resistía, sino que constituía un claro fermento, en la demostración de la incapacidad del Gobierno de Santiago, que ofrecía un modelo por cualquier resistencia interior.

[8] T. Heres, *Correspondencia,* p. 45. Carta de Heres a Bolívar, Lima 8 de diciembre de 1823.

[9] Arch. S., vol. XIV, p. 127.

[10] Arch. S., vol. XIV, pp. 39-42. Carta de O'Leary a Santander, Lima, 23 de enero de 1826.

REPERCUSIONES DE AYACUCHO Y LOS PLANES DE QUINTANILLA

El último virrey del Perú, La Serna, se despidió de América con un recuerdo especial para Chiloé. En la capitulación de Ayacucho, La Serna entregó El Callao pero no Chiloé. Dice Torrente que el capitán insurgente chileno del *Galvarino* quiso obligar a La Serna a expedir órdenes para que el gobernador de Chiloé rindiera aquella fortaleza, pero que La Serna no consintió en ello, lo que le causó problemas serios, hasta que el capitán de la *Ernestina,* donde estaba embarcado, intercedió por él.

Como se explicó, en la dispersión de los destinos de las naves de la evacuación, la balandra *Real Felipe* y la fragata *Trinidad* arribaron a Chiloé el día 5 de febrero de 1825, con la tropa que pidió sostener las armas en el archipiélago. Las noticias que llevaron —es evidente— deprimieron los ánimos: Perú se había perdido. Además, los prisioneros que allí tenían aprovecharon la ocasión para amotinarse, y los jefes realistas Fermín Pérez y Manuel Velázquez sublevaron uno de sus batallones y tomaron prisionero a Quintanilla. Pérez se autonombró gobernador, concedió ascensos a todo el mundo y dispuso que las autoridades fueran enviadas a Río de Janerio, so pretexto de que Quintanilla pensaba fugarse con el tesoro de Chiloé. A las 2 de la mañana de «aquella noche temeraria», dice Rodríguez Ballesteros,

> fui llamado por el nuevo gobernador, quien me informó que Quintanilla trataba de fugarse en un buque que se hallaba próximo a dar la vela para Janeiro, con una cantidad considerable de pesos que había embarcado de antemano y que mantenía una secreta correspondencia con el gobernador de Valdivia.

Que Quintanilla tratara de fugarse sin dar la última batalla no es fácil de creer, pues pudo hacerlo antes y sin tropiezos. Sin embargo, embarcar parte del tesoro, y posiblemente los archivos de correspondencia con idea de salvarlos, pudo ser una previsión muy acertada y propia de un jefe que ve acercarse el final. Al día siguiente, «fue llamado —sigue informando Rodríguez Ballesteros— a una junta presidida por el revolucionario [Fermín Pérez]»; él, primero, se presentó vestido de paisano y argumentó que siendo aquéllla una junta revolucionaria no tenía voz ni voto y que pedía permiso para retirarse. Sin embargo, a insistencia de algunos miembros no sólo se quedó, sino que presidió la misma. En ella,

Rodríguez Ballesteros convenció a los miembros de la inocencia de los acusados. Finalmente la Junta declaró inocente a Quintanilla y éste perdonó la vida de sus acusadores pero pidió su expulsión de Chiloé. Pero este hecho proporcionó a los patriotas dos valiosísimos informes sobre lo que estaba sucediendo en el archipiélago, lo que les determinó, en el mismo mes, a que tentaran a Quintanilla ofreciéndole grados y el mejor trato para sus hombres, a cambio de la entrega de Chiloé. Pero, otra vez, éste no aceptó.

Es más, para intentar mantener la resistencia ante la grave situación, el 18 de febrero de 1825 el jefe realista envió a su ayudante Antonio Mas, en la balandra *Real Felipe,* comandada por el alférez de fragata Juan Villa, con una carta para Olañeta, en el Alto Perú, pidiéndole ayuda y reconociéndole como virrey, siempre que él estuviera de acuerdo en defender con su ejército el territorio del Rey de España; pero aclarándole que, bajo otros términos, no se sometería. Esta comunicación nunca llegó a Olañeta, porque la *Real Felipe* fue tomada por sus mismos oficiales, que se sublevaron. Conocemos su contenido por una copia que Juan Paz del Castillo remitió el Gobierno de Colombia, con una nota sobre el mísero estado de Chiloé y la disposicón del gobernador a capitular ante «el primer gobierno que lo intime». Claro está que esta conjetura debió hacerse de lo que el mismo Quintanilla escribió en la nota a Olañeta: «sería infructuosa toda resistencia, si fuese atacada esta provincia por las fuerzas de Chile o del Perú».

También Olañeta tuvo presente a Quintanilla, pues comisionó al brigadier Echevarría para que fuese a la isla de Chiloé, aunque con la mala suerte de que el capitán del buque *Iquique* —en el que embarcó— lo entregó a las autoridades de Arica, donde fue sentenciado a muerte. Rodil también hizo lo imposible para comunicarse con Quintanilla y Olañeta, con oficios que envió con el teniente coronel Pascual Bernedo. En la nota a Quintanilla, Rodil resaltaba la gran misión que les cabía, ya que «ambos tenían las llaves del Pacífico y una base que podría servirles de apoyo para mejorar de suerte y restituir estos países al Rey de España», del que Rodil esperaba «pronto y seguros auxilios»[11]. Pero también la suerte de la lancha de Pascual Bernedo fue mala, pues después de once días de navegación, cayó en poder de la escuadra de Chile, y sólo pudo escamotear

[11] Carta de Rodil a Quintanilla, Callao, 8 de enero de 1825, en J. Rodil, *Memoria,* pp. 39-40.

los planes conjuntos de los focos realistas, arrojando al mar la correspondencia.

Por las mismas fechas, Quintanilla envió un comisionado a Río de Janeiro para hablar con el cónsul de España en esa ciudad. También mandó tabaco para que fuera vendido y con su importe adquirieran suministros. Pero este comisionado, si llegó a Brasil, nunca volvió a Chiloé.

Era tal la situación, en junio de 1825, que, para salvar su responsabilidad, Quintanilla informó al ministro de Guerra sobre los acontecimientos y declaró no poder comunicarse con Rodil, por el riguroso sitio que sufría El Callao. Manifestaba que tenía puesta su esperanza en la expedición que saldría pronto de España. Por ello,

> a esta fecha [15 de junio de 1825] ya habrá salido alguna expedición de esa Península, para algún punto de América y ésa es la única esperanza que me queda para poder mantener este territorio para la justa causa del Rey.

Quiso, de paso, que se tuvieran presentes los méritos contraídos, seguro de que: «podré contar con tener la gloria de haber sostenido esta Provincia, único punto que en toda esta América no ha sido ocupado por los insurgentes hasta esta fecha». De esta frase hemos de deducir que Quintanilla, al creer que Chiloé era el «único punto en toda esta América», parecía ignorar que Rodil resistía también todavía.

Pero lo más curioso es que en las filas chilenas se comentaba que la situación de Quintanilla era tan extrema que éste «ofreció el archipiélago al capitán Mallins», un marino inglés, comandante general de las fuerzas británicas en el Pacífico —es decir, como posible enclave, del tipo de Gibraltar— o a cualquier extranjero que lo aceptara. Por lo que Bolívar, aprovechando el rumor, decía en carta a Santander, fechada el 30 de mayo de 1825, que había recomendado al Gobierno de Chile —tras haber entrado los protugueses en el Alto Perú, por Chiquitos— que aceleraran la expedición sobre Chiloé, haciéndole entender que la isla podría ser entregada a «cualquier potencia extranjera que nos perjudique». Y añadía que la misma Inglaterra no la rehusaría por servir al punto de recalada para los buques que comerciaban en el Pacífico. Bolívar expresa nuevamente su temor de que los reductos evacuados por los realistas fueran ocupados por los extranjeros. Por ello, ante el caso hipotético de que Quintanilla lo pueda vender, reaccionaba diciendo que Chile se apodera-

ra de él por las armas, cuanto antes. Cuatro meses más tarde la venta o donación de Chiloé no se habían consumado y Bolívar conjeturaba que su resistencia «está pendiente de la causa del Callao para entregarse al primero que lo quiera tomar». Es decir, se reconocía que los propios chilotes, como soberanos de su propia tierra, serían los que tomarían la determinación de entregarse o resistir, por el tiempo que se fijaran, para ser punto de apoyo al Callao y al virreinato del Perú, si España decidía reconquistarlo. Esto impulsó a Bolívar a decir a Santander: «sobre la toma de Chiloé, diré que estoy resuelto a mandar el año que viene una expedición si los chilenos no lo toman antes».

Estamos, por tanto, ante uno de los aspectos más interesantes de la resistencia de Chiloé: la dificultad de su incorporación. Porque la guerra y el encono, por una y otra parte, había sido algo tan duro que se temía por la adopción de soluciones distintas que venían debatiéndose, máxime ante el caso de la indefinición de la plaza, pues dependiente administrativamente del virrey de Lima, podía argüirse que con su desaparición quedaba rota toda vinculación de dependencia. Ser chileno y admitir la soberanía de Santiago tendía así a ser una novedad. De ahí ese temor a que ejercieran un acto de soberanía, encomendándose a la protección de Inglaterra. La gravedad era tanto mayor cuanto podía arrastrar la teórica jurisdicción sobre todas las islas del sur y del estrecho, lo que supondría un serio problema. Si se tiene en cuenta que las islas Malvinas, desde donde los ingleses trataron de asegurarse una escala en las rutas del sur, eran estériles e inhóspitas, nada tiene de particular que pudiera temerse que se dejaran tentar con cualquier oferta, cuando España —la que podía retener la soberanía— se mostraba incapaz de sostenerla.

Si sopesamos la aspiración continental de Bolívar, podremos comprender que ese impulso que lo mueve a informar a Santander de estar resuelto a enviar una expedición en el próximo 1826, es decir, cuando ya tuviera resuelta la firme posición en la nueva República de Bolivia, no puede tomarse como un desahogo, sino al contrario, como un propósito.

De esta manera, no puede ser más evidente que la resistencia de Olañeta venía arrastrando un valor inmenso, ahora ya, de signo continental, puesto que se trataba nada menos que del dominio de la ruta de acceso del Cabo de Hornos, y el hecho de que se perfilara otra posible unidad bolivariana daba al caso un significado más trascendental que el del propio dominio del Alto Perú. Al fin y al cabo, si ahora era Bolívar el pre-

sidente del Perú, la justificación de la adscripción encajaba exactamente con la fórmula del *Utis posidetis juris, 1810* que venía defendiendo.

Última expedición patriota contra Chiloé: la capitulación

Consecuentemente con lo previsto, Bolívar recriminó a los chilenos por no haber expulsado a Quintanilla del archipiélago, y con estas frases duras anunciaba a Santander su expedición: «ya que los chilenos han sido tan cobardes o imbéciles que no han podido tomar ese archipiélago, el Libertador deberá mandar tropas del Perú a tomarlo, pues a este Estado corresponde».

Como es lógico, los chilenos no permanecieron impasibles y en octubre de 1825, impulsados por el temor de que pudiera alegar Bolívar que Chiloé era peruano, comenzaron a preparar el ejército para emprender la campaña sobre la plaza en el verano inmediato. Pero antes, Ramón Picarte, gobernador de Valdivia y amigo de juventud de Quintanilla, envió a éste una nota y una carta por mensajero, con la propuesta de capitulación, exhortándole que aceptara el ofrecimiento porque ya nada podía esperar de España.

El jefe realista reunió la Junta de Guerra y, en conformidad con ésta, contestó a Picarte el 17 de octubre que no aceptaba tal proposición, pero además, buscando tomar una decisión de acuerdo con todos, Quintanilla escribió a Rodríguez Ballesteros el 27 de octubre, informándole que

> vienen los chilenos con una fuerza de más de 3.000 hombres; yo calculo que la provincia no quiere entrar en defensa, porque las noticias de auxilios de la Península no dan una certeza de que se efectúen y, aun cuando se realizara, ya sería tarde y después sucumbiría a la fuerza. Para hacer defensa se necesitan fondos, entusiasmo y decisión, y nada hay según mi concepto. Reúna usted la oficialidad, jefes y demás con brevedad, agite al Cabildo, y que se decidan prontamente si se defienden o se capitula. Disuada usted a todo el que piense en independencia, sin sujeción a Chile[12].

La suerte estaba echada pues la expedición, opinaba Quintanilla, no retrocedería y no podía esperarse más que una capitulación ventajosa.

[12] M. Rodríguez Ballesteros, *Historia de la revolución y guerra de la independencia del Perú desde 1818 hasta 1826.* Introducción y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz, Santiago, 1946, 1948 y 1949 en sus respectivos tres tomos. Esta cita en tomo III, p. 304.

Es forzoso valorar el patriotismo hispánico de Quintanilla, pues al ofrecer a la Junta de Guerra simplemente la resistencia o la rendición, descartándose cualquier fórmula de independencia, se descartaba de paso la posible interferencia británica de protección. Cabe observar también que no alude ante quién habría de llevarse a cabo la rendición, se presume que ante la expedición chilena, por ser la única en curso, pero también podría ser ante Bolívar, si éste se adelantaba. Por eso consta que Quintanilla recomendara a Rodríguez que persuadiera «a todo el que piense en independencia sin sujeción a Chile de esta Provincia».

Consecuentemente, el 29 de octubre la Junta se había pronunciado a favor de la capitulación. Sin embargo, la dejaban a «disposición del Gobierno, siendo ventajosa a la provincia». Tal dictamen en favor de la rendición se le presentó por escrito a Quintanilla el 5 de noviembre. Pero la llegada entonces de Andrade, a quien se había enviado comisionado a Río de Janeiro, que regresaba con paño para uniformes y la noticia de que de España partían grandes refuerzos para América, con la cooperación de las naciones europeas, hizo que renaciera la esperanza, dejándose de lado la idea de rendición. Era el plan previsto de tomar toda la América a un mismo tiempo, que tanta alarma causó, y por lo que Bolívar recomendó federarse por la necesidad de llegar a una solidaridad común.

Pero en Chile, mientras tanto, se preparaba efectivamente una expedición en estos meses de octubre y noviembre de 1825, compuesta por cinco batallones de infantería, una compañía de artillería y un escuadrón de caballería, con un total de 2.600 hombres, al mando de Ramón Freire y del general José Manuel Borgoño. En Valdivia se concentraron cinco buques de guerra y cinco transportes, a las órdenes del almirante Manuel Blanco Encalada. La expedición convoyada por el *O'Higgins* y dirigida por Blanco Encalada y Forster, contaba con la *Lautaro* a las órdenes del capitán Bell, la *Independencia* con el capitán Cobbett, el *Galvarino* con el capitán Postigo y el *Aquiles,* capitaneado por Forster. Todas dieron a la vela de Valparaíso el 2 de enero de 1826, y el 8 verificaron el desembarco por Huechucucay y tomaron inmediatamente el fuerte Corona, dentro de la llamada Bahía del Inglés, en la extremidad septentrional de Chiloé.

El día 10 se completó el desembarco de la tropa y parte se quedó cubriendo ese lugar; el resto siguió hasta el fuerte de Agüi, tomando antes la batería Balcacura. Es decir, los jefes chilenos evadieron los fuegos y aislaron el castillo de Agüi, para avanzar sobre la ciudad, mientras los

buques entraban al puerto. En éste se resistió aún una lancha cañonera, pero finalmente la pequeña escuadra fue apresada y pudieron anclar frente a Blancacura. El día 11 ya parecía seguro el triunfo, y Ramón Freire pidió la rendición del castillo de Agüi —que estaba al mando del teniente coronel Juan Manuel Ulloa—, al mismo tiempo que la capitulación de las fuerzas de Quintanilla. Pero sus propuestas fueron rechazadas.

Según Rodríguez Ballesteros, las fuerzas realistas en Chiloé se componían de infantería: el batallón de Veteranos con 650 plazas, tres compañías de Granaderos de Milicianos con 293; tres compañías de Cazadores Milicianos con 289; total, 1.232. Caballería: escuadrón de Maullín, con 200 plazas; la compañía de Quinchao, con 80; total, 280. Artillería: una compañía de Veteranos, con 90 plazas; una compañía de Milicianos, con 100; total, 190. Todo con un total general de 1.702 hombres, que habrían de combatir contra 2.600 expedicionarios.

El 13 de enero Freire llegó, con oposición de algunas partidas de caballería, hasta la playa de Lechagua —a una legua y media de San Carlos— pero las fuerzas de Quintanilla estaban bien atrincheradas, tenían un arroyo delante y se apoyaban por su derecha en una batería, y por su izquierda, en un denso bosque.

La escuadra patriota envió embarcaciones menores a apoderarse de las cuatro lanchas cañoneras realistas y abrieron fuego contra la derecha de las fuerzas de Quintanilla. Para no exponer a su gente, éste ordenó retroceder hasta cerca del río Pudeto. Ahí fueron atacados de frente y por la derecha; y aunque los resultados no fueron decisivos, los ánimos de los soldados realistas se resintieron. Aún, el jefe realista ordenó pasar a las alturas de Bellavista, para tomar ventaja, pero no pudo hacer más resistencia, porque perdió la cohesión y la tropa se desordenó, al entrar por un desfiladero. Con toda rapidez quiso restablecer la disciplina, pero se dispersaron y huyeron, aprovechando que Quintanilla cayó en un lodazal.

La resistencia fue, pues, encomiable, en los combates de ese día 14 de enero de 1826. Ramón Freire llegó a perder unos 120 hombres, y Quintanilla, tres o cuatro veces más. Pero como al mismo tiempo era ocupada la ciudad de San Carlos, y al día siguiente el castillo de Agüi se rindió por falta de provisiones, la continuación de la resistencia era ya imposible.

Sólo Quintanilla estaba en Tantauco, a seis leguas al sur de San Carlos, con unos 200 soldados, ya que Rodríguez Ballesteros estaba acuar-

telado en Castro. Pero todos los demás se habían dispersado. Por esto, el día 15 de enero, Quintanilla se decidió a tratar con Freire, al que mandó un oficio con Manuel Garay, diciendo que convenía con unir la provincia a Chile, para lo que pedía un armisticio de tres días. Freire aceptó y le contestó con una carta ofreciéndole sus servicios personales, recordando su amistad de jóvenes. Quintanilla delegó la negociación del convenio en Saturnino García y el alcalde de primer voto de la ciudad de Castro, Antonio Pérez. A su vez, Freire comisionó al coronel José Francisco Gana y al auditor de guerra Pedro Palazuelos Astaburuaga. El 18 de enero se pusieron de acuerdo sobre los trece artículos del Tratado de Tantauco, que se ratificó el 19.

Tras la resistencia de casi nueve años, Quintanilla, Saturnino García y otros jefes regresaron a España. Rodríguez Ballesteros decidió quedarse en Chile.

En España la rendición de Chiloé se supo después de la del Callao, pues el 11 de junio de 1826 el teniente coronel Francisco Xavier de Cervériz informaba al Rey de los acontecimientos de América y decía que «habiendo cesado la atención de los independientes sobre El Callao de Lima, no les resta otra para asegurar su costa que Chiloé[13]» y esta plaza, aunque podría resistir algún tiempo, sin los auxilios de la Península, sucumbirá. Es decir, a causa de la lejanía todavía se suponía que Chiloé aguantaba. Esto valora aún más la fidelidad al Rey de esta isla olvidada, de la costa del sur.

[13] AGI, Estado, leg. 8.668.

VII

LA RESISTENCIA INMEDIATA DEL CALLAO

El castillo del Real Felipe del Callao estaba bajo las órdenes del brigadier gallego José Ramón Rodil, gobernador de la plaza, intendente de Lima y comandante general de la costa del norte, cuando el ejército de La Serna, Canterac y otros jefes realistas se embarcaban para la Península, tras la derrota de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824. La Serna, en la capitulación, «cedió el dominio total del Perú» a Bolívar, «con expresa mención de la plaza del Callao» —dice Rodil—[1], la que debía ser entregada en el término de veinte días. Pero Rodil, que ya había discrepado con Canterac en varias ocasiones, creyó que el tal convenio «obraba con intención para que yo —dice él mismo—no pudiese o no me resolviese a defenderla». Por ello no reconoció la autoridad de La Serna ni su capacidad para hacer cesiones, por lo que no aceptó el acuerdo, en la seguridad de que la voluntad real era la conservación del territorio y que la defensa del Callao le reportaría algún reconocimiento de Su Majestad, que siempre podría decidir al menos una contrapartida. Nada tiene de extraño la actitud de Rodil, pues Calzada también desconoció el artículo correspondiente a las capitulaciones de Maracaibo, por el que Morales entregó Puerto Cabello.

La sorpresa del sitio y el bloqueo repentino al Callao encontró desprevenido a Rodil, pues cualquier buen observador tiene que reconocer que La Serna, Canterac y sus hombres pasaron en cinco meses de grandes triunfos a las dos grandes desgracias de Junín y Ayacucho.

El hecho es que Bolívar, al recibir el parte de la victoria de Ayacu-

[1] Todas las citas de Rodil están tomadas de su *Memoria,* mientras no se diga otra cosa, así como las de los jefes que se citan lo son de los documentos añadidos a ésta.

cho y los términos de las capitulaciones, intimó rendición a Rodil, pero éste se negó a escuchar parlamento alguno, ni siquiera el de los comisionados por La Serna para informarse, y con tan sólo dos batallones y una brigada de artillería, en total unos 2.200 hombres, iniciaba la resistencia.

La obstinada negativa de Rodil a todo arreglo provocó, claro es, la ira de Bolívar, quien el 2 de enero de 1825 decretó la pena de muerte a cuantos le ayudaran, el 10 estableció el bloqueo por mar, y poco después el sitio por tierra, Bellavista, a una milla del Callao, para no poner sus tropas bajo el certero fuego de la artillería del Real Felipe.

La entrada de Rodil en un Real Felipe recuperado

Los realistas abandonaron la plaza del Callao a la llegada de San Martín a Lima en 1821 y desde entonces los insurgentes la ocuparon. Pero a los dos años y cuatro meses, la falta de sueldos y las diferencias entre los jefes y tropas bonaerenses y peruanas que lo protegían provocó un motín, tras el cual, temiendo la represalia de Bolívar por el suceso, enarbolaron pabellón español y entregaron la plaza a los realistas. Pero ¿cómo pudo suceder? O'Higgins y Heres habían informado al Libertador y éste amenazó al Gobierno de Perú con marcharse «si no daban el dinero para la tropa»[2]; pero siguió ocupado en perseguir a Riva Agüero. Luego, la orden de Bolívar de reemplazar el batallón Vargas por el batallón del Río la Plata en la plaza del Callao, produjo descontentos y deserciones en el primero, que creyó que su destino era Buenos Aires. Así, a las diez de la noche del 5 de febrero de 1824, el mulato Dámaso Moyano, natural de Córdoba (Argentina), y Oliva, sargento de los batallones del Río de la Plata, invitaron a la insurrección y encarcelaron a los jefes y oficiales de la plaza, incluido el gobernador Alvarado. Moyano se proclamó coronel y nombró a Oliva teniente coronel. El día 6, Moyano escuchó la propuesta de los enviados del Gobierno patriota Félix Alzaga, el coronel Olazábal y el general Necochea, que solicitaban su rendición, a lo que contestó reclamando a cambio el dinero pedido por su tropa, por lo que nada se logró[3]. Luego, temiendo la represalia por el acto de insubordinación y considerando que necesitaba ayuda sobre cómo proceder en ade-

[2] Archivo S., vol. XI, p. 158. Carta de Bolívar a Sucre, Pativilca, 16 de enero de 1823.
[3] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, t. VI, vol. 8, pp. 46-50.

lante, decidió aconsejarse con el prisionero español de nombre José de Casariego, encerrado en casa mata, a quien puso en libertad, asegurándole que se entregaría a los españoles con toda su guarnición y nombrándole jefe de la fortaleza, quedando Moyano de segundo. Inmediatamente Casariego aceptó el mando, puso en mayor seguridad a los presos patriotas, tomó medidas de precaución, e «izó en las fortalezas el pabellón español en la noche del 6 con salvas de artillería» y, sin perder momento, despachó el día 7 dos expresos, uno a Canterac y otro al comandante general de la División de Pisco, José Ramón Rodil, haciéndoles saber que los castillos estaban por el Rey y que para protegerlos «volara una división». Aunque no da detalles del suceso, dice fue «el resultado de una combinación muy meditada y pulsada con un talento inconcebible», lo que hizo que «mil y quinientos hombres [estuvieran] dispuestos a perecer» y enarbolaran el pabellón español. En la carta a Rodil decía que había sido «por un movimiento extraordinario y de uniformidad general en todas las tropas que la guarnecen». Más tarde Rodil diría en su *Memoria* lo mucho que se publicó sobre las causas de la entrega de la plaza, pero que el «motivo verdadero y secreto parece haber sido la notable conducta del comandante en jefe y oficiales de las tropas del Río de la Plata», que en número de 1.500 hombres se insubordinaron «por falta de su paga y subsistencia».

Casariego pensó que la sublevación podría tomar otro signo, pues le habían solicitado parlamentar para «entrar en transacciones», a lo que se negó; por lo que urgía a los jefes realistas que enviaran fuerzas para sostener y conservar la plaza y les informaba que la fuerza insurgente en Lima y sus inmediaciones era muy poca y estaba disgustada. Por supuesto, Casariego pidió a Canterac «cuantas gracias son debidas» para premiar al coronel Moyano. Hizo publicar el hecho en la *Gaceta de Lima* número 43, para explotar el éxito, y Rodil —que desde el 15 de diciembre de 1823 estaba situado en la provincia de Ica con 831 hombres de todas las armas, a sesenta leguas muy escabrosas del cuartel general, sesenta del Callao y treinta de los enemigos— envió a jefes experimentados a «explorar, reconocer y asegurarse antes de desembarcar, si ocurrió alguna novedad», y avisarle de la misma, a la vez que les dio «diez mil pesos» para la guarnición de la plaza. Con este adelanto a la tropa —del que habían carecido— y la promesa de recomendar los grados ofrecidos por Casariego «si conservan fieles las fortalezas hasta nuestra llegada y entrada en las mismas», Rodil procuraba asegurar la plaza y evitar la seducción.

Isidro Alaix, el enviado de Rodil, partió el 14 de febrero de la rada de Pisco, pero tuvo que sortear las intrigas y dificultades que le pusieron los insurgentes. Éstos, en su empeño de dominar a los sublevados, les ofrecieron gratificaciones superiores a las que podrían dar con los 10.000 pesos que él portaba. Así, en nombre del Gobierno, el coronel de los Húsares, comandante general de la División del Centro, Federico de Brandsen, ofreció un grado más y 20.000 pesos de gratificación al gobernador del castillo de San Miguel, y 100 pesos a cada uno de los soldados que ayudaran a la contrarrevolución, además de indultos y premios. Con el mismo propósito el vicealmirante del Perú, Martín Jorge Guisse, intimó el 17 de febrero al coronel Dámaso Moyano para que entregara El Callao a los republicanos a cambio de su garantía o protección y de un olvido general. Con esta política, los hombres de la república intentaron atraer a los sublevados antes de la llegada de las tropas realistas. Pero nada lograron Guisse ni Brandsen.

No conforme con los resultados, Guisse decidió abrir hostilidades para recuperar las fuerzas navales, pues los sublevados habían tomado siete buques de guerra, entre los que estaban la *Venganza,* la fragata *Rosa de los Andes* y el *Pezuela,* y los mercantes *Jerezana* y *Clarington,* la fragata *Guayas,* y el bergantín *Balcárcel.* Guisse juró rescatarlos y para ello se situó en la isla de San Lorenzo atacando vigorosamente el 19 de febrero, pero sin resultados; el 25 ordenó al capitán del *Protector,* Roberto Biset Addison, abordar los buques españoles y sacarlos de la bahía, en la seguridad de que del castillo no dispararían a sus propios buques. Así se apoderó de la *Guayas* y de la *Santa Rosa,* quemó unos seis buques y tomó cuatro de matrícula extranjera.

El plan realista seguía adelante. Canterac aprobó las concesiones que hizo Rodil, pensó unirse a él para entrar juntos y con los dos ejércitos en la plaza del Callao, aunque luego hubo de delegar esta satisfacción en el mariscal de campo Juan Antonio Monet. Así, el encuentro de Rodil y Monet debía ser el 25 de febrero en Olleros o Lurín. Ambos se reunieron en Lurín el 27, y el 29, domingo de carnaval, tomaron posesión de Lima —que evacuaron los patriotas ante la vista del ejército español, según consta en la crónica *Floresta Peruana*[4]— y de los castillos, que esta-

[4] La crónica de un español liberal (anónimo), publicada en Lima, 1848, escrita en el sitio del Real Felipe, 1800-1824 y titulada *Floresta Peruana* y concluida el 17 de octubre de 1825, en El Callao, precisa que ante la vista del Ejército español, el Gobierno

ban provistos perfectamente de víveres y municiones y con 1.000 hombres y 105 oficiales prisioneros. Así, los realistas recuperaron la plaza más valiosa del Pacífico.

Rodil, gobernador militar y político del Callao

El mariscal de campo, Juan Antonio Monet, entregó a Rodil el nombramiento de gobernador militar y político del Callao, pero también instrucciones de Canterac en que le advertía que «por disposición del Excmo. Sr. Virrey está prohibido entrar en convenios, capitulaciones ni tratados con los enemigos sin que preceda su superior autorización». Es decir, el virrey expresaba así su intención de conservar el territorio peruano y de contribuir con ello a la política española de reconquista.

Rodil administraría las subsistencias de la guarnición que debía exigir semanalmente del gobernador y del Ayuntamiento de Lima, de manera que siempre hubiera almacenada la reserva de víveres necesaria para resistir el asedio en el peor de los casos, por un mes —tiempo aproximado que Canterac calculaba que tardaría en acudir con su ejército para obligar al sitiador a levantar el cerco—. Así, pues, se especificaba que Rodil debía acopiar carne viva y chanchos y aprender con algún extranjero el método de embarrilarlos en sal para conservarlos. El Ayuntamiento y el gobernador de Lima debían proveerle también de dinero del que produjera la Aduana y demás ramos para pagar la mensualidad de la guarnición y si los ingresos de Lima no fueran suficientes para atender las raciones y sueldos, las autoridades, con la intervención de Rodil, es decir, por la fuerza si fuere preciso, impondrían contribuciones al pueblo.

Para la defensa, Rodil debía establecer una buena maestranza en el baluarte del Príncipe, hacer un buen cuartel en el de San José —por ser el más sano para la tropa—, habilitar un hospital, disponer del armamento necesario, construir monturas y reunir el avituallamiento que el ejército pudiera necesitar. Es decir, El Callao no sería sólo una fortaleza para el futuro, sino una base firme para el ejército de Canterac. El comandante del Norte dejó a discreción de Rodil el trasladar la Casa de la

independiente evacuó Lima y que el domingo de carnaval, 29 de febrero, «entró el Ejército a las órdenes de Rodil, Monet, Ramírez y Landázuri ocupando la ciudad inmediatamente y las fortalezas del Callao». Véase *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, t. XXVI, vol. 1, pp. 80-81.

Moneda de Lima al castillo, pero no así la instalación de la imprenta para la divulgación de los sucesos, pues la creía imprescindible.

También debía Rodil ocuparse de proteger a los corsarios nacionales y «armar algunos buques, bien veleros, artillándolos [...] y poniendo en ellos buenos pilotos y marinería, y una guarnición competente de tropa, mandada por oficiales de mucho valor», para que pudieran batirse con los buques menores enemigos, aun con el bergantín llamado *Congreso,* hasta eliminar todos los barcos insurgentes, excepto el *Prueba,* al que los veleros podrían burlar con su velocidad. Para comandar las fuerzas navales fue nombrado el teniente coronel graduado Sebastián Riera, así como el piloto Saturnino Barinaga, que habían llegado a la plaza con las fuerzas de Monet.

Las guerrillas eran indispensables; por ello el general en jefe ordenaba a Rodil fomentarlas en Lima y sus alrededores, así como tener la guarnición siempre dispuesta para ellas, pues éstas contribuirían a mantener abierta la comunicación de la plaza con el Ejército del Norte. Es decir, el de Canterac.

Pero el joven gobernador del Callao, de treinta y cinco años, estimó que se le estaba condicionando el mando con «cuantas prevenciones instructivas o cuantas restricciones quiso idear [Canterac] sin molestia, para que nadie pudiese desempeñarlo». Y se resintió, sobre todo, de que no se le concediera el «mando unido», sino compartido con las autoridades de Lima, pues opinaba que una plaza sitiada y en tiempos tan tumultuosos «por la transición violenta que se le hizo sufrir [a las gentes]» hacía necesario que el gobernador militar asumiera la autoridad.

Consecuentemente, a sólo un mes, el 17 de marzo[5], surgió el incidente. El gobernador de Lima, coronel conde del Villar de Fuertes, publicó un bando y Rodil le amonestó porque debía «considerarse sufragáneo» y someterse a él como primera autoridad, pues «el lugar populoso [Lima] no constituye facultad, sino la que el Gobierno Superior confiere». Con esto Rodil le decía que el bando «me incumbía a mí como comandante general de las tropas, fortalezas y distritos referidos» pero para evitar confrontaciones y guardar armonía se lo aprobaba. La dureza de las palabras de Rodil llevaron al gobernador a dimitir, pues, al fin de cuentas, la política urbana siempre la había desempeñado el Cabildo y esto suponía un nuevo orden de cosas. La renuncia no le fue aceptada,

[5] Carta del mismo día de Rodil a Villar de Fuertes.

por el contrario, Monet y Canterac reprobaron la actitud de Rodil, y según éste tan fuertemente, que vio peligrar su carrera militar, por lo que pidió a La Serna su relevo del mando de la plaza, y que se le destinase al Estado Mayor del Ejército del Sur, que había quedado vacante. Así, pedía la separación de las inmediatas órdenes de Canterac, general en jefe del Ejército del Norte. Este suceso del doble relevo solicitado y el mando único pedido por Rodil no debe extrañar, pues ya vimos que el liberal La Torre, en Costa Firme, se proclamó única autoridad de la plaza de Puerto Cabello por estar sitiada, y este hecho provocó la renuncia del jefe superior político y de las autoridades del Ayuntamiento. Rodil no pedía, por tanto, ni más ni menos de lo que pidiera, tiempo atrás, La Torre: la colaboración de las autoridades en una situación tan crítica y el aviso previo sobre lo que se ordenaría, pues lo impopular de la medida dictada podría causar algún levantamiento sorpresivo en el pueblo y, en ese caso, Rodil sería el llamado a sofocarlo, ya que la aristócrata capital del virreinato no era fácil, entre otras cosas, por las circunstancias en que se recuperó. Rodil debía vigilar a los oficiales prisioneros pasados a las filas reales que habían quedado en Lima, pues algunos podrían ser peligrosos por la información que sobre la plaza dieran al enemigo, por lo que a la más mínima sospecha debía «ponerlos en casa mata o en otro arresto dentro del castillo», pues la condescendencia con ellos resultaría perjudicial.

La carta pidiendo destino no fue tramitada por Rodil hasta pasados dos meses del incidente, el 18 de mayo, tras el parte que diera de la brillante acción de Caqui, al norte de Lima, por lo que es probable que la verdadera motivación de Rodil fuera ascender en el ejército por méritos de armas, lo que se le facilitaría en el campo de batalla y no así en El Callao, encerrado y aislado de la oportunidad, como creyó. Pero, por una u otra razón, lo cierto es que Rodil siguió en la plaza «sin otro apoyo ni consuelo que el que me proporcionen la constancia, el valor y las resignaciones de mis pocos y muy dignos compañeros de armas, en la lucha desigual que sostenemos».

A las instrucciones y prevenciones primeras, añadió Canterac las que consignó en una carta fechada el 29 de marzo de 1824, que, además, censuraba las primeras decisiones y medidas tomadas por Rodil en El Callao. Así, Canterac ordenó a Rodil que le enviara las compañías de «Cantabria e Ymperial, toda la fuerza de oficiales y tropa que quedaba de los Dragones de la Unión, y los enfermos» para que se incorporasen a las filas del ejército en campaña, pues no había autorizado que las tropas de

la expedición de Monet, que fueron sobre la plaza, se quedaran en ella, ya que el servicio del Callao no requería tanta guarnición y el peligro de un ataque de los republicanos lo calculaba muy remoto. Precisó, además, Canterac que el capitán Manuel de la Canal, de los Dragones de la Unión, quedaría en la plaza «para la organización del escuadrón San Carlos», posiblemente para incorporarlo al ejército poco después, y que el coronel Ramírez quedaba encargado de organizar y disciplinar su propia columna, prohibiendo a Rodil emplear a este jefe en otros menesteres. Es decir, Rodil sólo contaría con la guarnición de la plaza inclusive para defender Lima, según se lamentaba. Rodil debía remitir también a Pisco por mar los efectos y artículos que solicitaba Canterac en una relación adjunta.

Sin embargo, Canterac reforzó la artillería de la plaza. Así, en la misma carta informaba Rodil que le había enviado «sobre ochenta artilleros habiéndose quedado únicamente con los de tres piezas de a caballo» y le pedía le devolviera, a cargo del capitán Aleu, «a lo menos veinte de los de la plaza [entre ellos, cuanto más, algunos cabos], que sean aptos para el servicio de a caballo, y por lo mismo convendría fuesen abajeños o chilenos, auxiliándoseles con bagajes para que hagan la marcha con alguna comodidad». Es decir, el balance era de sobre sesenta artilleros para El Callao, arma indispensable para las obras de defensa que se llevarían a cabo, de inmediato, en la plaza.

En la costa, el comandante general, coronel Casariego, y el jefe de Estado Mayor, el teniente coronel José Alcántara, tenían órdenes de Canterac para que siguieran las instrucciones que les diera Rodil y para ejecutar sus prevenciones —decía Canterac— «siempre que no estén en contradicción con alguna de las mías». El batallón Burgos «va a pasar a Huarochiri con el intento de pacificar Yauyo y aquel partido, coadyuvando por Lunaguaná el comandante Aballe, y por la parte de Yauli otra fuerza, pues en dicho punto se situará el batallón del Centro». Con estos movimientos esperaba que en poco tiempo tendrían comunicación abierta la plaza y el ejército. Era, otra vez, el mismo efecto que quiso lograr con las guerrillas.

Con esta reorganización y con una nueva reprensión que Canterac dio a Rodil por haber sido «algo avara» la remisión de pólvora, estaba claro el lugar que ocuparía El Callao en la campaña realista. Canterac tildó a Rodil de iluso al creer que la plaza habría de sufrir un riguroso sitio de muchos meses, cuando los enemigos estaban bien distantes y estima-

ba que de formar cerco éste «no pasaría de un mes», pues al momento «volaría el ejército a su socorro»; y justificó que, aunque dispuso que se hiciese acopio de víveres «por algunos meses no fue por recelo, sino porque el orden así lo exige para cualquier circunstancia imprevista». Sólo autorizó la pólvora suficiente para el servicio y la guarnición, «todo lo demás será superfluo y debe con ello atenderse al ejército de que depende V. S. y la plaza que manda». Es decir, la plaza del Callao en los planes de Canterac estaba subordinada a las operaciones de campo.

Las duras expresiones del general en jefe en este oficio debieron de estar basadas en las opiniones que de aquél daban los jefes que partieron de la plaza, tildándole de «egoísta», y de que quería para sí y para su guarnición todo lo que había en los almacenes del Callao, y aunque Canterac se negaba a creerlo, porque aquél había dado prueba anteriormente de lo contrario, le pidió que cuanto antes le hiciera un informe general circunstanciado de existencias de todas clases, y otro de los efectos pertenecientes a los extranjeros que había en la plaza, los cuales debían estar pagando «el derecho del 35 ó 40 por 100 para poderlos expender». Además Rodil debía remitirle una muestra de los productos del indicado derecho, la evidencia de la adjudicación o inversión de los fondos adquiridos y cuenta de los remanentes que quedasen para otras atenciones. En resumen, Canterac pedía una relación de ingresos «para saber poco más o menos con lo que mensualmente debemos contar» de las arcas del Callao y Lima.

Ya en la postdata de la carta que venimos citando, Canterac decía que Rodil podría aumentar los cuerpos de su guarnición con algunos reclutas de la costa «dando al 2do. del Ynfante algunos zambos blancos en defecto de cholos». Aún el 30 de abril del mismo año, Canterac avisó a Rodil que el mariscal de campo Juan Loriga iría al Callao a pasar revista a los cuerpos del ejército y que llevaba además varias precauciones nuevas para la organización de las tropas, así como «marcha de algunas de las que V. S. tiene a sus órdenes, saca de artilleros y remisión de ellos a este ejército», además de remisión de mulas, caballos y artillería y otros útiles. Todo en función de concluir la guerra, pero todo se le daba prescrito también para el brigadier, que soñaba con planificar por sí mismo.

Nos hemos extendido porque El Callao hizo algo más que socorrer al ejército en campaña y resistir antes y después de la batalla de Ayacucho y para poder percibir el ánimo que el defensor del Callao pudo tener al quedar constituido ¡como siempre lo deseó! en primera autoridad para

tomar decisiones aunque éstas, sabía muy bien, estarían sujetas a los juicios del Monarca, de quien Rodil fue siempre un ferviente defensor.

CONDICIONES DE LA PLAZA: LAS OBRAS DE DEFENSA

El Callao —según Rodil lo describe en su *Memoria—,* fortaleza defensiva de «segundo orden», aunque «no estaba artillada» como hubiera correspondido a esta categoría—, era además insalubre por el calor y humedad del sitio donde estaba situada, pero sobre todo por el «abandono imponderable» en que los insurgentes la habían dejado.

La plaza debía tener una dotación regular de 3.200 hombres, 700 de ellos artilleros, 2.000 de infantería, 200 de caballería y 300 zapadores, con los facultativos correspondientes. Los víveres almacenados debían alcanzar para «diez y ocho meses» para que contando con la corrupción y deterioro duraran para un año. Era indispensable disponer de «500.000 pesos en tesorería para acudir a la guarnición con media paga». Este fue el análisis preliminar que llevó a Rodil a presupuestar los gastos para poner la plaza en estado de defensa.

Sin embargo, dice también Rodil, que en lugar de

> esa tropa, repuesto de provisiones y dinero, me hallé con 88 artilleros, 1.109 infantes en dos cuerpos que no vinieron ni a media dotación de oficiales, y 90 hombres de caballería, dos meses de víveres calculados por cómputo, y la tesorería, exhausta.

Esta fuerza, entre la cual había mucho recluta, se aumentó al momento con 530 hombres de los sublevados, pero sin un solo facultativo, como lo requerían los cuerpos de Artillería e Ingenieros. Así, con unos 1.800 hombres, Rodil debía

> defender un puesto correspondiente a 3.200: había de imponer orden público español a 60.000 habitantes de Lima y 20.000 diseminados en 18 leguas de terreno arenoso, que no eran españoles, no querían o no habían pensado serlo: había de contener las correrías y embestidas en guerrillas numerosas de 2.000 indios mestizos, negros y zambos esclavos, muy prácticos y decididos por la revolución [...] había que vigilar entonces sobre 241 oficiales pasados [...] custodiar 31 prisioneros por si podían canjearse [...] observar la conducta de 250 empleados de todas clases y rangos que

> mandaban y subsistían en su gobierno, y casual y rápidamente les hicieron pasar y obedecer con desdoro y permanecer con miseria en el nuestro: había de observar al Ejército enemigo y deshacer las activas asechanzas de Bolívar, que por todos conductos y muy solícito convidaba con premios de doscientos cincuenta mil pesos fuertes, empleos, honores e indultos[6] a los que comprendiesen el satisfacer sus miras contrarrevolucionando los castillos; y, por último, había que repeler los ataques y la influencia mortífera y volcánica de un bloqueo de tres buques de guerra que a las órdenes del intrépido inglés Guisse, me tenían en inmediata y continua zozobra.

Y perseguir, además, a los extranjeros de las principales naciones marítimas, especialmente ingleses, que se habían hecho dueños absolutos del comercio y giros interiores y exteriores del Perú y procuraban por la fuerza conservar el poder, el dinero y la opinión. Éste era el cuadro político y militar ampliado a que Rodil debió atender. Estos primeros presupuestos que sometió Rodil el 19 de marzo y el 30 de abril sufrieron cambios sustanciales, debido a las instrucciones del 29 de abril de Canterac y la reorganización de las fuerzas que habían de quedarse en la plaza y las que debían integrarse al Ejército del Norte, como ya vimos, que hicieron variar los números.

El dinero era esencial en la plaza, pues Lima y El Callao debían contribuir, mensualmente, con una cantidad fija a las necesidades del ejército, por lo que Rodil restableció la Casa de la Moneda arruinada consiguió el beneficio del cuño de un banco de rescate, con lo que moderó los precios y así terminó con el monopolio de varios usureros que compraban «la plata labrada y chafalonía que cada habitante había preservado de los vaivenes de la guerra». Con ello, Rodil «comenzó a amonedar» desde el 12 de mayo.

En la rama de Hacienda sólo se estableció una Aduana en El Callao «a lengua de agua», cuyo administrador nombró el general Monet, una tenencia en Lima y un resguardo. Los empleados eran muy pocos, por lo que debía vigilarlos «continuamente en todas sus operaciones», como si no tuviese otro destino que el de «visitador de rentas», pues para el cobro sólo había una tesorería y sólo tesorero interino. Aun así, Rodil procuró que las cuentas se llevaran «con método, exactitud y pureza» y los víveres se entregaron «mecánicamente», no por desconfianza del guarda-

[6] Decreto de Bolívar, Huaraz, 20 de mayo de 1824.

almacén, decía, sino por «precaver nuestro alimento de la corrupción, deterioro y extravíos».

El ramo de la guerra fue el preferente para Rodil. A un mismo tiempo fortificó la plaza, «flanqueada e indefensa por diferentes puntos», guarneció de artillería los castillos, «que tenían montada muy poca, desfogonada, desigual, desarreglada y tan mal combinada con las operaciones que podían intentar los contrarios»; ordenó los almacenes, creó talleres de todas clases y una numerosa maestranza de artillería y marina e hizo recluta.

Además, se preparó para reprimir las posibles alteraciones del pueblo y las haciendas, algunas inaccesibles en la sierra y con comunicaciones francas por toda la costa marítima, donde nadie podía interceptar ni ver movimiento alguno de cuantos emprendiesen negros o indios por sí solos o impelidos por Bolívar.

También debía organizar la fuerza suficiente para rechazar las partidas de guerrilla y montoneras que se aproximaran a la plaza, así como presentar combate a las que invadieran los lugares donde la caballada pastaba, como también responder a «los pedidos de tropas y armas que hacía el general en jefe». El área que había de cubrir era inmensa.

Las obras de defensa en los puntos débiles de la plaza fueron atendidos. Así, «el fuerte San Miguel, que cubre el flanco izquierdo del Real Felipe», y «otro del puerto [que] lo iba deshaciendo el mar» fueron reforzados a un costo de 7.000 pesos. Como estímulo a los trabajadores, los salarios fueron puntualmente pagados —los pesos abonados a los jornaleros de la Maestranza del 1 al 20 de marzo se resumían así: armeros, 161,3; herreros, 62,7; fundidores, 31,4; hojalateros, 56,7; carpinteros, 195; aserradores, 45, y toneleros, 80. Las compras ascendieron a 13,4 pesos y el importe total de la factura a 646,1—. También construyeron cuarteles, espaldones, parapetos, baterías, trincheras, repuestos de municiones, pozos de agua y varios revestimientos en la muralla[7].

Los primeros trabajos realizados por la Maestranza de Marina en el puerto del Callao se extendieron desde el 29 de febrero de 1824 hasta el 1 de enero de 1825. Es decir, siempre bajo los fuegos de Guisse y sus fuerzas bloqueadoras, pues éste había recuperado la fuerza naval sublevada antes de que Rodil llegara al Callao. Para esta labor Rodil alistó a cincuenta personas que tenían algún conocimiento de marinería, ya que

[7] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, t. I, vol. 8, pp. 42-44 y 60-65.

no contaba con individuos del cuerpo general de la Armada. El fin de las obras estuvo mejor asesorado, ya que la llegada de Guruceta con la Marina Real proveyó los expertos.

Las fuerzas sutiles se incrementaron, llegando a tener 8 lanchas, 8 botes, una falúa para el servicio del puerto, un bote para la ronda de la bahía, y para correos una falúa y una chapala. El pago a la marinería se ajustó en sueldo y ración con arreglo a lo que percibían los del ejército.

Primeras acciones: la campaña de Caqui

La actividad desplegada por la guarnición del Callao no se limitó a defender el reducto, pues al poco tiempo de tomar posesión de la plaza, Rodil organizó partidas que hostilizaban frecuentemente a los patriotas en las proximidades de Lima. Como muestra de ello, la columna móvil compuesta de 300 hombres de infantería y 100 de caballería había de cubrir treinta leguas en los alrededores de la plaza, reconocer el terreno y procurar recursos —porque de Lima llegaban pocos. La columna también se ocupó en dispersar las partidas insurgentes que se aproximaban al cerco, lo que contribuyó a crear una opinión favorable hacia Rodil y los suyos, porque las gentes se sentían defendidas.

La batalla de Caqui[8], al norte de Lima, librada el 6 de mayo de 1824, fue la primera acción después de adquirir El Callao los realistas. Y tambien de la que más propaganda se hizo. Fue iniciada por los republicanos, según el parte que dio el coronel Jerónimo Villagra, pues

> las montoneras de Lanta, Ninavilca, Huavique y demás partidas de Sayán y otros pueblos de la Sierra se reunieron por orden del coronel enemigo Ramón Antonio Desa, comandante general de todas ellas, para batir la sección de mi mando y posesionarse de este Valle y Villa de Chancay.

Al amanecer del día 6, Desa juntó todas sus fuerzas para atacar la hacienda de Caqui, pero el jefe realista, conocedor del movimiento, había partido hacia Huaca «con ciento cuarenta Cazadores de las compañías Segundo del Ynfante y Arequipa, mandados por el jefe de E. M. de

[8] Parte de J. Caparroz a Rodil, Chancay, 7 de mayo de 1824. J. Rodil, *Memoria,* p. 164.

la División, teniente coronel don Ysidro Alaix y las dos no completas mitades del Escuadrón de su cargo». Al cuarto de legua del río, Villagra reconoció las fuerzas del enemigo, que calculó en unos 500 hombres montados a caballo y mula, armados de sable o lanza, y más de 400 a pie, con fusil o carabina, que continuaban su marcha en dirección a la hacienda de Pasamayo, lugar donde Villagra había enviado su ganado, por lo que siguió inmediatamente a la derecha con los cazadores y los capitanes Manuel Vicente y Juan Fernando Sarraoa para tomar una altura donde los enemigos tenían ya más de 200 infantes, y por la izquierda, siguiendo camino, destacó una guerrilla de veinte a cargo del teniente coronel Alaix.

En este movimiento fueron desalojados los insurgentes que había en el flanco derecho y los 100 cazadores se apoderaron de un médano de arena que dominaba toda la caballería patriota. Alaix comenzó el combate y al momento «quedaron envueltos más de 400 montoneros y 200 infantes». Las bajas realistas fueron un oficial, cuatro soldados y dos caballos, al tiempo que se retiraban rápidamente. Ante este suceso, y para vengar los muertos, los Dragones de San Carlos acuchillaron al sargento mayor Suárez, que con gran valor y osadía dirigía la derecha de la línea insurgente, por lo que los jefes republicanos dieron orden de concentrarse sobre el frente derecho que dirigía Villagra, sin percatarse de ello, y éste los atacó. Éste fue el segundo encuentro que aunque menos violento que el primero con la caballería, produjo mayor número de bajas en ambas filas. Tras el ataque los insurgentes se dispersaron por los altos médanos de Pampa Hermosa y para aligerar la retirada fueron arrojando las armas, que los realistas tomaron.

La reorganización de fuerzas tras la batalla de Junín

Los éxitos de la columna móvil del Callao continuaron dando fruto, ya fuera llevando la ofensiva o resistiendo. El 12 de julio de 1824 los independientes se organizaron para atacar las fuerzas realistas de Lima, llegando ese mismo día a posesionarse de Copacabana. Pero Ramírez salió a su encuentro, desalojándolos con una operación envolvente. La división de la Costa, al mando de Casariego, también se hizo «terrible» por su disciplina, valor y orgullo en todo tiempo, dice Rodil.

Pero la derrota de Junín del 9 de junio cambiaría un poco las cosas,

pues si antes había sido Canterac el que ordenaba a Rodil enviarle refuerzos de los cuerpos de la plaza del Callao, ahora era el propio virrey quien reuniría todas sus fuerzas posibles por la causa de Perú —que no estaba aún en los castillos del Real Felipe sino en Cuzco o donde quiera que el ejército empeñara una acción general—, por lo que Rodil tendría que reorganizar nuevamente sus efectivos según las intrucciones que recibiera de La Serna.

Éstas no tardaron en llegar, pues el 16 de agosto éste informaba a Rodil desde Andahuaylas el desastre de Junín, la retirada de Canterac de esos valles y la ocupación de los mismos por las fuerzas de Bolívar, exhortándole a no perder el ánimo, por lo que los patriotas pudieran comentar sobre el hecho. Le comunicó también su decisión de reunir todas las fuerzas realistas para dar una batalla decisiva a Bolívar, quien

> sin advertirlo viene al precipicio embelesado en sus grandes planes, sin considerar que tiene que combatir con tropas valientes y con tropas vencedoras, que serán conducidas a la victoria con pericia militar y con valor español.

La fe en el éxito era tan grande como las dificultades que le esperaban. Pero por el momento sólo pensó La Serna en tomar providencias, por lo que prevenía a Rodil que tomara

> las medidas enérgicas y ejecutivas que exige el servicio de S. M. para encerrar en el Callao todos los útiles e instrumentos de esa Real Casa de Moneda, inutilizando lo que no pueda transportarse para que por motivo alguno puedan sellar los enemigos las platas que tengan.

También le ordenó acopiar víveres en la costa a cualquier precio, almacenarlos para que, mientras durara la campaña contra Bolívar, el Callao no escaseara de lo necesario. Así, La Serna sólo tendría una preocupación: su campaña, pues la plaza estaría segura y dirigiría su propia defensa.

La posibilidad de que este almacenamiento de víveres pudiera significar que La Serna pensara en El Callao como refugio es remota, no sólo porque estaba muy esperanzado con la campaña sino también porque, en el mismo oficio, ordenaba a Rodil que todos los corsarios que hubiera en El Callao y que de nada servirían, dada la situación, se dirigieran a

Chiloé —¿posible refugio?— y se pusieran a las órdenes del comandante del *Asia*.

Especial prevención le hizo para que estuviera alerta y vigilante ante cualquier intriga de «contrarrevolución que pudiera fraguarse», como era de esperarse, y de ocurrir, debía proceder según la suprema ley de la salvación del Estado.

Así, la derrota de Junín impuso a Rodil una reorganización de fuerzas, pues debió desprenderse del escuadrón San Carlos con 200 hombres, para que se uniera al ejército de Canterac en el objetivo común de «exterminar el ejército de Bolívar» y en la inteligencia de que Rodil «sólo debía ceñirse a la defensa de la plaza».

El lamento de Rodil de lo mucho que hubiera podido hacer desde El Callao si Canterac no hubiera estado «siempre pidiéndome», «siempre remitiéndole», «siempre quejándose» y «siempre desairándome», pasaba a un segundo plano. Ya no podría acusar a Canterac de querer para él todos los medios de subsistencia y defensa que había de producir la costa del sur de Lima hasta Lurín, a expensas, a veces, de la importante plaza del Callao porque ahora se trataba de la suerte del virreinato.

Pero hay que reconocer, sin embargo, que en los nueve meses de su mando Rodil envió a Canterac «50 artilleros, cuatro compañías de infantería y tres escuadrones de caballería quedándome sin uno de éstos; y desarmé 500 infantes de mi corta guarnición para aumentar el envío de fusiles». Posiblemente Rodil no creyó que todo lo perdería.

En lo oficios del 6 y 7 de octubre La Serna informaba a Rodil que todo estaba en marcha y que tenía reunidas las fuerzas del Norte y del Sur que se opondrían a Bolívar. Y le pedía tenerle siempre informado sobre cualquier novedad, vía Arequipa, y le exhortaba «a sostener esa plaza con el celo y amor al real servicio de que tantas pruebas tiene dadas, y que para ello tomara cuantas medidas fueran necesarias».

Rodil no defraudaría la confianza que La Serna le manifestaba, pues ya el 5 de septiembre había ordenado salir en la escuadra al brigadier Mateo Ramírez, como se le solicitó, y resolvió, dos días más tarde, ponerse a la cabeza de la tropa que ocupaba la campiña de Lima, que era un espacio vital para obtener las subsistencias de la plaza y el lugar indispensable para no quedar encerrados en los muros del castillo. Así, Rodil se incorporó a la vanguardia de la tropa que tenía destacada desde el 26 de septiembre en la hacienda de la Legua.

Inmediatamente, Rodil desplegó el plan para limpiar las llanuras de

los alrededores de la ciudad, que estaban infectadas de montoneras. Las acciones que llevó a cabo fueron muchas y con diversos grados de comprometimiento; pero la del 18 de octubre, al amanecer, fue la más arriesgada, pues fue atacado —según dice— por 500 hombres de muy buena calidad, que sorprendieron a sus avanzadas. Por los tiros de éstas, Rodil comprendió que estaban amenazadas y acudió a reforzarlas con la compañía de cazadores del batallón Arequipa y alguna que otra fuerza, que puso a las órdenes del coronel Isidro Alaix. Tras una larga batalla, cerca del Tambo de Mirones, Rodil fue haciendo retroceder a los republicanos hasta que abandonaron la ribera de Rimac. Luego, en una acción conjunta, atacaron bruscamente a los patriotas, que tuvieron que retirarse por el desfiladero de Aznapugio del que sólo escaparon unos treinta y cinco hombres. Dejar libre la ribera del río contribuyó infinitamente a la «quietud de Lima», se dice en el parte.

Por el valor demostrado, Rodil recomendó al virrey a los combatientes: Alaix, Tiscar, Zavala y otros. Los jefes del Callao no serían menos arriesgados que los que en el ejército de La Serna dieran las grandes batallas.

El destino de los corsarios del Callao a Chiloé tras Junín y la llegada del *Asia* al Real Felipe

El plan de Rodil para crear fuerzas sutiles que defendieran, comunicaran y surtieran al Callao fue un éxito. Los bergantines *Moyano* y *Constante* armados en corso facilitaron las comunicaciones. Así, se decía que ellos compensaron los costos de armarlos, pues surtieron la plaza de artículos de primera necesidad y aunque la tripulación no era propiamente marinera sino gente del ejército, pudo manejarse aceptablemente.

El 15 de enero de 1825, el capitán de fragata Francisco González informó detalladamente sobre las fuerzas de mar existente en El Callao, de su capacidad y sus ocupaciones. González describió, en primer lugar, al bergantín corsario *Moyano* al mando del capitán Saturnino Barinaga y las presas hechas por él a los buques insurgentes, de los cuales sólo se salvaron la fragata *Jerezana* y el bergantín *Apure*. Después fueron reposeídas por los republicanos y el temor de que el corsario corriera igual suerte y que pasara a reforzar los buques del enemigo llevó a Rodil a quemarlo.

El bergantín *Constante,* destinado al servicio del Ejército del Norte, y

tripulado por 90 hombres de mar y 30 soldados de guarnición al mando de José Martínez, zarpó y cruzó la costa de Chile y puertos intermedios, donde hizo cuatro presas y regresó al puerto perseguido por los bloqueadores hasta el mismo fondeadero, sin que lograran atraparlo.

El bergatín *Pezuela* tenía 90 hombres de mar y 30 de guarnición. La corbeta *Yca,* alias *Moquegua,* también contaba con 150 hombres de mar y 50 soldados de guarnición, y estaba al mando del teniente de fragata Pedro Goult.

Los buques contaban con el servicio de algunos extranjeros, quienes recibían dos pagas además del enganche que se les dio para admitirlos por seis meses, pues la verdadera razón de enrolarlos era la de impedir que durante el tiempo de la gran campaña contra Bolívar éstos se alistaran con los insurgentes. De aquí la buena y puntual paga. Estos estímulos, así como el de la doble paga a que recurrió Rodil, como ya vimos, reforzaron las debilitadas fuerzas reales al punto que Bolívar llegó a decir: «los buques extranjeros están godos, sirviéndoles como propios. Los americanos e ingleses son nuestros amigos, pero neutros».

El paso de líneas también favoreció a los realistas, pues las fuerzas sutiles se incrementaron así con más de un buque. Valga como ejemplo el paso del capitán que se entregó con su tripulación, el cual fue ascendido al grado de alférez de fragata, forrándole además su embarcación en cobre. Ante el hecho, ¿cuántos más lo harían?

Cuando los buques realistas debían salir a campaña el 12 de septiembre de 1824 —decía González en su informe— llegaron al apostadero del Callao el navío *Asia* y el bergantín *Aquiles,* al mando del capitán de navío Roque Guruceta, por lo que se suspendió la operación para atender a la reparación inmediata de los buques recién llegados, que a consecuencia del combate del *Asia* con las fuerzas bloqueadoras, habían sufrido algún daño, a pesar de haber salido triunfadoras, pues los buques republicanos *Prueba* y *Chimbarazo* tuvieron que abandonar el bloqueo y marchar a Guayaquil para ser reparados.

Además, aprovechando los expertos marinos, se atendieron las labores de maestranza ya iniciadas y se pusieron en estado navegable la fragata *Trinidad,* la corbeta *Carrington* y el bergantín *Nancy* para incorporarlos a la escuadra. Estos transportes fueron pertrechados de todo, y con exceso de aguada y leña, artículos indispensables a la plaza, según Rodil. La leña se extrajo de la destrucción de los buques *Bretaña, Margarita, Candelaria, Juana-gorda, Presidente, Dolores* y *Pez Volador.* Uno de estos bu-

ques fue echado a pique delante de la estacada de San Miguel, que había sido destrozado por el mar hasta el foso, para que sus maderas hicieran de dique y la protegieran.

En esto, La Serna, que se preparaba para abrir campaña contra Bolívar, el triunfador de Junín, ordenó a Rodil en oficio fechado el 16 de agosto

> que todos los corsarios que haya en el Callao, y que ahora pueden servirle de poco o nada, se dirijan inmediatamente a Chiloé y se pongan a las órdenes del señor comandante del navío *Asia* de S. M., a fin de que ejecuten las operaciones que tengo terminadas para la conservación de estos países, que S. M. se ha dignado nuevamente confiar a mi cuidado.

Así, el recién confirmado virrey volvía a tener cierta preferencia con Chiloé, pues bien parece estar preparando el lejano archipiélago, como lugar más recóndito, para alojamiento futuro, si la campaña que pensaba emprender no tenía el éxito que deseaba. Pero el caso es que por esta orden, Rodil quedaría desamparado de fuerzas de mar, por el momento.

Consecuentemente, el 20 de octubre dieron a la vela del Callao «ocho buques». Tras la partida del convoy del apostadero, éste quedó sin gente de mar, pero aún dotó Rodil la balandra de guerra *Real Felipe* con 25 hombres y ordenó salir a su capitán al encuentro de la escuadra con pliegos y una carga de sal para Chiloé, con la esperanza quizá de conseguir con ella algún efectivo.

El saldo de la llegada de los buques de Guruceta fue negativo, según el gobernador de la plaza, quien resumiendo lo entregado a la escuadra, decía:

> Parece que vinieron a llevar cuatro buques de guerra, dos transportes, trescientos treinta y tres mil novecientos veinte y siete pesos, seis reales y diez y seis maravedíes, plata fuerte en dinero, víveres y útiles, según el estado del ministerio, y al llevar también las últimas reliquias de la honra y opinión española que existía en el Perú, a despecho de todos sus contrarios.

Este juicio encierra el dolor del abandono de Guruceta tras la batalla de Ayacucho, cuando Rodil confiaba en que la resistencia, asistida por la escuadra, mantendría en pie la bandera española en el Perú.

Bolívar, próximo al Callao

Tras la batalla de Junín, Bolívar se fue acercando a la costa según le decía a Santander, para recibir el empréstito de Londres, dar dirección y protección a la escuadra, recibir los refuerzos de Colombia, poner sello al Callao y organizar el gobierno en la capital hasta que pasara el invierno para abrir campaña.

La presencia de Bolívar en la costa y su aproximación a Lima animó a las tropas republicanas, especialmente a las colombianas, a presentar ofensiva pero, por la misma razón, la columna móvil del Callao se mantenía vigilante. Así, el 3 de noviembre, Pedro Aznar salió de la hacienda de Baquijano, donde lo había destacado Rodil, para observar si los enemigos hacían algún movimiento por la ciudad de Lima y con el propósito de demostrar que El Callao estaba defendido dentro y fuera de sus murallas. Es decir, para hacer una demostración de valor más que de fuerza, pues llevaba poca. Con ese objetivo «aparenté, enviar la caballería a pastar y que la tropa se dedicase al aseo y policía» —dijo Aznar en el parte que dio a Rodil sobre la acción. Y mientras, el coronel Urdaneta se atrevió a atravesar Lima con cinco compañías de unos 600 hombres rezagados del ejército de Bolívar, que titulaba columna de cazadores, y dos escuadrones con fuerza de 300 hombres que denominó Dragones del Perú, dejando otro número igual de montoneras y gente de menos confianza por diferentes puntos.

Con esta fuerza, Urdaneta se aproximó al Carrizal Baquijano para atacar las de Aznar. Pero Alaix, que dirigía la vanguardia, arrolló la caballería de Urdaneta —bajo los fuegos de su infantería parapetada sobre los tapiales del camino nuevo y viejo Real de Lima— y casi concluyó con la triple fuerza que éste tenía apostada en las mismas calles de esta ciudad. Los que escaparon ocuparon la Vigía de la Concha, pero Aznar los desalojó de inmediato.

El botín no fue escaso, pues decía Aznar que las partidas de guerrillas entregaron 208 lanzas, 150 fusiles, 111 tercerolas, 134 sables, 260 caballos y otros útiles. Curiosamente, también dejaron una bandera con el lema «Viva la Unión Peruana, Viva el general Sucre». La dispersión de los insurgentes fue tal que sólo quedaron 60 reunidos. En esta acción, Aznar recomendó como sus grandes colaboradores a Alaix, a Zavala, a Castro, a Carrillo, a Andrade y a Núñez, y para todos los oficiales pidió alguna gracia.

Bolívar no podía dejar de informar el suceso estando tan cerca y dijo a Santander:

> el coronel Urdaneta con 2.000 hombres entró el 3 de este mes [noviembre de 1824] en Lima y con menos de 300 hombres fue derrotado. Yo llegué al otro día y estoy organizando una división para tomar a Lima y bloquearé El Callao[9].

Así, Bolívar calculó atacar los dos núcleos de resistencia al mismo tiempo: el ejército de La Serna con el ejército de Sucre y El Callao con su propio ejército.

El 6 de noviembre, el virrey La Serna avisaba a Rodil que Bolívar se aproximaba a Lima o a sus inmediaciones y que era «natural que uno de sus objetivos principales sea el ver cómo puede sobornar las tropas de la guarnición de esos castillos para apoderarse de ellos». En ese supuesto, La Serna ordenó a Rodil redoblar la vigilancia para evitar cualquier intriga y seducción y le autorizó a tomar las medidas más estrictas y a ejecutar los castigos que las circunstancias le obligaran para defender los castillos a toda costa, pues la situación se apretaba.

En la misma carta, La Serna informó a Rodil las noticias que se daban sobre las fuerzas que de Colombia le llegarían a Bolívar, así como de las procedentes de Panamá y Guayaquil, para que estuviera prevenido y preparado, y le ordenó informar de ello al comandante del *Asia* a fin de que éste hiciera lo posible para apresar los buques patriotas o echarlos a pique.

El cálculo de La Serna de que Bolívar enviaría una división cerca de Lima se verificó muy pronto, pues el 5 de noviembre ya Bolívar estaba en Chancay, a 12 leguas de Lima. Rodil lo observó de inmediato y comparó sus fuerzas y recursos con los de él, y como medida prudente resolvió «dejarle libre el campo y el pueblo de Lima, concentrándome con suma vigilancia en todas las direcciones a una legua de la plaza». Es decir, se replegó y con mucho acierto, pues Bolívar entró en Lima el día 6, a la 1 de la tarde, reconociendo la vanguardia de Rodil, pero sólo llegó a Tambo de Mirones, de donde regresó rápidamente sin dar batalla.

Esta fue la conducta mantenida entre los contendientes, al punto que el 17 de diciembre, Rodil afirmó:

[9] Archivo S., p. 112. Carta fechada en Chancay, 10 de noviembre de 1824.

> desde aquel día hasta hoy siempre se han visto las guerrillas sin tirotearse, huyendo las suyas en todas ocasiones que las nuestras se aproximaban a tiro; mas, como calculo que su plan es llamarme a un ataque desigual en población, procuro no aventurar nada sin tener una ventaja conocida, en razón de que la fuerza de mi cargo está engreída tanto por mar como por tierra, pues salí airoso hasta el día en cuanto he emprendido.

Es decir, Rodil contaba con la alta moral de sus hombres, pero también con la suficiente prudencia para no arriesgar sus fuerzas contra otras superiores, pues Bolívar tenía ya en Lima unos 2.500 hombres cuando él informaba al ministro de Guerra que sólo tenía 1.700.

Sin embargo, alguna acción debió de darse, pues el coronel graduado Francisco Vidal —que se había distinguido en las campañas de San Martín y a quien, no sabemos por qué, Bolívar no le concedió la promoción a coronel efectivo que solicitaba—, que estaba en la sierra al mando de las guerrillas, recibió orden del Libertador para levantar un división que debía destinarse a poner el último sitio al Callao, informaba que levantó el batallón número 4 con 200 plazas y un escuadrón de Dragones del Perú con 200 hombres, que se batieron innumerables veces con los realistas en el año 1824. Entre las actuaciones que aparecen en su hoja de servicios, se dice que Vidal entró en Lima el 3 de mayo de 1824 y sorprendió varias guardias realistas, llevándose los fusiles de ellas y dos patrullas armadas. Y en diciembre de 1824, ocupó la capital con sólo dos compañías hasta que llegó el ejército y juntos marcharon sobre El Callao, venciendo a los realistas el Miércoles de Ceniza, que se disolvieron en el punto de Miranave[10]. Claro es que este informe es posterior al del 17 de diciembre de Rodil y, por tanto, ya había ocurrido la batalla de Ayacucho que hubo de cambiar la actitud «pacífica» de Bolívar por una de «hostilidad», máxime cuando Rodil se negaba a entregar El Callao.

La confirmación de la derrota realista en Ayacucho

La plaza del Callao no sería sólo la fortaleza militar defensiva sino también el refugio de la población civil fiel al Rey. Entre éstos, como muy bien señala Basadre, había grupos de políticos y aristócratas que

[10] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, t. VI, vol. 8, pp. 224-230. También en carta de Vidal a Heres, Lima, 21 de marzo de 1825, y en Hoja de Servicios, 4 de septiembre de 1827.

mantuvieron los periódicos *El Triunfo del Callao, El Desaguadero* y *El Depositario* como órganos de expresión para sus artículos de propaganda y ataque, pues ellos eran la voz de la «nobleza colonial» que al comienzo respaldó la independencia, pero que luego «se alarmó y desconcertó cuando vio que llegaba produciendo trastornos políticos y militares», y por ello escribieron contra Bolívar y su régimen de «esclavitud, tiranía y despotismo»[11].

La noticia de la derrota de Ayacucho publicada en la *Gaceta de Lima* del 19 de diciembre de 1824 hubo de consternar a los sitiados en El Callao pero, hábilmente, Rodil desmintió la misma en *El Depositario del Callao,* número 120 de ese mismo día, diciendo que el parte oficial de la batalla no había llegado a Lima ya que su portador, el coronel Medina, ayudante del Libertador, fue «asesinado en Huando por los [realistas] rebeldes de aquel pueblo» y que aunque La Serna estuviera herido y prisionero, Canterac resistiría. No debió de serle difícil convencer a las gentes de que la derrota no fue definitiva, pues en España también se negaron a creerlo, según carta de Santander a Mariano Montilla del 19 de junio de 1825, quien además le informaba que Rusia no quería reconocer la independencia aunque Gran Bretaña sí.

Pero las dudas fueron despejadas en la *Gaceta Extraordinaria de Lima* el día 22 de diciembre, en la que, además, se señalaba las consecuencias de la derrota, pues el artículo 11 de la capitulación —que se incluía— decía que la plaza del Callao había de entregarse a los 20 días de firmado el acuerdo, es decir, a sólo siete días de la fecha. De todas maneras, Rodil, aun el día 25 desmintió la noticia en *El Depositario del Callao,* diciendo que también, según la capitulación, ya debían estar entregados los «archivos, almacenes, existencias y la tropa de la guarnición», y nada de esto había ocurrido, por lo que exhortó al pueblo a no hacer caso de los «papeles subversivos» y de las «voces incendiarias» de Bolívar —que «aspira con mentiras y falsedades a envolveros en la más espantosa anarquía [...] comprometer vuestra seguridad y quietud [... y] complacerse de vuestras miserias»— y a seguir los consejos de La Serna —prevenidos a él en su última carta— de no dar oído «a ninguna de las muchas patrañas y especies que esparcen los enemigos». Era, pues, la guerra de las ideas.

Con esto, Rodil intentó tranquilizar a los refugiados, pero reflejaba

[11] J. Basadre, *Historia del Perú,* pp. 75-77.

sus propias dudas sobre el alcance del suceso. No podía creer que la batalla hubiera sido definitiva y que se hubiera perdido con ella el ejército y el Perú. Además, sus dudas —segun decía— surgían del mismo parte de la capitulación, el cual las inspiraba porque se alteraban nombres, cuerpos, provincias interiores del virreinato, etcétera, y porque, además, conociendo la gran fuerza que La Serna concentró —aunque ignoraba las que Sucre pudo enfrentarle— no lo creía posible.

Pero las dudas se desvanecieron al amanecer del 26 de diciembre con la llegada del navío *Cambridge* de S. M. Británica a la bahía del Callao con la misión *repugnante,* dice Rodil, de conducir «los comisionados para efectuar la entrega de la plaza del Callao a los enemigos».

Consecuentemente, el comodoro inglés en el Pacífico, Tomás Jaime Maling, comunicó a Rodil que a los mutuos deseos de Bolívar y de los comisionados del Ejército realista, había accedido como neutral a convoyarlos al Callao para iniciar las conversaciones para el traspaso de la plaza, en cumplimiento de los términos de la capitulación estipulada por Canterac, las que podrían celebrarse en su navío.

Los comisionados realistas a bordo eran el teniente coronel Ramón Gascón y el coronel Dionisio Marcilla. El primero traía despachos para Rodil, de los que Maling pasó un índice —conteniendo el documento de capitulación original de Ayacucho, un oficio del general Canterac a Rodil, una carta de Canterac a Bolívar, otra carta de Camba al coronel Heres, y el pasaporte de Marcilla y Gascón— al tiempo que invitaba al jefe de la plaza a darle instrucciones sobre cómo proceder.

Maling esperaba que Rodil nombrara comisionados y los enviara al *Cambridge* o que permitiera desembarcar a los oficiales españoles acompañados del coronel Bernardo Monteagudo, comisionado por Bolívar. Pero el mismo día, Rodil envió al comodoro una carta con Bernardo Villazón, ayudante de su Estado Mayor, negándose a toda conversación y rechazando también la mediación de Maling, es más, le amenazó con dispararle si se acercaba a la plaza para otro propósito que no fuera asuntos del gobierno o para intervenir por súbditos ingleses y que aun para estos casos no debía traspasar las líneas de fuego de las baterías sin previo aviso y autorización. El comodoro comprendió que había herido la delicadeza de Rodil al prestarse a mediar, y por ello le pidió disculpas con el propio Villazón.

Ya en la plaza, Villazón informó a Rodil que en cuanto llegó al *Cambridge,* y antes de ver al comandante, encontró a los jefes españoles y al

comisionado por el Perú y que éste se adelantó a hablarle y le dijo que Gascón traía los oficios de Canterac con la orden de poner las fortalezas del Callao a disposición de la República a lo que él, Villazón, le contestó «que ni estaba autorizado para recibir los documentos ni menos para hablar de la entrega de la plaza». Después pudo conversar un momento a solas con los dos jefes españoles y aprovechó para preguntarles: «¿Qué negociaciones traían asociados con Monteagudo?», y Gascón le respondió: «el Ejército tronó» y Marcilla dijo: «que no sentía otra cosa sino haber entregado sus escuadrones sin dar una cuchillada».

No se podía dudar: el glorioso virreinato del Perú quedaba reducido al Callao y su contorno.

La urgente solicitud de recursos tras Ayacucho

Rodil llegó a sospechar que la cláusula de la capitulación que le obligaba a entregar la plaza el 29 de diciembre y la forma en que los comisionados españoles procedieron se había hecho premeditadamente y con la intención de que «yo no pudiera o no me resolviese a defenderla». Pero no sería así. Y los soldados y habitantes leales que «veían su sepultura abierta», en lugar de ponerse a llorar afrontaron con ánimo sereno la situación y discurrieron sobre cómo conservar la plaza con «una honrosa y larga defensa».

Inmediatamente, ya el 28 y 29 de diciembre, Rodil presentó su plan: para la defensa de la plaza destacó a la columna móvil, al abrigo de la plaza, para rechazar cualquier intento de asaltarla; como estímulo promovió a algunos de sus hombres por los méritos adquiridos y ofreció promociones por los futuros servicios; obligó a salir de la plaza, ya fueran de la guarnición o del pueblo, a todos los inconformes y proyectó comunicarse con Olañeta en el Alto Perú y con Quintanilla en Chiloé, que podrían reforzarlo y, por supuesto, con el comandante de Marina.

La primera gestión había de ser buscar al comandante de Marina para que permaneciera en Perú, pues la plaza, que estaba en «regular estado de defensa y con víveres para seis meses», tenía puestas sus esperanzas en ella. El mismo 28 de diciembre Rodil envió al comandante Bernedo, en la goleta *Serpiente de Mar,* con pretexto de corso, a buscar hasta África al capitán de navío Roque Guruceta. Rodil hubo de calcular el tiempo que podría mantenerse El Callao si lograba la colaboración de la escua-

dra de Guruceta, por lo que la nota que le envió con Bernedo le hacía sentir responsable de los acontecimientos futuros, pues le decía que en la escuadra de su mando y en El Callao, «se apoyan hoy el dominio del Rey en estas regiones y las esperanzas de la nación en conservarlo: que si nos unimos en los medios de contener los progresos del enemigo, todavía podemos reparar la desgracia sobrevenida en Ayacucho, aun cuando ella fuera como la han publicado ellos». Aquí Rodil vuelve a reflejar su duda de que la batalla fuera decisiva y final y la esperanza de poder alargar la resistencia si así lo hubiera sido. ¿Pudo tener presente la resistencia de Olañeta y de otros del ejército?

Firme en no capitular, Rodil pidió a Guruceta que se «acercase a este puerto sin demora», aprovechando que no había enemigos que se lo impidieran y le responsabilizaba por «las funestas resultas que puede originar la falta de cooperación».

También tuvo presente el contacto inmediato con Chiloé, pues pedía a Guruceta que enviara al archipiélago un buque para avisar del suceso y para hacer un posible plan conjunto, y añadía que estaba convencido de que «entre la Plaza, la Escuadra, Chiloé, el señor Olañeta y los pueblos, personas y recursos que podamos desviar de los enemigos y contraponerlos», podrían reunir los elementos de subsistencia y resistencia necesarios. Con esta exhortación y aviso, Rodil estimó que la escuadra llegaría en pocos días a las fortalezas y con ello «conservarlas», fueren cuales fueren los esfuerzos de los enemigos en contrario[12].

Rodil escribió también al jefe realista Ramírez que estaba en la costa y le invitó a unírsele o a mantenerse donde estuviera hasta que llegara la escuadra al Callao, todo con la certeza de que el Rey les socorrería con alguna expedición que saldría de la Península o que, por el contrario, ordenaría evacuar la plaza, por lo que resistiendo —juzgaba Rodil— «cubriremos perfectamente nuestro honor». Así, Rodil tomó los contactos más urgentes.

La escuadra nunca llegaría al Callao, pues Guruceta partió de Perú, como vimos, y Rodil, aunque abandonado, no desmayó en sus planes, sólo los modificó. Así, participó al Ministerio de Guerra su determinación de defender el Callao hasta que el Rey decidiera lo más conveniente. Y calculó poder resistir hasta el mes de marzo —por los víveres que tenía y la buena disposición de las gentes—, tiempo que juzgaba sufi-

[12] Oficios de Rodil a Guruceta y a Ramírez, 17 de diciembre de 1824.

ciente para recibir instrucciones del Rey. Este oficio que fechó el 8 de enero de 1825 lo entregó al contraalmirante de las fuerzas navales francesas en el Pacífico, con quien conversó sobre las decisiones tomadas en Europa y más especialmente en España en asuntos políticos; y «sus operaciones sobre dominios de América», buscando reforzar la conducta que había determinado mantener, pues Rodil quería ajustar sus planes a la política de la metrópoli y a la voluntad real.

El mismo día 8 de enero, Rodil escribió a Antonio de Quintanilla, gobernador de Chiloé. Tras el saludo y la recordación de que eran los dos centros que el Rey tenía en América, le decía:

> sepa V. S. que podré perecer pero no capitular con ignominia. V. S. y yo tenemos las llaves del mar Pacífico, y una base cada uno que puede servirnos de apoyo para mejorar de suerte y restituir estos dominios a nuestro soberano, cuyos auxilios poderosos nos están prometidos, y espero pronto, según noticias no vulgares que he tenido de Europa.

Por si esta esperanza fuera poca, Rodil se atrevió a asegurar a Quintanilla que con las provisiones de boca y guerra con que contaba, la fuerza que tenía a sus órdenes y la subordinación, moralidad y decisión de jefes y oficiales, tropa y súbditos, le permitían asegurarle «que no seremos vencidos si no fuéramos abandonados de la metrópoli». Es decir, estaba seguro de la valentía y decisión de las gentes fieles al Rey y de su compromiso para defender la plaza hasta con sus vidas; pero recelaba —según decía— cómo serían catalogados sus esfuerzos, pues

> la contienda no es de las regulares u ordinarias de nación a nación: es de disidentes contra leales: se presenta en un hemisferio, se ha de juzgar en otro, y no es para confiar a la imparcialidad de los espectadores la opinión o dictamen de unas operaciones donde se complican tanto los intereses públicos y particulares.

Juicio que no necesita explicación y que engrandece a su creador.

La moral del pueblo

Contra los intentos de Rodil de tranquilizar al pueblo, que ya vimos, vino la realidad: la llegada de los comisionados españoles al puerto el 26

de diciembre de 1824, para hacer el traspaso. Y aunque Rodil impidió su desembarco y rechazó su autoridad para asunto tan delicado, tuvo efecto. El navío *Cambridge* en sólo cuatro horas volvió a dar a la vela de la bahía del Callao, pero en este corto tiempo hizo mucho daño en el ánimo de las gentes, según valoró Rodil, no sólo por la noticia que dio sino por lo que tuvo de espectáculo el que las gentes vieran y reconocieran —como ocurrió— a los dos jefes españoles, prisioneros de los insurgentes. Este fue el síntoma de debilidad más grande y el que afectó «el espíritu público [que] empezó a extraviarse en giros diversos, obscuros, y acaso contrarios».

Dos meses más tarde, la fortuna proveyó a Rodil el medio de consolar al pueblo de 9.000 almas —doble del vecindario habitual por la numerosa inmigración allí concentrada—, con una noticia anunciadora de «un término venturoso a sus servicios y fatigas», como fue interpretada al menos. La reimpresión en *El Depositario* de la noticia de *La Gaceta de Lima* del 3 de marzo, decía que «las potencias de Europa han resuelto concluir con la revolución que aniquila América: ellas pueden y acaso se hallan en el mar Pacífico muchas o suficentes fuerzas destinadas al objeto». La noticia era de interés militar, político y económico, pues de ser cierta, se trataba del fin de la guerra en toda América, pues se organizaba un golpe, al mismo tiempo, en toda ella, con la intervención de la Santa Alianza, tan temida por los republicanos, para restablecer el régimen monárquico, a semejanza de España.

Ante la posibilidad del venturoso hecho, Rodil lo explicó al pueblo con una proclama donde decía:

> Nos encontramos al momento decisivo pronunciado por Europa, y mi único deseo, luego que llegue, está cifrado en la compensación general del mérito eminente de esta bizarra división, y respectivamente del vecindario, grabados en mi corazón de una manera que aclararán el tiempo y mis acciones mucho más que mis palabras. Bolívar no ha de triunfar de nosotros: pertenecemos a una Nación heroica que nos envía auxilios: y las Naciones son cosa muy distinta que los grupos de insurgentes seducidos o ilusos.

La extraordinaria expresión de Rodil no tiene nada desaprovechable, pues era una gran noticia: el ausentismo de la España en América iba a cambiar de signo. Pero este posible hecho, el fantasma de él, podía tam-

bién endurecer las hostilidades, pues los de Bolívar apresurarían la toma de la plaza, para arrancar de Perú esa base firme donde pudieran desembarcar los expedicionarios europeos. Ejemplos se tienen de lo que decimos: los republicanos, que ocupaban la boca del lago Maracaibo, forzaron la barra y entraron al lago ante la noticia, confirmada, de que Laborde había regresado a Costa Firme. Asimismo, el cerco a Puerto Cabello fue estrechado definitivamente por Páez, ante esta misma noticia. Consecuentemente, calculando Rodil una reacción semejante y hasta lógica, prometió premios a los defensores al tiempo que extremaba sus precauciones.

Como era de esperarse, la noticia de intervención europea alarmó a Bolívar, pues por Páez sabía ya que en Costa Firme había buques franceses. ¡Tenía que hacer algo! En principio tomó precauciones y ordenó a Santander destacar seis u ocho mil hombres en Cartagena y en Puerto Cabello y solicitar la ayuda de la Marina de Inglaterra y Estados Unidos, que ya habían reconocido la independencia de Colombia. Así, Bolívar, que poco antes había descartado la posibilidad de que la expedición europea[13] llegara a Perú una vez perdido éste, ahora, dos meses después, el plan europeo de «dar un golpe al mismo tiempo» en toda América le hizo cambiar su percepción sobre el asunto.

También él decidió aprovechar la noticia, ya que la sola publicación de la misma, favorecía su soñado proyecto de confederación de los independientes y le daba pie para insistir en una defensa común o —como lo expresó dos días antes de Ayacucho— en un «sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino». Deseaba así constituir las bases de la confederación de los nacientes Estados, por lo que se retiró del Callao —dejando a Bartolomé Salom en la línea sitiadora— para iniciar conversaciones y organizar una asamblea de plenipotenciarios e inclusive para buscar a Olañeta, de quien erróneamente creyó tener apoyo al efecto.

El anuncio de la confederación hecho por Bolívar hubo de consternar a los sitiadores, pues lejos de terminar la guerra por la intervención de la Santa Alianza, se recrudecería por la resistencia de las fuerzas republicanas también aliadas. Y Rodil sólo pudo aliviar el dolor que produjo la noticia de Bolívar y su acelerada marcha al efecto con las grandes celebraciones que organizó el 30 de mayo para festejar el cumpleaños del

[13] Archivo S., pp. 282-285. Bolívar a Santander, Lima, 12 de marzo de 1825.

Rey. En esta ocasión volvió a prometer al pueblo «una recompensa que sustente y condecore vuestros individuos y sucesores» y les aseguró que este tiempo estaba cerca como se podía intuir por los sucesos que se veían. Así aludía que «se había decretado el sosiego de los departamentos discordes» de Buenos Aires, lo que era un gran síntoma, pues las cosas estaban volviendo a su lugar ya que esta capital buscaba armonía con la monarquía. De este modo aprovechó el momento para anunciar que Buenos Aires buscaba amistad con España, lo que debía animar el espíritu de las gentes que esperaban el fin de las calamidades y el reconocimiento y premio a su fidelidad, pues como llegara la paz «ha de encontrarnos en la vanguardia [...] Nosotros vamos a ser en Perú el primer baluarte de un orden público».

Pero la crítica situación y las penurias del sitio tenían abatidos los ánimos de algunos, por lo que Rodil hubo de recordarles que, en su plan del 29 de diciembre, permitió salir de la plaza al que así lo eligiera por lo que «el asilo que tomáis en la [plaza] que defendemos fue voluntario y os fue concedido con los cargos severísimos que la ley marcial impone» y añadía que deseaba como gobernador «excusar penalidades a los súbditos» pero que en las circunstancias le era difícil lograrlo, por lo que les exhortaba a que se armaran de paciencia hasta que llegara la recompensa y los auxilios que el Rey mandaba. Hemos de tener presente que, en este mes de mayo, los que evacuaran la plaza voluntariamente eran rechazados, a la fuerza, por los republicanos, con lo que Rodil, por estrecha que fuera la situación, no podía hacer otra cosa que exhortarlos a que se quedaran.

El pueblo no defraudó a Rodil, según dice éste repetidamente en su *Memoria,* pues la defensa de la plaza «es debida a las virtudes y moralidad de su benemérita guarnición y leal vecindario» y a su paciencia y resignación, «recurso inexplicable de que yo he dispuesto con tesón y sin violencia». Sin embargo, al Gobierno de Madrid le prevenía, al solicitar auxilios: «donde falta el alimento no puede haber resignación y paciencia». Así, el valiente y bravo Rodil demostraba algún grado de sensibilidad ante las gentes hambrientas y algún grado de temor por los resultados de esta agonía, al tiempo que responsabilizaba al Gobierno por el porvenir si no socorría.

Pero no era tan sólo el hambre lo que el pueblo debía sufrir en mayo y junio de 1825, sino las balas y la invitación tentadora con que los sitiadores los provocaban a conspirar contra Rodil —de palabra, con pa-

peles incendiarios, con pinturas grabadas, con proclamas preservadas en botellas. Por tierra, especialmente en la noche, los sitiadores se aproximaban a las murallas y trincheras a gritar a la guarnición, con bocina y sin ella, lo que imaginaban apropiado para «inspirar melancolía, terror y desorden», pero la respuesta de los encerrados fue «silbar voluntariamente a los voceadores» que repetían como arenga: «Americanos, americanos: Amarrad a Rodil: esto lo podéis hacer en un corto momento porque no hay entre vosotros más de diez o doce españoles que no debéis temer: vuestros hermanos están al pie de las murallas, y a la menor señal nos tendréis dentro de la plaza». Entre los gritos no faltaron ¡Sabed lo de Ayacucho! y ¡Chiloé está capitulado!

Las gentes, además, tendrían otra tentación: la oferta de «mil pesos» al que cortara las guías a la boca de los hornillos, como también se quiso persuadir con amenazas de «cortar el agua y acaso inficcionarla» pero por si ocurría esta eventualidad, Rodil la analizaba químicamente desde dos meses antes de la amenaza. Esto no impidió que padecieran enfermedades de «escorbuto, vicho o disentería e hidropesía» por las condiciones malsanas de la plaza.

El 25 de julio Rodil volvió a dirigirse al pueblo con una proclama, esta vez para celebrar la entrada en la plaza del teniente español Nicolás Ponce de León, canjeado por el Gobierno de Chile, pues el hecho de que este jefe hubiera pedido tomar servicio en El Callao y que pudiera llegar era meritorio y de gran significado, pues como él ¿podrían llegar otros? Además, el recién llegado daba buenas noticias sobre la expedición europea que decía ser cierta así como daba otra asegurando que las guerrillas del interior resistían. Todo esto era extraordinario en una plaza aislada que agonizaba ya en esta fecha.

Bolívar y el sitio al Callao

La supuesta armonía de Bolívar y Rodil, desde que el Libertador se aproximó al Callao el 5 de noviembre de 1824, hubo de cambiar de signo tras Ayacucho, pues la negativa de Rodil a entregar la plaza obligó a Bolívar a declararlo fuera de la ley el 2 de enero de 1825 estableciendo, además, la pena de muerte a los que encontrara colaborando con él.

En estas circunstancias sólo podían esperarse hostilidades y el bloqueo por mar y tierra inmediato, como así fue.

Los continuos envíos de tropas para la gran campaña contra Bolívar dejaron a Rodil encerrado en El Callao y con sólo 1.700 hombres; la Marina era inexistente por haber partido a Chiloé con la Escuadra, y en cuanto a metálico, «el día 1 de enero [1825] amanecí —dice Rodil— con mil ochocientos setenta y cinco pesos en Tesorería», sin poder sacar arbitrios de nada y con la promesa de libranza de Arequipa —por 35.000 pesos— frustrada, tras los sorpresivos resultados de Ayacucho.

A la escasez de embarcaciones vino a sumarse el 7 de enero de 1825 la pérdida de cuatro lanchas del apostadero, tripuladas con algunos vecinos a espensas del Gobierno, que habían sido sacadas del puerto engañadas por el alférez Alonso de San Julián, oficial que las mandaba, y puestas a disposición de los enemigos, todo encubierto por el comodoro Isaac Hull a pesar de haberse declarado neutral, según él mismo decía. Pero la mayor parte de la gente regresó en canoas de pescadores, después de pasar hambre y sed por dos días en la estéril isla de San Lorenzo.

Rodil no se arredró y previendo el reforzamiento en el bloqueo marítimo, ya el 8 de enero —como vimos— despachó, en una frágil lancha, al teniente coronel Pascual Bernedo en busca de la Escuadra Real y con comunicaciones para Olañeta y Quintanilla con sus miras puestas en establecer un plan conjunto de las fuerzas de resistencia o al menos, comunicarse con los distintos y distantes núcleos realistas. Pero la mala fortuna hizo que después de once días de una peligrosa navegación, la lancha cayera en poder de la escuadra chilena, que precisamente se dirigía a reforzar el bloqueo al Callao.

Efectivamente, el vicealmirante Manuel Blanco Encalada llegó al Callao el 10 de enero de 1825 con la fragata *O'Higgins,* antes *María Isabel.*

Así, con la ayuda de Chile, quedó establecido el bloqueo por mar, pues hubo de dirigirlo el vicealmirante hasta que Guisse regresara de Guayaquil. En el bloqueo estaban, además, los navíos *Pichincha* y *Chimbarazo,* de Colombia; *Montezuma, Prueba, Limeña, Macedonia* y *Congreso,* del Perú, y tres lanchas cañoneras, en total 171 cañones y 914 hombres de tripulación, más que suficientes para enfrentar las escuálidas fuerzas sutiles de Rodil.

La relación de Blanco con Rodil fue frecuente y respetuosa. El 29 de enero de 1825, el vicealmirante de Chile se comunicó con la plaza para pedir canje de prisioneros chilenos, así como también se ofreció a recibir en su buque a los civiles que quisieran salir de la plaza. Ambas cosas fue-

ron aceptadas por Rodil, que también permitió los continuos avisos y encargos a particulares que el comandante pasaba.

El bloqueo por tierra dirigía sus esfuerzos a hostilizar las partidas que salían de la plaza del Callao. Los encuentros con las tropas sitiadoras fueron diarios y frecuentes, dice Rodil, pues las partidas que salían del castillo, bien para pastar sus caballos en las sabanas vecinas por la izquierda de la línea sitiadora y bajo el fuego de sus baterías, o bien para otros menesteres del servicio, eran hostilizadas. Las partidas realistas aún presentaron ofensiva. Así, el 16 de febrero de 1825, en las vecinas charcas de Barbosa y Villegas, una columna realista que había salido como de costumbre a las siete y media de la mañana, fue sorprendida por los patriotas que estaban apostados. La resistencia de esta columna fue firme a pesar de que las fuerzas de los patriotas eran superiores. La acción finalizó con la retirada de los realistas al castillo, protegidos por la caballería de la plaza que acudió en su auxilio. De este modo la columna móvil fue batida y hubo de replegarse a las inmediaciones de la plaza porque, además, desde la «pampa o éjido» los independientes comenzaron a disparar con tres piezas de campaña e impidieron la salida del ganado al pasto hasta que Rodil, resistiendo el fuego de sus cañones, logró inutilizárselos.

Dos días más tarde, el 18 de febrero, comenzaron a arribar al Callao las tropas colombianas con las que llegó el general Antonio Valero, al que nombró Bolívar jefe del Estado Mayor y quien gozó de fuerte arraigo tanto en las tropas peruanas como en las colombianas por su demostraciones de valor, como señala Mariano Abril.

Poco después, los independientes montaron baterías de grueso calibre y dos morteros en el pueblo de Bellavista, inmediato a la plaza, donde quedó establecido el cuartel general. En la hoja de servicios del jefe republicano Vidal consta que éste estrechó el sitio en marzo de 1825 pero que el 28 del mismo mes «se le quitó el mando de él por disposición de S. E. el Libertador». No sabemos qué ocurrió exactamente pero sí que Bolívar lo alejó del combate, pues consta también que en abril lo destinó a las órdenes de Sucre, pero en aquel ejército no se le ocupó en nada y volvió a Lima en octubre de 1825. Ya en esta ciudad quedó desocupado, porque Bolívar le libró despacho de inválido datado en La Paz a 11 de septiembre de 1825. En julio de 1826 tuvo que salir prófugo de Lima a Chile porque Bolívar le declaró «la enemiga». Pero el 5 de mayo de 1827 volvió a esta ciudad y el 17 el Supremo Gobierno lo nombró comandante militar de la plaza del Callao.

Hemos hecho este recuento para dejar planteadas las diferencias que existían entre los jefes sitiadores, aunque fueron superadas o al menos no paralizaron la marcha de las hotilidades, pues el 2 de abril, desde el cuartel de Bellavista, a las seis de la mañana, comenzaron a disparar fuegos combinados, teniendo la plaza a su alcance por cualquier punto. Para defenderse, Rodil dispuso su artillería de tal forma y contraatacó tan vigorosamente que inutilizó varios cañones enemigos. El éxito logrado animó a los jefes, quienes le propusieron, entusiasmados, tomar Lima. Pero la cautela de Rodil no lo permitió, pues hubiera podido ser su fin ya que los independientes habrían impedido su regreso a la plaza y con ello hubiera quedado aún más debilitada la defensa interior. Así, aunque el jefe del Callao no se limitó a esperar ataques sino que contraatacó, también supo calcular riesgos.

Los refuerzos patriotas y el asedio

Los refuerzos pedidos u ordenados por Bolívar comenzaron a llegar. El comandante del Istmo envió artillería y otros elementos para formalizar el sitio[14]. Desde Guayaquil, Juan Paz del Castillo envió pólvora y tropa de artillería[15]. De Valdivia trasladaron 6 cañones que estuvieron instalados completamente el 20 de abril de 1825. Desde Pisco llegó la primera compañía del Escuadrón de Dragones del Perú. Los independientes colaboraron juntos en el objetivo de tomar Perú.

La ayuda extranjera, especialmente del arma de artillería, no fue escasa. Para ilustrar el punto sirva el informe de Salom que decía disponía de 180 hombres de artillería, de los cuales 42 eran extranjeros, y que en total eran suficientes para operar tres veces las fuerzas que tenía, por lo que ya el 5 de abril había consultado el ministro de Guerra, Manuel Salazar, si aceptaba a los muchos extranjeros que estaban dispuestos a engancharse[16]. Pero el ministro ordenó ocupar las posiciones vacantes «con las dos compañías de Artillería [...] de Ayacucho» y éstas, con 239 hom-

[14] Carta de J. M. Camino al ministro de Guerra y Marina, Panamá, 16 de marzo de 1825 en *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo VI, vol. 8, pp. 221-222.

[15] Carta de J. P. del Castillo al ministro de Guerra y Marina, 30 de marzo de 1825, en *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo VI, vol. 8, p. 244.

[16] Salom al ministro de Guerra y Marina, Bellavista, 8 de abril de 1825, en *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo VI, vol. 8, p. 247.

bres a las órdenes de Manuel Fuertes, se presentaron el 6 de mayo a Salom que las destinó a reforzar el sitio del Callao.

Pero la colaboración de los hacendados no fue la mejor. Así, para continuar las obras en el cuartel de Bellavista, Salom pidió el 20 de mayo de 1825 al ministro de Guerra, Manuel Salazar, 150 negros, por 8 ó 10 días. Ni éstos ni los 400 que pidió después fueron remitidos por los hacendados de los valles, por lo que Salazar los obligó a cubrir el cupo con esclavos[17]. Tampoco colaboraron los hacendados y carreteros que tenían bestias de carga, pues no le proporcionaron diez yuntas de bueyes que necesitaba permanentemente en el sitio para transportar los artículos de guerra. Salom se quejó por ello al ministro de Guerra y éste averiguó que los hacendados tenedores de bueyes no tenían esa cantidad y que los 5 carreteros que había los necesitaban. A insistencia de Salom, Salazar decretó

> que cada valle [había cinco] sea obligado a poner por semana en el campamento las diez yuntas que se necesitan sin poderlas sustraer sin el reemplazo por el valle subsecuente: de suerte, que excluido el valle de Magdalena, y reunidos los de la Piedra-Lisa, y Bocanegra, como se ha dicho, deben contribuir en siete semanas el contingente de bueyes otros tantos valles que quedan y para la octava y novena semana serán obligados los carreteros, calculados por el monto de dos valles.

Del rol fue encargado Pacual Vivanco, intendente de Lima[18].

El «vestuario completo de paño» nunca le faltó a la tropa, aunque los oficiales no gozaron de ese privilegio y tampoco los de marina, para quienes Salom lo solicitó así como para la dotación de Chorrillos, que tampoco lo tenía. El Gobierno republicano del Perú no escatimó gastos especialmente si se trataba de la tropa peruana, a la que deseaba tener ocupada. Para la comunicación en Bocanegra tenía un telégrafo, pero Salom nunca lo instaló porque los enlaces estaban expeditos.

Pero la salida de Lima de Bolívar dificultó la toma de decisiones firmes del jefe sitiador, pues las órdenes del ministro de Guerra no estaban en armonía con las instrucciones que aquél le había dejado. Uno de los puntos en discrepancia era la integración de los cuerpos, pues Bolívar or-

[17] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo VI, vol. 8, p. 268.

[18] Salom al ministro de Guerra y Marina, Lima, 20 de mayo de 1825 y carta de Manuel Salazar del 21 del mismo mes y año, en *Col. Doc. del Perú, op. cit.*

denó estuvieran compuestos por mitad y mitad de colombianos y peruanos, y el ministro ordenaba hacerlo con más de los segundos. El asunto fue nuevamente considerado y el Gobierno de Perú pidió a Bolívar, por los gastos excesivos en sueldos a la tropa, que ordenara la partida en noviembre o diciembre de por los menos 1.000 hombres de Lima y cubriera este cupo con peruanos.

Además, Bolívar había ordenado componer un batallón de zapadores con 500 negros a las órdenes del comandante Mallor Puller para la construcción de trincheras, y el Gobierno estimó que la tropa ociosa podía hacerlas, justificando esta orden por las numerosas deserciones de los negros ahí destinados, pues Cayetano Freyre había remitido 800 negros que se redujeron a 400 por deserciones, enfermedades y muerte y a la fecha sólo quedaban 30, por lo que no era rentable.

Las órdenes dadas por Bolívar a Juan Illingrot —según consta en la carta de éste al Ministerio de Guerra y Marina del 7 de junio de 1825— para comprar cuatro goletas, también fueron rechazadas por el Consejo de Gobierno. Así, las discrepancias continuaron por un tiempo, pues Salazar poco después consideró suficientes los elementos de guerra reunidos en la línea sitiadora, rechazando todo otro gasto. Las arcas del Gobierno no podían sufragar los «abusivos» gastos de guerra, como, por ejemplo, el traslado de los cañones de Pisco a Chorrillo, por cuya razón el comandante de la fragata inglesa *Tomas Nolen* exigía que le pagaran mil pesos de flete, y 50 pesos por cada día de tardanza en montarlos. La usura parecía estar presente en las facturaciones, incluso, de los gastos necesarios, por lo que se hubieron de prohibir los que no lo fueran, ya que la guerra ofrecía a algunos la oportunidad para prestar servicios no comunes.

El Gobierno no podía atender a todo, por lo que la municipalidad de Lima y la Iglesia también fueron forzadas a contribuir con elementos para la tropa o el cerco. Así, el municipio debió reponer provisiones de manteca, vela, leña y sal para la división sitiadora y para los enfermos del hospital, que bien pudieron ser algunos de los pasados del Callao con enfermedades serias y contagiosas, hasta que la Junta de Sanidad ordenó detener a los afectados por el tiempo necesario en extramuros de la ciudad —en el cuartel de Barbones o Casa de Pobres del Cercado. La Iglesia debía entregar las campanas para usar su cobre y bronce para ciertas obras de artillería. Sólo las campanas grandes se salvaron porque los párrocos no tenían prácticos que las desmontaran.

Con todos estos refuerzos y con la división colombiana y otros cuerpos peruanos, vencedores de Ayacucho, Salom formó la línea de circunvalación —sin parapetos— y la estrechó más rigurosamente, de modo que los sitiados no podían recibir auxilios, ni por mar ni por tierra. Esto no debió de comprometer aún a Rodil, pues dijo que los dos primeros meses del mando de Salom éste se ocupó «en adelantar su primera y segunda paralela sobre la capital de baluarte de San José», posición que no temió porque midió todas sus proporciones y creyó alcanzarlas y resistirlas.

Para contrarrestar las fuerzas patriotas, Rodil construyó «quince hornillos con sus salchichas y guías, colocando en cada uno un quintal de pólvora» para que cada explosión facilitara el desalojo de «los sitiadores del glacis con el posible estrago, cuando se decidan a un asalto». También obstaculizó varias entradas a la fortaleza «con caballos de frisa y mantas a su pie», puso los blindajes que pudo con la madera que disponía para colocar la tropa al abrigo de las balas y bombas, y rehízo varias veces los parapetos, baterías, puentes y rastrillos del fuerte de San Miguel, a prueba de cañón de a 24, por ser éste el punto más atacado por los patriotas. Igualmente reforzó la batería de Moyano con la protección del arsenal mediante nueve cañones del calibre de 12 y 24, parapetándolo y aspillerándolo en términos de poder resistir todo ataque brusco por mar o tierra.

Además, hizo construir 50 explanadas para montero, obuses y cañones, fabricó hornos y máquinas para la fundición de metralla e hizo aumentar cuarteles en el terraplén de la muralla, a prueba de cañón de a 24, para alojar a «más de seiscientos hombres y tenerlos descansados y prontos a rechazar cualquier golpe de mano». Parece imposible que todas estas obras pudieran ser realizadas en tan corto tiempo y con los escasos recursos que podría tener la plaza, aislada por meses, por lo que hacen valorar sobremanera la actividad desplegada por los encastillados, que al menos repararon los daños más comprometedores que ocasionaron las 137.720 balas y 76 bombas que impactaron sus muros.

Las evacuaciones de mayo de 1825

A sólo tres días de la confirmación de la derrota realista de Ayacucho, Rodil abrió las puertas del Callao para que salieran todos los que lo desearan. Así quedó sellado que el asilo había sido elegido.

Los voluntarios fueron tantos que Rodil, previendo que no podría alimentarlos por mucho tiempo y que a la tropa no podía faltarle su ración, ordenó salir de la plaza a todo individuo que se hubiera refugiado en ella sin tener consigo víveres para más de seis meses, pues no contaba con suficientes reservas en los almacenes. Así redujo el número de civiles que entraban en la plaza sólo por miedo a los desórdenes de la ciudad y aseguró la ración del soldado, que bajo ninguna circunstancia podría proveérsele fuera de la plaza una vez cerrado el cerco. Aun con estas medidas el número de refugiados pertenecientes a las distintas clases sociales fue considerable.

Pero Rodil, que no pudo perder de vista que la recuperación del Real Felipe se debió a una sublevación de la tropa que lo defendía, por las malas condiciones del lugar, debía evitar un acontecimiento semejante. Así, cuando los alimentos comenzaron a escasear sin tener de dónde allegarlos, ordenó en primer lugar hacer salir de la plaza a «los mendigos y los que no pudiesen subsistir con sus provisiones e industria». El plan fue realizado con todo orden y normalidad y los afectados fueron aceptados en las filas patriotas, lo que estimuló el ánimo de algunos otros que también salieron. Así, en los cuatro primeros meses Rodil descargó de la plaza, paulatinamente, unas 2.389 personas inútiles, con lo que el temor de que la tropa pudiera ser seducida dada la corta ración que recibía se aminoró.

Sin embargo, los interesados siguientes correrían otra suerte. Así, la «décima cuarta emigración» fue rechazada por los patriotas «con esfuerzo inhumano», es decir, por las armas, y tampoco les fue permitido el regreso al Callao, quedando entre dos topes de presa: sitiadores y sitiados y a merced del fuego de metralla de ambos. Triste final para una población agonizante de debilidad.

Ciertamente, durante las primeras semanas los expulsados fueron recibidos por los patriotas con familiaridad y aun con gusto, pero luego comprendieron que con esta medida Rodil ahorraba recursos y podría resistir por más tiempo, por lo que los jefes patriotas resolvieron «no admitirlos». Así, ante el caso insólito de veinte mujeres que salieron del Callao, Salom consultó una semana después si admitiría o repelería por la fuerza a los expulsados del castillo porque había veinte mujeres —cuyos nombres mandó en una lista fechada el 5 de mayo[19].

[19] *Col. Doc. del Perú, op. cit.*, tomo VI, vol. 8, p. 267.

La respuesta fue que «las rechazara con bala», dice Rodil, quien ordenó a su vez hacer fuego sobre ellas a la bayoneta. Así, Rodil las expulsaba, los patriotas las rechazaban y ambos beligerantes abocaban a las gentes, que no eran más que «espectros hambrientos, apestados de escorbuto», a una muerte asegura.

El general Figueredo, en su *Diario de Operaciones,* narra el hecho y dice que el día 2 de mayo en la noche salió del Callao «un crecido número de mujeres [...] el 3 [Salom] no quiso admitirlas en el cuartel general y Valero le cuestionó el rechazo de las damas; éste las acogió en sus líneas e incluso las envió a Lima contraviniendo la orden de Salom».

Este acto fue aplaudido por el propio general Figueredo, pero Heres acusó a Valero de insubordinación y recomendó a Bolívar que lo retirara del sitio porque continuamente discrepaban los jefes.

Aún el 8 de mayo huyeron de la plaza 70 u 80 personas entre hombres, mujeres y niños, sobres quienes Rodil ordenó romper vivísimo fuego «tan luego como salieron fuera del pueblo».

Entre estas gentes estaba el «cómico Rodríguez», a quien Salom envió al ministro de Guerra para que le informara de lo que estaba pasando en la plaza. También salieron parientes de los mismos patriotas que estaban sirviendo en la línea, «que merecían alguna consideración», como alegaban los que defendían que se aceptaran en la República los que salían de la plaza. Cuatro días más tarde se hizo otra lista de hombres y mujeres evacuados, que fueron enviados a las carceletas por orden de Salom. Del total de 80, eran 18 hombres y 62 mujeres. De los hombres, 14 eran de Lima, 1 de Chancay, 1 de Piura, 1 de Bellavista y 1 de Buenos Aires.

El 28 de mayo se pasaron a los patriotas 16 hombres y 64 mujeres. Entre los hombres, 4 eran mayores de 70 años e inútiles. Las mujeres, 3 salieron con 5 hijos cada una; 2 con 4; 9 con 2, y 3 con 3. De las listas sumaban las 2.389 personas que dijimos al principio.

Cuando el hambre comenzó a hacer estragos, también los presos salieron del Callao, tanto hombres como mujeres. Aún el 1 de junio salieron 89 personas, y el 15 del mismo mes 79, a las que hay que añadir las que evacuaron la plaza por mar. Este cuadro es más que suficiente para entender en qué condiciones estaba el lugar cuando las gentes tomaron la decisión de abandonarlo, pues era equivalente a aceptar la muerte también, y lo sabían.

Salom intima a la rendición

A Rodil le satisfizo la invitación a rendirse que Salom le presentó el 15 de julio de 1825, pues significaba que Bolívar le reconocía a él, por fin, como la autoridad realista defensora del Real Felipe. Rodil dice que sintió gozo porque quien «con mucho orgullo y sin ninguna razón puso a la guarnición del Callao fuera del beneficio de las leyes de la guerra, o del actual derecho de gentes» le invitaba a rendirse con la publicación de un edicto, después de «siete meses» sin lograr su presa.

Pero también para Salom fue satisfactorio invitar a Rodil a poner fin a los sufrimientos de sitiados y sitiadores «para concluir la lucha que por tantos años ha afligido a unos pueblos de un mismo origen, pero distintos intereses». Por los términos en que se expresó, Salom demostró tener presente las dificultades, que dos meses atrás, había tenido para ejecutar la orden de disparar contra los que evacuaban la plaza del Callao, precisamente por ser, algunos de los que salían, hermanos de sangre de los sitiadores. Consecuentemente invitaba a Rodil a terminar por humanidad con los sufrimientos, «porque habiendo ya [usted] cumplido completamente con los deberes de un militar bizarro, esas tropas y vecindario son dignos de mejor suerte y de disfrutar tranquilos las dulzuras que nos ofrece la paz que rodea a este país».

Era éste un buen momento para intimar a Rodil, pues se había visto salir de la plaza espectros humanos, por el hambre y enfermedades. Pero Salom, por si Rodil persistía en resistir —como lo suponía— a pesar de haberle garantizado lo que pidiera, aludía también a la gran fuerza que tenía concentrada: «a este Ejército todo le sobra para llevar adelante el sitio, aunque fuese de tanta duración como el de Troya». Terminó pidiendo a Rodil que nombrara dos comisionados que estudiaran las proposiciones más convenientes para «una capitulación militar honorífica».

Rodil meditó la respuesta y dos días después envió a Bernardo Villazón a reunirse con el teniente coronel enemigo, Vicente Tur, quien —antes de saber la respuesta de Rodil a la primera propuesta— le presentó una segunda que incluía «transacción o armisticio» en la que Rodil vio nuevamente la mano de Bolívar, porque «nadie dudará —decía— que ninguno de cuantos le obedecen osaría proponer un armisticio ni variar lo más trivial de sus disposiciones, sin expresa orden suya». Efectivamente, la mano de Bolívar hubo de estar presente en la petición de armisticio, cuando los elementos de guerra acumulados eran más que suficien-

tes, pues Bolívar justificaba la presencia española en América como menos peligrosa que la de los extranjeros, especialmente ingleses, y no mostraba prisa por liquidar los núcleos de resistencia en forma definitiva porque con ello se abría la puerta a cualquier potencia usurpadora, mientras los nacientes Estados no estuvieran firmemente consolidados. Pero Rodil rechazó tanto la capitulación como el armisticio propuesto por los independientes.

La relación de Rodil con Blanco Encalada había sido armoniosa. Inclusive el comandante se hizo de la vista larga —como dijo en una ocasión— con pescadores de la plaza que se alejaron un poco más. También arregló que doña Carmen Sanz, con sus dos hijas, y los dos hijos del señor Osma, pasaran a bordo. Y aun el 16 de julio Blanco Encalada comunicaba a Rodil

> estoy pronto a recibir a mi bordo a cualquiera señora, a quienes queriendo V. hacer salir de la población sin los peligros y sufrimientos que experimentan los que lo verifican por tierra, quiera V. remitirme para desembarcar en Bocanegra.

Dos días más tarde Rodil le envió «una pacotilla de señoras entre las que van algunas de las pedidas por V. y otras que quisieron acompañarlas a causa de la consideración de V.».

Consecuentemente, el tercer aviso a Rodil para que entregara el Real Felipe fue presentado por mediación de Blanco Encalada el 27 de julio, quien con reflexiones deseaba ser un instrumento de paz y le exhortaba a rendirse diciéndole que en el siglo XIX no se le reconocería valor al sacrificio que estaba haciendo como se reconocía en su tiempo a Cartago y Esparta porque eran otros tiempos y en éstos sólo contaba la humanidad con los vecinos y la benemérita guarnición. En su deseo de convencer a Rodil, le recordó que estaba totalmente aislado, pues

> han desaparecido las reliquias del poder español en el Alto y Bajo Perú, se ha sublevado la escuadra que partió de Manila, se ha reconocido por la Inglaterra la independencia de las principales repúblicas de este continente, se han estrechado sus relaciones recíprocas, se ha entregado por el general Espartero la correspondencia del ministro español, descubriendo su nulidad política y militar, y hasta el envío de dos tristes fragatas de guerra, anunciadas para el Pacífico, se ha frustrado.

Para que diera fe a sus palabras, Blanco invitó a Rodil a que enviara a Villazón a entrevistarse con el almirante Rosamel —que estaba en el puerto— para que éste confirmara lo que él le decía y las últimas noticias sobre la situación de Europa y España y las buenas relaciones de ellas con los nuevos Estados.

El mensaje fue amistoso y convincente, pero Blanco no sería más afortunado que Bolívar y Salom, pues al día siguiente Rodil fue refutando una a una sus reflexiones. En primer lugar, dijo seguir los principios de

> Mr. Vauban, del mayor de Ingenieros del Rey de Prusia, Bausmard, y del moderno filósofo Carnot, por los cuales he medido mis deberes actuales para con razón o fundamento ser juzgado ante los militares versados en el ataque y defensa de las plazas.

y no en el estilo de resistencia de Cartago, Troya y Esparta sino al estilo de «las heroicas defensas de Santoña, San Sebastián de Vizcaya y Pamplona, verificadas por los franceses en iguales o peores circunstancias». Sus gobernadores —decía Rodil— son «mis modelos». También refutó a Blanco su opinión sobre los acontecimientos europeos porque no le afectaban —decía—; «no dependo de ellos, ni debo seguirlos» y si el almirante Rosamel desea visitarnos, puede hacerlo en el propio castillo. Con esto la negativa a rendirse fue firme.

El mismo día 27 de julio llegaron dos fragatas de guerra inglesas al bloqueo marítimo, la *Briton* y *Tartar*. El comandante de la primera, sir Murray Maxwell, en un bote, dirigió a Rodil unas comunicaciones con una reclamación muy trivial que hacía el comodoro Tomás Maling, capitán del navío *Cambridge,* que Rodil contestó de inmediato. El capitán de la *Tartar,* Sr. Thomas Brown, con quien Rodil había tenido trato armónico, le dirigió también una nota expresando su deseo de despedirse de él antes de partir para Inglaterra, por lo que aceptó recibir a Brown y al comandante de la *Briton,* personalmente, como se le solicitó, pues había mantenido siempre buenas relaciones con los hombres de marina y ahora, cuando más ventajas podría obtener, no iba a desaprovecharlas. En la entrevista ambos caballeros se le ofrecieron como mediadores de una «transacción honrosa», hecho que Rodil agradeció pero, por el momento, sólo pidió a los huéspedes que llevaran al Ministerio de Guerra el oficio que les entregó y donde daba cuenta de su existencia y de su objetivo: «el pabellón español tremolará en estos baluartes todo el tiem-

po que se ha calculado conveniente» o hasta que «los enemigos pudieren sepultarnos entre ruinas y escombros».

Los últimos sufrimientos

La estéril espera de recursos de España o de la Europa o de la Santa Alianza pareció llegar a su fin cuando ocho buques patriotas se dieron a la vela el 21 de agosto, pues este movimiento hizo creer a Rodil que la acción era «para robustecer el ejército sitiador, o reforzar otro punto» y luego atacar la plaza. Es decir, creyó que se preparaban para el último asedio. Por ello reflexionó «cómo hacer más llevadero el destino y conducirlo con honor hasta el término feliz».

Así, calculó que las acciones artilleras del enemigo serían devastadoras y liquidadoras e inició su último plan: el 15 y 16 de septiembre expidió una orden concediendo mejor ración y sueldo a la guarnición, para disminuir «algo la miseria». Y efectivo desde octubre, autorizó «dos tercios de paga» a los oficiales; a los sargentos les aumentó «medio real» y el batallón de obreros —que antes no recibía jornal— cobraría el día que trabajara. Estas medidas contribuyeron al «alivio [...] en el desenlace». Este era un nuevo método de estímulo, no una improvisación, pues ya Rodil había dispuesto, tiempo atras, vender los víveres que no podía conservar para adquirir dinero, pues de los arbitrios y contribuciones poco podría obtener y las promesas de libranzas de Arequipa por 35.000 pesos nunca se hicieron realidad.

Las operaciones «de tres meses veinte y tres días» que se sucedieron fueron devorados por «la rapidez y disminución diaria de los elementos de primera necesidad y la decadencia física y moral» de las gentes, pero Rodil se mantuvo firme en resistir el mayor tiempo posible por si los auxilios de España o las instrucciones del Rey sobre qué hacer con la plaza llegaban. Así, el 30 de septiembre Rodil escribió en su *Memoria:* «Hoy se ha cumplido mi primer cálculo y mi primer deseo dirigidos al Rey Nuestro Señor en 8 de enero» de sostener las fortalezas hasta que llegaran los auxilios pedidos. Según los cálculos de Rodil, en Madrid se tardarían 112 días en conocer la derrota de Ayacucho, y 60 en analizar la resolución a tomar sobre la plaza del Callao. Este plazo ya en mayo estaba cumplido por lo que en septiembre, Rodil pudo decir que había defendido la plaza por más tiempo que el razonable.

Por otro lado, en la plaza cada día ocurría alguna novedad alarmante y si no lo era, así la percibían los desesperanzados sufrientes. El 2 de octubre salió una lancha de la plaza para entregar una carta de Torre-Tagle a Blanco Encalada en la que le pedía garantía de asilo para trasladarse a Chile. El comandante aceptó servir a Torre-Tagle, pues el 2 de octubre de 1825 salió del Callao en un bote hacia el buque de Blanco Encalada, pero fue apresado por los vigilantes patriotas que hacían la ronda cuando estaba aún a gran distancia de la escuadra chilena y trasladado al cuartel de Bellavista hasta que se le celebró el juicio, que le declaró culpable y le sentenció a muerte. Igual suerte correrían también el 11 de abril de 1826 Berindoaga y Terón.

El 11 de octubre Blanco Encalada se comunicó con Rodil por última vez para despedirse, pues aunque ya no dirigía el bloqueo hacía «mes y medio», siguió colaborando con la población civil que puso broche de oro al solicitar a Rodil que remitiera a bordo al conde de Lurigancho y su hijo y a la mujer de Murphy para conducirlos a Chile, a donde regresaba para la campaña contra Chiloé. Rodil se lo concedió.

En la nota de despedida que Blanco Encalada envió a Rodil le recordaba la «buena armonía que ha reinado entre ambos» y le ofrecía su amistad y su casa en Chile, cuando todo hubiera terminado en El Callao. Este gesto que trascendía lo cortés y que hace pensar que Rodil no podía ser tan cruel, como algunos lo han hecho aparecer, era, además, «generoso» y elegante por parte de Blanco Encalada, que lejos de guardar rencor a su adversario político, le invitaba a recuperar el trato de hermanos una vez terminada la contienda. ¡Ojalá que los políticos españoles de esa época y Fernando VII hubieran entendido el mensaje de Blanco y obrado consecuentemente con él!, pues hubieran evitado —amén de la ruina de España— su desarraigo de América y su lamentable ausencia, como dijimos en la introducción. Pero sobre todo hubieran contribuido a unir a los hermanos de origen que en tantos casos lo eran también de sangre.

En la plaza, la retirada del bloqueo de la escuadra chilena en octubre esperanzó a los sitiados, pero no a Rodil, pues supuso que este repliegue de Blanco Encalada era para empezar la «campaña contra Chiloé en la estación próxima del verano». Además, al partir los buques, los patriotas avivaron el fuego por tierra contra la plaza, hecho que Rodil explicó a los atónitos sitiados, como la reacción de Salom contra Blanco Encalada, de quien era adversario declarado, así como Bolívar lo era del Gobierno de Chile.

Otro hecho desmoralizante fue la «ingrata fuga del llamado conde San Donás, Berindoaga», quien sucumbió a la seducción que le insinuaron desde las trincheras enemigas. En la proclama en la que Rodil explicó el hecho, lo disimuló diciendo que los insurgentes trataron cruelmente a Berindoaga y que no le dieron hospitalidad y que le hicieron una triste escena. Así desalentaba también otras posibles deserciones. Lo primero quedó confirmado por el propio Bolívar, quien en carta a Santander del 23 de abril de 1826, le dijo que Berindoaga fue ejecutado en Lima como acto «de rigurosa justicia» y añadió: «el pueblo lo ha visto con agrado»[20].

A esto sucedió la repentina salida de la fragata francesa de guerra *María Teresa* de la ensenada de Chorrillos sin haber entrado en el puerto del Callao, como se suponía, lo que desanimó a los sitiados, pues significaba que la escuadra bloqueadora se lo había impedido. Este hecho hizo desmayar el ánimo de casi todos y hasta el de las Compañías de Cazadores —cuerpo que mereció siempre la confianza de Rodil y a quienes había dado premios generales como estímulo—, que conspiraron contra Rodil, quien al descubrirlos guarneció la línea exterior y castigó a los responsables como escarmiento, tras juzgar el Consejo de Guerra a los «sargentos y cabos y los doce secundarios menos criminales fueron aplicados a presidio, en todos 22: las compañías quedaron disueltas en el acto» y los individuos de tropa sirvieron como fusileros. Así, el debilitamiento de la tropa se agudizó alarmantemente y el 10 de noviembre Rodil hubo de replegar las tropas del castillo San Rafael al Real Felipe para robustecer la defensa de éste.

Mientras, los sitiadores terminaron «la tercera paralela con una batería en el mismo Camino Real de Lima, donde adelantaron dos cañones de a 8 y de a 12, asestando uno a la barbeta hacia San Miguel, y otro en cañonera a la puerta de Lima». Sin embargo, Rodil opinó que aunque los preparativos fueron buenos, los fuegos no, por lo que hubieron de recurrir nuevamente a la tácita de seducción con megáfono.

Ciertamente, Bolívar nunca descartó esta práctica. Así, decía a Santander: «Rodil es un demonio. Pienso emplear la seducción para que se cumpla la capitulación»[21]. Efectivamente, la guerra psicológica daba fru-

[20] Véase *Arch. S.*, vol. XIV, p. 286.

[21] *Arch. S.*, vol. XIII, pp. 327-328. Carta de Bolívar a Santander, Lima, 20 de diciembre de 1825.

tos, pues a mediados de diciembre el capitán de artillería Rafael Montero encabezó una conspiración. Enterado Rodil, el 3 de enero de 1826 hizo fusilar al responsable, apresó, además, a tres capitanes, uno hermano de Montero. Pero no terminó con la conspiración porque estaba ramificada y el capitán graduado de teniente coronel Nicolás Ponce de León, ayudante de gobierno de Rodil, ese mismo día «se pasó al enemigo, con la simulación de reconocer un hornillo». Pero eso no fue todo. También el día 3, a las 7 de la noche, se pasó el capitán graduado Sebastián Riera —servidor de Rodil y fiel a él por tres años— «cortando y llevándose doce varas de cada una de las salchichas que comunicaban con las minas de San Rafael». Rodil supo después que el plan completo había sido acordado días antes con los seguidores de Montero.

El hecho debilitó seriamente los ánimos, pero Rodil intentó llevar las cosas a la normalidad en el interior de la plaza. Dispuso reponer las salchichas cortadas y vigilarlas y se aprestó a recibir el asalto de Salom, pues era de esperar que éste aprovechara el momento de confusión para atacar. Pero no ocurrió, en opinión de Rodil, para no perjudicar a los conspiradores que quedaron dentro.

El Gobierno peruano, que no escatimó gastos en pólvora consumida en la línea sitiadora, en los sueldos a empleados en la reedificación del molino y en las obras de refacción de la fábrica de pólvora y otros elementos, tenía ya reunido todo lo necesario el 12 de diciembre. Ese día Salom dio un estado de la fuerza efectiva disponible: 3.972 hombres, incluidos 15 jefes, 54 capitanes, 165 subalternos, 255 sargentos, 182 de la banda y 2.535 cabos y soldados. Además, tenía 404 caballos y 29 mulas. Los cañones, 7 de a 24, 1 de a 18, 2 de a 12, 1 de a 4, 20 cureñas, 2 morteros, 1.500 balas, 27 bombas, 152 cartuchos, 127 metrallas, cada una de distinto calibre. El parque estaba repleto y la zapa tampoco tenía carencias. El armamento, municiones, vestuario, equipo, menaje y montura también se detallaban.

En el parte que comprendía del 29 de diciembre al 7 de enero de 1826, Miguel Figueredo informaba el fuego diario e intenso que sostuvieron los sitiadores y los sitiados, y el detalle de disparos día por día.

Así, puede comprobarse que el fuego diario que hicieron los patriotas, excepto los días 2 y 4 de enero que lo intensificaron, se mantuvo constante y que los realistas lo comenzaron conservadoramente —quizá para ahorrar pólvora— y sólo el día 4 lo intensificaron.

El arriar de la última bandera española en América del Sur

En su *Memoria,* Rodil escribió que el 8 de enero aparecieron 300 hombres en la huaca o montón de ruinas al sur de San Rafael, punto vulnerable del que pudieron tener noticia por los recién pasados, pero no avanzaron a la fortaleza principal para tenerlos a tiro, como él deseaba, ya que no podía salir a su encuentro a caballo por carecer de ellos desde noviembre, cuando se los habían comido todos por no tener cebada para alimentarlos y no poder tampoco sacarlos a pastar; pero, sobre todo, porque era el único medio de alimentar a los enfermos. En estas fechas consumieron todos

> los caballos, mulas, gatos, perros y hasta las ratas y cuando ya los víveres subieron a tan alto precio que las gallinas llegaron a venderse a 25 ó 30 pesos y en igual proporción los demás artículos, sucumbieron al rigor del hambre y de la peste escorbútica más de seis mil desgraciadas víctimas. Familias enteras quedaron sepultadas.

La situación extrema de los sitiados no aguntaba más, pues las provisiones de boca sólo alcanzarían hasta el 2 de febrero, según cálculos de Rodil: «No existía un animal viviente para medicinas: los perros, gatos y ratones habían desaparecido como manjares apetitosos» y los hombres para el servicio eran 444 veteranos, muchos convalecientes de escorbuto. Los 2.133 hombres de fuerza efectiva existentes en diciembre de 1824 se habían reducido a 444 el 23 de enero, y los 3.003 hombres de todas clases eran sólo 870. La esperanza de ayuda no existía. Todo estaba en contra para seguir resistiendo, pero España, debilitada en sí misma, no pudo socorrer la empresa, a pesar de la ilusión política y de su plan restaurador de todo el continente.

El 10 los patriotas amanecieron en el fuerte San Rafael situado a la derecha del castillo, punto desde el cual era muy fácil batir la plaza continuamente. El fuego que los patriotas mantenían y el ver a los esqueletos andantes por la plaza tras el largo sitio del 7 de diciembre de 1824 a enero de 1826, decidió a Rodil a no tolerar más desgracias y a aceptar el «mayor y más repugnante sacrificio» —dijo él mismo—, es decir, se determinó a entrar en conversaciones con los patriotas el 11 de enero, con la mediación del comandante de la *Briton,* Mr. Murray Maxwell, procónsul de Su Majestad Británica.

El hecho le sonó a desconfianza a Salom pero lo aceptó, así como el cese de hostilidades que Rodil solicitó en lo que se imponía de las noticias de Europa con el comandante inglés. En las noticias no encontró nada esperanzador sobre envío de auxilios; Olañeta había muerto y las provincias del Desaguadero estaban perdidas. Por tanto, el día 15 propuso a Salom iniciar las conversaciones en la fragata *Briton*. Éste no accedió porque la protección neutral le pareció innecesaria y señaló el punto de encuentro «bajo un toldo entre nuestra línea y la plaza». Finalmente el lugar fue fijado por Rodil en la Cabeza de la Zapa. El 17 los comisionados acordaron los artículos que el 19 presentaron a Rodil y a Salom. Sin que este último hubiese ratificado los acuerdos, Rodil mandó los mismos al comandante de la *Briton* para que cuanto antes, según lo acordado, diera transporte a los capitulados.

Pero Salom rechazó los artículos 6.° y 21.°. El 6.° porque permitía pasar a bordo de la *Briton* a Rodil antes de haber entregado ordenadamente la plaza; y el 21.° porque se reclamaba que las deudas en que incurrió El Callao fueran asumidas por la República del Perú. Rodil se negó a permitir los cambios a esos artículos y Salom valientemente hubo de emplazarlo a contestar, en «tres horas», su nota de arreglos del día 21, pues de no hacerlo iniciaría las cargas de fuego. Rodil hizo la contrapropuesta de que los comisionados se reunieran el 22 a las ocho de la mañana, lo que Salom aceptó. Así, finalmente, el 22 de enero se firmaron las capitulaciones de 31 artículos.

La capitulación ratificada el 23 de enero de 1826 fue generosa: se concedió amnistía general por hechos anteriores; transportación a la Península por cuenta de los independientes; los soldados peninsulares saldrían por Río de Janeiro y los americanos que lo desearan se quedarían. Todo realista estaba autorizado a vender sus bienes y exportar su producto libremente por seis meses. Se permitió al gobernador llevar las banderas de los cuerpos Infante y Arequipa, y los archivos de correspondencia. También se concedió el perdón a los del Ejército sitiador que durante el asedio se pasaron a la plaza. ¡Hecho revelador!

El mismo día de la capitulación se embarcaron Rodil y los oficiales que estaban en condiciones para hacerlo, según establecido en el artículo cuarto. El indomable Rodil, queriendo sacar mayores ventajas y demostrando desconfianza, pidió que el buque *Briton* saliera garante del cumplimiento de las capitulaciones, pero el Gobierno peruano se lo negó, diciendo que su palabra era suficiente.

Si Rodil comenzó las negociaciones de la capitulación del Callao el 11 de enero de 1826 y las ratificó el 23 del mismo mes, y Quintanilla habló de la capitulación de Chiloé el 18 de enero y la ratificó al día siguiente, 19 de enero de 1826, quiere decir que el jefe del Callao se dispuso primero a la entrega y tardó más en negociar los términos y que en realidad El Callao se rindió antes que Chiloé, aunque donde ondeó por última vez la bandera española en América del Sur fue en Perú. Las dos plazas gemelas lo fueron hasta en la entrega. Todos los sufrimientos de Rodil serían compensados en la Península, donde le esperaba una gran carrera: general en jefe del Ejército del Norte, capitán general de Cuba, capitán general de Filipinas, ministro de la Guerra, presidente del Consejo de Ministros y, por si fuera poco, el título de marqués del Rodil.

VIII

EL CASO DEL VIRREINATO SEMIPACIFICADO: NUEVA ESPAÑA TRIGARANTE

José Vasconcelos dijo que «la mesa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente», por lo que «nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos»[1]. Esta apreciación parece confirmarla el hecho de que toda la acción insurgente se condense en ráfagas o acciones poco menos que guerrilleras, hasta tal extremo que, fuera de los islotes donde éstas actuaban, en 1820 se considerara que Nueva España estaba prácticamente pacificada. Por ello, el Gobierno español, que había estado enviando armas y relevos militares (algunas ya desde 1811) descartó al virreinato cuando en 1818 se proyectó el envío de una nueva expedición pacificadora que al fin se proyectó para el Río de la Plata.

Entonces, ¿qué factores fueron capaces de que se derrrumbara esa situación, para llegar a reducir a los fuertes de San Juan de Ulúa? Si esto parece sorprendente no fue menos inexplicable que este pequeño reducto se mantuviera a ultranza, durante cinco años, nada menos. Estos hechos imponen una vez más que nos alejemos de las apariencias y de las simplificaciones, entre otras razones porque no son hechos análogos. El derrumbamiento de la solidez virreinal vino determinado porque no era tan sólido y, además, porque fue el aparato militar, que garantizaba su mantenimiento, el que repentinamente quebró. Pero en San Juan de Ulúa no había ejército criollo, en realidad; era la marina, porque era una base de apoyo naval. Con lo que se repite, en este caso, el hecho de Puerto Cabello y, en cierto modo el del Callao, que eran en la práctica una especie de gran isla coronada de imponentes fortificaciones. La diferencia

[1] J. Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, 1968.

está en Chiloé, que se defendía por la distancia, mientras que El Callao, como Puerto Cabello y como San Juan de Ulúa, estaban abocados a los centros económicos y de poder y, con sus fortificaciones, sus defensores podían mantenerse.

Por eso, quizá verdaderamente inexplicable sea la rendición de San Juan de Ulúa, justo cuando en España maduraba la política reconquistadora, es decir, cuando podía servir de punto de apoyo a esa política. Porque en nuestro caso, además, no hubo una acción naval como la de Brown frente a Montevideo, ni una ofensiva interna como pudieron ser las acciones artiguistas. San Juan de Ulúa, que empezó siendo una expresión del espíritu de tenaz disciplina, al fin se agotaría en sí mismo.

Efecto de la revuelta liberal española en Nueva España: la contradicción de la independencia dinástica

La noticia del pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan y del resultante restablecimiento de la Constitución de 1812, en España, fue una verdadera sorpresa y, por lo tanto sembró el desconcierto. No nos interesan aquí las actitudes de los distintos grupos, sino el efecto desorientador. Pues si en España, a partir de un comandante de batallón, había sido posible el desvanecimiento de un ejército como el que estaba concentrado en los alrededores de Cádiz y después de un período de perplejidad empezó a ser secundado aquel movimiento —más por deseos de no combatir— hasta el extremo de imponerse al propio Monarca, ¿qué habría de esperarse para el virreinato? Así, por todas partes se propagó, en los centros neurálgicos de Nueva España, una verdadera situación de espanto. Unos comerciantes creyeron perder los beneficios adquiridos del virrey Juan Ruiz de Apodaca en los seis años anteriores, quien —por lo sucedido en España— perdería, a su vez, sus atribuciones como virrey. Por añadidura el clero y los nobles también quedarían afectados por el cambio de régimen, como los hacendados que se veían expuestos, por lo pronto, a los levantamientos de las peonadas, a la dispersión de los indios que con ellos trabajaban, si no a la confiscación de tierras. Hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría, desde los militares hasta los funcionarios, desde los que formaban parte de los cabildos y, en definitiva, la casi totalidad, por una u otra razón, de los que pesaban en la vida económica o administrativa, sentían gravitar sobre ellos la amenaza de represalias, sin contar los riesgos de una guerra anárquica, como la que po-

día estallar. Era, pues, necesario llegar a un acuerdo buscando términos en el mismo que aproximaran a todas las voluntades.

La garantía de la estabilidad estaba en salvar la continuidad del régimen monárquico del mismo modo que la proclamación de la independencia suponía la irrupción del revanchismo. La proclamación de la intangibilidad de la religión y la consideración de la igualdad en el mexicanismo de todos los grupos, españoles o criollos, fue en definitiva el resultante de todos los factores en presencia. Pero, como dice O'Gorman, sería un equilibrio inestable, por cuanto no era lógico creer que si el Rey, en España, no había sido capaz de hacer frente a la desestabilización liberal, para quedar prisionero de la misma, iba a entrar en la aventura de jugar la carta mexicana que le ofrecía la fórmula imperial. La misma fórmula ambigua que se inventó del imperio mexicano, un doble componente imperio y mexicano, para no ser México en plenitud, era la expresión de la inestabilidad. Pero en México se llegó a ese acuerdo, en virtud del cual bajaban de las montañas los insurgentes que habían luchado por la república mexicana independiente, así como salían de la cárcel presos liberales del estilo de Lorenzo Zavala y como el Ejército Trigarante, mandado por los realistas, pasaba a ser independiente. De esta manera puede hablarse de la profunda contradicción que suponía una independencia dinástica, puesto que el Rey, y por extensión la dinastía, habían sido todo lo contrario del independentismo.

Ejemplo bien llamativo está en que la primera idea de que se instalara en México Fernando VII y la dinastía la tuvo el propio virrey Apodaca, pero no para hacer independiente a México, sino para brindar al Monarca un asilo frente al revolucionarismo español, que según él, tendría el carácter de insurgencia. Pero la idea fue enseguida aprovechada, porque incorporaba al deseado equilibrio a uno de los contingentes más sólidos, el de la fidelidad al Rey, aunque bajo la nueva fórmula sería ya prescindiendo de la fidelidad a España.

Pero no menos contradictorio era el hecho de que Agustín de Iturbide, con el obispo de Puebla, Joaquín Pérez Martínez, fueran a reaccionar contra la formulación liberal de la España revolucionaria de Riego, también con un liberalismo, aunque fuera templado por el poder imperial, pero era la única solución para evitar que en la Nueva España se secundara a Riego.

Es decir, el plan de Iguala, denominado de las «tres garantías», las de «Independencia, Unión y Religión», daba garantía a unos 50.000 es-

pañoles que había en el país y unía a criollos, consolidaba a liberales y a insurgentes y tranquilizaba a la Iglesia.

De acuerdo con el plan, todos los españoles, tanto civiles como militares, podían salir del país y retener sus propiedades; además, a los militares el erario público les costearía los gastos del viaje para facilitar así la salida, que sería siempre de los más incómodos. Las tropas expedicionarias que decidieran quedarse, al integrarse al ejército mexicano le darían cohesión. Es decir, era una operación distinta a la que, desde cualquier ángulo, podía haberse pensado y por lo tanto paradójica: una independencia que no hacen los que han estado luchando por ella desde años atrás y un semiliberalismo que pretenden instaurar los que quieren defenderse de él. Por eso ha llegado a decirse que la independencia mexicana proclamada por Iturbide estaba contenida fundamentalmente en una fórmula de continuismo, lo que había de chocar siempre con lo que la propia independencia significaba de ruptura. En definitiva, el imperio mexicano de Iturbide era más que nada la persistencia de la Nueva España sin España, aunque se llamara mexicana.

Sin proponérselo, la nueva política española daba también al traste con la fórmula de equilibrio de México. En opinión de los militares, el respaldo del pueblo a Iturbide se debió a la debilidad del llamado «pacificador» y «ángel tutelar», Apodaca, pues el virrey, desde México, no había sabido hacerse cargo de la situación. Por ello, el 5 de julio de 1821 los verdaderos continuistas le sustituyeron por el brigadier Francisco Novella, quien con unos «seis mil soldados expedicionarios, a lo más, que habían quedado de los catorce [mil] enviados» se propusieron resistir y enfrentarse a la situación, que con su gesto se afianzaba.

El nuevo cambio de régimen traía también la consabida confusión de procedimientos, que despertó suspicacia en las autoridades civiles que compartían funciones. Así, en mayo de 1821, el Ayuntamiento de San Luis Potosí se quejó ante las Cortes por las «vejaciones sufridas a manos del intendente jefe político superior interino de la provincia a consecuencia de haber reclamado por legítima la instalación de la Diputación Provincial». Ésta debía componerse de tres vocales elegidos por dicha provincia y cuatro de la de Guanajuato y «se creyó legítimamente instalado [sólo] con los primeros»[2]. Es un ejemplo, entre tantos.

[2] ACD, Sec. Gen., leg. 45, número 179. Representación del Ayuntamiento de San Luis Potosí, 16 de mayo de 1821.

O'DONOJÚ Y EL TRATADO DE CÓRDOBA

Para sustituir al virrey, el 30 de julio de 1821 llegó a Veracruz Juan de O'Donojú, nombrado por la revolución triunfante en España, por su liberalismo. O'Donojú no tenía, de acuerdo con el nuevo sistema, las mismas facultades que Juan Ruiz de Apodaca pues, por lo pronto, no era un virrey, título que se quiso desterrar por su resonancia al poder omnímodo. En las instrucciones que recibió de las Cortes, se le confiaba como misión implantar el gobierno constitucional con sus libertades de reunión y expresión con las garantías individuales. Sus funciones eran las de un jefe superior político y capitán general de Nueva España, pero nada más. El 3 de agosto desembarcó en el castillo de Ulúa, donde debió de cambiar impresiones con Novella y conocer directamente sus diferencias ideológicas con el sistema, calculando las consecuencias adversas que de ello se derivarían.

La llegada de O'Donojú acabó de acelerar el triunfo de la independencia mexicana, dice Zavala, pues el nuevo jefe había presenciado en España los levantamientos de las tropas —lo que, aunque en distinto sentido, había sucedido en México—, por lo que se acomodó fácilmente a las circunstancias, aunque procurando sacar ventaja para sí y para el Gobierno de Madrid. Aceptó el Plan de Iguala y, en su perfeccionamiento, llegó a un tratado con Iturbide en la villa de Córdoba, a 30 leguas de Veracruz y a 80 de México, al pie del volcán Orizaba, en virtud del cual el 24 de agosto de 1821 convino con Iturbide el establecimiento de la

> Monarquía Constitucional y representativa; libertad de imprenta; garantía de derechos individuales; igualdad de derechos entre los mexicanos y los españoles residentes entonces en el país; llamamiento de la familia de Borbón de España al trono; formación de un gobierno provisional mientras la familia llamada al trono venía a ocuparlo.

Esto es lo que se hizo publicar en la prensa, pues el tratado de Córdoba nada dice sobre «la libertad de prensa» ni de las garantías de igualdad de derechos entre «mexicanos y españoles»[3].

Desde este punto de vista, ¿el plan de Iturbide con el Tratado de Córdoba era una contrarrevolución, como lo señala Lynch, o una variante de-

[3] A. Zavala, *Ensayo, op. cit.*, vol. 1, p. 80.

terminada por ésta? Si anteriormente hemos señalado la contradicción de la independencia dinástica, hay que apuntar en este momento que la primera reacción contra el utópico equilibrio vino a partir precisamente de los jefes del ejército español. Si antes vimos ya el papel que se le quiso confiar a Novella, ahora hay que ver cómo la forma en que vino a concretarse la respuesta de este grupo de jefes militares va a explicarnos la causa de la creación del nódulo de resistencia en San Juan de Ulúa.

San Juan de Ulúa como respuesta

El Tratado de Córdoba imponía a O'Donojú la obligación de evacuar las tropas españolas de la ciudad. Si quebraba así la posible reacción que se tuviera prevista, había de continuar con algo semejante en los propios cantones costeros. En consecuencia, ordenó a José Dávila, que gobernaba Veracruz y el castillo de Ulúa, que no se contradijera esa política dando entrada a nuevas fuerzas españolas, aunque fueran mínimas, como los 250 hombres de tropa que de un momento a otro se esperaban procedentes de Cuba, por lo que dispuso que fueran devueltos inmediatamente, apenas llegaran. Ante esta orden, Dávila fue el primero en manifestar su oposición, tanto a la evacuación, como al convenio que la determinaba, por lo que publicó una proclama en contra. Igual posición tomaron las tropas españolas de México y otros como el marqués de Vivanco, destacado mexicano que decidió mantenerse fiel a las lealtades que quiso defender. Tampoco Novella, absolutista y sustituto interino del virrey Juan Ruiz de Apodaca, aceptó cumplir las órdenes de evacuar las tropas de la ciudad[4] y de acuerdo con el brigadier Francisco Lemaur, director de Ingenieros llegado con O'Donojú en el navío *Asia,* resolvieron defenderse desde San Juan de Ulúa.

A partir de este momento aparece San Juan de Ulúa como respuesta a la traición de Iturbide y debilidad de O'Donojú, como para otros venía a significar la amenaza desestabilizadora. ¿Hacia dónde miraba San Juan de Ulúa? Porque si hasta entonces sus cañones habían estado pendientes del horizonte marítimo, en defensa de Veracruz, desde que se construyó

[4] El análisis del golpe de Novela despues del plan de Iguala, en B. R. Hammett, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (liberalismo, realeza y separatismo 1800-1824),* México, 1978.

la gran fortificación, a partir de este momento cambió de signo para que los mismos cañones estuvieran pendientes del horizonte terrestre. Es más, si antes fue Iturbide quien encabezó un golpe militar frente a la autoridad de Apodaca, ahora es otro golpe militar el que se da por Dávila, contra la obediencia debida a O'Donojú.

Las fuerzas realistas de Ulúa se propusieron resistir, pues no aceptaban ni el Plan de Iguala —por el que se declaraba la independencia trigarante— ni el Tratado de Córdoba —en que O'Donojú convino en evacuar las tropas españolas. Como respuesta a la situación creada que se deseó consolidar, el propio O'Donojú fue nombrado miembro del Gobierno provisional. Así, curiosamente, los que no aceptaban la revolución iturbidista impuesta pasaban a ser unos revolucionarios realistas encastillados en San Juan de Ulúa, cuando en realidad eran los que querían defenderse del cambio.

La base en la que se apoyaba Dávila no estaba en la negativa absoluta, como podría pensarse, sino en una cautela garantizadora. Pues si se aceptaba todo lo previsto en el Tratado de Córdoba, había de existir una garantía de su propio cumplimiento. Pero la evacuación de las tropas españolas tenía que juzgarse prematura y decisiva en sentido contrario hasta tanto no se hubiera aceptado por el Rey el envío de un monarca. Si la evacuación se había realizado, la aplicación de lo previsto, tras toda negativa dinástica tendría un desarrollo que encajaba con cualquier dimensión puramente mexicana, dejando a los españoles sin ningún respaldo, a expensas totalmente del gobierno que se creara. En este sentido, San Juan de Ulúa no era tanto una base de involución, sino un punto de apoyo en relación con la imposibilidad del Tratado de Córdoba, que se juzgaba como un paso impremeditado del jefe político que llegaba a la Nueva España con un desconocimiento total de lo que acababa de suceder y de las desviaciones que podrían producirse.

Esta consideración de San Juan de Ulúa, como concreción de una voluntad, sobre acuerdos que no podían prever la suerte de los españoles, es la que creemos, tiene plena validez, al menos en el primer momento.

Prueba de que lo acordado carecía de la seguridad que pudieran otorgar las partes comprometidas la tenemos en que, como era de prever, Fernando VII no aceptó para él o para alguno de sus hijos la ofrecida corona imperial, como tampoco complació al Gobierno liberal español el reconocimiento de independencia de México, que O'Donojú comprometió en el Tratado de Córdoba. Por ello se negó la validez del mismo el 7 de diciembre de 1821, al desautorizar al jefe político para celebrar conve-

nios. De acuerdo con ello, el 10 de mayo de 1822 se nombró al brigadier Francisco Lemaur sustituto del decaído O'Donojú, cargo que acepto el 27 de julio del mismo año. Esto era «señal inequívoca» —dice Jaime Delgado— de que los liberales no eran favorecedores de la independencia de América sino de la libertad y de otras bases de relación con los americanos. Los liberales españoles fundamentaron su rechazo en que los mexicanos libres no mantendrían la paz en el país y que caerían en la anarquía, anulando así a la propia independencia. Estas razones fueron refutadas por Zavala como insuficientes, pero en cualquier caso indican una actitud y una forma de entender la realidad y el futuro.

De esta forma estamos viendo cómo el reducto creado en San Juan de Ulúa viene a prestarse a cualquier variante, de forma tal que si al principio podía ser una base de doble resistencia, pensando en salvaguardar la seguridad de los españoles, ahora desde el 27 de julio de 1822, es decir, en el término de un año, San Juan de Ulúa era una plataforma operativa del liberalismo español.

Ulúa, centro de propaganda y de actividades desestabilizadoras

La entrada a México del Ejército Trigarante en medio de aclamaciones y con vivas a Iturbide, fue seguida al día siguiente, 28 de septiembre de 1821, de la proclamación de la independencia por la Junta Provisional Gubernativa. Ocupada la capital, Iturbide trató de organizar el Gobierno Provisional y el Congreso.

A los triunfos de Iturbide les acompañó la buena suerte. Las tropas capituladas salían del país y el número de peninsulares residentes en Nueva España disminuía diariamente, aunque los que permanecían conservaban influencias basadas en su poder económico y ascendiente.

Por añadidura, no hubo el equilibrio deseado y las dificultades surgían por todas partes. Los resistentes a los tratados combatían a 15 leguas de la capital y Dávila expedía proclamas desde el castillo de Ulúa, «invitando a la reacción». El mismo Iturbide recibió una carta de D. F. Cueto, español residente en el castillo, exhortándolo a trabajar por el restablecimiento de Fernando VII, mejor que a pensar en el fantasioso traslado de México para encabezar una monarquía contra la suya propia. Esta labor de réplica contra los pactos imposibles se llevó a cabo también sobre los jefes mexicanos para atraerlos a la verdadera causa real. Inspira-

ron al general Cruz el proyecto de ponerse a la cabeza de una contrarrevolución para lo que tenían preparadas las tropas expedicionarias que existían en las cercanías de Cuautla y en las de Toluca.

El 3 de abril de 1822 Iturbide notificó al Congreso del movimiento contrarrevolucionario realista, pero los diputados, muchos, según Zavala, «españoles y españolizados desplegaron todo su celo contra Iturbide» y su presidente, el general español Orbegoso, determinó «que no se admitiría al generalísimo en el Congreso como lo solicitaba». Ante tal rechazo, Iturbide entró por la fuerza, acusó al presidente de haber defendido los intereses del Gobierno español contra él, que representaba los del Gobierno de México, y lo declaró infiel a la patria. Este acontecimiento dividió a los congresistas. Los iturbidistas, dispuestos a seguirle con los ojos cerrados, mantenían la necesidad de terminar con la conspiración general de españoles contra la independencia, lo que probaban con «la insurrección de Juchi y Toluca, y en la carta de don José Dávila a don Agustín Iturbide». Seguidores de Iturbide lo eran «el clero, la miserable nobleza del país, el ejército en su mayor parte y el pueblo bajo». Los opositores a los iturbidistas —en su mayoría españoles, antiguos insurgentes y republicanos— temían que Iturbide quisiera el «mando absoluto, disolver el Congreso y proclamarse emperador», es decir, «los republicanos temían más la coronación de Iturbide que el resultado de las maniobras españolas».

Esta transformación de Iturbide no tardó en producirse. Él mismo lo relata en sus *Memorias,* cuando dice que el 19 de mayo

> convoqué la regencia; reuní los generales y oficiales de graduación y, al mismo tiempo, instruí al presidente del Congreso de lo que pasaba, invitándole a reunir en el momento los diputados en sesión extraordinaria. La regencia fue de opinión que yo debiera ceder a la opinión pública.

que gritaba vivas a Agustín I «ya que ni un solo ciudadano expresó la menor desaprobación».

El 20 se reunió el Congreso y ni un diputado se negó al nombramiento. El apoyo del pueblo fue casi unánime, tanto que Alamán, adversario de Iturbide, dice que «en todas las provincias fue unánime el aplauso con que se recibió la elevación del generalísimo al trono»[5] y Za-

[5] L. Alamán, *Historia de México,* México, 1942, t. V, p. 461.

vala, que como sabemos era un liberal exaltado, dice: «todos parecían contentos con una monarquía constitucional». Inclusive Bravo y Guerrero —líderes insurgentes— aceptaron al Emperador. Sólo Victoria se abstuvo de aprobar la proclamación.

Iturbide, respaldado por la autoridad recibida, trató de poner término a la situación de San Juan de Ulúa. Para ello se apoyaba en uno de los artículos del Tratado de Córdoba, donde se estipulaba que el ejército realista que quedara en México formaría parte del Ejército mexicano. Pero Lemaur, que no reconocía la validez del tratado, se encerró con sus hombres en San Juan de Ulúa, lo que provocó que Iturbide le enviara un ultimátum para la entrega de la plaza en «cuarenta y ocho horas», con todas las pertenencias y que de no hacerlo quedarían «cerrados todos los puertos del imperio a los buques españoles, prohibido su comercio y rotos todos los vínculos de amistad y fraternidad», embargados y detenidos todos los bienes y propiedades de los súbditos del Gobierno español hasta que España reconociera la independencia de México. La respuesta de Lemaur fue el bombardeo a Veracruz del 27 de octubre de 1822 y el comienzo de hostilidades[6].

Dos días después, el 29 de octubre, el Ayuntamiento de Veracruz propuso al teniente general José Dávila, gobernador de Ulúa que, «no pudiendo entregar por ahora estas fortalezas por carecer S. E. de facultades del Gobierno español», convinieran en no hostilizar la ciudad. Durante la espera de las resoluciones de Madrid, el Cabildo permitiría a Dávila avecindar a todos los españoles que lo pidieran, la entrada libre a los buques de una y otra bandera e inclusive sufragar los gastos de la plaza.

Tal era el interés que tenían en Veracruz de mantener la plaza abierta al tráfico. Así las cosas, los comerciantes españoles de Veracruz, que eran muchos, depositaban sus caudales en el castillo y tenían buenas relaciones con la guarnición.

En noviembre de ese año el brigadier Lemaur presentaba al Cabildo la contestación a la propuesta de armisticio, por sus forzosas e indispensables relaciones, y para mutua seguridad. Así, basándose en que los castillos dominaban el puerto, propuso libre entrada de buques y comercio de Nueva España, privilegios al comercio español, 20.000 pesos de las Cajas de Veracruz para los gastos de la tropa y la administración de las

[6] J. Delgado, *España y México, op. cit.*, t. I, pp. 243-277.

operaciones del puerto por las autoridades del castillo, siendo las rondas de vigilancia comunes. Lemaur prometía defender Veracruz, que la guarnición de Ulúa no excedería los 600 hombres y prohibía las proclamas en una y otra parte. Es decir, Ulúa protegería la ciudad. Las propuestas, claro es, no fueron aprobadas por Iturbide[7].

Pero el imperio no sería duradero. Servando Mier, tras escapar del castillo de Ulúa donde estaba preso, o dejado en libertad por Dávila, como dijeron algunos, «se declaró enemigo de Iturbide».

He aquí, pues, una nueva faceta de la función cumplida por el castillo de Ulúa a finales de 1822 y principios de 1823, pues Dávila estaba convencido de que la monarquía artificial de Iturbide, al descomponerse, daría paso a un estado de anarquía del que emergerían todas las fuerzas interesadas que habían contribuido al plan de Iguala, al convencerse de que aquellos fundamentos sólo tenían como objetivo dar paso a la ambición del ahora llamado Agustín I.

Consecuentemente confiaba que esas fuerzas empujarían a otros jefes del ejército mexicano al restablecimiento del reconocimiento de Fernando VII, máxime cuando era con su escudo con el que habían deslizado la independencia.

Efectivamente, el estado anárquico empezó a ser una realidad. Guerrero y Bravo se lanzaron de nuevo a las guerrillas; Santa Anna se sublevó en combinación con Guadalupe Victoria; otros generales desertaron; y las logias dirigieron algunos intentos, mientras los avances del llamado «Ejército libertador» con el plan de *Casa Mata* hacían imposible la continuidad del Imperio.

Por eso se explica que los españoles procuraran ganar el terreno perdido, buscando la forma de atraer a toda persona de influencia a la causa del Rey como garantizadora de la paz. El hecho es que, acosado por todas partes, Agustín I, en marzo de 1823, abdicó, partiendo para Italia.

En cierto modo, todo el proceso de derrumbamiento partió, en realidad, del área San Juan de Ulúa-Veracruz. Pues si por un lado Dávila actuaba en el sentido indicado, por otro el contingente que se concentró en Veracruz y que con Santa Anna sería clave del plan de *Casa Mata*.

[7] Véanse Apéndices XII y XIII de la obra de J. Delgado, *España y México, op. cit.*, t. III, pp. 73-74.

LOS COMISIONADOS OSES E IRISARRI EN ULÚA Y LAS CONVERSACIONES EN JALAPA: EL PROBLEMA DEL NECESARIO ABASTECIMIENTO DE AZOGUE

El 4 de agosto de 1822 las Cortes de Madrid nombraron comisionados para las provincias de la América que habían proclamado la independencia con el propósito de que «oyesen toda especie de proposiciones y se las trasmitiesen». Posteriormente serían facultados para celebrar «convenios provisionales de comercio» e incluso negociar el cese de armas —si el jefe militar lo recomendaba—, pero en ningún caso quedaban autorizados a aceptar o proponer tratados que implicaran un reconocimiento de independencia[8]. La precisión en las instrucciones venía a prevenir situaciones como la de O'Donojú, calificado de «iturbidista». Los comisionados debían actuar con cautela y disimular su limitada autoridad.

Los comisionados regios llegaron a La Habana el 2 de diciembre de 1822, donde se enteraron de la resistencia de Lemaur —quien sustituyó a Dávila— en Ulúa y de las hostilidades de Iturbide, que incluso trató de reducir la plaza sobornando a la guarnición. Pero también conocieron el levantamiento de Santa Anna contra Iturbide, que obligó a éste a proponer a Lemaur un armisticio para sofocarlo.

Los comisionados fondearon en Ulúa el 17 de enero de 1823, por tanto llegaron en el mejor momento. Iturbide había instruido a José Antonio de Echavarri, jefe patriota sitiador, que no permitiera el paso de estos enviados si no estaban autorizados para reconocer la independencia. Sin embargo, el momento recomendaba escuchar cualquier proposición, por lo que Iturbide comisionó a Francisco de Paula Álvarez para que, en primer lugar, investigara si los comisionados tenían dicha autoridad, para si la tenían, conducirlos a México. Pero esta entrevista debía ser posterior a la toma de Veracruz, que era el objetivo principal de Iturbide, lo que no pudo realizarse, pues Santa Anna impuso su fuerza y proclamó la República Federal *jacobina,* consistente en la absorción de todos los poderes públicos por una sola cámara popular. Luego, el Congreso de México eligió un triunvirato militar integrado por los generales Pedro Celestino Negrete, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria. Iturbide, como hemos dicho, abdicó y partió hacia Europa, donde se entrevistaría con San Martín en Londres, quizás para crear un plan restaurador. A consecuen-

[8] L. Alamán, *documentos Diversos (inéditos y muy raros),* compilados por R. Aguayo Spencer, México, 1945, t. I, pp. 61-65.

cia del destierro de Iturbide, la provincia de Guadalajara planeó restaurarlo al trono, y la de Guatemala se declaraba independiente con el título de República del Centro; Chiapas, por el contrario, se declaraba parte integrante de la nación mexicana. Pero al regresar a México al año siguiente, Iturbide fue fusilado el 14 de julio de 1824.

El nuevo Gobierno inició una etapa de paz con los resistentes de Ulúa, pues Guadalupe Victoria accedió a entrar en conversaciones con los comisionados españoles y escuchar sus proposiciones, creyendo que éstos contaban con «amplios poderes para reconocer la independencia de Nueva España, [y] hacer tratados de alianza ofensiva y defensiva». En realidad Guadalupe Victoria se veía impulsado además por una necesidad: la de rehabilitar la industria minera, que sólo podía funcionar contando con azogue. España era el centro de producción de azogue del mundo, razón por la cual el presidente de la República procedente del bando insurgente trataba de buscar la armonía con España. De este modo San Juan de Ulúa se reveló como clave del abastecimiento minero, pues sin que sus cañones lo autorizaran ningún barco podría entrar en Veracruz, así como sin la voluntad de España ningún cargamento de azoque partiría de Cádiz. La crisis económica de la ahora República Mexicana y la precisión de rehabilitar la producción de mercurio determinaron la paradoja de que quien, por un lado, cerró definitivamente la historia de Nueva España para abrir la de México, sea quien a la vez aceptó estas conversaciones con el fin de obtener 30.000 quintales de azogue, estipulando plazos y condiciones ventajosas.

El día 12 de junio de 1823 se celebraron en Jalapa las primeras conversaciones. Victoria —presionado por su Gobierno— insistía en que los comisionados declararan que España «reconocerá la absoluta independencia, libertad, integridad del territorio y forma de gobierno que se establezca en la nación mexicana». El 13 los comisionados evadían la respuesta, diciendo que primero debían analizar todas las proposiciones existentes, pero rechazaron de plano la denominación de «nación mejicana» para los representantes de Victoria, quien aceptó cambiar el término por «continente». Con ello, los comisionados españoles, aunque consideraron el nuevo texto un «despropósito geográfico», lo aceptaron al puntualizar que «en el [continente] no está comprendido el castillo de San Juan de Ulúa» situado en una isla y que con ello no comprometían la permanencia de una soberanía española en México. Finalmente se acordó convenir los tratados de comercio que fueran ventajosos a ambos gobiernos. Así

concluyeron las conversaciones entre España y México, entre los comisionados Osés e Irisarri y Lucas Alamán, ministro de Relaciones Exteriores de México. Ni los comisionados entregarían Ulúa ni Lucas Alamán desistiría del reconocimiento de la independencia.

Las expectativas de los mexicanos quedaron defraudadas, pues los comisionados no adelantaron ninguna promesa:

> probablemente sólo eran espías del gabinete de Madrid, porque habiendo permanecido tres o cuatro meses en la república, salieron de ella sin haber establecido relaciones de ningún género con el Gobierno general, pues aunque la nación no tenía entonces un gobierno establecido, con el que pudiera tratarse y, por una coincidencia notable, estaba en el mismo caso que la española, en la que había dos gobiernos: el de la Regencia de Urgel y el que condujo a Fernando VII a Sevilla y luego a Cádiz, sin plan, sin sistema y sin valor para hacer lo que exigía su situación delicada y peligrosa, pudieron dirigirse al Congreso.

Bolívar también quedó defraudado, pues calculaba que la negociación de los comisionados en México era «una prueba de la determinación del Gobierno español a reconocer nuestra independencia [...y que] la misión española a Colombia debe tener las mismas facultades»[9]. Es preciso recordar que los comisionados regios enviados a Costa Firme, José Sartorio y Juan Barry, habían terminado su misión de pacificación antes de llegar a Venezuela, como dijo el general La Torre[10]. Ciertamente, tras padecer un riguroso sitio en Puerto Cabello, partieron de Costa Firme sin haber acordado nada con Bolívar.

La resistencia en Ulúa

Tras un tiempo de paz que el nuevo Gobierno de Santa Anna propició, Lemaur, que tampoco aprobó los acuerdos de Jalapa, y actuaba al margen de los comisionados, buscó el momento para romper hostilidades, bombardeando Veracruz. El motivo fue el arribo de la balandra mexicana de guerra *Chapala* a la isla de Sacrificios, que fue ordenado por el

[9] Arch. S., vol. X, pp. 119-120. Carta de Bolívar a Santander, Lima, 30 de octubre de 1823.

[10] D. Fernández Pascua, *Resistencia española en Venezuela, op. cit.*, t. III, p. 1.008.

gobernador de Veracruz en los primeros días de agosto de 1823, al amparo del cese de hostilidades. Pero el hecho fue interpretado por Lemaur como una provocación, pues la isla le pertenecía y no debió arribar a ella dicha goleta, ni con el pretexto de buscar un bote del castillo de Ulúa. Por su parte, el Gobierno mexicano reaccionó contra Lemaur y lo acusó de fomentar el contrabando en Veracruz, razón por la cual necesitaban establecer tal vigilancia.

Lemaur puso así en peligro a los mismos comisionados que negociaban en territorio republicano, pues ni siquiera les avisó. Se extendió el caso cuando el 12 de agosto, Victoria quiso hacer responsable a los propios comisionados por las pretensiones de Lemaur y éstos, para aclarar los hechos, trataron de comunicarse con la plaza. Fue inútil, pues el gobernador no los atendió. Finalmente los comisionados, ayudados por Victoria, salieron el 28 de septiembre de 1823 de Jalapa hacia La Habana, vía Alvarado, dejando la situación en manos de los militares.

Vemos, pues, que aquel armisticio propuesto por el gobernador de Veracruz a Lemaur, como todos los armisticios, era en realidad una forma de soslayar los inconvenientes que se derivaban para la plaza portuaria. Por eso no tiene nada de extraño que tratara de deslizar la presencia de buques de guerra en la isla de los Sacrificios. A tal política vino a ser consecuente la reacción del general Lemaur, poco respetuosa es cierto, con la labor de los comisionados, pero que bien debía conocer que en la práctica era nula. Si en un principio Veracruz había quedado como puerto sin función, ahora, tras el deslizamiento frustrado, sería peor, puesto que se abría la etapa de las acciones artilleras.

Por ello, el 16 de diciembre de 1823, Santander informaba a Bolívar que se habían roto las hostilidades entre Veracruz y San Juan de Ulúa, «lo que prueba que ya no habrá armisticio con los españoles, y que el Gobierno mejicano despliega juicio y energía»[11].

Pero con esta situación, el reconocimiento de la independencia de México estaba lejano, y el puerto de Veracruz, bloqueado por los realistas que amenazaban la destrucción de la ciudad, quedaba clausurado. Es más, los efectos de los bombardeos, comenzadas las hostilidades, causaron daños enormes a la ciudad.

Lemaur ordenó destruir las fortificaciones que antes había hecho construir en Mocambo, cuando trató de poner bajo su amparo a Veracruz,

[11] Arch. S., vol. 11, p. 189.

alardeando de que el pueblo de Veracruz estaba con él. El 18 de septiembre de 1823 Victoria ordenó el cierre de las puertas del muelle para incomunicar a Ulúa de Veracruz. Es decir, decretó el bloqueo a Ulúa y sólo permitió algunas entradas de extranjeros que llevaban vituallas frescas a la fortaleza. El 21 estalló en Veracruz una sublevación de protesta, encabezada por el carpintero Orantes, el zapatero Cardoso y el sastre La Rosa, mulatos, dirigida por el coronel Pedro José Acosta, que exigían la continuación de las obras y el rompimiento de hostilidades. Es decir, Veracruz se sublevó. Y aunque la guardia del gobernador pudo dominar a los sublevados, el Cabildo aceptó ambas cosas y así se lo informó a Lemaur.

En Junta de Guerra celebrada el 23 de septiembre, Lemaur decidió retirar la pequeña guarnición que tenía en la isla de Sacrificios, colocar los parapetos e intimar rendición al gobernador de Veracruz el día 25. Como éste dijo que tenía que consultar con Victoria, Lemaur no esperó razones y ese mismo día, a las doce y media, ordenó el bombardeo a la ciudad. Así, Lemaur abandonó la senda pacífica que había caracterizado a Dávila y «comenzó a lanzar bombas sobre la plaza de Veracruz», por lo que «el comercio se trasladó a Alvarado», villa a doce leguas de Veracruz.

La emigración de «cinco o seis mil hombres inermes, mujeres, niños, ancianos obligados a desamparar una ciudad bombardeada desde una fortaleza que la domina, buscaban asilo por todas partes y no podían encontrarlo». Tampoco el Gobierno mexicano atendió su situación, pues anduvieron errantes por algunos días sufriendo las penalidades que son de suponer. Muchos llegaron hasta Jalapa, distante treinta leguas, otros a Córdoba y Orizaba, y los más, a Alvarado, donde se estableció provisionalmente el comercio. Pero ¿todo ello era efecto del bombardeo? Parece que no, pues Alamán dice que esta emigración tan numerosa se debió también al padecimiento de «una calentura epidémica diferente del vómito y que no es tan peligrosa».

Los bombardeos desde la isla que dominaba Veracruz, interrumpidos algunas veces en los dos años de hostilidades, estaban reducidos a cañoneos del castillo que contestaba la ciudad y viceversa. Los generales Barragán, Santa Anna y Victoria «hacían ostentación de un valor estéril —en opinión de Zavala— delante de los riesgos que corrían bajo el cañón del enemigo», pues «ni los mexicanos se prepararon para el asalto ni los castellanos intentaron un desembarco». Se hacían daño a las estructuras de

los edificios e hirieron a algunos hombres, pero nada más, pues Veracruz estaba desierta de habitantes y llena de tropas.

Al margen de los bombardeos que cada vez se hacían más esporádicos, también se establecieron relaciones marginales entre los castillos y la poca población de Veracruz. La guarnición necesitaba víveres y constituía un buen negocio vender los artículos posibles a los encastillados.

El comandante Miguel Barragán, al pasar Victoria a desempeñar la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos, trató de evitar la comunicación entre la ciudad y el castillo para impedir que la tropa comprara víveres o ganado vacuno y lanar, frutas y otros artículos que vendían en la costa y que pagaban a buen precio. Con esta medida y la vigilancia de un guardacostas intentaron incomunicar a los sitiados y reducir la entrada de víveres frescos, pues los salados y añejos llegaban de La Habana. Así quedó impedido ese comercio marginal y establecido el bloqueo de las fortalezas de Ulúa. El 14 de agosto de 1824 el secretario de Guerra del Gobierno, en sesión secreta, dio cuenta al Congreso mexicano de un oficio recibido de Veracruz, avisando que una expedición española se aproximaba a las costas de la república. Pero la expedición anunciada de 500 hombres llegó «muy disminuida con la mortandad que experimentaba y enferma en la mayor parte» y el espacio de la isla de Ulúa, de una milla cuadrada, rodeada de agua y de enemigos, no propició que se viera en ella una base para la recuperación.

Cierto que se pensó también que Ulúa pudiera convertirse en una base de desarrollo comercial. Sobre ello dice Lorenzo Zavala que los que quisieron persuadir al Gobierno español de que San Juan de Ulúa sería en América lo que Orán o Ceuta en África, o Gibraltar para los ingleses en España, desconocían enteramente las posiciones y circunstancias diferentes de estas fortalezas, pues «Ulúa está sobre rocas estériles, aislado y expuesto a los vientos nortes que, cuando soplan, impiden el acceso a las embarcaciones, a no ser que sean muy prácticos los pilotos». A esto hay que añadir lo malsano de las costas en los trópicos para valorar la resistencia de los defensores del Rey.

Respaldos de La Habana

Los conflictos derivados de las luchas emancipadoras trastocaron totalmente las posibilidades de las cajas de Nueva España. Hasta 1810 és-

tas habían suplido los déficits de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico e incluso Guayana. Era lo que se llamaba el ámbito del Patacón mexicano, gracias al cual cobraban las guarniciones de los lugares indicados, se pagaban las obras de fortificación realizadas y percibían su sueldo los funcionarios. Anualmente partían de Veracruz los barcos con este socorro, denominado el situado. Pero desde el levantamiento de Hidalgo, con la gran cantidad de indios que le siguió, no sólo se desorganizó la economía, bajando automáticamente los ingresos fiscales, sino que además sufrió sus efectos la producción minera. Mal que bien, la Nueva España cubría sus necesidades. Pero esto cambió radicalmente a partir de 1821; pues si desde 1810 las Antillas, la Florida y Guayana dejaron de recibir sus situados, en 1821, al quedar reducida la soberanía española al ámbito Veracruz-Ulúa, fue La Habana la que tuvo que atender los gastos de las tropas estacionadas en ese ámbito, ya que habían quedado aisladas del resto de la Nueva España. Por eso resulta muy lógico que el intendente de La Habana, Julián Hernández, negara en 1821 a Francisco Gárate, comisionado de La Torre, los socorros que pedía para la resistencia de Puerto Cabello[12]; justificaba la imposibilidad diciendo que por la escasez de las cajas «no había podido completar el empréstito del Consulado ni otro de 70.000 para socorrer Veracruz». Por consiguiente, Ulúa se encontró con la dificultad de que ni contaba con los fondos habituales de las cajas de México, ni tampoco, de momento, con el apoyo de La Habana, si bien el desarrollo de la industria azucarera cubana permitiría respaldar, en la medida posible, a la guarnición de estas fortalezas.

Así, el castillo empezó a proveerse de víveres y municiones de La Habana, pues sus buques de mayor porte burlaban las embarcaciones débiles de la naciente fuerza marítima mexicana. Por ello, previo al ataque de Ulúa, los insurgentes calcularon cómo crear un clima de incertidumbre en Cuba, para que esta isla se ocupara de su propia defensa y no enviara respaldos a la plaza sitiada. El plan conjunto del Gobierno de México y de Colombia unidos fue publicado en 1824, diciendo que las expediciones que planeaban contra La Habana y Puerto Rico terminarían con el poder español, mientras Bolívar liquidaba el sur. Con esta propaganda pretendieron distraer de San Juan de Ulúa al comandante Laborde, jefe del Apostadero de La Habana. Pero en realidad, en México jamás se pen-

[12] AHN Madrid, Estado, Torrepando, leg. 8728, 291-292. Cartas de Julián Hernández a Francisco Gárate, 5 de septiembre y 28 de noviembre de 1821.

só en atacar a La Habana. Es más, según el comunicado de Alamán dirigido a Michelena, preferían que Cuba siguiera en manos de España, pues temían seriamente el desarrollo del expansionismo bolivariano.

Sin embargo, ante los crecientes rumores de que la República de Colombia quería adueñarse de Cuba, los mexicanos enviaron a Bustamante para tomar contacto con el Gobierno de Bolívar y manifestar su oposición a que la isla fuera anexionada a Colombia, por estar incluida desde siempre en el ámbito de intereses de México. Es decir, no se sentían satisfechos del poderío que Colombia podría adquirir con la anexión de la isla, por lo que preferían que fuera independiente o de España, antes que de Colombia. Tampoco quería que Estados Unidos se adueñara de ella, por lo que le dieron instrucciones a Pablo Obregón para que averiguase «las intenciones norteamericanas» respecto de Cuba. Pero eso sí, a México le interesaba mantener la inseguridad en la isla, para que el ejército se inmovilizara en ella y no pasara a defender a los realistas de Ulúa.

Gracias a estas pretensiones cruzadas —aunque seriamente las únicas verdaderas— Cuba pudo ir desenvolviendo sus recursos azucareros, incrementando sus importaciones y fortaleciendo su economía, al mismo tiempo que reforzaba su potencialidad militar. De tal manera es así que en más de una ocasión el Gobierno colombiano temió ser invadido desde Cuba, del mismo modo que sentían su amenaza los mexicanos, máxime cuando iban incrementados sus socorros a los sitiados de Ulúa. Un efecto bien patente es el del 31 de octubre de 1823, cuando partieron de la isla varios buques convoyados por la fragata de guerra francesa *Eurídice* con pertrechos, víveres y tropas para el castillo. La resistencia a la entrada de esos buques no pasó de ser simbólica, limitada a unos cañonazos, sin mayor efecto. Es más, el comercio de Cuba con México se mantuvo abierto, pues sólo cambiaron los puertos de desembarco: en lugar de Tampico se usaba Campeche, Sisal y Soto la Marina, atracaderos todos ellos muy visitados. Para evitar esta debilidad, México llegó a convenir con Colombia un plan de mutua asistencia, planeando bloquear La Habana con una fuerte escuadra. Colombia apoyaría a México con dos propósitos: el primero, «cooperar a la rendición de Ulúa» para lo que México costearía los gastos de la escuadra de Colombia; y el segundo, «encerrar a los españoles en la Isla [Cuba]» para que no hostilizaran las costas. Este último aspecto estaba determinado por un informe confidencial que remitió un agente de Colombia desde París, en el que hacía referencia a que los papeles públicos franceses

> anuncian que una expedición de 30.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería deberían salir de Cádiz a las órdenes del general Morales, con destino a Cuba, para desde allí formar la base de sus operaciones: y que el punto primeramente invadido sería México, como también se decía sería Costa Firme.

Era el resultado del temor de que tras la restauración del absolutismo en España, con la ayuda de las potencias europeas, Fernando VII intensificara el envío de contingentes militares a Cuba y Puerto Rico.

Así, el bergantín español *Soberano* fue apresado el 17 de enero de 1824 por el bergantín *General Soublette,* y el 5 de abril la corbeta *Ceres* cayó también en manos de las colombianas *Boyacá* y *Bolívar* en aguas de La Habana[13], por lo que Laborde salió de ese puerto para recuperar las naves perdidas al mando de la fragata *Sabina,* corbeta *María Isabel* y goleta *Belona.* Es decir, que los buques colombianos hostilizaban a los que cruzaban por los mares de La Habana, además de amagar con una expedición de 14 buques y 2.000 hombres para atacar a Omoa y Trujillo[14].

Precisamente el 14 de abril de 1824 se apresó a un pailebot que procedente de Tuxpan fondeó en Sacrificios, enarbolando bandera mexicana. Este hecho suponía una invasión mexicana, lo que provocó —como ya vimos— la ruptura de las hostilidades.

En esos momentos las amenazas a Cuba se creían más ciertas, por lo que el general Dionisio Vives, capitán general de La Habana, llegó a pedir a Lemaur que le devolviera los hombres que no fueran estrictamente precisos para la guarnición de Ulúa. Pero éste los retuvo, ya que necesitaba relevar a sus hombres en servicio, si el cerco fuera insalvable. Lemaur exponía entonces al jefe de La Habana las carencias que tenía para manutención de las tropas, y que, de los 12 a 15 mil pesos mensuales que necesitaba sólo se le habían remitido «mil durante los veinte meses que contaba ya su mando en la fortaleza». Por ello responsabilizaba a Vives si no le socorría al menos con un contingente de mil hombres más para mantener Ulúa en estado de seguridad. Esta misma actitud la vi-

[13] AB, Expedición a Indias, 1826, carp. 863. Expediente del proceso a que fue sometido Martín de Espino, comandante que fue de la *Ceres,* 26 de diciembre de 1825 al 3 de julio de 1826.

[14] AB, Indif. de América, 1824, carp. 858. El capitán del bergantín *María Isabel* procedente de esos puertos dio la noticia.

mos tres años antes en los jefes de Costa Firme cuando, angustiados por el rechazo que la Tesorería de La Habana hacía de las letras giradas contra esas cajas, responsabilizaban a esa capitanía por la pérdida de Puerto Cabello.

En definitiva, todos estos proyectos para neutralizar San Juan de Ulúa hasta que fuera víctima del agotamiento, como también para eliminar la base de Cuba, no pasaron de ser lucubraciones diplomáticas, mantenidas especialmente por el Gobierno de Colombia que así, con gran habilidad, deslizaba su papel de potencia imprescindible para el mundo hispanoamericano. El punto débil estaba en que aun el mismo Bolívar no había logrado rendir el Real Felipe del Callao. Por esta razón sentía tanta impaciencia para terminar con su problema, pues El Callao restaba a Colombia la autoridad y credibilidad en el mismo sentido que Ulúa limitaba la de México.

El cambio de mando realista y última tregua

Los refuerzos patriotas al bloqueo se incrementaron. Los comisionados Ricardo Meade, Eugenio Cortés, Hilario Rivas y Salmó —enviados a Estados Unidos en tiempo de Iturbide—, con el ministro mexicano en ese país, Pablo Obregón, habían adquirido 14 buques, más una goleta a la que dieron el nombre de *Anahuac,* y otra construida en Baltimore que llamaron *Iguala.* Obregón adquirió también en Inglaterra armamento y otros útiles necesarios por valor de 200.000 libras esterlinas, producto de un empréstito con una casa de Londres y de los cuantiosos fondos tomados a los españoles expulsados. Iturbide había gestionado en Londres grandes ayudas y había encargado a Mariano Michelena adquirir buques, por lo que éste compró allí las fragatas *Libertad* y *Victoria* y el bergantín *Bravo.* Todos estos elementos inicialmente adquiridos para Bolívar, estaban en el cerco a Ulúa el 22 de enero de 1825, los que aumentarían —según calculaba Miguel Gastón, comandante general de la Marina Real— en noviembre de ese año con dos fragatas, que estaban construyendo en el norte, y que botarían al agua en ese mes.

Además, el ministro de Hacienda, José I. Esteva, bajó a la costa, para visitar Veracruz y Alvarado, con el fin de recoger fondos de los comerciantes —que eran los más perjudicados con la situación— para estrechar a Ulúa. La llegada de Esteva con amplios poderes y «con caudales»

para obrar, dio mayor movimiento a los preparativos que hacía la Marina mexicana, situada ya en la isla de Sacrificios, para atacar a la escuadrilla española cuando llegara.

Sin embargo, el incipiente bloqueo fue burlado el 27 de enero de 1825 por la expedición que al mando de Laborde había partido de La Habana el 15 de enero con 1.000 hombres y socorros que ese día fondeó en la isla de Blanquilla. Con toda facilidad Laborde cumplió su misión de transportar a los castillos de San Juan de Ulúa «la muda de su guarnición y los víveres y pertrechos para su socorro», informó Miguel Gastón al secretario de Estado y del Despacho el 7 de marzo —día en que Laborde regresó a La Habana habiendo cumplido su misión a pesar de la dificultad de la estación y de no contar con fondeadero seguro. A su llegada, la noticia de que una expedición española con 2.000 hombres y escoltada por tres buques de guerra había desembarcado el 16 de febrero en La Habana debió de serle sumamente grata porque era la señal de que, tras la desgracia de Ayacucho, España reforzaría la isla.

Con Laborde regresó a La Habana

> toda la tropa que había en el castillo, incluso por fin la de Marina [liquidando así su apostadero], e igualmente el brigadier don Francisco Lemaur, que hizo entrega [del mando] al de la misma clase don José Coppinger, y los demás empleados.

Así, Lemaur, que venía resistiendo tenazmente en Ulúa, fue sustituido a comienzo de 1825 por el brigadier José de Coppinger, quien siguió la misma línea de hostilidades. Sin embargo, las dificultades que tendría que superar el nuevo jefe serían mayores, pues el Gobierno mexicano dio su decisivo apoyo al asedio por mar y por tierra, con el fin de hacerlo plenamente efectivo. Además, los recursos se agotaron y en agosto las condiciones de la plaza eran ya extremas. Zavala —desde su ángulo— la describe así:

> se puede decir sin hipérbole que los españoles peleaban contra los dioses y contra los hombres, teniendo contra sí el hambre, las enfermedades, el fuego y las balas de los enemigos, un mar embravecido, cubierto de arrecifes, una atmósfera abrasadora y, sobre todo, la ignorancia de si serían o no auxiliados, al ver que se retardaban los socorros acostumbrados de La Habana.

Ciertamente, que un enemigo apreciara la resistencia de Ulúa en la forma en que Zavala lo hace indica el asombro que producía la tenacidad de los defensores, dando así pie a que se pensara que había alguna razón que lo explicara, que no podía ser otra que la siempre temida expedición, que para los mexicanos era una obsesión permanente. Esta descripción de Zavala sirve como elogio valorativo de aquel esfuerzo del puñado de soldados españoles, que en la situación dicha se albergaban hambrientos en los fortines. Y el hecho de que así pasaran meses y años agiganta aún más la osadía.

Los patriotas aprovecharon también las ocasiones propicias para intimar a Coppinger. Pero éste, evaluando su situación, sólo aceptó la propuesta de una tregua por «cierto número de días», calculando que en este tiempo llegarían los refuerzos que precisaba de La Habana. Si en este término no llegaban, Coppinger «entregaría la fortaleza, evacuándola con toda su guarnición con los honores debidos». Así se convino y se celebró un armisticio entre las dos plazas. Con ello los mexicanos sólo tendrían una atención: atacar a la escuadra en el caso de que apareciera.

Pero Laborde tenía amenazadas las islas de Cuba y Puerto Rico y debía calcular el mejor momento para auxiliar a Ulúa, pues el bloqueo marítimo, muy superior ya, le obligaba a partir con sus buques de guerra y dejar desprotegido el arco del Caribe. Así las cosas, Laborde no pudo salir de La Habana con los socorros para Ulúa hasta el 19 de septiembre. La expedición estaba compuesta por las fragatas *Sabina* y *Casilda,* la corbeta *Aretusa* y dos buques mercantes, fletados por la Real Hacienda, que llevaban 400 hombres del Regimiento de Infantería de La Habana, con su coronel y oficiales, 100 artilleros y 63 presidiarios. Contaba, además, con una ayuda monetaria de 25.000 pesos fuertes.

Pero esta ayuda nunca llegó a su destino final, porque los vientos del Norte lo impidieron. Un temporal dispersó varios buques, y los que pudieron proseguir la ruta hacia Ulúa fueron rechazados por la escuadrilla mexicana, al mando de Pedro Sáinz de Baranda, y por el británico Charles Smith, quienes le impidieron la entrada al puerto. A la vista de fuerzas tan superiores, la escuadra española no quiso presentar combate en las condiciones en que estaba y regresó a La Habana, para reforzarse y volver sobre el objetivo. De haber sabido las condiciones en que los de Ulúa se encontraban, la decisión hubiera sido otra, pues esto ocurrió dos o tres días antes de cumplirse el término de días asignado en el tratado.

Al conocer el desastre de la expedición, Vives ordenó la salida inme-

diata de un buque con víveres y disponer otros dos para socorrer a Ulúa. Pero nada de esto se necesitaría, pues a los quince días de este fracaso, Coppinger tenía perdidas las esperanzas y sólo contaba con 60 hombres para el servicio de las armas, incluidos marinos y paisanos, de los que 51 se empleaban en el servicio diario, estando la plaza totalmente desguarnecida. En estas condiciones, los republicanos le intimaron rendición en cuarenta y ocho horas; Coppinger nombró una Junta de Guerra que estuvo a favor de escuchar las proposiciones. El 7 de noviembre fue enviada copia de la propuesta al general Barragán, gobernador de Veracruz y jefe de las fuerzas sitiadoras, quien convino en la suspensión de hostilidades pero no en el levantamiento del bloqueo marítimo, e invitó a Coppinger a una entrevista el día 9. Éste insistió en la suspensión o un hombre de su confianza pasara al castillo para discutir los términos del convenio. Finalmente los capitanes Miguel Suárez, del Real Cuerpo de Artillería, y Domingo Lagrú, del Batallón Ligero Número Uno, de Cataluña, fueron los negociadores de la capitulación contenida en catorce artículos, que se firmó el 17 de noviembre de 1825. El 18 fue ratificada por Coppinger. La plaza sería evacuada el 19 de noviembre a las ocho de la mañana.

Así, la retirada de la escuadra española y el plazo cumplido determinaron al brigadier Coppinger a entregar por capitulación la ciudadela, pero en la extrema situación indicada, cuando tan sólo contaba con 60 hombres. Como garantía del cumplimiento del tratado, quedaron como rehenes los mexicanos Ciriaco Vázquez y Mariano Barbosa.

La noticia de la rendición de Ulúa fue publicada en la *Gaceta de Nueva York* y clasificada como interesantísima «para las casas mercantiles que negocian en México». Sin embargo, tras el arribo de Coppinger, la noticia en La Habana causó la consternación que era de esperar, e inmediatamente el Gobierno promovió un empréstito de medio millón de pesos para la defensa de la isla, y «recogidos que han sido como unos cien mil, los ha mandado a Europa para completar la habilitación de los navíos *Guerrero* y *San Pablo,* que se estaban carenando en Cádiz», lo que indica que la reacción fue inmediata. No era ilógico, pues si Cuba había sido el respaldo de Ulúa desde el año 1821 hasta el mes de noviembre de 1825, se ponía de manifiesto también que Ulúa había sido el antemural de La Habana. Caída la plaza en poder de los mexicanos, estaba abierto el camino para que pudiera intentarse cualquier hostilidad sobre Cuba.

El 20 de noviembre de 1825, zarpó de Veracruz la guarnición del castillo de Ulúa, habiendo entregado cinco lanchas, un pailebot y dos botes, todos en buen estado. El bergantín *Victoria* convoyó a los capitulados.

Así, el castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz —única puerta de acceso a Nueva España—, construido con piedra múcara tomada de los bajos del propio mar, fue la estructura defensiva militar realista donde ondeó por última vez la bandera de la Corona de Castilla en América del Norte, como lo dijo Lerdo de Tejada, al valorar la posesión de la plaza[15].

Perdido Ulúa, aún resistían las plazas del Callao y Chiloé. Provocó el hecho una gran contrariedad en España, pues era entonces cuando ganaba terreno la política inclinada a la reconquista de América y, particularmente, de Nueva España. Por eso, al principio, comparamos la resistencia de Ulúa con la de Montevideo, tanto porque su aislamiento era total, al venir a constituir cabezas de desembarco para cualquier expedición, como porque su resistencia era sólo consecuencia del apoyo naval. De ahí que el Ejército Expedicionario que se esperaba en el Plata tuviera que retrasarse tanto y tanto, como se retrasaría también tras la caída de Ulúa la expedición Barrada.

[15] M. Lerdo de Tejada, *La fortaleza de San Juan de Ulúa,* con Prólogo de Leonardo Pasquel, México, 1961, pp. XII-XIII.

El 20 de noviembre de 1825, zarpó de Veracruz la guarnición del castillo de Ulúa, habiendo entregado cinco lanchas, un paquebote y dos botes, todos en buen estado. El bergantín [illegible] convoyó a los capitulados.

Así, el castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz —única puerta de acceso a Nueva España—, construido con esmero [illegible] de los [illegible] del propio mar, fue la estructura defensiva militar [illegible] donde ondeó por última vez la bandera de la Corona de Castilla en América del Norte, como lo dejó escrito [illegible] al [illegible] la posesión de la plaza.

Perdido Ulúa, aún retenían las plazas del Callao y Chiloé, [illegible] el hecho una gran [illegible] en España, pues era [illegible] nada terreno la [illegible] a la reconquista de América y particularmente de Nueva España. Por eso [illegible] la rendición de Ulúa como la de [illegible] total, al venir a [illegible] ción, como [illegible] De ahí que [illegible] que [illegible] Ulúa la [illegible]

[illegible]

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

IX

LAS PLATAFORMAS DE UNA POLÍTICA ESPAÑOLA DE POSIBLE RECONQUISTA

Recobrar las provincias disidentes de América era un asunto de interés militar, político y económico. Por ello, las decisiones eran tomadas con la anuencia de las secretarías correspondientes, incluyendo la de Estado —Asuntos Exteriores— por la conexión inmediata que tenía el llamado «importante negocio» y «grave asunto» de la pacificación con las grandes potencias europeas, «que tanto influyen en la tranquilidad o disidencia de aquellas provincias»[1], según lo que se llegó a prever en Palacio, el 18 de mayo de 1820, en contestación a la consulta que Juan Jabat pasó a la Secretaría del Consejo de Estado, recomendando la creación de un «centro» para entender en los asuntos de la «Pacificación». Por ello, el Gobierno español no podía pensar en reconocer las independencias, pues de hacer «dejación de sus derechos», la acción de recuperación del territorio americano se convertiría en política invasora de los nuevos estados y tendría la censura de todas las potencias. Se retrasaba también el reconocimiento de las independencias porque la situación inestable y las luchas civiles hicieron pensar que en algunos casos podría llegarse a pedir la reincorporación.

LAS DISTINTAS VÍAS DE LA ILUSIÓN RECUPERADORA

Por ello, perdido Montevideo y a pesar de la encíclica papal, ganó terreno desde 1817 la idea de mandar comisionados como modo de pa-

[1] AHN, Madrid, Estado, leg. 95, núm. 3. Consulta y recomendación para la creación de un punto o centro para atender los asuntos de Pacificación de América, Palacio, 18 de mayo de 1820.

cificación en sustitución del empleo de las armas; pero al mismo tiempo se pensó en aprovechar las pugnas internas que estallaron en el Plata tras el Congreso de Tucumán, en el que las «Provincias Unidas» proclamaron al fin la independencia, por un lado, apoyándose la política española en la ambición de Alvear, en Buenos Aires, y por otro, en las pretensiones carreristas en Chile, quienes «podían ser reducidos y llegar a formar una fuerte oposición a los regímenes de gobierno de cada uno de sus países». Por ello, el 22 de abril de 1818 el ministro de Guerra de Madrid ofició al virrey del Perú advirtiéndole que, en el sentido indicado,

> se presenta la mejor ocasión para debilitar las fuerzas de Buenos Aires y Chile, protegiendo los partidos de los Carreras y de Alvear que [...] no deben dejar de obrar en su contra y harán tantos mayores esfuerzos cuanta más empeñada sea la posición que encuentren; debiendo conocer que la situación en que se hallan aquellos hombres fuera del país y sus relaciones, es la más ventajosa para sacar de ellos el partido más conveniente.

Pero el caso fue que este escrito cayó en manos de los independientes al capturar la fragata *María Isabel,* y éstos se apresuraron a reproducirlo en la *Gaceta de Chile* el 28 de noviembre de 1818, como poco después en la de Buenos Aires. Para evitar las consecuencias, el Ministerio de Estado hizo publicar que tal orden era apócrifa. Pero con todo, el efecto sembraría la desconfianza en los que se hubieron sentido tentados a relacionarse con España.

Las ideas que pensaban en la recuperación de América fueron numerosas, distintas y, a veces ingeniosísimas. Unos proponían el uso de la fuerza partiendo de Cuba; otros, en el perdón de los «rebeldes», porque decían ser pocos, en comparación con los leales; otros proponían mejorar la administración y eliminar obstáculos, como otros pensaban en aceptar la mediación inglesa, o en medios para atraerse a Buenos Aires y Caracas, ya que para restablecer la soberanía directamente en estos puntos España no disponía de los ocho o diez mil hombres necesarios para la empresa, ni medios para habilitar la expedición a Buenos Aires y armar los buques necesarios. Por eso se pensó en atraerse voluntades permitiendo el libre comercio o con la mediación de la Santa Sede. Pero todos los consultados, menos el duque del Infantado, estuvieron en contra de enviar más comisionados a América. Hubo un intermedio, cuando el 28 de abril de 1818, el Consejo de Estado aprobó el envío de una expedición a Amé-

rica —el segundo Ejército Pacificador»—, dudándose cuál podía ser el destino apropiado, si el Río de la Plata o el Mar del Sur, decidiéndose —como sabemos— enviarlo a Buenos Aires. Así se comenzó a preparar en Cádiz al mando del conde de La Bisbal. El plan no llegó a ponerse en práctica, pues, como se sabe, en el mes de enero de 1820 sublevó Riego a varias unidades y se disolvió el ejército, convirtiéndose sus unidades en la máquina que impuso de nuevo el régimen constitucional. Sobre el factor determinante de la sublevación, ya hemos dicho que fue el soborno que llevaron a cabo los agentes porteños, que actuaron desde Gibraltar. Quedaban, pues, las otras vías.

Informe de los comisionados González de Linares y Mijares

Al valioso informe del general gallego Pablo Morillo sobre la situación en que dejó al Ejército de Costa Firme al retirarse a España, de tantísimo valor para nuestro tema, debemos unir otro, no menos significativo, con la ventaja de que procede de unos espectadores que tuvieron la oportunidad de conocer sobre el terreno opiniones y criterios, y de pulsar sentimientos, tristezas y desesperanzas. Se trata de la memoria de los comisionados que envió el Gobierno español a Venezuela, Francisco González de Linares y Pedro José Mijares, elevada a la Junta de Pacificación constituida tras el restablecimiento del régimen constitucional, después de Riego. Con ese informe los comisionados prentenden

> llamar hoy de nuevo su atención [la del Gobierno] hacia los desgraciados habitantes de aquellas provincias, envueltas en la miseria y en la devastación, y próximos a un exterminio cierto, si el Gobierno desatiende sus clamores y no ocurre prontamente al remedio de los males que las afligen.

Se veía, pues, como ya dijimos, como un «deber» indeclinable del Rey.

Además de «reclamar la protección que les debe este mismo Gobierno, por quien han hecho tantos y tan costosos sacrificios», pedían se evitara la prolongación de tantos desastres y elevaban su voz para indicar al Gobierno los medios que permitirían lograr la unión de las provincias disidentes con la Monarquía. Para este fin acompañaban una nota con lo necesario en el Ejército, la Marina y la Hacienda «para asegurar la posesión de aquellos países» y exponían que «si las circunstancias apuradas y

calamitosas a que se halla reducido hoy el erario no permiten al Gobierno disponer de los medios necesarios para conservar aquella parte integrante de la Nación; si los *fieles habitantes* —en cuyo nombre— *quienes elevan su voz los comisionados,* no pueden contar con el apoyo» al que podían aspirar «¿por qué no se adoptan medidas de transacción y de paz, para detener el torrente de tantos males y enjugar las lágrimas de tantos inocentes?». Así pues, los comisionados pensaban en la necesidad de la paz para el reposo de los pueblos. Esta paz tenía, según ellos, el camino de una transacción decorosa con el Gobierno «disidente», que al paso que fijara «sobre principios sólidos el bienestar de aquellos pueblos y sus relaciones con los de este hemisferio, dé un testimonio al mundo, [de] que la nación española quiere hacer desaparecer para siempre hasta la imagen del predominio y de la opresión»[2].

Como puede observarse, los comisionados pusieron el mayor énfasis en la situación padecida por los pueblos, aspecto este que también debe tenerse muy en cuenta, porque el clima público que rodea a un ejército, cuando además se le imponen sacrificios, es un factor que incide también en la moral del combatiente, máximo cuando gran parte de ese ejército estaba constituido por gentes de la tierra. Así pues, el informe de los comisionados viene a servirnos a nosotros como espejo que refleja la situación de cansancio y de enorme agotamiento de la población que sufría la guerra.

El 11 de mayo de 1821 se estudió el informe para elaborar el dictamen correspondiente, y el 6 de junio, después de las discusiones que cabe suponer, se dieron a conocer las respectivas recomendaciones:

> El Consejo ha meditado —se decía— sobre este expediente con la detención que merece su gravedad e importancia, y halla justísima la reclamación que hacen las autoridades de las provincias de Venezuela, según aparece de su correspondencia; y por lo tanto opina: que su situación exige la mayor atención de parte del Gobierno: que sin entrar en si estamos en disposición de prestar los auxilios que se piden, es dudoso, por el resultado de los enviados hasta aquí, se consiguiese el objeto con que se enviaron; pero cree el Consejo es indispensable se trate de formar una fuerza respetable marítima para emplearla como convenga en aquellos países, pues sea cual sea el partido que se adopte, no puede realizarse ninguno sin ella, siendo en la actualidad una obligación del Gobierno no abando-

[2] AGI, Caracas, leg. 55, *op. cit.*

nar los habitantes comprometidos en aquellas provincias, así como las tropas que se hallaron en ellas; lo que se conseguiría por medio de estas fuerzas, las que serían indispensables también en caso de adoptar medidas pacíficas.

Se insistía así en el hecho de que

la preparación de fuerzas marítimas en todo el número posible, es indispensable a todo plan que se adopte; y sin ellas ninguno podrá llevarse a efecto. Por tanto, el Gobierno, sin pérdida de momento, debe ocuparse del armamento de todos los buques disponibles y especialmente de fragatas, corbetas y bergantines.

Puede parecer una medida resolutiva la que aquí se apunta, pero debe advertirse que si por un lado se desentendía de la situación de los pueblos, por otro se dejaba de lado lo relativo al ejército, los relevos, refuerzos, atenciones, armamentos, etc. Por ello no puede extrañar que dos de los miembros del Consejo, Esteban Varea y nada menos que Ignacio de la Pezuela, presentaran votos particulares, por entender que debían ser enviados a Costa Firme «no sólo las fuerzas navales, sino todos los auxilios posibles, sin exceptuar el de la fuerza militar terrestre como sea, compuesta de voluntarios».

Pero también hubo votos como el del marqués de Piedrablanca que, por entender que no se podía llegar a un dictamen acertado con los documentos estudiados, sin tener a la vista todos los antecedentes que estuvieran en la Gobernación de Ultramar, entendían que debería posponerse toda deliberación para llegar a algún arreglo con los comisionados de Bolívar, con lo cual, como se ve, se remitía el problema a «calendas grecas»[3].

Pero estos cauces, que consistían siempre en repetir lo tantas veces planteado, sin más variantes que la acumulación de nuevos memoriales o dictámenes, no sirvieron sino para justificar posturas personales, sin más eficacia que dar paso a lo que el tiempo determinaba. De aquí que pasemos a ver otros planteamientos, derivados de las circunstancias concretas.

[3] AHN, Estado, leg. 106, núm. 5. Acuerdos del Consejo.

PROYECTOS DE RESTABLECIMIENTO DE AMÉRICA

El restablecimiento del régimen real en España en septiembre de 1823, el conocimiento de las discrepancias que en el Río de la Plata se manifestaban, con la inestabilidad de sus gobiernos, y los proyectos o anuncios de levantamientos restauradores que goteaban en México o en Costa Firme, desde los días inmediatos a la liquidación de Puerto Cabello, hicieron soñar al Rey en restablecer también el orden original en los países emancipados, con la colaboración de la Santa Alianza, y para ello se decía:

> es esencial dar un golpe al mismo tiempo en todas partes, sin lo cual será necesario abandonar la idea de restablecer la América bajo el cetro de aquellos principios sólidos que acaban otra vez de salvar en Europa la sociedad.

El plan español se creía posible no sólo por la ayuda que esperaban de la Santa Alianza, sino por la situación interna de los pueblos emancipados, que dudaban de la eficiencia de sus propios gobiernos y buscaban formas alternas, solicitando incluso monarcas europeos para gobernarlos. Así, Pedro Santos Martínez, citando a Alberdi, dice que el gobierno de los virreyes españoles fue *central y unitario* hasta 1810, pero la revolución provocada y dirigida por Buenos Aires enseguida *reemplazó el virreinato por las Pronvincias Unidas del Plata,* es decir, el interés común por unos intereses plurales, con varios gobiernos, que generaron una situación anárquica de «unión sin unidad». Desde entonces —decía Alberdi— «ni las provincias han tenido el suficiente poder para restaurar su unidad perdida, ni Buenos Aires tuvo el suficiente patriotismo y generosidad para prestarse a una restauración» por el «aprovechamiento monopólico de los recursos aduaneros que hacía Buenos Aires en detrimentro de las Provincias» y por situaciones particulares en general. Precisamente por este ambiente y por el temor de confrontaciones y dispersión de poder, Buenos Aires envió a Europa comisionados, desde Belgrano y Rivadavia.

Bien es cierto que el interés que sucesivamente se tiene en América por lograr fórmulas de entendimiento es, en cada caso, un hecho coyuntural, determinado por la debilidad propia interna y sus situaciones críticas, ante la aparición de la potencialidad europea, que se derivaba de

la creación de la Santa Alianza y de sus posibilidades contrastadas por sus repetidas intervenciones restauradoras, como fue el caso de la misma intervención en España del ejército de Angulema.

Dos meses después de la rendición de Puerto Cabello, Santiago Mariño, el 20 de noviembre de 1823, pronosticó al general Santander, vicepresidente de Colombia, que «nada haríamos con que se hubiera terminado la guerra, si también no se concluyeran las divisiones que turban la tranquilidad de este país», y añadía que Puerto Rico con su «centinela que observa las operaciones de Colombia [...] puede perjudicarla en cualquier tiempo». Tenía, pues, en cuenta el caudillo venezolano los posibles intentos que nacerían de la propia Colombia, que podían ser auspiciados desde las islas españolas. Y, en efecto, tenía razón Mariño, pues a primeros de enero de 1824, en Maracaibo se preparó un plan restaurador del que habló La Torre al secretario de Estado de Gracia y Justicia, acompañándole la carta que había recibido de Maracaibo el conde de Ligny el 22 de enero de 1824[4]. En otras partes surgían proyectos involucionistas semejantes, siempre dándolo todo por seguro. Así, llegaban a las Antillas españolas mensajes reiterados, con sugerencias las más diversas y fantásticas, que hacían creer en posibilidades muy fáciles de alcanzar. Es el caso de las cartas recibidas de Santo Domingo y México, que «aseguran que se ha declarado un partido muy considerable por su Majestad» —decía Pedro Córdova, secretario del general La Torre, ya capitán general de Puerto Rico—, como se aseguraba que la provincia de Pasto estaba llena de realistas, así como la de Coro, que en todas había partidas armadas. Tales supuestos —o realidades— se apoyaban en indicios concretos, como que en Caracas se negaron a alistarse en el contingente que Páez preparaba con destino a Perú[5], y que en Petare —en sus cercanías— estalló una revolución de «origen gótico», pues se decía que el partido realista que allí se formó actuaba en la creencia de que los auxilios necesarios llegarían de España, con lo que se lograría el restablecimiento del régimen real. A las revoluciones internas sufridas por Colombia, se unía también el temor a España, puesto que advertían como evidente su propósito «en llevar adelante sus miras hostiles sin dar la mejor esperanza de conciliación». Se apoyaba la idea en que Francia e Inglaterra no terminaban de reconocer las independencias de las naciones americanas, pues su único

[4] AGI, Santo Domingo, leg. 2332.
[5] Arch. S., t. XII, p. 143.

gesto fue nombrar cónsules que nada significaban sin el reconocimiento. Otros eran los hechos derivados de las actitudes insolidarias, valorando así el suceso —por ejemplo— de que el propio Cabildo y la legisladura de México se habían opuesto a que la capital quedara federada, como había propuesto el Congreso, porque con ello perdería «la influencia y preponderancia» que había tenido sobre el país. Leandro Palacio, quien hablaba de estos hechos al general Santander en diciembre de 1824, opinaba que las desavenencias en México estaban atizadas por los españoles que habían permanecido en la capital «por una tolerancia muy mal entendida», y que si el Congreso no tenía la firmeza de hacerlos obedecer, «se volvería todo una anarquía» y ésta, decía, «les abrirá camino a los españoles para la reconquista». Las fantasías, por lo tanto, estaban a flor de piel en ambos lados, para unos como esperanzas, para otros, como temores.

En Madrid no se perdía el tiempo, y se nombraron comisionados —con carácter de diplomáticos semioficiales— para entablar conversaciones con los nuevos gobiernos. A México fue enviado el coronel Luis Galavert, que debía aprovechar el espíritu público reinante en contra de la independencia, como a Colombia pasó Chasserian, por parte francesa, pues cada cual actuaba por su cuenta. Éste, según las instrucciones del duque de Rauzan, el 3 de junio de 1824, estaba autorizado únicamente a entablar conversaciones, y en ninguna circunstancia —se añadía— «proponga V. el reconocimiento de la independencia». No podía permitirse ni siquiera insinuar nada sobre el particular, que lesionaría los principios de legitimidad, que los países de la Santa Alianza esgrimían. Por tanto, Chasserian debía relacionarse especialmente con los oficiales de mayor influencia en el Ejército y la Armada, para descubrir su opinión sobre el Gobierno y «el número de buques de guerra, su fuerza, número de cañones y de marineros y su descripción». Todo lo necesario fue conocido por el Gobierno cuando pasó al Perú, pues se decidió por Bolívar que se publicaran las instrucciones en la *Gaceta de Lima*[6].

Hubo proyectos, como el de Francisco Xavier de Cervériz, que se aventuraron a cálculos concretos, como en formar una expedición de unos 25.000 hombres ¡nada menos! que se concentrarían en Puerto Rico, donde se dividiría en tres: una destinada a Caracas —que desembarcaría en La Guaira y Ocumare—; otra para, después de pasar a La Habana, se-

[6] J. Rodil, *Memoria, op. cit.*, pp. 242-245.

guir a Veracruz, donde desembarcaría, y desde allí tomar Campeche y Mérida de Yucatán, plan que se apoyaba en que Ulúa resistía; y la tercera partiría a Portobello, desde donde se ocuparía Chagres y Panamá.

Se recomendaba también por Cervériz prestar la mayor atención a la República de Haití, pues el Gobierno de Boyer, guiado por un expansionismo antillanista negro, tras haberse apoderado de la República Dominicana, sería un peligro que actuaría a la espalda. Lo difícil del plan —se decía— estaba en la necesidad de reforzar la Marina y de buscar los hombres peninsulares necesarios y a los que se unirían los americanos con lo que habría que reforzar el dispositivo.

La reconquista acariciada por Cervériz con su plan militar apuntaba también a un restablecimiento económico, por lo que había que ocupar, con preferencia, los sitios productores de cacao, añil, grana, café, algodón, azúcar, aguardiente, palo de tinte, quina, vainilla, etc. Es más, lo articulaba todo con un sistema comercial, pues prevenía que el cacao, añil, grana, café y algodón no se permitiría exportarlos fuera de la Península ni utilizar en el transporte buques extranjeros. Además, las naves extranjeras que exportaran a América hilo, vinos y quincallería no podrían hacerlo sin pagar la mitad de los aranceles en los puertos de Santander, Coruña, Cádiz o Barcelona, únicos que serían habilitados para estas transacciones. Una especie de «leyes de navegación», en suma, como las inglesas del siglo XVII. Pero soñadas.

Este plan, con las instrucciones que se decían recibidas por Chasserian para la recuperación de América, llegó a insertarse en la *Gaceta de Lima* por los patriotas, pero Rodil aprovechó para reproducirlo y distribuirlo entre los sitiados del Callao como gran noticia esperanzadora, que demostraba que no estaban olvidados —el problema psicológico de todo sitiado— pues auguraba que las desdichas tendrían fin porque —se decía— «acaso se hallan ya en el Pacífico muchas o suficientes fuerzas» destinadas a terminar con el «comandante Bolívar», que estaba ante la plaza aunque sin grandes resultados. Porque ciertamente el contraste de los sitiadores estaba en la estéril espera. Así, Santander expresaba a Mariano Montilla, el 24 de marzo —es decir, días después— su impaciencia, porque «nada se adelantaba del Callao ni de Olañeta; todo estaba reducido a esperanzas de que se rindiera el primero y se allanara el segundo».

Pero este ruido y alarma le era muy útil también a Bolívar para empujar a todas las repúblicas creadas a convenir en su propósito para establecer tratados de común defensa, con vista a la asamblea que pensaba

reunirse en Panamá, aunque bien sabía que tales proyectos recuperadores eran tan fantásticos como sus campañas de alarma sobre presuntos preparativos suyos sobre Cuba.

En 1825 Bolívar calculaba que El Callao se habría rendido en noviembre. Por ello, respaldó el armisticio con España, por el temor de que Chiloé fuera vendido por ésta a Francia o a Inglaterra en cualquier momento, lo que cerraría las puertas del Pacífico a los patriotas. Por todo ello sus maniobras para lograr cuanto antes el reconocimiento de España en lo que le secundaba Santander, aunque éste dudaba que Fernando VII aceptara aquella añagaza sobre Cuba, puesto que se había negado a oír las interposiciones de la Gran Bretaña y Francia absolutamente al hacer público, en nota a las potencias, que «no cedía un punto de sus pretensiones de someter por la fuerza de las armas a sus antiguas colonias». Por eso Santander se plegó a otro escalón: proponer un armisticio por diez años, con la mediación de Inglaterra y Francia «sin otra base que la de la igualdad de comercio; y la de solicitarla para todos los estados americanos si ellos quisieren aceptarla»[7]. Era todo una consecuencia de la grave situación económica que padecían y del convencimiento de que con esa suspensión de la guerra, por diez años consecutivos, la República se consolidaría y podría pagar sus deudas externas e internas, pues reduciría los gastos que eran de dieciséis a dieciocho millones anuales y disminuiría el déficit anual, ya que los ingresos eran de siete a ocho millones.

El fantasma de las expediciones y los verdaderos centros de atención

Tras Ayacucho y muerto ya Olañeta, Santander temió que la expedición española de la que se hablaba no iría al Perú sino a México o a Colombia; por ello concentró en Cartagena de Indias «un navío de 74, una fragata de 44, tres cobertas, dos bergantines y dos goletas» a las órdenes de Clemente y Beluche, «que seguirían al golfo mexicano a unirse a la escuadra mexicana, bloquearían Ulúa y batirían la escuadra española». La operación de la escuadra colombiana sería costeada por el Gobierno de México y fue dividida. Los buques menores «seguirían a cruzar sobre Puerto Rico al mando de Joly», y los mayores partirían a México.

La alarma patriota creció con la noticia de que Morales llegaría a La

[7] Arch. S., núm. XIV, pp. 146-147.

Habana con 9.000 hombres, lo que hacía presumir que la invasión temida fuera sobre Colombia. Rafael Urdaneta llegó a asegurar a Santander que la escuadra había salido de La Habana y estaba ante Santa Marta.

Todo ello eran suposiciones y maniobras para mantener la tensión de los pueblos, con vistas al Congreso de Panamá, al mismo tiempo que se daba a los ejércitos una necesidad de disciplina, ante esas misiones posibles.

Algo semejante tenemos que ver en España, pues tras la rendición de Ayacucho, si parecía lógico tomar providencias en La Habana y Puerto Rico, ante cualquier tentación de Bolívar —de acuerdo con sus «amenazas diplomáticas»—, también parecía útil dar oídos a planes e incluso suscitarlos, pues tales esperanzas galvanizaban otros riesgos. Así se comprende que el propio Laborde, ante los amagos constantes de los patriotas de que llegarían a atacar Cuba o Puerto Rico, dijera al ministro de Marina, el 26 de enero de 1826, desde La Habana, a bordo de la fragata *Lealtad,* que «entre estar a la mira de repulsar ataque o ir a presentarse al enemigo con nuestras fuerzas navales, se ha preferido sin titubeos irlos a buscar». Y añadía: «entre si debíamos pasar el seno mexicano o a la Costa Firme, se ha juzgado más ventajoso tomar el segundo partido, y dirigirnos con *La Lealtad, Iberia, Sabina, Casilda,* y *Perla* sobre Cartagena y desde ahí facilitar las operaciones que se podrían emprender en Costa Firme[8].

Naturalemente Laborde parece dejarse arrastrar por la impresión que podían causar en Cuba las noticias del enfrentamiento de Páez, frente al Gobierno de la Gran Colombia, así como de la guerra civil que pareció insalvable, hasta el extremo de verse Bolívar obligado a abandonar el Perú para trasladarse a Maracaibo y Caracas. La llamada *Cosiata* tuvo, pues, ese eco en las posibilidades apuntadas por Laborde.

Estos hechos repercutieron también en las potencias de Europa. Así, Garbiras informó a Santander, a su regreso de Francia, el 10 de septiembre de 1826, que en aquel reino, como en Inglaterra, causaron gran sorpresa estos graves enfrentamientos, que auguraban el cuartelamiento de Colombia, al punto que en Londres la cotización de los bonos de la deuda «bajaron hasta el 24 por 100», puesto que, además, Fernando VII aprovechó las circunstancias para destacar la anarquía en que vivían sus «colonias». Y Santander trasladaba a Bolívar que a consecuencia de ello,

[8] AB, Expdic. a Indias, 1826, carp. 864.

«la Inglaterra teme la disolución de la Unión, los fondos de la América han caído de un modo espantoso y la España, llena de orgullo y esperanza, activa una expedición para Colombia». Claro es que Santander manejaba toda esa alarma para forzar a que Bolívar regresara al Perú con un plan para someter a Páez a la obediencia, porque entendía que éste era el mayor peligro, dado que la fuerza existente en La Habana no era tan numerosa como se creyó en un principio, y Morales ni había salido de Madrid.

También es cierto que Santander suponía que, agitando otros riesgos, Páez se sometería ante Bolívar sin necesidad del empleo de las armas, que tan graves consecuencias podría crear. Por ello pedía a Bolívar que se apresurara a llegar a Venezuela porque temía que, por despecho, Páez se inclinara a soluciones extremas: «o ligarse con los pardos, o tomar carta con los godos», es decir, favoreciendo las tentaciones españolas. Y añadía: «se dice que le han ofrecido de la isla de Cuba» hacerle «jefe absoluto de Venezuela durante su vida» y capitán general, con el mando de las milicias «si se somete a España y entrega el país».

Pero Bolívar quitó importancia a los hechos y decía:

> la cosa de Páez no es nada, y si es algo no es más que el primer tropezón que ha sufrido una máquina torpemente construida, que se había mantenido firme porque no se había puesto en movimiento.

Es más, Bolívar añadió: «el divorcio lo indicó el Congreso, y Páez lo consumó». En enero de 1827 Bolívar llegó a Caracas, después de sometérsele Páez. Y es entonces cuando se permitió, con gran astucia, hablarle de Cuba y Puerto Rico, para ponerle delante de los ojos una «tarea de gloria», si bien lo que se proponía era agitar una misión en que ocupar a su ejército, porque sólo con disciplina militar dejaba de ser «una amenaza para la tranquilidad pública».

La idea del derrumbamiento, que empezó a extenderse en 1826, no fue exclusión de España y de las demás potencias europeas, pues, también era como un fantasma, algo que veían aparecer desde tiempo atrás, los más cercanos al Gobierno de Colombia. Así, J. García del Río desde Londres, escribió a Santander ya en 1823 que

> en medio del placer que debe causarnos la expulsión de los españoles del suelo americano [...] se aflige uno al contemplar en la imaginación los ma-

> les que amenazan en aquel mismo momento tan deseado [...]: la hora de la independencia será la del encadenamiento de las pasiones innobles, contenidas tan sólo hasta aquí por el temor del común enemigo. La ignorancia que por desgracia es tan general en nuestro país, la falta de experiencia, la ambición, la ociosidad, todo me hace temer la guerra civil, la insubordinación de nuestros gobiernos, la separación de las provincias.

Bueno es advertir, por lo tanto, que los proyectos recuperadores en esta hora —a partir de mediados de 1826— ya no tienen el carácter que pudieran tener antes de perderse los «puntos de apoyo» de los núcleos de resistencia, para convertirse ya, a lo sumo, en acciones de acompañamiento, de ayudas a los pueblos que se veían en derrumbamiento por la quiebra de los regímenes independientes.

Bien es cierto que todo lo que se temía en Colombia sobre los proyectos que se montarían en Cuba era fantástico, pues el ejército y la marina que se necesitaban para tales objetivos, como los apuntados por Laborde, no existían, ya que el 16 de enero de 1826 España contaba, como ya dijimos, para sus provincias europeas y ultramarinas con un total de 284 jefes, 2.483 oficiales y 75.318 hombres de tropa de todos los cuerpos; 141 jefes, 832 oficiales, y 11.242 hombres de tropa en las compañías sueltas. Pero aún era más precario el estado de la Marina nacional, que sólo contaba con 9 bergantines, 2 corbetas, 1 bergantín-goleta, 4 goletas, 4 faluchos, pues los de navíos y la fragata de mayor porte estaban en construcción.

Apenas podía pensarse en lo que parecía más fácil, en Nueva España, idea que tampoco se le iba de la cabeza a Fernando VII, puesto que la pérdida del virreinato había sido muy distinta de lo sucedido en Costa Firme o el Perú, ya que no había habido una derrota militar y el potencial español dentro del país era inmenso, con lo que se daba por supuesto que tras los desórdenes e incertidumbres que se repetían, incluso eliminando el imperio, sugiera la posibilidad restauradora ya que Cuba estaba ante los ojos y mucho más San Juan de Ulúa.

Por ello también el fantasma de la invasión gravitaba en el propio país, lo que llevó a Guadalupe Victoria a proponer a Santander, el 30 de marzo de 1826, renovar el convenio para la defensa común, y a contratar al comodoro Porter para los buques de Veracruz.

Por otra parte, los barcos disponibles de la escuadra española quedaron semidestrozados navegando ante la Florida, en la latitud 33. El na-

vío *Guerrero,* casi en ruinas, y las fragatas *Lealtad* y *Vengadora* y la goleta *Dichosa,* desarboladas. Se supo que una sola goleta pudo llegar a Charleston. Con estas desgracias, Javier Medina propuso forzar una acción de barcos corsarios, pues calculaba «si México diese patentes, los españoles no podrían tolerar el estado de bloqueo» sin terminar reconociendo la independencia.

Sin embargo, la presencia de Laborde en el Caribe —siempre tan temido— continuó, con constante preocupación todavía al final de la época de Bolívar. Por eso preocupó tanto en Bogotá el comienzo de la guerra entre Colombia y el Perú, al mismo tiempo que se daba el derrumbamiento del régimen bolivariano en Bolivia y tras la incierta actitud de Páez en Venezuela, en continua fricción con Bogotá.

En las mismas Antillas españolas se creyó que el presumido desplome de las ilusiones republicanas favorecía a los partidarios del restablecimiento del régimen español, máxime cuando había tantos refugiados de Costa Firme en Puerto Rico y Cuba. Vale recordar que todavía en este año de 1829 Arizábalo se mantenía con sus guerrillas en Venezuela, de lo que hablaremos más adelante, por lo que toda clase de rumores y de creencias eran posibles.

Pero con todo, la atención española se centraba en la Nueva España, así como en el Plata, donde tampoco se había dado ni un Carabobo ni un Ayacucho. Serán, pues, los dos ámbitos de preferente atención, máxime cuando también son los países donde estuvieron fraguándose tempranamente proyectos monárquicos, síntoma por lo tanto de un desvanecimiento de la ilusión republicana.

Recordemos a este propósito que fueron Rivadavia y Belgrano los primeros que estuvieron gestionando el establecimiento de infantes españoles en su país, como también fue después el programa que dio contenido al Imperio de México que creó Iturbide. El profesor Ramos, en su estudio sobre las gestiones patriotas iniciales de los comisionados del Plata, publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, habla del primer caso, así como Jaime Delgado trató el segundo.

X

EL BRIGADIER BARRADA EN NUEVA ESPAÑA

La proclamación de la independencia en el virreinato de Nueva España redujo la presencia española a la isla de San Juan de Ulúa, con una esperanza recuperadora más firme que en ninguna otra parte, por el respaldo que podía prestar Cuba y por las condiciones que para mantenerse existían, más favorables aquí que en ningún otro sitio, gracias a los relevos que podían enviarse, como ocurrió hasta el agotamiento. Pero aun después de la entrega de Ulúa, el 23 de noviembre de 1825, persistieron los planes de reconquista de Nueva España, que se salpicaron de 1826 a 1833, es decir, durante los últimos siete años de Fernando VII. La preferencia dada a la acariciada reconquista de México se fundaba tanto en las razones que hemos examinado ya, como en los efectos económicos que se derivarían, pues en razón de la riqueza del país, se calculaba que, en el caso de tener éxito, de él se lograrían fondos suficientes para otras expediciones. Podía ser, pues, la cabeza de la reconquista para otras e incluso de toda América.

Jaime Delgado estudió los proyectos de la expedición del brigadier Isidro Barrada y los que le precedieron y le siguieron, hasta el intento de coronar rey de México al infante don Francisco de Paula, con las constantes consultas al Consejo de Estado, e incluso los principios de las negociaciones diplomáticas. El asunto debía ser tratado preferentemente de gobierno a gobierno y no por las armas, sino como apoyo al deseo que se creyó que el pueblo tenía.

Expulsión de españoles

Desde 1821, por el Tratado de Córdoba estaba decidido que las tropas españolas debían abandonar el territorio mexicano lo más pronto po-

sible. El 28 de septiembre del mismo año, la Junta Provisional Gubernativa promulgó el *Acta de Independencia* e inmediatamente se inició una forzosa «emigración de españoles» de aquellos que no aceptaron la creación del Imperio. Todos los empleados públicos y los militares que no estuvieran en estas condiciones debían salir. Así, la Administración quedó en cuadro y las calles, sin vigilancia, fueron campo libre para saqueos.

La conspiración del padre Arenas desencadenó una «nueva expulsión de españoles» en los primeros meses de 1827, al ofrecer un ejemplo de peligrosidad. Salieron muchos, pero aún permanecieron más de seis mil que se beneficiaron de las excepciones previstas en la misma ley. Algunos jueces se apenaban de los condenados a salir a países extrajeros, sin recursos y con una familia numerosa, por lo que hubo tolerancia. Luego se apretó el rigor para evitar que se dejara como mera fórmula. Se amenazó con cárcel al que no saliera en «un corto número de días», por lo que las gentes se ocultaban de la terrible persecución. El asunto era tema obligado en los periódicos, en materia de conversación, de los debates de la Cámara y centros oficiales, según dice Zavala.

El saqueo de Parián en 1828 arruinó a los comerciantes españoles y, al año siguiente, el Congreso decretó la expulsión total de los tolerados. Así, la República que presidía Santa Anna, en 1829 tenía cuatro problemas pricipales, dice Luis Briceño:

> la segunda expulsión de españoles del país; la amenaza que se convirtió en realidad, de una invasión por parte de España; la situación caótica de la economía, y la reorganización del Ejército, para evitar su completa disolución.

El liberal Lorenzo Zavala, que dirigía la Hacienda desde el 16 de abril de 1829, decía que las ideas, opiniones, partidos e intereses de 1808 a 1830 fueron tantos que los habitantes pasaron del «despotismo a la arbitrariedad, hasta las teorías más liberales» y, con tanto cambio, no había nación que pudiera reconocer este gobierno. Había así un choque continuo entre las doctrinas que se profesaban, las instituciones que se adoptaban y los principios que se practicaban.

Fray Antonio Álvarez, dominico, fue uno de los expulsados de México. Llegó a Puerto Rico a fines de 1826, e informó al capitán general Miguel de la Torre, que ni México ni Guatemala contaban con ejército y que el pueblo se sumaría al Ejército español en caso de intentarse la re-

conquista. Álvarez decía también que para actuar con éxito en Guatemala sólo se necesitarían 4.000 hombres y para tomar México con 10.000 «estaba tomado el reino». ¿Fue el paroxismo de las expulsiones lo que, al fin, hizo prestar oídos a estas ideas o fue la reiteración sobre las condiciones favorables lo que vino a forzar los proyectos?

El caso es que la reconquista de México surgió de fuera hacia adentro, pues los españoles expulsados pidieron armas a la Península, que las concedió de las pocas que tenía. En España se organizó la expedicion de Isidro Barrada a México con un contingente de 3.586 hombres, a los que se unirían los partidarios que habían asegurado existir en la República y los que de La Habana habría de enviar el capitán general de esa isla. No era, pues, una expedición reconquistadora, sino de apoyo —según se decía— a un pueblo sometido y engañado en un principio, que se decidía ya a tomar partido.

Preparativos de la expedición española para México

Mientras, España seguía concentrando fuerzas de mar y tierra en Cuba. El general Morales había llegado a La Habana con algunas tropas, transportadas desde las islas Canarias en dos fragatas y tres corbetas. Además, el 10 de febrero de 1828, el bergantín mexicano *Guerrero* fue capturado por la fragata española *Lealtad,* quedando su comandante, comodoro Porter, inactivo en Veracruz, y el comandante Laborde, dueño del mar. Pero aún más: la flota española fue reforzada con el navío *Soberano* y otros barcos, por lo que empezó a temerse un ataque a Veracruz, como Porter lo creyó en abril de 1828.

México se preparó para la eventualidad, proveyendo de víveres a San Juan de Ulúa y dispuso la corbeta *Kesington,* entre otros buques, para defender la plaza. El proyecto más ilusorio de México fue destruir toda la escuadra española en el propio puerto de La Habana. Porter, en combinación con J. L. Ripaud, autor del plan, lo llevaría a cabo por cincuenta mil duros, cantidad de la que no se hablaría ni figuraría en ninguna parte, hasta que se verificara la destrucción de los buques *Guerrero* y *Soberano.* Pero el plan fue descubierto y quedó todo en aguas de borrajas.

México tuvo colaboradores clave, como el coronel Feliciano Montenegro —natural de Caracas y gobernador de Maracaibo cuando las tropas de Urdaneta tomaron esa ciudad, y después secretario del general Vi-

ves, capitán general y gobernador de Cuba— que participó con los revolucionarios de Cuba, y en Filadelfia se unió con los agentes de México y Colombia. Montenegro pasó luego a Nueva Orleans, desde donde tenía informado al agente de México sobre los manejos secretos de los españoles para invadir México —en los cuales estaba complicado Francisco Bodega, de Puebla, y quizás también el general Santa Anna—, facilitando también un estado de la fuerza de Cuba, gracias a cuyos servicios contó con pasaporte para la República Mexicana. Los servicios que Montenegro hacía a México eran pagados con un sueldo mensual de noventa duros, habiéndose comprometido a tener enlaces secretos con Cuba para luego informar a los mexicanos los movimientos de tropas y fuerzas navales. Además, se reunía con los conspiradores cubanos Manuel Machado, Rojas y García. Pero impuesto Vives por el cónsul español de Nueva Orleans de estas actividades, ordenó detener a Machado, acusado de estar en relación con Montenegro y con Rojas. En 1829, Montenegro seguía en Nueva Orleans prestando servicios a México en unir voluntades de los que podían «desear la independencia de La Habana y tramar, si le fuera posible, la insurrección de la isla de Cuba». Así, el ex gobernador de Maracaibo se convirtió en perseguidor de los españolistas de Nueva Orleans, emigrados de México.

Consecuente con su misión, Montenegro comunicó el 17 junio al Gobierno mexicano estar próxima la salida de la expedición del brigadier Barrada «que se componía de ocho a nueve mil hombres, y que, según se decía, iba a desembarcar en Yucatán». Por este motivo recomendó un ataque a Cuba, para lo que pedía auxilios, pues suponía que así se paralizaría el intento. Al día siguiente, Montenegro corrigió la cifra e informó que eran sólo cinco mil hombres los preparados, aunque esperaban en Cuba unos tres a cuatro mil hombres más de la Península. Por supuesto, estaría bien abastecida, pues «se habían contratado cuatro mil barriles de carne y otros tantos de harina, y la expedición llevaría cinco mil fusiles, tres mil lanzas, ocho piezas de campaña y víveres para cuatro meses». Todos los detalles eran más o menos exactos, excepto el lugar de desembarco.

Lo curioso es que antes del 8 de septiembre fue suspendido el pago que como confidente recibía Montenegro, que fue sustituido por el agente mexicano Basadre. Esto quiere decir que México ya no debía fiarse de él. ¿Por haberse averiguado el error decisivo del lugar de desembarco, o por otra razón?

En Madrid se había preparado meticulosamente, en efecto, el proyecto para reconquistar México y se examinaron también los propuestos por los expulsados. Finalmente el Consejo de Estado, el 28 de octubre de 1828, aprobó las bases de reconquista. Éstas eran: 1.° Avisar y encargar el plan al capitán general y al intendente de La Habana. 2.° El intendente debía reunir cien millones de reales tomados a préstamo a Estados Unidos bajo las garantías de las cajas de La Habana y México. 3.° El Rey socorrería con tropas y comisionaba dos militares a La Habana para determinar lo necesario para la empresa con el capitán general. 4.° Para evitar que Inglaterra se opusiera a la expedición publicó, como propaganda justificadora de la empresa, la *Historia de la Revolución Hispanoamericana,* de Mariano Torrente, abundando sobre los males de los movimientos independientes y las bondades de la reconquista. Además, los españoles que aún vivían en México también usaron los mejores medios para adquirir respaldo moral desprestigiando la República. Así, casi diariamente se publicaban cartas llenas de falsedades contra la conducta y manejos de Santa Anna y de los gobernadores de los Estados, según Lorenzo Zavala. Los españoles de afuera de la República trabajaban igualmente para «debilitar la opinión del Gobierno y desalentar a los negociantes de los Estados Unidos del Norte en la continuación de sus relaciones mercantiles». En Nueva Orleans tenían un periódico titulado *El Español* que repetía las calumnias de los españoles de México o inventaban otras. En Nueva York, *El Redactor,* subvencionado por el Gobierno español, y *El Mercurio,* hacían aparecer todos los sucesos como desastres, decían que sólo reinaba la anarquía, el saqueo, el desorden y manifestaban así la desesperanza con que habían de mirarse los movimientos insurgentes. Con ello, los españoles de dentro y de fuera de México pretendieron disminuir la estima del Gobierno en el poder dentro y fuera de la República.

Desembarco de los expedicionarios

Los temores de que la expedición española desembarcara en algún punto de la República se confirmaron con las noticias que llegaban a México. Se supo exactamente la partida de la expedición de La Habana el 5 de julio de 1829, pero no a qué puerto se dirigiría, lo que creó gran desasosiego, aunque dando tiempo a preparar el ambiente.

Así, la condición impresicindible para todo ataque, como el que se pretendía llevar a cabo, que era la indispensable sorpresa, no exisitió, al ser un secreto a voces, por lo cual la expedición quedaba de antemano muy comprometida.

El presidente mexicano tuvo tiempo de sobra de preparar el espíritu público, cultivando el orgullo patriota, para de esta manera poder rechazar a los invasores, lo que no podía hacerse por la acumulación de medios, dada la pobreza reinante. Calculó, acertadamente, que la actitud del pueblo era la colaboración que debería buscar. Quizá pudo tener en cuenta el precedente de que fue también el espíritu público convenientemente jaleado el que impuso tiempo atrás la proclamación de Iturbide como emperador. Se trató, pues, de una acción de propaganda y exacerbación general.

La expedición se puso a las órdenes del brigadier Isidro Barrada, que siendo coronel tomó posesión del cargo de gobernador de la ciudad de Santiago de Cuba en mayo de 1826 y lo entregó en septiembre del mismo año, habiendo fracasado en su gestión de gobierno, y comenzaba ahora una empresa militar, ¿con mayor acierto?, ya veremos. La fuerza expedicionaria constaba de 3.000 hombres, aunque zarpó con 500 más que iban en una fragata que en la travesía se extravió y fue a parar a Nueva Orleans; por tanto, los expedicionario no llegaron nunca a 4.000, como se repite en algunas obras de consulta general.

El 27 de julio de 1829 se verificó el desembarco en Cabo Rojo, a doce leguas de Tampico. Según consta en un *Diario* secreto de la expedición que obra en el Servicio Histórico Militar de España, los datos sobre el desembarco son los siguientes:

> habiendo dormido en el bergantín *Canario* la noche precedente, dichos jefes, ayudantes y Estado Mayor, muy de mañana se comenzó la operación de desembarco por una lancheta que contenía al general Sr. Barrada, sus ayudantes y una guerrilla del primer regimiento, y luego tremolando el pabellón español, en los altos médanos de la playa fue saludado por la escuadra por una descarga de 21 cañonazos, y se continuó el desembarco de la división habiendo concluido esta operación a las cuatro de la tarde sin más desgracias que haberse suicidado un soldado con su propio fusil[1].

[1] Servicio Histórico Militar, Madrid, *Diario reservado de la Campaña de Méjico,* año 1829, 6.548.

Mal presagio para la expedición. El desembarco de pertrechos y raciones para ocho días se continuó al día siguiente, 28 de julio. También el tesorero Muñoz desembarcó por orden de Barrada 122.400 pesos, así como las cargas de los cuerpos con sus cajas. Pero como no había otros lugares de seguridad, quisieron volver los caudales a bordo, precaución tan oportuna como imprudente la de llevar por tierra las cajas. ¿Había demasiada confianza o impremeditación? El día 29, al toque de diana, se dio orden de levantar el campo y emprender la marcha, formando su cabeza la primera compañía de caballería.

Los patriotas de todos los estados de la República se desplazaron en masa para la defensa y para impedir el desembarco. Los de Zacatecas, San Luis Potosí, Tamaulipas, Nuevo León, Veracruz y México aportaron sus hombres. Pero el desembarco fue un hecho y Barrada pudo emprender la marcha, nada fácil, pues en ella llegaron a morir por cansancio algunos soldados y otros «cuatro o cinco» desertaron hacia el 31 de julio. Además, ese mismo día, «antes de que se tomara la playa como era el objetivo», los mexicanos apostados en sus posiciones permitieron el paso de las fuerzas de Barrada para caer sobre ellas, abriendo fuego de fusilería y cañón a sólo veinte varas de distancia. Repuestos de la sorpresa, los hombres de Barrada hicieron huir a los republicanos, aunque con la pérdida de oficiales y soldados. Luego pudieron internarse en el bosque hasta llegar al rancho Sosa donde la división estableció el campamento el 1 de agosto. Al día siguiente siguieron hacia Tampico alto, a una legua del rancho de Sosa, donde fueron recibidos por el cura. Al partir al día siguiente, dejaron los enfermos y heridos con una guarnición de 150 hombres a las órdenes del comandante Arroyo, aquien Barrada le dejó 500 pesos.

El 3 la división continuó la marcha hacia Pueblo Viejo a tres leguas de donde estaban las furzas con las que Victoria se les opondría —según supieron por algunos indios y extrajeros—, así como también por la proclama que diera el jefe mexicano para estimular a las gentes a defender la República. Aun así siguieron la marcha y el 16 de agosto de 1829 llegaron a Tampico, donde Barrada dejó al coronel Salomón y a 250 enfermos, heridos y convalecientes, más 100 hombres de guarnición, y Barrada continuó la marcha, según el *Diario*. La debilidad con que quedó Salomón hacía prever lo que sucedió, pues cuatro días más tarde, el 20 de agosto, Santa Anna, además, con «mucha fuerza», le intimó rendición que trocó este jefe realista, muy hábilmente, por un armisticio, cal-

culando que en ese tiempo, aunque corto, regresaría Barrada, como así se lo ofició. Pero veamos algo más que esta cronología del *Diario.*

Efectivamente, Barrada ocupó los pequeños pueblos donde encontró poca resistencia. En la costa hubo de mantener algunos encuentros con las milicias del litoral, para luego dirigirse a Pueblo Viejo, sobre la orilla del Río Pánuco, pequeña población de casas de palma y adobe de 2.000 a 3.000 habitantes, a una legua de la costa.

Barrada atravesó el río en balsas y canoas y se apoderó de Tampico de las Tamaulipas, puerto principal del Estado de este nombre y ocupó un fortín a tres millas, en la desmbocadura del río. Desde ahí pensó proteger «los buques que vinieran de los puertos españoles para auxiliarlos, o cualquier otro para hacer comercio». Luego, Barrada publicó una proclama en la que anunciaba que «había recobrado, en nombre de su soberano» una interesante parte del virreinato de México, por lo que invitaba

> a los comerciantes de las naciones extrajeras a concurrir al puerto que había ocupado, prohibiendo la introducción de algunos efectos, arreglando los derechos de entrada de otros y franqueando de toda carga los víveres, que ofrecía, además, pagar con religiosidad y de contado.

Algunos del interior colaboraron con el plan político de Barrada con los medios de que disponían. Otros, como Bustamante e Ibar, escritores posiblemente espías, negaban la invasión española para ganar tiempo aun cuando las tropas estaban en Cabo Rojo. El primero decía que los desembarcos no eran españoles sino americanos del norte, y el segundo invitaba al Ejército patriota a «destruir primero al Gobierno nacional, y pasar después a batir al enemigo». Así seducía y minaba la moral de los ejércitos patriotas.

Mientras los españoles permanecían en Tampico, en la capital de México corrían noticias de que algunas tropas enemigas habían desembarcado en las costas de Huatulco, sobre el Pacífico, en el estado de Oaxaca, y se anunciaba como cierto que la escuadra española había regresado para reembarcar la vanguardia de la división del centro del ejército, como se denominaba a la de Barrada. El presidente ordenó al vicepresidentre Bustamante situarse con 3.000 hombres entre las tres villas de Jalapa, Córdoba y Orizaba, desde donde podría hacear un movimiento sobre las costas de Coatzacoalcos, Veracruz o Tuxpan y conservar las tropas en un

clima templado sin los peligros de la tierra caliente. Guerrero no estaba un solo momento tranquilo mientras los españoles permanecían en el territorio, por lo que se opuso a las expectativas.

El general Santa Anna, nombrado general en jefe del Ejército mexicano, desplegó en cambio gran actividad: impuso préstamos forzosos, requisó los buques mercantes y de guerra del puerto de Veracruz, dispuso en ellos el embarque de la infantería, mientras que la caballería se dirigía por la costa, habiendo reunido hasta cerca de 2.000 hombres. Con esa fuerza marchó al encuentro del enemigo, habiéndose embarcado él, igualmente, y exponiéndose así a ser atacado por las unidades marítimas del comandante de la escuadra española, el famoso Laborde, que había conducido la expedición. Pero Laborde se limitó a desembarcar las tropas expedicionarias en Cabo Rojo, sin tomar más parte activa, quizá porque resultó preferible no comprometer las unidades, ya que no se trataba de un compromiso naval.

Cuando el general Santa Anna llegó a Pueblo Viejo, Barrada ya lo había abandonado al no poder cubrir a la vez varios puntos. Había acampado a una milla de distancia de las tropas mexicanas, separado de su zona únicamente por un río[2].

Barrada, al desamparar este lado del río, inutilizó los cañones que estaban en el fortín de la Barra y los que había en Pueblo Viejo al no poder trasportarlos, pero se apoderó de todos los víveres y provisiones que encontró en ese lugar. En el tránsito de Cabo Rojo resistió las partidas mexicanas que en dos fortificaciones y en la espesura de los bosques adyacentes los esperaban. En este punto, el 17 de agosto la acción se decidió a favor del realista Barrada, que se apoderó de la villa.

Después de ocupar Tampico de las Tamaulipas, Barrada trató de internarse rumbo de Altamira a Maxiscatzin, a siete leguas de Tampico, para llegar a la hacienda del Cojo, que como otros puntos, el general Terán había fortificado.

Mientras, Santa Anna aprovechó la ausencia de Barrada para atacar Tamaulipas el 20 de agosto, donde sólo había 400 ó 500 hombres al mando del coronel español José Miguel Salmón. Santa Anna atravesó el río en canoa con 500 hombres y desembarcó entre la barra y la villa. Comenzó el combate en las mismas calles de la ciudad e intentó tomar el fuerte por asalto, pero no pudo rendirlo y negoció un corto armisticio

[2] SHM, *Diario Reservado,* 6.548.

con Salmón, mientras éste confiaba que en ese tiempo acudiera Barrada a defenderlo.

Rendición

Los expedicionarios estaban reducidos a los dos puntos de Tampico y la barra, en donde había un fortín con una guarnición considerable. El 9 de septiembre los generales Santa Anna y Terán se combinaron para atacar a los expedicionarios. El primero atravesó el río por la parte sur y el segundo se aproximó por la parte norte, quedando el cuartel realista acorralado entre cinco mil hombres enemigos. Terán se apoderó del castillete de doña Cecilia, una de las fortalezas entre la barra y el pueblo de Tampico, y Santa Anna se dirigió a atacar el pueblo y ordenó a parte de sus tropas tomar por asalto el fortín. El comandante de la Barra el día 11 hizo salir dos partidas por derecha e izquierda, y el combate, de doce horas, a la bayoneta, bajo lluvias torrenciales, ocasionó numerosas bajas de ambas partes. Los españoles se defendieron con valor, orden, disciplina y con la obstinación habitual, aumentada por la situación en que se hallaban, sin un punto adonde retirarse, y obligados a escoger entre rendirse a discreción o perecer, dice Zavala. En el combate en el fuerte perdieron la vida el coronel Acosta y el capitán Tamáriz, oficiales mexicanos, así como doscientos asaltantes más. En las filas realistas quedaron heridos «ambos jefes que mandaban el puesto, 5 oficiales y 89 de tropa, y muertos 58 hombres y 4 oficiales», según consta en el diario ya citado.

Pero la resistencia realista no podía contener la impetuosidad, el entusiasmo, el vigor y sobre todo el doble número de los mexicanos que atacaban, cuando, además, Barrada descubrió «una conspiración que habían formado varios de los oficiales» para obligarle a enarbolar bandera blanca. Por ello, el cuartel general español, de acuerdo a una Junta de Guerra, izó bandera parlamentaria y suspendió el fuego.

Tras 47 días de permanencia de la expedición en México —Zavala habla de 153 días contados desde que se comenzó la organización— se firmó el convenio de capitualación de las fuerzas españolas el 11 de septiembre de 1829, en Pueblo Viejo de Tampico. Los acuerdos redactados por Pedro Landero, José Ignacio Iberri, José Antonio Mejía, José Miguel Salmón y Fulgencio Salas fueron ratificados por Antonio López de Santa Anna y por Isidro Barrada. En ellos se acordó la salida de las tropas es-

pañolas el 12 de septiembre a las nueve del día hacia Tampico de Tamaulipas. El 13 entregarían sus armas en la ciudad de Victoria, donde esperarían hasta ser transportados. Los gastos de manutención, mientras permanecieran en el país, así como los transportes, los víveres y bagajes y las atenciones a los enfermos mientras no pudieran salir de Tampico, serían obligaciones de Barrada.

El general español quiso proteger el contingente de tropas que esperaba y añadió un artículo al convenio prohibiendo atacar las fuerzas españolas que pudieran llegar al puerto. El mexicano añadió otro imponiendo a los capitulados tomar las armas contra México. Así terminó la expedición Barrada, después de gastar un millón de pesos y de haber sacrificado, al menos, mil quinientos hombres. Los proyectos, tantas veces anunciados de un desembarco en las costas de Nueva España, se harían ya muy difíciles con esta penosa experiencia. El jefe realista, muy resuelto pero corto de luces, dice Jaime Delgado, creyó siempre que el pueblo respaldaría al Ejército expedicionario —según se la había anunciado—; por ello sufrió una gran decepción, pues el Gobierno mexicano tomó las medidas que dictaba la ocasión para terminar con éste y su pretensión en plazo tan corto.

Pero el fracaso de esta expedición no hizo desistir del deseo de reconquistar Nueva España, pues el Rey se propuso «repetir el intento con mayores medios y más nutrido ejército», para lo que se consideró la propuesta de Juan Bautista de Íñigo, en octubre de 1829. Éste era mexicano y ofrecía costear un ejército de 8.000 hombres armados, víveres y 500.000 pesos fuertes para atender los primeros gastos[3].

La expedición no se realizó, claro es, posiblemente por los altos costos. En 1830 aún corrieron rumores de que habían desembarcado unos 2.000 hombres al mando del mariscal de campo José Bellido y que su destino sería México. Y el intendente de La Habana escribía al secretario de Hacienda que si se hacía esa expedición, se necesitarían unos veinticinco mil hombres y unos quince millones de pesos fuertes, pues tras la «desastrosa expedición Barrada», todo habría que realizarlo con armas, ya que la opinión estaba perdida y Cuba no podía aportar más para obtener recursos. La reconquista no estaba descartada.

[3] Véanse apéndices XVIII y XIX en J. Delgado, *España y México, op. cit.*, t. III, pp. 444-448.

pañolas el 12 de septiembre a las nueve del día hacia Tampico de Tamaulipas. El 15 entregarían sus armas en la ciudad de Victoria, donde esperarían hasta ser transportados. Los gastos de manutención, mientras permanecieran en el país, así como los transportes, los víveres y bagajes y las atenciones a los enfermos mientras no pudieran salir de Tampico, serían obligaciones de Barrada.

El general español quiso proteger el contingente de tropas que esperaba y añadió un artículo al convenio prometiendo atacar las fuerzas españolas que pudieran llegar al puerto. El mexicano añadió otro imponiendo a los capitulados tomar las armas contra México. Así terminó la expedición Barradas, después de gastar un millón de pesos y de haber sacrificado, al menos, mil quinientos hombres. Las proyectadas, tantas veces anunciadas de un desembarco en las costas de Nueva España, se habían ya [illegible] con este pequeño [illegible]. El jefe realista, muy reaccionario como lo fue, dice Jaime Delgado, creyó siempre que el pueblo respaldaría al ejército expedicionario —mal se le había informado—; por ello sufrió una gran decepción, pues el Gobierno mexicano tomó las medidas que dictaba la ocasión para terminar con esta gran pretensión en plazo tan corto.

Pero el fracaso de esta expedición no hizo desistir del deseo de reconquistar Nueva España, pues el rey se propuso [illegible] otro intento con mayores energías y más nutrido ejército, para lo que se consideró la propuesta de Juan Bautista de [illegible], en octubre de 1829. Éste era mexicano y ofrecía costear un ejército de 8,000 hombres armados, víveres y 300,000 pesos fuertes para ayudar los primeros gastos.[?]

La expedición no se realizó; pero es, posiblemente por los años cuarenta, en 1830 aún corría la noticia de otra [illegible] desembarcando unos 27,000 hombres al mando del [illegible] Laborde [illegible] y que su destino sería México. Y el [illegible] de La Habana [illegible] de Plasencia que si se hacía esa expedición, se necesitarían unos veinticinco mil hombres y unos quince millones de pesos fuertes, pues tras la amarga expedición Barradas, nadie dudaba que México [illegible] las armas, y que el ejército estaba [illegible] y que [illegible] el pueblo [illegible] recursos. La reconquista [illegible].

[illegible] siglos XVIII y XIX en [illegible] pp. 444-448.

XI

ARIZÁBALO Y SU COLONIA AGRÍCOLA EN COSTA FIRME (1826-1829)

Otro caso muy distinto al de Barrada es el de la resistencia guerrillera en Venezuela, que llegó a encabezar el teniente coronel Arizábalo. Decimos que es un caso distinto porque no se trata de una fuerza desembarcada al calor de unos supuestos favorecedores del interior, sino de la materialización de una resistencia, que va cobrando volumen como reacción. Páez estuvo al principio ocupado —tras la rendición de Puerto Cabello—, el año 1824, en perseguir a los guerrilleros que mandaban los capitanes José Dionisio Cisneros, Juan Centeno y Doroteo Herrera, todos oficiales que se habían distinguido en las filas realistas y que después de la batalla de Carabobo capitaneaban guerrillas a favor del Católico Monarca en los valles del Tuy y distritos de Guarenas, Petare y Los Güires. El más notable entre ellos era Cisneros, el «Fra-Diávolo de Venezuela», que había sido sargento de las tropas de Morales, pero también «cabo segundo» en la división de José Pereira en Caracas, y que habiendo reunido una muchedumbre de forajidos, decía que un religioso de Caracas le mandaba hacer «la guerra a todo blanco»[1]. Según el propio Páez, estaban sostenidos por el famoso José Domingo Díaz, que desde Puerto Rico mandaba impresos asegurando que pronto llegaría a las costas venezolanas una formidable expedición. Así se sumaban dos efectos, el peligro de las guerrillas y el ejército que se creía que podía acordar remitir la Santa Alianza, que según decía Páez «amenazaba con destruir la independencia de los nuevos Estados». Ante el peligro de que las naciones europeas ayudaran a España y de que el Rey estaba organizando

[1] Véase J. Páez, *Autobiografía, op. cit.*, t. I, pp. 275-276, citando a Torrente.

50.000 hombres, los colombianos pusieron su esperanza en los Estados Unidos del Norte.

La Torre, ya teniente general de los Reales Ejércitos en Puerto Rico, conocía muy bien el área operativa de los guerrilleros y no se limitó a ser mero receptor de ideas, sino que promovió y respaldó al no menos conocedor José de Arizábalo.

Los disgustos internos que se produjeron repercutían en inmigraciones y en proyectos que se llevaban ante los antiguos jefes que, como La Torre, no estaban lejos. Éste mismo nunca pudo olvidar Caracas, por lo que no debe extrañarnos que en momentos propicios pensara en la posibilidad de aprovechar los ofrecimientos llegados, para encauzar ese potencial que se daba como cierto. Así se inició la empresa que puso en marcha el teniente coronel José Arizábalo, designado por La Torre el 30 de junio de 1827 como comandante general de las tropas americanas de Su Majestad para operar contra la República de Colombia en las provincias de Venezuela, subordinado a su dirección. Todavía Barrada estaba muy lejos de pensar llegar a México.

De esta empresa tenemos noticias detalladas por un informe que existe en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, que Arizábalo entregó a La Torre a su regreso, liquidado el intento, y que el capitán general elevó a la Corona[2], además de que pasó el interesado a la Península para ampliar verbalmente su relación. De esto se deduce que aún en su ánimo, como también en el de no pocos jefes realistas, no se descartaba la idea de volver a la Costa Firme, en lo que el mismo La Torre había puesto todo lo que «estuvo a mi alcance». La situación en que veía a la tierra venezolana le hacía pensar que tal sería casi lo inevitable.

Arizábalo comenzó su carrera en el Real Cuerpo de Artillería a las inmediaciones de su tío carnal brigadier Juan Arizábalo y Orobio. Luego Toribio Montes, gobernador de Puerto Rico, lo nombró guardaparque de la Artillería, que debía operar en la reconquista de la parte española de la isla de Santo Domingo, para donde partió en febrero de 1809. Esta batalla contra los franceses, al mando de Juan Sánchez Ramírez, se decidió a favor del Rey, quien tomó la capital. Arizábalo fue entonces nombrado subteniente de la artillería fija de la plaza de Santo Domingo. En octubre de 1813 fue destinado al departamento de Caracas como briga-

[2] AHN, Madrid, Estado, leg. 6.375, caja 1, número 189. Informe del teniente coronel José Arizábalo a La Torre, *op. cit.*

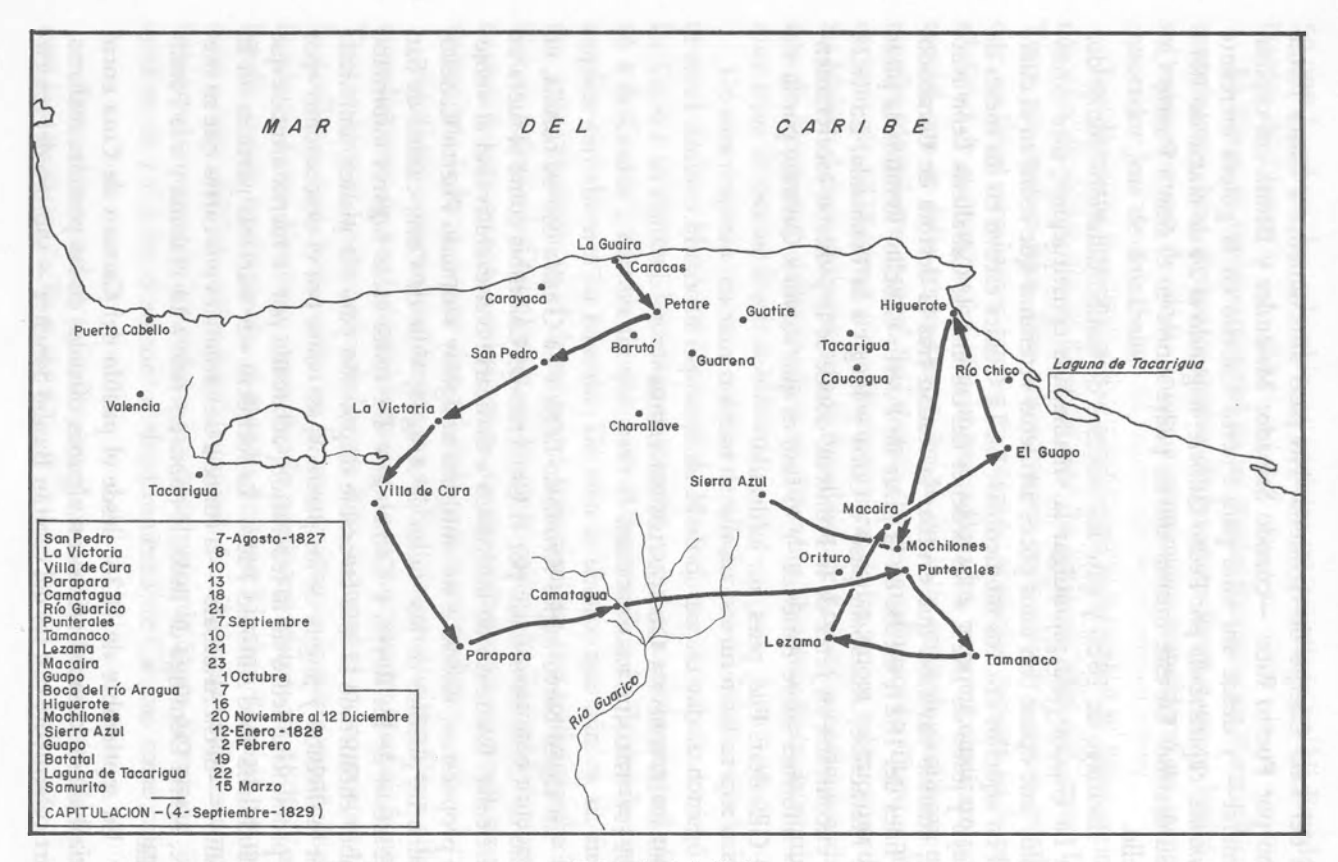
da del Real Cuerpo de Artillería. No pasó directamente a Costa Firme sino por Puerto Rico —cuando Salvador Meléndez y Bruna era capitán general— y desde ahí salió para Puerto Cabello en la goleta mercante *Funante,* capitaneada por Pedro Gilbert, llegando el 24 de marzo de 1814 a su destino. En este mismo año su padre moría en el sitio a Puerto Cabello.

En mayo de 1820 y ante los «ascesos de insubordinación» cometidos en La Guaira para promulgar la «malhadada constitución», dice Arizábalo, «me opuse con unos pocos artilleros veteranos que reuní en el cuartel en aquellos críticos momentos». En La Guaira estuvo en los meses de mayo y junio de 1821, a las órdenes del coronel de Caballería León Iturbe, cuando tuvieron que evacuar la ciudad tras la derrota de Carabobo. A fines del 1821, estaba en la plaza de Puerto Cabello. Rendida la plaza de Maracaibo, Arizábalo pasó a Cuba y luego a la Península. En 1825 se encontraba en Jerez de la Frontera, donde se le pidieron «secretamente» informes sobre América. Y el caso es que volvió a Caracas, por la vía de Gibraltar. Fue, pues, un infiltrado.

ARIZÁBALO VUELVE A CARACAS: LOS CONTACTOS QUE FUE TOMANDO PARA SUS FINES

En algún barco inglés Arizábalo llegó a La Guaira con su familia, en julio de 1826, autorizado por el Gobierno de Colombia como si fuera un particular. Comenzó de inmediato a dedicarse con exclusividad al «objeto propuesto», viendo a sus antiguos amigos y visitando Puerto Cabello, Valencia, pueblos de los Valles de Aragua, Villa de Cura, ciudad de San Sebastián de los Reyes, y Camatagua. De todos estos lugares informaba haber encontrado la más favorable disposición para sus planes, amparada por la división y pugna de los partidos, así como por el descontento «por el pronunciamiento de la federación, aclamada por la fuerza armada que acaudillaba José Antonio Páez». La fortaleza «de nuestras partidas en El Llano» —decía Arizábalo— la conocía de antemano por cartas que su madre, María Dominga de Indo, le había enviado a La Habana y a la Península.

En septiembre de 1826, desde el pueblo del Carmen de Cura entró Arizábalo en comunicación con algunos oficiales de las partidas realistas, particularmente con las del capitán Basilio Sánchez —sobrino del tenien-



Ruta de Arizábalo.

te coronel de Caballería Manuel Ramiro— con quien conferenció secretamente en el pueblo de Cura. Sánchez le informó de

> que cansados de aguardar la llegada de fuerzas españolas, y reducidos al mayor estado de aniquilamiento por la total falta de recursos, habían dispuesto los jefes de partidas recoger las armas y disponer que se presentasen los soldados al llamado Gobierno de Colombia, quedando comprometidos: para que cuando fuese tiempo se les llamaría al servicio de Su Majestad, pues que absolutamente ya no tenían de qué subsistir.

Arizábalo informó a Sánchez del estado ventajoso de la España, de Puerto Rico y de Cuba y le dijo, además, que éste era el momento de «hacer un esfuerzo para la reacción en favor del Gobierno de Su Majestad», puesto que los republicanos estaban divididos en partidos, los pueblos estaban agobiados y «maltratados de una turba de mandatarios, déspotas e inmorales, destituidos de toda virtud». Así, Arizábalo invitó a Sánchez a que en su nombre avisase «silenciosamente» a los jefes de las partidas y les ofreciera los recursos con que pensaba contar en «pocos meses».

Sánchez, que era pardo de calidad, no perdió tiempo, «voló a reanimar los ánimos de sus beneméritos compañeros» diciéndoles que ya tenían un jefe que les dirigiera. Mientras, Arizábalo volvió a la ciudad de Caracas y La Guaira, desde donde dio parte a La Torre, de quien esperaba los auxilios y el patrocinio de la empresa. También se dirigió al intendente honorario del ejército José Domingo Díaz de quien, por razón de su destino, y del «interés que en todo tiempo había manifestado», esperaba que contribuiría al éxito de «nuestra» empresa. No cabe, pues, duda que Arizábalo no sólo buscaba el respaldo y recursos, sino la aprobación de su conducta, pues «sin una autorización, por mejores que fueran mis intenciones, podrían siempre mirarse como hijas de un carácter revolucionario y expuestas a cargos de estrecha responsabilidad». No le fue fácil disponer de mensajeros, por el temor que tenían de ser descubiertos. Utilizó primero mujeres, hasta «la mía —diría Arizábalo—, doña Tomasa Adan y España, me ofreció pasar a San Tomás, bajo el pretexto de curarse con un facultativo francés que había allí y comunicarse desde aquel punto con V. E. [La Torre]». Pero no fue necesario ya que José Gómez y su madre, María del Rosario Andrade, quienes emigrarían después al pueblo de Humacao, en Puerto Rico, le manifestaron conocer a un francés, llamado Amadeo Saballec, que había sido capitán de caballe-

ría de Napoleón y era enemigo acérrimo de los republicanos, quien podría llevar esa encomienda. Arizábalo se comunicó con él y le vio bien dispuesto. Para su misión le facilitó 300 pesos que en calidad de reintegro le dieron Isidoro Arroyo y Gabriel Segura. Así partió Amadeo Saballec a Puerto Rico y entró en comunicación con La Torre (1827), recibiendo entonces el apoyo decidido que el capitán general le ofreció, según consta en las *Memorias* de Pedro de Córdova.

En octubre, por las visitas que ya había hecho Arizábalo, descubrió que «los espíritus» de las gentes gozaban de una sólida opinión a favor del Rey. En la misma fecha supo «de una partida» que hacía mucho tiempo se mantenía sobre las inmediaciones de los pueblos de Santa Lucía, Charallave y La Guaira, mandada por José Dionisio Cisneros, y se decidió a buscarlo.

Cuando Bolívar llegó a la ciudad de Caracas, en enero de 1827, para aplacar la *cosiata,* conociendo el efectivo servicio que Arizábalo había ejercido en el cuerpo de artillería, le ofreció el empleo de coronel con el mando de la artillería de las antiguas provincias de Venezuela, y le hizo, además, otras ofertas. Arizábalo dudó entre aceptar o no el empleo, porque si lo rechazaba sería sospechosa su entrada en Venezuela y daría lugar a que no perdieran de vista sus pasos y, finalmente, a que le hiciesen salir del país. Ante tal embarazosa circunstancia, Arizábalo contestó a Bolívar que cuando pidió venir a Venezuela no era para trabajar sino para disfrutar de una vida privada «cuidando de mi mujer y sus bienes, usurpados por sus parientes, so color de haberse casado ésta con un jefe español y estar ausente conmigo en la Península». Por esto y por su salud «achacosa», Arizábalo solicitó de Bolívar «seis meses de tiempo» antes de «dedicarme a llenar sus deseos». El Libertador quedó convencido y dejó el asunto pendiente de que Arizábalo le avisara estar disponible, para enviarle los despachos. Pero mientras, le dijo: «puede andar por donde quiera libremente que nadie le incomodará». Ésta era realmente la mejor carta de recomendación con la que Arizábalo contaba, nada menos que del propio Bolívar. Tenía, pues, libertad de acción casi ilimitada, pero también comprometedora si era descubierto por los republicanos. Este ofrecimiento, dice Páez, fue el medio para combinar sin tropiezos sus «nobles planes» en los seis meses que pidió de prórroga, y para reunirse con otros «facciosos».

El Gobierno republicano también favoreció a Isidoro Arroyo, quien en marzo de 1827 llegó a La Guaira con un empleo «de primer rango»

en la Hacienda. Arizábalo, dada la amistad que medió anteriormente, fue a visitarlo y descubrió que éste era el «primogénito autor del partido de Su Majestad en Caracas» —a pesar de ocupar un cargo de la República— y que en esa ciudad el partido aumentaba «de día en día». Desde ese momento, Arroyo le proporcionaba la ventaja de eliminar desconfianzas. Así, Arizábalo encontró en Arroyo un gran colaborador. Por él supo también el lugar preciso que ocupaba Cisneros, ya que le presentó a las personas mediante las cuales podía entrar en contacto con él.

Arizábalo no perdió tiempo para dirigirse al hombre que era la amenaza que gravitaba con mayor proximidad a Caracas y le envió avisos verbales con Remigio Alvarenga ofreciéndole recursos y exhortándole al buen trato de los pueblos pacíficos. Le solicitaba también que se pusiese «en comunicación con las demás partidas». Pero Alvarenga, encargado de negociar con Cisneros, no llegó a verse con él, aunque le hacía creer a Arizábalo lo contrario, presentándole diariamente hombres que decía eran de la partida de Cisneros. Arizábalo descartó a este hombre como mediador, porque más bien parecía tener «miras mercantiles» en este asunto. No obstante, valoró muy seriamente a Cisneros puesto que informó a La Torre, en carta del 8 de mayo de 1827, en la que le urgía ayuda, de que José Dionisio Cisneros, comandante de operaciones de las partidas realistas del Tuy, acababa de dar «cuatro acciones gloriosas» destruyendo a Segarra y un tal Burronegro. La primera acción, del 11 de abril —según partes verbales—, se dio en Quebrada del Infierno, sobre Petare, y Cisneros rindió a dos compañías del Junín. Perdieron 2 oficiales y 23 soldados. La segunda tuvo lugar en Santa Lucía el día 14; la tercera, el día 16, cerca de Charallave, y la cuarta, en las márgenes del pueblo de Tacata[3].

También los partes que los comandantes Centeno, Inocencio y Doroteo le hacían llegar eran halagadores, pues decían que «la reunión que secretamente se iba haciendo en la Montaña de Tamanaco era numerosa» y que sólo esperaban recursos.

INSTRUCCIONES DE LA TORRE

Ante estos resultados tan efectivos, en los oficios del 5 y 6 de abril de 1827 Arizábalo urgía a La Torre la autorización para la empresa y ofi-

[3] P. Córdova, *Memoria, op. cit.*, t. I, pp. 238-239.

ciales para dirigir las gentes reunidas —que ya eran una masa constante de 3.000 hombres de infantería—, que por falta de disciplina y recursos podrían perderse. Le decía también que si Laborde, con su escuadra, no hubiera arribado aún a Puerto Rico era igual, pues «estaba resuelto, y lo mismo todos los comandantes de partidas, a emprender la restauración del más amado de los Reyes [...] dentro del término de 60 días a lo más», contados desde la fecha de su carta. Con la escuadra Arizábalo esperaba recibir dos «batallones provinciales de europeos y americanos que existían en Cuba, armamento y municiones de boca y guerra». Y recomendaba que la misma se mantuviera sobre La Guaira, haciendo crucero «de 15 a 16 días amagando hacer un desembarco por Carúpano o Cumaná». Así conseguiría distraer las fuerzas enemigas por allá y, mientras, podrían dar «un golpe de mano sobre la capital [Caracas] y valles de Aragua». Pedía también el pronto «envío de uno o dos oficiales de Artillería de la clase facultativa y algunos de la de prácticas, con sargentos y tropas del arma» y algunos empleados del ministerio político que llevasen el orden de cuenta y razón.

Ante estas cartas, La Torre dispuso que el 2 de mayo saliera la goleta *Mosquito* a avisar de los acontecimientos a Francisco Dionisio Vives, capitán general de Cuba, y a Angel Laborde. Les aseguraba que no era ninguna trampa de Páez, pues conocía la firma de Arizábalo. Avisó también que el plazo para comenzar la acción era el 5 de junio de 1827, tiempo que creía escaso para que Laborde pudiera llegar a Venezuela.

Consecuentemente, La Torre envió un aviso a Arizábalo indicándole que le «auxiliaría con fusiles, víveres, jefes, oficiales, poco numerario y, a mucha urgencia, con alguna tropa y municiones; pero que le faltaban buques» y que comisionaba a Gabriel Segura para que pudiera volver con noticias concretas.

Segura, en efecto, visitó a Arizábalo a quien, en nombre del capitán general de Puerto Rico, le felicitó por la empresa emprendida y le autorizó

> para que se pusiese al frente de las armas con el carácter de comandante general, y que, cuando le participase la organización de los cuerpos, que según las instrucciones debía arreglar [...], le mandaría los diplomas a nombre de Su Majestad.

La Torre no se limitó a autorizar a Arizábalo, pues en el oficio del 30 de junio de 1827 le exhortó a dar pasos con prudencia para que los

golpes que se diesen al enemigo fueran en «detalle» y siempre combinados con ventaja y decisión:

> que no se vejara a ningún vecino, se afirmase la opinión, conservara las buenas decisiones que ofrecían la línea del Tuy y Guarico, y cuando el número de fuerzas lo permitiesen, se estrecharan los valles y la capital, aprovechando todos los pasos, cortando las comunicaciones, interceptando los recursos, y poniendo a aquel Gobierno en el extremo.

Por estar a tanta distancia, La Torre autorizó a Arizábalo a tomar decisiones según las circunstancias, como le aleccionaba, diciendo que

> la maestría en la guerra consistía en saber organizar los cuerpos, en animarlos, hacerse sus jefes los ídolos del soldado, captarse en lo posible el amor y la admiración de los enemigos, ser firmes, enérgicos y terribles en los combates y no desaprovechar en ellos la menor ventaja.

Los movimientos debian ser prontos y oportunos y, como

> jefe en campaña, debía conservar las buenas posiciones, la subsistencia de sus tropas, los socorros oportunos para las marchas, las comunicaciones, y sobre todo, conocer mucho el terreno y proporcionarse avisos seguros sobre los enemigos.

También le previno que a los jefes de partidas y a sus oficiales y tropas les hiciera sentir que eran «admirados por Su Majestad y de todos los españoles fieles» y que recibirían recompensas. Así, La Torre instruyó adecuadamente a Arizábalo «sobre la organización, disciplina y conducta que deberán observar los cuerpos que se creen y los pueblos que ocupen y vuelvan al dominio real».

Con estas promesas, instrucciones y esperanzas, Arizábalo comenzó a estructurar su proyecto, que no se limitaba a las operaciones militares, «sino al orden y salva de los pueblos que fuesen ocupándose por las armas de Su Majestad». Instauró la Intendencia de Caracas, creyendo que para septiembre, si protegían su empresa, sería dueño de esta ciudad, de Coro y Barcelona. Los de la Intendencia de Caracas tenían que administrar los arbitrios y suministros para la tropa y la guerra, y la autorizó a nombrar a los demás empleados del ramo. También designó un administrador para la «productiva» renta del tabaco, otro para correos, auditor de guerra, teniente gobernador y otros puestos, así como quienes de-

bían componer el Tribunal Superior, una Junta provisional consultiva, el Ayuntamiento y las corporaciones municipales de La Guaira y Puerto Cabello. Todo, conforme al estado en que se encontraba en el año de 1809 y que comenzaría a ejercerse en el momento en que Arizábalo entrara en la capital con las fuerzas armadas.

Ordenados todos los ramos, se garantizaría el orden cuando las armas tomaran posesión de Caracas.

Así, lo que empezó secretamente pasó a ser comentado en corrillos y hasta se llegó a temer por parte de los patriotas que Caracas se perdiera si venían socorros de afuera, porque los ánimos estaban inclinándose por el Gobierno realista, cosa que favorecieron los impresos que José Domingo Díaz envió desde Puerto Rico y los sermones crípticos del Clero de Caracas, por el éxito de la empresa y, muy especialmente, las celebraciones que se hicieron el 30 de mayo de 1827 por la salud de Fernando VII en la parroquia de San Pablo, a las que concurrieron individuos de todas las ideologías, lo que tuvo la mayor pompa por el ornato exterior de la función y la brillante orquesta que interpretaba en la puerta de tan majestuoso templo. Fue tal el «descaro», que Arizábalo se vio en peligro de ser descubierto, ya que querían —decía él mismo— ponerlo en el altar mayor en una silla; pero él declinó tal ofrecimiento porque podía ser identificado. El orador fue el presbítero Francisco Dieppa, quien se esforzó por exhortar a mantener amor y fidelidad al Rey, aun delante del Gobierno de Colombia, en un lenguaje disimulado pero entendible por todos. A esta promoción sensacionalista se unían los pasquines contra Bolívar y Páez, aprovechando la situación crítica.

Estamos a la vista de algo muy distinto de lo que sería la operación Barrada en México, pues no van a actuar contingentes peninsulares, aprovechando la supuesta disconformidad pública, como tampoco se trata de una invasión restauradora, sino que lo que se está promoviendo es un alzamiento popular, en el que participa el pueblo llano y gente de las castas —en su mayoría—, que se veían víctimas del desconsuelo que se extendió después de la guerra.

Arizábalo no era ningún iluso, pues él había calculado muy bien la oportunidad tras el enfrentamiento de Páez con Santander y la gran tensión de ambos con el Libertador, cuando el venezolano estaba harto de la Gran República de Colombia, sintiéndose en un encajonamiento intolerable. Era lógico, por tanto, que se pensara en volver a un pasado libre de tantas tensiones y tanta ruina.

Aprovisionamiento de las partidas

Mientras volvía Saballec, Arizábalo hizo acopio de pólvora, plomo y papel para cartuchos de fusil que diariamente se le pedían, para proveer algunas partidas —incluida la de Cisneros—, a la que por medio de Alvarenga lo hacía llegar y lo almacenaba en la casa de José Pérez Díaz —quien después emigraría a Puerto Rico y viviría en el pueblo de Las Piedras—. Sin embargo, ni Arizábalo ni Arroyo lograron tener nunca una conversación con Cisneros.

Por otra parte, Pablo González —que también emigraría a Puerto Rico— medió para que Arizábalo se comunicara con Ramírez y Centeno. Ramírez se había retirado en 1824 pero se ofreció a presentarle a Pedro Escalera y a Juan Nieves, ambos de Río Chico, y con gran influencia entre sus habitantes y a favor del Rey. Escalera prometió

> que a la vez que me presentase con alguna fuerza sobre la costa de Río Chico, me ofrecía entregarme al jefe insurgente Bustillos, poniendo a mi disposición 600 hombres de armas tomar con las cuales convenimos formar un batallón, del que le ofrecí hacer comandante, siempre que cumpliese la oferta, y me auxiliase por su parte a las operaciones que necesitaba sobre la costa,

dice Arizábalo. Éste animó a Escalera, le ofreció premios y le concedió que pusiera el nombre que él quisiera al batallón, determinando éste que se llamaría Batallón de Infantería de Barlovento. Sin embargo, parte de esta tropa salió a batir a Arizábalo en el sitio de Batatal el día 19 de febrero de 1828.

El 24 de julio Amadeo Saballec regresó de Puerto Rico y entregó a Arizábalo las primeras instrucciones de La Torre, fechadas el 30 de junio de 1827, y «las únicas que ha recibido» —diría después Arizábalo—, en las que «me señalaba que aguardaba las fuerzas pedidas a La Habana en todo el mes de octubre». Esto le hizo creer que era tiempo de poner en marcha su plan de reunir todos sus hombres sobre Orituro, para adquirir armas y municiones de las que tenía noticias que existían en los pueblos de Lezama y Altagracia, y apoderarse de la casa fuerte de San Rafael de Orituro, «como punto más inmediato para cargar sobre Río Chico y abrir el puerto para facilitar el desembarco de las tropas y demás auxilios que pedía viniesen de La Habana».

Arizábalo marchó para Los Güires, donde se debía efectuar la reunión, avisando sigilosamente a los realistas de las inmediaciones de Caracas y valles de Aragua de llamar la atención por ahí para que le quedara el camino expedito hacia Orituro y Río Chico. Arizábalo ordenó muy especialmente a sus hombres no molestar en la marcha a los pueblos y sólo utilizar las armas con los grupos armados.

Avisó a Cisneros para que el día 15 ó 16 de agosto le aguardase sobre San Francisco de Yare para formar un solo centro de mando desde donde saliesen «todas las disposiciones y los movimientos fuesen combinados». El plan no era malo, excepto en su dependencia de los socorros esperados.

Arizábalo se interna en busca de Cisneros

Arizábalo comenzó enviando a José Martínez con dinero y los recursos que le habían conseguido Gabriel Segura e Isidoro Arroyo «mediante suscripción entre los buenos españoles», y que Arroyo prometió devolver a los contribuyentes cuando llegaran los socorros de Puerto Rico o de La Habana. Martínez partió como comisario interino de la tropa y con «seis u ocho quintales de pólvora, plomo y papel para cartuchos», y dos mulas para la marcha. Arizábalo salió también el 7 de agosto de 1827, dirigiéndose por el camino real de La Victoria. Se detuvo un día en San Pedro para activar las partidas y ordenar «cruzasen el camino sobre el pueblo del Consejo, y recogiesen dos cajones de fusiles de los enemigos que allí había en un cuartel». El día 8, en la tarde, prosiguió la marcha para el pueblo de la Victoria, desde donde escribió a Agustín Bescanse —vecino de Barinas y hombre de la confianza de Arizábalo y «muy poderoso»— para que diesen principio a las hostilizaciones, interceptasen las comunicaciones entre Santa Fe de Bogotá y Caracas y estuviera siempre en comunicación con él «bajo la seguridad de que para el mes de octubre aguardaba recursos» y podría socorrerlos.

El 9 de agosto por la noche siguió Arizábalo para la Villa de Cura, a donde llegó a las ocho de la mañana del día 10, donde se entretuvo hasta el 12, que partió a Parapara, a donde llegó el 13 por encontrar los ríos crecidos. Allí organizó una partida de caballería para que hiciese correrías sobre los pueblos de Ortiz y San Juan del Pan; se comunicó con Antonio Martínez, y se estableció en el Hato Bageal, desde donde se co-

municó con el comandante Centeno y recibió informes de que Cisneros «no se separaba de sus posiciones sobre Charallave, Santa Lucía y demás pueblos de aquella comarca, a menos que yo no le mandase con anticipación 6.000 pesos». Es decir, Cisneros se negó, pero Arizábalo le envió poco después los «6.000 pesos», por si esto le hacía cambiar de opinión.

Sin embargo, Centeno suplicaba a Arizábalo que sin perder un momento se trasladase a Los Güires, «donde tenía apostada una partida de 60 hombres al mando del capitán Basilio Sánchez», para que éstos lo escoltasen en su marcha «hasta la montaña de Tamanaco», donde tenía reunidas 900 plazas, que le era difícil de dirigir y mantener, porque estaban sin oficiales ni equipo. Con esto, Arizábalo olvidó a Cisneros y dispuso la marcha al encuentro de Centeno el 16 de agosto, pero el día antes escribió a Isidoro Arroyo instruyéndole que enviara nuevamente a Saballec a Puerto Rico para imponer a La Torre sobre los sucesos, y pedirle que la tropa que enviaran practicase su desembarco por Río Chico, por ser el punto menos protegido, el más indicado y el más próximo a Tamanaco, donde Escalera le tenía reunidos unos 600 hombres. Luego partió para Camatagua, donde dio grados de teniente a dos sobrinos del capitán Tarón y los comisionó para hacer una recluta, cuyo resultado alcanzó 400 hombres, que se le unieron la noche del 21 en el paso del río Guarico. El 23 llegaron a Los Güires con 460 plazas, pero como sólo había 80 fusiles y 100 cartuchos, quedaban en la más clara inoperancia. El resto, armados con lanzas, sables, flechas y palos, era casi inútil, por lo que el 24 de agosto Arizábalo urgía a Isidoro Arroyo que le proporcionara efectos para uniformar dos compañías de caballería con las armas necesarias.

PRIMER COMBATE. EL CULTIVO DE LA TIERRA

El 7 de septiembre de 1827, Arizábalo y los suyos emprendieron la marcha para reunirse con Centeno y Doroteo en Tamanaco. En el paso de Punterales tuvieron el primer encuentro con los «enemigos» que, con 45 hombres, defendían una casa fuerte a la orilla del río. Vencieron y tomaron sus armamentos, municiones y un corneta. Torrente, a quien citó Páez, dice que esta acción del 7 de septiembre fue el primer hecho de armas de Arizábalo y el preludio de su empresa.

El día 10 se reunieron con Centeno, Inocencio y Doroteo, quienes recibieron a Arizábalo como comandante general. El 11, se formaron todas

las partidas de infantería y caballería, se pasó revista a 900 plazas de infantería y 400 de Caballería, aunque sólo estaban montados unos 80. Desde este día, Arizábalo se dedicó a formar un batallón de infantería ligero que lo llamó *Lealtad,* y un escuadrón de caballería que denominó Lanceros del Rey Fernando VII.

A Centeno —pardo de calidad, que no sabía leer ni escribir, pero que había sido comandante de las armas del pueblo del Valle de la Pascua hasta que fue ocupado por los republicanos— le nombró comandante del batallón ligero de infantería de la Lealtad, permitiéndole usar el nombre de coronel con el que le conocían por las montañas de Los Güires desde 1821. A Inocencio Rodríguez —indio de calidad y educado en su infancia en el convento de San Francisco de la ciudad de Nueva Barcelona, que fue capitán del batallón de la Reina desde 1814 y que contaba con más conocimientos militares— le nombró segundo comandante del mismo batallón, al que siguieron otros nombramientos. Este batallón quedó con 450 plazas armadas de fusiles, unos buenos y otros de mediano uso, con sólo dos tambores y un corneta. Para comandante del Lanceros del rey don Fernando VII nombró a Doroteo Herrera —pardo de calidad que con Arizábalo aprendió a leer muy mal, pero que ya sabía firmar. Era hombre de extraordinario valor y agilidad para la caballería y temido por los de Páez. Arizábalo decía que «él solo ha deshecho en mi presencia con lanza en mano una línea enemiga de 300 caballos»—, dando a este escuadrón «230 hombres armados de lanza y sable, pero sólo con 80 caballos».

A los 600 hombres que Arizábalo tenía sin destino por falta de armas, les ordenó dedicarse a las labores de siembra de arroz, maíz, frijoles y algunas raíces en las montañas de Tamanaco, para contar con una segura subsistencia.

En estas condiciones, Arizábalo, el 21 de septiembre, pasó revista y salió para Lezama, pueblo que tomó con facilidad porque la guarnición de 160 hombres que había allí se retiró a Orituro. Al día siguiente todos juraron fidelidad al Rey en una ceremonia dirigida por el párroco del pueblo, donde no faltó la incitante arenga histórica de Arizábalo, animándoles e inspirándoles confianza, inclusive con la aseveración de que La Torre y Morales podrían volver, pero que antes debían preparar «los puertos principales de desembarco» para una famosa escuadra que vendría de La Habana.

El 22 de septiembre Arizábalo supo por una espía que vino de San

Rafael de Orituro, que el comandante López, de los paecistas, había pedido a su jefe que mandara fuerzas para el Alto Llano, por los avances que los realistas hacían hacia Orituro y por la proclamación del Rey que habían hecho. Arizábalo temía que si Páez reforzaba le saldrían peor los hombres que quisieran alistarse. Se situó en Macairita «apoyando mi espalda —según decía— sobre un bosque impenetrable» para esperar las municiones que debían llegar de Caracas. El 24, desde esta posición inexpugnable, envió a Doroteo para que hiciera «una incursión con los 80 hombres que tenía montados sobre el Calvario y recogiese todos los caballos posibles y el ganado que pudiese para racionar la tropa». El mismo día mandó que el capitán Carlos Pérez «con dos compañías marchase por dentro de la montaña, sobre el Valle de la Pascua y Tucupido, a recoger todas las armas que hubiese entre los cuarteles y vecindario de aquellos pueblos»; y al capitán Basilio Sánchez lo comisionó para que «con 200 hombres marchase a situarse en el río Guarico sobre Camatagua, a recibir y custodiar las municiones que esperaba de Caracas». El 27 de septiembre volvió este jefe con pólvora, papel y otros efectos que le proporcionó Arroyo. Mientras, Arizábalo se quedó con 360 hombres y a los demás les ordenó adentrarse en la montaña «a emplearse en la labranza».

Como puede advertirse, Arizábalo procuraba moverse con prudencia, aunque siempre a la espera de los prometidos elementos de guerra de Caracas y de Cuba. Así, distribuyó partidas para recoger armas y pólvora como también para buscar caballos y ganados con que alimentarse, pero al mismo tiempo reforzando también esa especie de colonia agrícola que montó con los desarmados. Hasta aquí se extendía el paréntesis que podemos llamar de sorpresa. A partir de este momento se endurecerían las cosas.

En efecto, el 25 de septiembre Arizábalo supo que López había sido reforzado con 600 hombres y que se dirigía a batirlo. Estaba acampando a dos leguas y media. Lo que no pudo descubrir fue que estos informantes eran espías que López mandó para darle posiciones falsas —tres indios a los que Arizábalo regaló a cada uno dos libras de tabaco y tres reales y les ofreció un busto de Su Majestad. Luego, pasó a «emboscarse» en un desfiladero distante una legua de donde originalmente estaba acampado y por donde tenían que pasar los enemigos. Efectivamente, el 26, éstos se acercaban en columnas y Arizábalo dividió su fuerza en dos secciones equidistantes; una, mandada por él, y la otra por Centeno, con órdenes de disparar al tiempo sobre la retaguardia del enemigo para pro-

seguir después la persecución a la bayoneta, por falta de cartuchos. López y los suyos quedaron sorprendidos y derrotados en el desfiladero, donde dejaron 38 fusiles, 760 cartuchos y dos cajas de guerra, y capturaron 10 prisioneros, entre ellos el capitán que mandaba la fuerza. En el campo quedaban 28 muertos y más de 60 heridos, entre los que estaba, según el informe de Arizábalo, «el traidor Antonio José Pérez», quien se pasó a los insurgentes hacía tiempo y perseguía a los realistas. Las pérdidas que tuvo se redujeron a «un solo teniente muerto», Laureano Matiste, indio de calidad que nos confirma el carácter popular del levantamiento.

Tras ello, con su prudencia habitual, reemprendía el jefe realista su anterior táctica de soldaduras, pues después de esta acción, Arizábalo pasó a ocupar su posición anterior y desde ahí mandó comisionados a San Francisco de Yara para pedir recursos a Isidoro Arroyo, así como también despachó a Dionisio Chumarán —antiguo comandante de Cisneros e indio de calidad— para que pasase sobre los valles del Tuy a verse con Cisneros para explicarle verbalmente sus adelantos y ofrecerle el nombramiento como segundo jefe de operaciones, con la invitación a una reunión.

Como puede verse, eran tres los objetivos de Arizábalo: uno, reforzarse todo lo que fuera posible capturando armamento y caballos; otro, gravitar sobre la zona costera para estar a la espera de la llegada de Laborde, y por último, y quizás de los más deseados, enlazar con Cisneros. Lo vamos a ver inmediatamente.

El 27 de septiembre Arizábalo ordenó recoger todo el ganado y sal que se encontrase en la comarca así como el maíz y menestra que hubiera en Macaira y Macairita. El 28 de septiembre supo que Isidoro Arroyo había enviado a Saballec nuevamente a hablar con La Torre y que partía, vía Curazao, acompañado de Juan Rolla, práctico de la costa de Río Chico, para dirigir los buques de Laborde con el fin de que éstos pudiesen entrar por la boca del Río de Tuy, inmediato a la laguna de Tacarigua.

El 30 de septiembre Arizábalo dispuso también que una guardia de 20 hombres reconociera la espesísima y penosa montaña de Tamanaco con tres prácticos que Centeno le proporcionó para penetrar por ella a Sierra Azul. Así abrirían una vereda hacia los pueblos de Guapo y Río Chico para facilitar el punto marítimo por donde llegarían los buques, según cálculos, en el mes de octubre. Con este movimiento Arizábalo protegería por tierra la operación de desembarco de los auxilios y de los batallones europeos y americanos que esperaba de Cuba y que habían per-

tenecido al Ejército Expedicionario de Costa Firme. Abierto el camino, el 1 de octubre marchó desde Macaira al Guapo y Tabillar, y el 7 de octubre ya se encontraba en la boca del Río de Aragua, desde donde ordenaba que se le unieran Juan Nieves y Pedro Rivera en Río Chico, para concentrarse en aquella línea a la espera de la llegada de los buques de guerra.

Sin embargo, mientras aguardaba que éstos se le unieran el 10 de octubre, Arizábalo supo que Centeno había sido herido, el día 5, por las tropas del general Julián Infante y que en la resistencia murieron 45 hombres y 5 oficiales, quedando además 7 heridos, entre ellos el capitán Basilio Sánchez. También se enteró de que Doroteo había desaparecido, por lo que Centeno ordenó dispersarse para salvar la tropa.

Por estar Centeno herido, Inocencio Rodríguez reunió en el sitio de Higuerote los 312 hombres que quedaban, y Arizábalo resolvió contramarchar hasta ese lugar donde llegó el 16 octubre, encontrando el contingente. Trasladó a Centeno y a Sánchez a Samurito, donde el mismo Arizábalo se encargó de curar sus heridas con el único remedio que tenían: el extracto de la cucuisa. El 19 apareció Doroteo con 227 caballos que había recogido sobre el Calvario, Villa de Calabozo, Chaguaramas y Barbacoa, además de 300 reses vacunas que había quitado a los enemigos cuando las conducían desde Calabozo hasta San Fernando de Apure. Pero el caso era que estaba descubierto y que los socorros de Cuba no aparecían.

La guerra abierta

Páez, más que sorprendido, tuvo que preocuparse por el problema de Arizábalo, máximo cuando le veía crecer alarmantemente de una forma que parecía imposible.

En primer lugar, hizo prisioneros a los frailes Ravelo y García, porque, según él, estaban complicados. Se trataba de una reacción que, como era habitual en las repúblicas, tendía a implicar especialmente a algunos frailes por la desconfianza que sobre ellos gravitaba y, sobre todo, si algún indicio se tenía por su predicaciones. Pero claro es, tal medida no serviría para nada cuando la que ya presionaba era la actividad de los grupos armados, por eso, aunque sin fiar mucho de su gente, mandó fuerzas contra varias partidas sueltas. Al mismo tiempo, para que se creara una

conciencia pública sobre el riesgo en el que estaba la República, publicó una proclama indultando a los culpados, con lo que logró que depusieran las armas más de cuatrocientos realistas. Se ve claramente que se trataba de una forma de contención, puesto que si Arizábalo había aumentado sus contingentes mediante la atracción de los pequeños grupos que había en los montes, Páez trataba así de adelantar eliminando partida por ese procedimiento.

Además Páez sabía que Arizábalo tenía unos tres mil hombres, con los de Cisneros y Centeno, y que con ellos amenazaba Caracas. Según lo recuerda el propio Páez en su *Autobiografía,* al darle cuenta de la situación a Bolívar, le habló de algunas partidas que extendían su acción hasta San Casimiro de Guiripa, Los Güires, Tamanaco, Batatal y los valles del Guapo y Río Chico. Por consiguiente, el área afectada se extendía hacia el este de Tamanaco, con el peligro de que pudiera soldar con todos ellos Arizábalo que transitaba por Villa de Cura, Parapara, Ortiz, San Sebastián y Los Güires, titulándose capitán general. Páez sentía una inmensa preocupación, pues veía que constituían una amenza no sólo en Venezuela sino también en otras provincias de Colombia. Buena prueba de ello la tuvo al saber que, casi simultáneamente, Barinas se pronunció en los Llanos, seguido de San Fernando de Apure y Cunaviche, con lo que parecía encenderse otra guerra del estilo de la de Boves, pues se extendió a Angostura, salpicándose el alzamiento a Cumaná y, por supuesto, a Coro y la Península de Paraguaná[4]. Por ello tuvo que dividir sus atenciones muy peligrosamente.

Para hacer frente a tan gran riesgo, Páez decidió ir en persona a los puntos de mayor necesidad para contener a las castas. Tan grave vio la situación que pidió dos batallones veteranos al Libertador, que sólo pudo mandar el llamado Antioquía, de granadinos, porque el momento no podía ser peor, cuando el conflicto con el Perú se echaba encima y también el de Bolivia. Es decir, cuando la guerra con el Perú parecía aproximarse. Tuvo que sentir el Libertador Bolívar la gran amenaza de una crisis general y no de un fenómeno localizable. Pensemos también que coincide, no ya con amenazas gravitantes, como las indicadas, sino con el momento en el que, preludiando un alzamiento general del republicanismo contra Bolívar, se llevó a cabo aquel famoso intento de asesinato.

El 22 de octubre de este año de 1827, Arizábalo supo por un espía

[4] J. Páez, *Autobiografía, op. cit.*, t. I, pp. 406-412.

que mandó a Orituro, que Infante y Páez redoblaban su atención sobre ese punto, así como sobre Valencia y Caracas. Pero tanta era la alarma de Páez, que no había tenido suficiente con volver al campo de operaciones y movilizar el concurso del general Julián Infante, sino que tuvo que apelar, nada menos, que al famoso general Monagas que se encontraba en la provincia de Barcelona y quien, como sabemos, mantenía sus serias diferencias, como polo opuesto a Bolívar, ya que si éste era partidario y sostén de la gran república, aquél era el que siempre se había considerado cabeza del mundo del Oriente. Es más, también movilizó a Belisario para que se le uniera con sus fuerzas. Arizábalo, que no tenía infantería suficientemente dotada por la falta de municiones, conociendo las fuerzas respetables que Páez concentraba, ordenó a Doroteo salir el 24 con la caballería a impedir que Belisario se uniese a Infante en Orituro. El 26 Doroteo se encontró con que Belisario contaba con 372 hombres a caballo, fuerza que, de acuerdo con los planes que tenía, destruyó, haciéndoles 23 muertos y dispersando el resto. Las muertes en las filas realistas fueron once y once también los heridos. En este momento, dice Arizábalo, ya la guerra se hacía pública, aunque los jefes de la República hacían creer que estas acciones eran obra de una pequeña facción de ladrones, acaudillados por un español. Es decir, se volvía a la tradicional táctica de divulgar que las fuerzas en armas eran sólo delincuentes despreciables y ladrones de caminos, para transformar el caso en un problema de orden público. Era la vieja técnica que ya Napoleón había empleado en España contra la resistencia fernandina, según lo explicó Demetrio Ramos en su estudio sobre *Las técnicas de formación de opinión durante la ocupación napoleónica*. También, con ese pretexto se proclamaban leyes marciales y se establecían penas rigurosas, todo al saber que las partidas se extendían por la remota provincia de Barinas. Se ve por tanto que a Páez lo que más le preocupaba era esta forma en que Arizábalo era secundado, sobre todo al penetrar al alzamiento en la zona llanera, donde más fácilmente podrían levantar a las castas, como él lo sabía muy bien.

Pero como también conocía que el avance realista sólo dependía de la obtención de recursos, Páez ordenó que se recogieran todas las armas de fuego y blancas que los vecinos de estos pueblos pudieran tener, castigando la introducción de pólvora, plomo y papel.

En tales circunstancias, Arizábalo siguió sin llevar a cabo serias acciones contra Páez, ya que, escaso como estaba de pólvora y municiones,

consideraba prudente estar a la defensiva, a la espera de que le llegaran los auxilios necesarios. Así concentró la mayor parte de los suyos a la altura de Mochilones, inmediato a Macairita y Punterales, en un lugar estratégico, pues podía tanto caer sobre la costa, cuando fuera avisado de la llegada de la expedición naval, como retirarse a las montañas. Este punto Arizábalo lo conservaría porfiadamente porque en estos valles del río Guarico podía obtener víveres.

Mientras tanto, las fuerzas republicanas se veían obligadas a mantenerse en Orituro, pues Páez no disponía de medios para movilizar contingentes. Por un lado no podía exponerse a la derrota, y por otro, con una Hacienda exhausta, sin más ingresos que el del tabaco, se encontraba en parecidas circunstancias a Arizábalo, escaso en pólvora y municiones. Por añadidura se hallaba sobre un campo esquilmado por las talas de Arizábalo.

Para saber a qué atenerse, Arizábalo tenía a Escalera por los alrededores de Río Chico, aunque desconfiaba de él, por ser masón y voluble. Su incorporación a Arizábalo también había sido obra del despecho, ya que Páez no le condecoró, como esperaba. Pero si no sabía nada de Escalera, tampoco Arizábalo tenía noticias de Arroyo, que estaba en Caracas y del que esperaba fondos. Para superar esta incomunicación, envió hacia la capital a José Dionisio García, asistente de Centeno, que salió de Mochilones.

El 8 de noviembre Dionisio Chumarán, que fue enviado para entrevistarse con Cisneros, regresaba para informar a Arizábalo que éste se encontraba en el cerro del Bramador y que no pensaba unirse a él porque estaba convencido de que «los españoles eran unos pícaros aún mucho más que los insurgentes». En definitiva, su mentalidad de jefe de partidas, siempre desconfiado, le impedía sumarse a nadie, y menos para quedar a las órdenes de Arizábalo, que para él era un desconocido. Para no tener prendas de compromiso, devolvía los 6.000 pesos que le envió. Con ello Cisneros rechazaba unirse a Arizábalo como lo había hecho también con otras partidas realistas que le habían pedido lo mismo, porque sólo quería tener que ver con las que estaban a sus órdenes.

Ésta puede ser considerada la gran derrota de Arizábalo, pues si no era reconocido como capitán general de Venezuela, ni era posible establecer un plan de acción conjunta, se convertía en un jefe de práctica más, que podía tener éxitos que siempre serían parciales, a no ser que tuviera la fortuna de lograr algo decisivo, pero era muy claro que con

Cisneros, el más prestigioso de todos los guerrilleros, no podía contar. Y este resultado era mucho más peligroso, desde el mismo momento, teniendo en cuenta que Arizábalo había estado hasta entonces fomentando la fama y el prestigio de Cisneros, haciéndolo ver como un jefe realista, cuando en realidad era jefe de una partida insolidaria con toda causa. Después de haber exaltado Arizábalo las virtudes y conducta de Cisneros en el pueblo de Lezama el 21 de septiembre de 1827, este resultado negativo de primeros de noviembre le dejaba a él mismo en una posición más que equívoca.

Desde el 20 de noviembre hasta el 12 de diciembre de 1827, Arizábalo se mantuvo en Mochilones a la espera de la expedición y de los recursos pedidos, plazo que tomó Páez de ventaja para hacer un alistamiento general, permitiéndole organizar los cuerpos de milicia movilizados, mientras su contingente se mantenía en Orituro, prácticamente a la vista de Arizábalo. En su inmovilidad, fue perdiendo las esperanzas del arribo de la expedición y, viendo sufrir a su tropa de toda clase de escaseces, determinó enviar a los comandantes Centeno y Doroteo hacia Caracas con 300 hombres, para sumar a los que pudieran por el camino, con órdenes de que marchasen cargando a la bayoneta, cuando tuvieran que afrontar un choque, para eludir la falta de municiones. Era, pues, una acción a la desesperada, que pretendía evitar verse cercado y atraer a las fuerzas de Páez hacia el centro de Venezuela. Ordenó también a Centeno que se entrevistase de nuevo con Cisneros y que por medio de Alvarenga se avisara a Arroyo de la crítica situación. Este acto exponía a esos 300 hombres que seguían un camino recto y arriesgaban sus vidas para recuperar la iniciativa, pues después del esfuerzo hecho para componer su ejército, la inactividad no podía ser un objetivo convincente. El hecho era que no podía continuar inmóvil, a la espera de un socorro de La Habana, que nunca llegaba.

Los cálculos de La Torre de que la escuadra podría estar sobre Costa Firme en octubre no fueron hechos en el aire; sólo se trató de un efecto de retraso, pues el 20 de diciembre Laborde se presentó ya en Puerto Rico, a la boca de la bahía de San Juan, con el navío *Guerrero,* la fragata *Iberia* y el bergatín *Hércules,* desembarcó y tuvo una conferencia con La Torre sobre la situación de Venezuela y lo que podía llevarse a cabo en Costa Firme. El capitán general de Puerto Rico apoyó la empresa y auxilió la expedición con 1.100 fusiles, 30.000 balas y 20.000 piedras de chispa, para que lo uniera a los socorros que conducía de La Habana. La

Torre —según lo consigna la crónica de Córdova— dio a Laborde una carta para Arizábalo y la expedición partió el 23 de diciembre de 1827 hacia las costas de Venezuela, cuando éste la esperaba en octubre.

Avance sobre Caracas

Durante este tiempo, la situación de Arizábalo se ha visto estrechada, tanto por la ofensiva intermitente de que era objeto, como por los mensajes que se le enviaban para desmoralizarle.

Así González, cura del pueblo de Altagracia, fue utilizado por Páez para que comunicara a Arizábalo —cuando más angustiado estaba en Mochilones, por haber sufrido cinco ataques—, que sabía por un amigo que tenía en Cuba que nada llegaría de La Habana, por lo que le instaba a rendirse, ofreciéndole «un empleo que asegurase su subsistencia» o pasaporte, porque de la Península tampoco podría esperar nada, ya que el Rey había recibido y aceptado la proposición que Bolívar le había hecho, por medio del Gobierno británico, de reconocer la independencia. A esta proposición del párroco, Arizábalo contestó negativamente, dándole a entender, además, que disponía de medios para desalojar el lugar. Así frente al sistema de concentración, dividió su contingente en pequeñas partidas, con orden de salir de la Sierra Azul en diferentes direcciones, mientras él pasó a situarse sobre las cabezas del Río de Aragua. Por ello, el 14 de diciembre se separó de Centeno, quien a su vez, después de una penosísima marcha, llegó al Río de Quirán el 16, y el 17 continuó al pueblo de Cancagua, donde sólo había 30 hombres de guarnición de las milicias auxiliares del circuito de Río Chico, a los que venció, tomándoles sus municiones. Pero fue tal el desorden de la tropa y el pillaje desencadenado, que Centeno tuvo que ejecutar a uno de sus subalternos por haberse dedicado a saquear. El día 21 encontró a Cisneros en la quebrada del Infierno junto a Mariches, cerca ya de Caracas, donde tenía 180 hombres y quien trató como a segundo jefe realista. Pero supo entonces que éste, por instrucciones de un religioso de Caracas, lo que estaba haciendo era una guerra racial, pues no respetaba ni perdonaba a ningún blanco, por considerarse defensor de indios y negros.

Al suponer Páez que Arizábalo se dirigía a Caracas, encomendó la defensa a Lino Clemente, y se llamaron las tropas que estaban en Orituro y en los Valles de Aragua para que fueran hacia la capital. Así, el 23 de

diciembre ya se encontraban en río Guaire 800 hombres entre Petare y los Mariches, perfectamente armados y municionados, al mando del coronel Analmo Hurtado, llamado Burro Negro. Centeno, conocedor de este movimiento por el presbítero Vicente Hermoso, invitó a Cisneros a que se le uniera para impedirles el paso del río; pero Cisneros le contestó que él nunca se batió con fuerzas tan numerosas ni fuera de las posiciones en que muchas veces había destruido a sus perseguidores. Centeno, pues, hubo de combatir solo con 500 hombres. El 24 de diciembre, a las 7 de la mañana, se rompió el fuego que duró 9 horas en una acción encarnizada y que terminó con una victoria completa de las armas realistas, pues Burro Negro quedó destrozado y por las calles de Caracas dejó más de 400 cadáveres, mientras los heridos llenaron sus hospitales.

Centeno perdió también 183 hombres —número bien importante—, que murieron a orillas del mismo río, y tuvo además 200 heridos. Por la crecida del río a causa de la lluvia que cayó durante los combates, el botín quedó reducido a «900 cartuchos de fusil, 7 cajas de guerra, 3 cornetas y 312 fusiles que tuvieron que inutilizarlos en la retirada, por no tener bagajes en qué conducirlos, pues en los que se consiguieron salvaron los heridos que no podían caminar». El 25 de diciembre Centeno acampó, con los 117 hombres que le quedaron, en el mismo paraje en que se dio la batalla y por la tarde del mismo día se dirigió a los Mariches a pedir el auxilio de Cisneros para llevar los heridos a sus cantones. Sin embargo, ni en esta ocasión Cisneros quiso colaborar, al contestarle «que él, cuando tenía algún herido, lo mataba». Por esta conducta —comentó Arizábalo—, no podía mantener más de 18 ó 20 forajidos y no le duraban los mismos más de un mes porque desertaban por sus atrocidades. Pero en tal situación, Centeno desistió en pedir más ayuda a Cisneros y se mantuvo nuevamente con sus propios medios.

Centeno solicitó noticias de Caracas al presbítero don Vicente Hermoso, a quien le mandó decir que habían desaparecido de Caracas desde septiembre Isidoro Arroyo, Remigio Alvarenga y José Felix Díaz y no se sabía su paradero, puesto que a los sospechosos de ser amigos de Arizábalo los habían apresado o expulsado. También le hizo saber que las fuerzas de la República estaban sobre Orituro y las de Caracas saldrían a reforzarlas, sin duda tras conocer que no habían combatido con Arizábalo.

El presbítero envió también a Centeno 300 pesos y algunos recursos. Con esta información llegada el 29 de diciembre, Centeno emprendió su retirada a las montañas de Guarenas y Guatire y prosiguió por el río Qui-

rán hasta salir de los valles del Orituro, por donde entró nuevamente en las montañas de Tamanaco.

El 12 de enero de 1828, Centeno avisó a Arizábalo de su llegada al cantón del río de Aragua, en la Sierra Azul, donde éste se encontraba con 170 hombres y con los que marchó al día siguiente a su encuentro, reuniéndose con Centeno el día 20. Aquí pudo conocer el huidizo proceder de Cisneros, al que consecuentemente declaró enemigo del Rey. Hasta tal extremo fue odioso el apellido Cisneros que, sintiéndose avergonzado de él, al sargento segundo, José Dionisio Cisneros, después de haber visto y oído las atrocidades, Arizábalo le concedió en cambio el apellido de *Borbón,* en premio a su fidelidad, bajo el cual se le conoció desde ese momento.

Es más, como el puesto de segundo jefe estuvo reservado a Cisneros, también se le eliminó, nombrando como tal al propio Centeno. A las tropas de su mando, en premio de su ejemplaridad, les concedió «llevar en el brazo derecho un lazo de los colores del mismo Pabellón».

Pero incluso con el regreso de Centeno no mejoraba la situación. Escaso de todo y sin esperanzas de recibir los refuerzos, Arizábalo decidió caer sobre los 200 hombres de la República que había en Orituro para apoderarse de sus armas y dotaciones. Cuando se disponía a marchar sobre ellos, Juan Antonio Hernández le avisó que la escuadra española se había avistado, y que un bergantín se aproximaba a la tierra con una bandera roja, por lo que se había declarado una «alarma general» para que se movilizaran las poblaciones, aunque sólo se presentaron 300 hombres. Por eso Escalera y Maymó habían pedido a la capital de la República que reforzara Río Chico, donde suponían que Arizábalo esperaba los buques.

Ante tan sorprendentes noticias, cuando Arizábalo desesperaba ya de toda ayuda, recuperó su moral y se lanzó en busca del contacto marítimo, aunque ahora la circunstancia era muy distinta, pues no contaba ya con esos 3.000 hombres del mes de octubre, al haberlos dispersado en distintas partidas. Con todo, se decidió ir a Río Chico, dejando la caballería donde estaba y divulgando la gran noticia de la llegada de la escuadra, por el efecto moral que había de producir. Partió hacia la costa el 30 de enero con los demás jefes para pasar al pueblo de Orituro y tomar desde allí el camino real de Sabana Grande y el Tabillar y seguir al pueblo de Guapo, donde llegó el 2 de febrero de 1828. Aquí se encontró con las fuerzas enviadas por Monagas desde Barcelona para cerrarle el paso, al mando de Infante, en total unos 500 hombres, que marchaban

a taponar Río Chico. Se desencadenó así una batalla que duró unas cuatro horas y media. Llegada la noche, Arizábalo mandó a incendiar las casas donde se resguardaron las fuerzas de la República y luego se lanzó a perseguirlos, cuando se retiraban a Orituro. Prosiguió después su marcha pero, por consejo de Centeno y Doroteo, varió la dirección por el río Aragua para caer sobre la laguna de Tacarigua. Todos comenzaron la marcha que duró del 3 de febrero al 14 del mismo mes en que llegó «cuasi moribundos» —dice Arizábalo en su informe— a la quebrada llamada Peñascal, al sur de Río Chico». Descansaron el 15 y 16, y el 17 subieron a la sierra, casi impenetrable, conocida por *la de la muerte* —decía Arizábalo— y el 18 a las 10 de la mañana «nos encontramos en el sitio de Batatal del río de Aragua». El 19, ya distribuidos sus hombres, exhortó a su tropa para afrontar un nuevo esfuerzo. La situación no podía ser más angustiosa, pues todo era un esfuerzo contra el tiempo, consciente Arizábalo de que la expedición naval no podía estar esperándolo indefinidamente y que era necesario llegar cuanto antes a la costa. Bien lo sabían también los jefes de la República, obligándole a una marcha lenta entre combate y combate. Así se produjo el nuevo choque el 19 de febrero, frente a Remigio Reina, que disponía de un corto destacamento de 270 hombres, pero bien armados y sin el desgaste de la fatiga. No obstante, Arizábalo avanzó sobre él y mató con su sable a Reina, en tanto que Centeno, Inocencio y Doroteo dieron muerte a un gran número de los republicanos. La victoria fue completa, pero Escalera y Bustillos pudieron retirarse a Río Chico.

La espera a los barcos de Laborde

Arizábalo se mantuvo el 19 de febrero en el sitio de Batatal con su contingente de 564 plazas y el 20 reemprendió la marcha, concluyendo con la llegada el 22 a la laguna de Tacarigua[5]. Aquí tuvo el desconsuelo de saber por los vecinos que la escuadra de que le avisaron había desaparecido. Las fuerzas republicanas, al imponerle la lentitud de la marcha, a pesar de sus derrotas, habían vencido. Arizábalo supo, pues, que Laborde no estaba en Río Chico y que se había desplazado frente a La Guaira con tres buques. Para «dorar» su presencia y ofrecer alguna justifica-

[5] AHN, Informe de Arizábalo al general La Torre, *op. cit.*

ción, hizo el canje de cincuenta marineros venezolanos con el general Páez, y ante la vaguedad de noticias de Arizábalo, partió, llevando a bordo los recursos que de La Habana y Puerto Rico transportaba para él, sin haber podido hacerle llegar ningún socorro. Para Arizábalo fue causa este desenlace del mayor dolor y aunque no pretendía saber de marina —decía— ni culpar a Laborde, no comprendía cómo éste no llegó a Río Chico y barloventeó el tiempo necesario. Con esto se perdía toda esperanza de reacción. Porque Laborde no sólo no le socorrió, sino que luego, en Curazao, mermó su prestigio, tildándole de *faccioso* —decía Arizábalo— por lo que, desmoralizado, «deseó morir», porque sus tropas, ante aquel apartamiento ya no lo respetaban y prorrumpían en sarcasmos contra los españoles por haberlos abandonado. Y los que lo tuvieron como ídolo, lo «culpaban de sus desgracias», quedando en una posición más que peligrosa hasta que pudo calmarlos con nuevas esperanzas y con el único consuelo que podía dar, responsabilizando a Laborde.

Por las declaraciones que los marineros canjeados por Laborde dieron, al ser dejados en La Guaira, sabía los recursos que venían de La Habana y que en el buque no iba ni un soldado. Incluso declararon que el Gobierno de Colombia no tenía nada que temer, «porque el señor Laborde estaba muy preparado contra el faccioso Arizábalo». Así mismo, los interrogados aseguraban que los buques no volverían más. Esto se supo por la *Gaceta de Caracas,* donde se publicaban las cartas que Laborde envió a Páez sobre el canje de 50 prisioneros de marina y su interés en favor de la salida de la esposa de Cristóbal Zurita, que se encontraba en Caracas.

¿Qué pasó con Laborde después de salir de Puerto Rico? Córdova dice que se dirigió a Costa Firme y que el 28 de diciembre recaló sobre Blanquilla. El 29 pasó al oeste de Margarita, «dirigiéndose directamente a Unare, boca del Tuy y cabo Codera» y que, desde esa fecha al 10 de enero, batalló para entrar donde estaban los de Arizábalo, pero sin poderlo lograr. Es más, el 8 de enero hizo un reconocimiento con el bergantín *Hércules,* sin lograr ninguna información, y como no divisó señales de los de Arizábalo, no le quedó duda de que aquellos núcleos realistas no poseían ningún asentamiento de la costa. Así mismo Laborde aseguraba que llegó a Río Chico, donde debía tener señales de los de Arizábalo, pero tampoco las encontró[6], aunque reconoció todos los puntos del

[6] P. Córdova, *Memoria, op. cit.,* t. V, pp. 280-283.

litoral para hacerse ver, hasta el amanecer del día 8. Ese día transbordó al *Hércules* y recaló sobre la boca de la laguna de Tacarigua y, desde dicho punto, a lo largo de la costa, y a toca penoles con ella la recorrí [...] hasta las islas de mangle del fondo de la ensenada». Pero ninguna señal recibió[7].

Por ambas partes habían hecho todo lo que habían podido y muy especialmente por Laborde, que tan bien conocía aquel litoral.

La causa del fracaso estuvo en el retraso con que llegó la expedición y, sobre todo, porque tras la dispersión de partidas a la que Arizábalo se vio obligado, poco antes, ya no tuvo efectivos suficientes para marchar con rapidez sobre la costa, de forma tal, que cuando se asomó el día 22 de febrero, hacía mes y medio que Laborde había estado en Río Chico.

Y perdida la acción de sorpresa ya poco cabía esperar, pues la aparición de esta escuadra sobre Río Chico —dice Córdova—,

> había causado en Caracas la mayor sensación. Páez ordenó alistar a los hombres de 15 a 60 años, prohibió la lectura de impresos de Puerto Rico, adoptó muchas medidas de policía y despachó avisos a todas las provincias.

Páez creía que la escuadra intentaba hacer más que una incursión: armar a los facciosos y reforzarlos con los oficiales que tenía a bordo.

Aunque en esta ocasión se había liquidado tan fácilmente el intento del apoyo externo a la fuerza de Arizábalo —por la desconexión—, la operación en sí misma constituyó un serio aviso para Páez, al concebir que Laborde repetiría el empeño, dando, por consiguiente, amenazadas las costas del país. Por ello Páez decidió imponerse un esfuerzo para terminar con las guerrillas, con el fin de evitar que la escuadra tuviera motivo para acercarse nuevamente a socorrerlas. Porque no se trataba sólo de los que resistían con Arizábalo, ya que en Coro los guerrilleros de Moruy a Santa Ana de Paraguaná sostenían la causa del Rey hasta que el comandante Petit, con varios de sus soldados y el capitán Naveda fueron sorprendidos en Santa Ana el 26 de junio de 1828. Como este caso había otros.

Decidido Páez a eliminar todos los riesgos que podían darse, subsistiendo guerrillas fuera de la costa, hizo marchar a los valles del Tuy una

[7] AB, Expedición a Indias, 1828, carp. 886. Oficio de Laborde que remite Francisco Dionisio Vives al ministro de Marina, La Habana, 29 de enero de 1828.

columna de 200 hombres, y otros 500 para Aragua, con el fin de perseguir a Cisneros y proteger Caracas. También reforzó Puerto Cabello y Río Chico como los puntos más peligrosos, máxime cuando bien sabía la experiencia que Laborde tenía sobre todo aquel litoral y, especialmente, sobre la ciudad portuaria. Así llegó a poner a Cisneros en la situación más apurada, hasta que logró que depusiera las armas después de una entrevista de compadres. Algo parecido sucedió con las guerrillas de Remigio Ramos, Alvarenga y José Félix Díaz, quienes también en trance apurado y ante el efecto desmoralizador del apartamiento de Laborde, decidieron, como otros más, pasarse al bando republicano.

La colonia agrícola

Al irse Laborde, Arizábalo no tuvo otra solución, a la espera de una nueva ocasión, que volver a la montaña de Tamanaco, donde desde el 15 de marzo hasta finales de mayo de 1828 se mantuvo acantonado en el pueblo de Samurito y sitio de la Iguana. Centeno inspeccionó las montañas inhabitadas hasta la provincia de Guayana y todos se dedicaron a cosechar maíz, arroz y otros alimentos necesarios para mantener la tropa y los pueblos. También Arizábalo impulsó el cultivo de tabaco, que luego contrabandeaban «a tres pesos la arroba» en los pueblos pacíficos de la República, con lo que conseguían sal, ropa y municiones.

En Iguana estableció el cuartel general y el 30 de mayo de 1828, día que se celebraba el cumpleaños del Rey, dio al pueblo el nombre de San Fernando de Tamanaco. Diseminó por los cantones a su gente, que llegaban a 3.437 almas, con lo que empezó a desenvolverse una pequeña colonia española bien ordenada que se ocupaba de la agricultura, con sus comisarios de justicia y otras autoridades. Esto causó admiración a los que vivían bajo el régimen de Páez, por su orden y regularidad y porque vivían —según lo exagera Arizábalo— «más felices que ellos, que estaban sin leyes, ni gobierno, en el estado más espantoso de anarquía».

Pero no todo era orden y paz; también había represalias y castigos. Así, Arizábalo ordenó ejecutar a prisioneros de las fuerzas de la República en la plaza pública de Altagracia. Esta cruel acción fue en réplica a otra del jefe republicano Infante, que tuvo lugar el 3 de mayo, al pasar por las armas a los prisioneros realistas de la acción de Barbacoa. La represalia de Arizábalo tuvo lugar el día 19, lo que se sabe porque Doro-

teo avisaba haber cumplido la orden exactamente, después de haber pedido al párroco del pueblo que confesara a los reos que serían ejecutados.

Ya el 21 de mayo de 1828 Arizábalo envió a Bustillos a parlamentar con Páez con el fin de que éste nombrara comisionados para tratar sobre la regularización de la guerra, lo que aceptó. Pero el general Carabaño, comandante de la plaza de La Guaira, indujo a Páez a que se negara a la petición de armisticio o suspensión de armas por cortos días, difiriendo la contestación. Páez no se comprometió y delegó en Lino Clemente; y así Arizábalo recibió una respuesta inconcreta y hasta ofensiva, que Bustillos le llevó el 25 de junio. En esta contestación, Clemente llamaba a Arizábalo «cabecilla de facciosos» y negaba que habiendo entrado en Colombia y jurado la Constitución pudiera haber recibido autorización «de nuestros enemigos» y menos de hacer la guerra. Así no reconocía en él ninguna autoridad, como decía tenerla recibida de La Torre. Sin embargo, Clemente, que denegó el armisticio, ofreció pasaporte a Arizábalo, Cisneros y Centeno a nombre de Páez

> para que en el momento evacuen el territorio de la República, poniendo antes a disposición de las autoridades de ella a sus prosélitos, el armamento y municiones que tuvieron en el término de veinte días, contados desde la fecha en que fuera recibida la intimación.

Bustillos aconsejó a Arizábalo escribir nuevamente a Páez. Así lo hizo, pero la respuesta fue la misma, por lo que la consideró una ofensa al Rey y a su persona, decidiendo no insistir más y continuar las hostilidades.

Todo fue empeorando, pues poco después llegaban a Río Chico 400 hombres procedentes del batallón veterano Antioquía al mando de Eusebio Mora. Siguieron por el río Aragua, para acantonarse en Guanape y Guaribote. Mientras, los generales Julián Infante y Antonio Valero, con los coroneles López, Belisario y Zamora, debían establecerse con 1.300 hombres de infantería y caballería en los pueblos del Valle de la Pascua y Lezama, para combinarse todos sobre las posiciones de Arizábalo.

Esta movilización y este despliegue pone de manifiesto el temor con que se veía la resistencia de Arizábalo, pues tuvo que estimarse que si tal hacía podía ser por determinadas garantías que tuviera sobre una incursión naval. Pero el caso es que tampoco era más cómoda la situación

para otros reductos de resistencia, ya que Arizábalo llegó a saber el 29 de julio que se había producido el hundimiento del núcleo del Apure, donde se pasaron a las fuerzas de la República unos 300 hombres, quedando acorraladas las demás tropas realistas, por lo que Arizábalo, Centeno, Inocencio y Doroteo decidieron cesar en la expectativa y atacar a las fuerzas de la República el 2 de agosto en el pueblo del Valle de la Pascua. Los republicanos resistieron en un cuartel aspillerado después de perder mucha gente. Doroteo, por ejemplo, dio muerte al capitán Ruiz y tomó su caballo, que obsequió a Arizábalo. Por esta acción los vecinos de los pueblos huyeron a las montañas, pues no se veían nada seguros, ya que era lógico que las fuerzas republicanas tomaran represalias.

El 28 de agosto Valero, comandante general de operaciones, contaba aún con 2.600 hombres y decidido a llevar adelante la acción, comisionó al cura de Altagracia, González, para que ofreciera a Arizábalo un empleo en la República, amenazándole con pasarlo a cuchillo si no se rendía. También le mandó decir que tenía prisioneras a su madre y familia y que condenada a muerte, su madre había sido indultada por Páez, pero que si no convenía con ellos la confinarían a la isla de Margarita. Arizábalo, no obstante esta forma de coacción, se negó, contestando al sacerdote: «dígale V. al señor Valero, que resueltos estamos a morir, o plantar el estandarte real en Caracas».

Así continuaron las guerrillas hasta junio de 1829, derramándose sangre de uno y otro lado en multitud de acciones. Como único consuelo Arizábalo y los suyos divisaban desde la cumbre de Sierra Azul, Río Chico y el océano, al tiempo que se apenaban recordando el repliegue de Laborde. Arizábalo se mantenía porque el pueblo, niños y mujeres «me pedían que los salvase». Explicó que al valiente Doroteo le «vi abrazar muchas veces a sus tiernos hijuelos» y calmarlos diciendo: «¡Ah, españoles, cómo nos habéis abandonado!»; y dirigiéndose a mí, decía: «Mi general: ¿es posible que ya no se acuerden de nosotros?» [...] «¿Ya se han olvidado de estos pobres pardos que defienden a su Rey?» La situación no era para menos, pues Centeno no tenía ni una casa ni qué darle de comer a su mujer, embarazada.

No deja de ser conmovedor el hecho de que las últimas banderas realistas en Venezuela estén empuñadas por hombres humildes como este pardo Doroteo, símbolo de una lealtad que, como la de tantos de su etnia, son artífices de estos últimos episodios.

LIQUIDACIÓN DEL OPERATIVO: CAPITULACIÓN

Arizábalo no podía mantener esta situación, por lo que sólo pensaba en la honrosa estrategia de capitular y entregar a los suyos como acción digna para no perder más vidas. Convenció a Doroteo y Centeno de ello, tomó el último papel que le quedaba, y «sacando tinta azul del zumo de una fruta, y con el cañón de la pluma de un pangi» solicitó a Bustillos, por entender que era el más razonable, verse en la hacienda del Río de Aragua, donde pasaría con dos hombres para convenir la entrega. Como rehén, ofreció su propia persona. Le mandó la carta con dos mujeres, que salieron el 12 de junio y llegaron el 14, pero por no estar Bustillos en Caracas, se la dieron al interino, el teniente de navío José Miguel Machado, quien la remitió al general Páez. Éste nombró cuatro hombres para salir al punto del Batatal con alimentos y bebidas y dos pares de zapatos y una carta para Arizábalo fechada el 16 de junio, expresando la alegría que le causó la decisión de Arizábalo y ofreciéndose como su amigo. Era el gesto de hombría de bien habitual en el caudillo venezolano. También Bustillos y Machado le felicitaron por la decisión. Antes de partir a negociar, Arizábalo informó de todo a Centeno y Doroteo y les prometió volver para que no tuvieran que vivir el resto de sus vidas huyendo por los montes, indicándoles que si no volvía era porque «nada había conseguido» respecto a una «capitulación honrosa». Salió el 22 de junio y el 23, en una hacienda, le ofrecieron un caballo y en la segunda hacienda salió Machado con la comitiva de 27 personas, de las de más distinción. Le hicieron honores de capitán general provincial, le dieron muestras de afecto, le tendieron los brazos, vitorearon durante el café, dieron vivas al Rey, a Páez y a Bolívar. Al día siguiente debía partir a Río Chico, pasando por el pueblo del Guapo a recibir la respuesta de Páez. Bustillo llegó a Río Chico el 9 de julio de 1829 y Arizábalo quedó alojado en su casa, mientras se tramitaban por escrito los acuerdos con Páez, que andaba por Orituro.

Arizábalo quería sacar ventajas de la capitulación y que se le considerara como súbdito que era del Rey. Los jefes de la República trataron de disminuir su fuerza moral, diciendo que él no era reconocido como tal ni en La Habana ni en Puerto Rico, donde se le consideraba un faccioso. Pero éste no se amedrentó ni retiró sus demandas. Páez —a pesar de los consejos en contra— concedió los artículos de capitulación presentados e hizo expresiones de admiración por los heroicos esfuerzos y la

resistencia mantenida. Claro está que Páez, como prudente político, sabía muy bien que era preferible aprovechar aquella oportunidad en que el temido enemigo ofreció rendirse y hacerlo con una generosidad que animara a todos a cerrar definitivamente aquel capítulo de resistencias. Era el momento grave para la misma causa de Colombia y Páez necesitaba, cuanto antes, tener las manos libres para sacar adelante la República de Venezuela.

La capitulación fue discutida entre Páez y Bustillos el 15 de agosto, acordando los siguientes artículos: 1.º Que todas las partidas que desde el año 1821 se replegaron a las montañas de Los Güires y Tamanaco, comandadas por Ramírez, Centeno, Inocencio y Doroteo bajo el mando de Arizábalo, evacuaran sus posiciones y entraran con todos los honores al pueblo del Guapo, donde depositaran las armas ante Lorenzo Bustillos, conservando sus jefes y oficiales sus espadas y sables. Es decir, que serían tratados como dignos militares realistas. 2.º Que ya que todos eran venezolanos menos Arizábalo, se les permitiría quedarse si así lo deseaban, con el rango militar que tenían, o si decidieran pasar a territorios del Rey, se les proporcionaría embarcación en La Guaira, a ellos y a su familia, por cuenta del Gobierno de Colombia. 3.º Todos los prisioneros hechos a Arizábalo serían puestos en libertad inmediatamente. 4.º A ningún individuo comprendido en esta capitulación se le formularían cargos por conducta pasada. 5.º Que si todo el grupo deseaba formar un pueblo en Tamanaco, se les permitiría y ayudaría, así como también se les concedería un cura párroco. 6.º Los que sirvieron con Cisneros, creyendo servir al Rey, deberían gozar de los mismos derechos.

Con esto quedaba garantizado el pueblo y la seguridad de los colaboradores de Arizábalo. El acuerdo, firmado luego por José Arizábalo y Lorenzo Bustillos, en el campo de la boca del río de Aragua, el 18 de agosto de 1829, quedó ratificado por Páez en el cuartel general de Ortiz, el 4 de septiembre.

Curiosamente, la capitulación de Barrada en Tampico tuvo lugar también en septiembre, el día 11 del mismo año. Es decir, prácticamente en paralelo. Podemos decir que fueron los dos grandes esfuerzos realistas, aunque con tan distintos participantes, con un protagonismo tan diferente y una duración que en el caso del plan Barrada sólo se extendió a 153 días, de los cuales la expedición sólo estuvo 47 hasta capitular, cuando Arizábalo permaneció en Venezuela, en lucha armada, durante casi tres años.

En este desenlace, no debemos omitir otra generosidad de Páez, que concedió permiso a Arizábalo para pasar a Caracas por tierra para que viera a su mujer, que estaba enferma. Luego, Lino Clemente le extendió un pasaporte como colombiano, y Arizábalo protestó, al reclamar que «él era jefe realista» y desconocerlo constituía una ofensa al Rey. Lino Clemente lo arregló y sólo así embarcó para San Tómas, desde donde siguió a Puerto Rico.

En el informe del 31 de enero de 1830 que Arizábalo dio a La Torre, le invitó para hacer algo por los pueblos de la República que estaban en una desorganización y anarquía lastimosa. Citaba a todos los que habían emigrado a Puerto Rico y sus destinos, a consecuencia de las acciones de estos meses. Y se ofreció él y se ofrecía a cada uno de los capitulados para volver a Costa Firme si se organizaba por La Torre ahora ya una expedición de ayuda a estas gentes de Venezuela.

Entre las listas de expulsados y voluntarios para salir de Caracas es muy significativo el número de los que permaneciendo en Caracas, a pesar de que se sentían comprometidos con la causa del Rey, también se sentían puramente venezolanos, por lo que cuando Páez decidió reconstruir la República de Venezuela muchos de ellos le apoyaron.

Para terminar, tenemos una carta de José María Pando —agente de su majestad para prestar atención a los movimientos en Venezuela, Nueva Granada y la América Meridional —dirigida a La Torre, el 19 de septiembre de 1833, en que consta que Centeno, Doroteo y Cisneros estaban aún dispuestos a actuar al primer aviso que se les diera de parte de su majestad.

Probablemente Arizábalo, en ese viaje previsto, hubiera llegado a entristecerse aún mucho más. La España de aquel momento no era la que dejó. Se había desencadenado la pasión política sobre el propio futuro de la dinastía y del país. Además, América estaba lejos y había un tremendo desengaño desde los días de Cádiz sobre la predisposición que llegó a concebirse por un fraterno entendimiento.

En este desenlace, no debemos omitir otra generosidad de Páez, que concedió permiso a Arizabalo para pasar a Caracas por tierra para que viera a su mujer, que estaba enferma. Luego, Lino Clemente le extendió un pasaporte como comandante, y Arizabalo protestó, al reclamar que así era jefe realista y desconocerlo constituía una ofensa al Rey. Lino Clemente lo arregló y sólo así embarcó para San Thomas, desde donde siguió a Puerto Rico.

En el informe del 31 de enero de 1830 que Arizabalo dio a La Torre, le invitó para hacer algo por los pueblos de la República que estaban en una desorganización y anarquía lastimosa. Cuenta a todos los que habían emigrado a Puerto Rico y sus desastres, a consecuencia de las acciones de estos meses. Y se ofreció y se ofrece a cada uno de los capitulados para volver a Costa Firme si se organizaba por La Torre, ahora ya una expedición de aquellos escasos grupos de Venezuela.

Entre las filas de exiliados y voluntarios para salir de Caracas es muy significativo el número de los que permanecieron en Caracas, a pesar de que se sentían comprometidos con la causa del Rey; también se sentían plenamente venezolanos, por lo que cuando Páez decidió reconstruir la República de Venezuela muchos de ellos le apoyaron.

[illegible] su majestad para prestar atención a los movimientos en Venezuela, Nueva Granada y la América meridional —dice La Torre, el 15 de septiembre de 1833, en que conoce que Caracas, Ocumare y Valencia estaban dispuestas a actuar al primer aviso que se les diera de parte de su majestad.

Probablemente Arizabalo, en ese viaje previsto, hubiera llegado a encontrar aún mucho más. La España de aquel momento no era la que dejó; se había desencadenado la pasión política sobre el propio futuro de la dinastía y del país. Además, América estaba lejos y había un tremendo desengaño desde los días de Cádiz sobre la problemática que luego a concebirse por un tardío entendimiento.

XII

BALANCE SOBRE LA ÉPOCA Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Hemos de precisar que en España el asunto de la pacificación de América y las decisiones que habían de tomarse sobre el caso se consideraban como un problema común, sin hacer diferencias por el lugar geográfico donde se encontraban estos núcleos de resistencia. Así, en 1820 se nombraron los siguientes comisionados: para Guatemala, Francisco del Pino; para Costa Firme, José Sartorio y Juan Barry; para Buenos Aires, Antonio Luis Pereira y Francisco de la Llave; y para Nueva España, Juan Jabat, quien luego fue sustituido por Juan Ramón Osés y Santiago Irisarri. Todos ellos facultados para acordar el cese de hostilidades, pero no para convenir tratados que comprometieran la soberanía de España, con la concesión de la independencia de ninguno de sus territorios en América.

Iusión liberal y mentalidad realista

La enunciación del hecho ya nos habla de que se trataba de una decisión de ideología política. El hombre liberal, como lo expresó Jesús Pabón para el caso de Cuba, propendía al tratamiento político de la cuestión, por considerar que todo problema puede tener una solución que aproxima puntos de vista, basados en las satisfacciones mínimas de cada parte. Pero también, toda política conservadora —y en este caso más siendo absolutista—, por desconfiar de la capacidad humana para un entendimiento razonable, tendía a soluciones de fuerza, por estimar que toda solución política que no aniquilara la capacidad del enemigo era sólo aceptable para poder contar con un plaza de robustecimiento y reorganización. Es decir, para volver a empezar pero en peores condiciones.

De aquí que al haber pasado la dirección política española de manos de los liberales, en 1823, a manos de los absolutistas se cambiara también la tendencia en el tratamiento del hecho americano, del mismo modo que sucedió otro tanto tras el levantamiento de Riego y el restablecimiento de la Constitución de 1812, sólo que a la inversa.

Y son estos cambios los verdaderamente responsables del giro que tomaron los acontecimientos en América. El liberal y ex ministro Jesús Badillo quiso por eso demostrar que los liberales no habían facilitado con su política el empeoramiento de la situación americana. Porque ideológicamente no podían admitir que siendo liberales precipitaran los acontecimientos, cuando creían, a ojos cerrados, que el liberalismo era una actitud —más que una ideología— que permitía resolver cualquier cuestión por vía de entendimientos. Pero en el caso americano no era ya cuestión de ideología la resolución de los problemas en el trance de que nosotros nos ocupamos. Porque contra lo que ellos creían, eran dos intransigencias las que se debatían frente a frente: la intransigencia de la independencia como algo irrenunciable y la intransigencia de la soberanía española también como algo indiscutible. Por eso en todas partes fracasaron los comisionados. Y tras ese fracaso se volvía totalmente al planteamiento armado.

Pero en ese terreno la política de Fernando VII de «reducción o pacificación» había de contar con la posibilidad de ejercer esa presión militar con efectividad plena. Para ello tenía cuadros militares capaces y valerosos, con soldados habituados a toda austeridad, que poseían todas las virtudes necesarias: aguante, capacidad para soportar toda clase de penalidades, resistencia inagotable y valor a toda prueba. Pero de lo que no estaba tan cierto el Rey era de que esos instrumentos posibles fueran unidades que quisieran combatir, cuando hacerlo implicaba una fidelidad al Rey, que ahora era mucho más discutible, ya que la opinión estaba dividida por las propagandas desmoralizadoras y el jacobismo que pudiera rebrotar en cualquier parte y más en contacto con los americanos.

Por eso el esfuerzo de Fernando VII estuvo en internacionalizar el hecho americano, buscando el apoyo y la solidaridad de las potencias de la Santa Alianza. Pues si en los campos de Europa había triunfado al fin el legitimismo realista frente al liberalismo, que se consideraba una amenaza, capaz de incendiar a los pueblos, resultaba argumentable que se prestara atención al peligro de las naciones americanas liberalizadas y antilegitimistas. Pero aparte de algunos casos de ayuda, siempre limitada, la

Santa Alianza pronto paralizó toda actividad fuera de la desplegada sobre los propios Estados de la misma ya que una aventura transatlántica podría terminar con la «normalización» en que vivían las potencias que la componían. España había tenido una sublevación, la del Ejército Expedicionario acantonado en Cádiz, que dio al traste con el régimen legitimista de Fernando VII. Aparte de los recelos entre unas y otras potencias, cabía temerse que algo semejante pudiera producirse en cada país.

Los consejeros de Fernando VII y defensores de la política recuperadora vinieron a considerar, en consecuencia, que los pueblos republicanos de América se vieran arrastrados a una fatal anarquía que obligara a que los grupos responsables de cada país buscaran la «normalización» mediante el restablecimiento de la monarquía.

Pero esta idea era tan falsa y tan quimérica como la creencia de los liberales en que, por el mero hecho de serlo, podían desplegar una política de entendimiento con los liberales americanos. Si este hecho falló, igualmente se verían defraudados los buscadores de «normalizaciones» por medio de expediciones, no ya pacificadoras como las de 1815, sino de apoyo al supuesto alzamiento interior, la seguridad y la capacidad para pensar en un futuro no convulsionado por cambios continuos. En suma, la estabilización.

Por eso no es extraño que si hay un enfoque genérico para las distintas situaciones, también existe cierta similitud en los estilos de resistencia por conservar el continente Americano para la Corona de España.

Así, tras las batallas que se dieron por definitivas, se hizo algo más que esperar la llegada de los buques españoles para la «recuperación». Los islotes se endurecieron y persistieron por años en la resistencia hasta el extremo límite. Y tras su agotamiento —esto es lo más curioso— persistió la esperanza de que España podía enviar los efectivos necesarios para dominar todo el continente y a un mismo tiempo. Por ello, tras la batalla naval de Brown en 1814, que obligó a Vigodet a entregar Montevideo, los realistas, dispersos en las provincias del Plata y Brasil, alentaron la política española de reconquista, y llegó a organizarse una expedición con propósito de dominar las provincias del Plata, pero que ya sabemos que no pudo partir. Algo semejante se dio con Olañeta, en el Alto Perú, pensando en los puertos del Callao y de Chiloé, donde Quintanilla gobernó el archipiélago hasta 1826.

La creencia de los jefes realistas

No pensamos en ningún caso que los jefes militares como Olañeta, Quintanilla o Rodil fueran ilusos ni mucho menos. Se veían impulsados por una razón de honor y de fidelidad al Rey, pero también por una creencia común en el cambio. Estuvieron como a la espera del derrumbamiento de sus respectivos cercos, pues ellos conocían el terreno que pisaban mejor que nadie. Pero Bolívar estaba en Lima y Sucre en el Alto Perú.

¿Qué habría sucedido de mantenerse un año más esos focos de resistencia, cuando se quebró la solidez que creó la Nación boliviana con Sucre o cuando se precipitaba en la nada el bolivarismo de Perú? ¿No habría sucedido a La Torre un desenlace bien distinto de haberse anticipado la *cosiata* de Páez con la condena de Santander? No en vano, rendido Puerto Cabello en noviembre de 1823, el apoyo decidido de las gentes y de los hombres que habían servido en el Ejército Expedicionario alentó el plan de Arizábalo de reconquistar Caracas y la reimplantación del régimen español.

Todo era un efecto de perspectiva, pues si es cierto que en todas partes existieron opiniones que preferían, ante la anarquía surgida, el restablecimiento de la fidelidad al Rey, lo que sucedía era que carecía ya de posibilidades para hacerlo efectivo. El patriotismo en México, como en Caracas, Bogotá, Lima o Santiago era un hecho insoslayable. El error estuvo en convertir el sentimiento de cada uno, tanto en España como en América, en realidad generalizada y compartida. Porque además todos esos resistentes internos eran ya impotentes, aunque fueran todavía importantes, ya que no cabe olvidar que constituidas las repúblicas a lo largo de todos los años que dejaban atrás, se habían creado también nuevos intereses de poder, nuevos intereses económicos, nuevos intereses sociales —el problema de los esclavos más o menos resuelto— y, sobre todo, se habían formado ejércitos con oficialidades hechas en la lucha, que habían pregonado sus méritos y en ocasiones sus crueldades, méritos y servicios, en suma, que ahora no podían dejar de lado, pues sería igual que entregarse como reos.

Una sociedad constituida en base a un nuevo sistema de intereses, con unas propiedades surgidas del servicio a la causa, forzosamente tenía que ser inamovible, a pesar de todos los focos que existieran en su contra. Ineludiblemente uno tras otro serían estirpados.

SOCIEDAD DESHECHA *VERSUS* SOCIEDAD CONSTITUIDA

Es el caso que se dio con la actividad de Bartolomé Salom, cuando en 1828 se volcó contra los hermanos Castillo, quienes alentados por los españoles radicados en la isla de Trinidad, llevaron a efecto toda suerte de acciones para alzar contra el Libertador a los habitantes del oriente del país, principalmente de Güiría y Cariaco.

Presumiblemente en esta actitud de los hermanos Castillo, como en la de Arizábalo y tantos más, estaba constituyendo su base el servicio al que habían estado vinculados muchos de ellos en el Ejército real, puesto que con el tiempo, si el Ejército Expedicionario de Costa Firme en un principio estuvo constituido por españoles, después fue nutrido por hombres en su inmensa mayoría de la propia tierra, que combatieron encuadrados en unidades que llevan sus nombres: Cazadores del Barinas, Leales de Coro, Valientes de Coro, Cazadores de Casicure, Cazadores de Paraguaná, Cazadores del Pedregal, Cazadores del General, Dragones Leales a Fernando VII, Ligero de Cachiri, Veterano de Cumaná, Milicia Nacional de Puerto Cabello, Cansados de Puerto Cabello, etc., además de los americanos que fueron encuadrados en los gloriosos regimientos de Valencey, Burgos, Barinas y otros. Estos hombres que sirvieron en los batallones reales, así como los ex funcionarios, los que desempeñaron cargos municipales y sobre todo los que se vieron perjudicados por confiscaciones, extorsiones y actos de fuerza, tuvieron en la nostalgia del pasado un recurso para esperar el milagro, aunque no la posibilidad de que éste llegara a ser cierto. Porque la sociedad constituida puede más.

La resistencia requería un respaldo monetario que era difícil extraer de las Cajas Reales —pues el hecho de la independencia contribuyó a la ruina económica de España— por lo que hubo de recurrirse, para cubrir las necesidades de las plazas y de los emigrados, a las más ingeniosas formas de crédito con el fin de atraer a prestamistas y para contar con poder adquisitivo. En Puerto Cabello, por ejemplo, hubo de inventarse la moneda «seña», la de cobre, la de papel, los cedulones, etc., que del mismo modo que la moneda interior llamada macuquina, carecían de valor para las compras que habían de hacerse en las islas. Por lo tanto hay una economía interna, distinta de la externa que funcionaba por la comercialización de los productos de la retaguardia enemiga, que se atraían a Puerto Cabello, o iban a buscarse por expediciones de captura en otros pun-

tos de embarque, así como también operando en corso, tal como se repitió en Chiloé o en Ulúa.

La presión de la economía defraudada

También tuvo que operar en otros casos la economía defraudada, pues no debe olvidarse que los dos ejércitos vivieron y se nutrieron de requisas, cuotas, donativos forzosos, empréstitos que se imponían al vecindario en los momentos más graves, siempre con el compromiso de devoluciones, que también siempre eran aplazadas. Y lo mismo sobre los pueblos por los que pasaban las tropas.

De esta manera es lógico pensar que quien hubiera perdido buena parte de su numerario en empréstitos forzosos o entregado reses, frutos, etcétera, al almacenar vales por su cuantía, estuviera ansioso de poder hacerlos efectivos, lo que sólo podría lograr con el restablecimiento de la soberanía real. Era otra quimera, pero siempre son quimeras las que sostienen a los hombres. En nuestro caso, tenemos aquí a la vista a los que enviaron informes y sugerencias a Cuba, instando a la «recuperación».

Se trata de una auténtica guerra civil, ya que hay que mencionar también la distinta moral de quienes estuvieron en los dos bandos, puesto que los patriotas combatían con una seguridad en el futuro, porque tenían fe en la victoria última, aunque vieran derrumbarse situaciones que creían consolidadas. Los realistas combatían al final en la seguridad de estar abandonados, con el convencimiento de que apenas podían tener un apoyo en algo que parece haberse descubierto y que no suele tenerse en cuenta: el cambio político en España, pues del mismo modo que del régimen absolutista se pasó al liberal, parece percibirse una nueva decisión de aguantar y de dar ejemplo de persistencia a la espera de otro cambio, siendo ya todo insoslayable cuando nada vigorizador se produjo.

La función de la Marina como nexo o soporte

La Marina constituyó el último recurso. Por eso los focos de persistencia: Puerto Cabello, el Callao, Chiloé y Ulúa fueron posibles junto al mar. Y hay que suponer que desde los respectivos castillos la fundamental esperanza estaba en descubrir en la línea del horizonte las velas que fueran en su busca. Fue el mar en definitiva, la fuerza naval, el soporte

de la resistencia. No en vano la entrega de Montevideo y Puerto Cabello fueron precedidas por sendas derrotas navales a manos de Brown, la primera, y de Padilla en el segundo caso. Lo mismo sucedió en Ulúa, donde llegó a entregarse la plaza tras la frustrada expedición de Laborde en su socorro.

Curiosamente los grandes libertadores no estuvieron presentes en los lugares de resistencia en el momento de la rendición. San Martín estaba en Chile cuando se entregó Montevideo, y en Europa cuando se entregaron las dos últimas plazas del sur. Bolívar no presenció la entrega de Puerto Cabello porque debía partir al sur, ni la entrega del Callao y Chiloé porque debía atender el Alto Perú. Tampoco Ulúa se entregó en presencia, por supuesto de Iturbide, pero tampoco de Guadalupe Victoria.

Sólo las plazas del Callao y Chiloé fueron entregadas por el mismo jefe realista que comenzó la resistencia en ellas. Ulúa se rindió con Coppinger y no con Lemaur; Puerto Cabello no fue entregado por La Torre ni por Morales, sino por Calzada. Es decir, sólo El Callao y Chiloé, defendidas por Rodil y Quintanilla, llegaron con ellos hasta el final. Esto valora aún más la resistencia sostenida por estos jefes aislados que, por estarlo, una vez encerrados, nunca tuvieron posibilidad de relevo.

La última conclusión queremos que sea la surgida de este corto estudio y es la existencia de hombres de cuerpo entero. Evitamos la calificación de héroes, porque preferimos, como debe preferirse siempre en la historia, la realidad humana más que la mítica. De aquí que no hayamos omitido las discrepancias entre los personajes, sus mutuas acusaciones, sus rivalidades, sus debilidades y errores. Hemos querido que los personajes presentados estuvieran simplemente ahí, como creemos que deberían estar. Indiscutiblemente son hombres de una talla inmensa. No nos ha importado de dónde era cada uno, porque frente a la selección de éste o aquél según el lugar donde había nacido, nos han interesado todos juntos, porque sólo esta y las demás empresas son realidad debido al concurso común. Y como al principio, lejos, muy lejos, de las indispensables ayudas de los que les vieron extinguirse, abandonados de todo socorro.

de la resistencia. No en vano la entrega de Montevideo y Puerto Cabello fueron precedidas por sendas derrotas navales a manos de Brown, la primera, y de Padilla en el segundo caso. Lo mismo sucedió en Ulúa, donde llegó a entregarse la plaza tras la frustrada expedición de Laborde en su socorro.

Curiosamente los grandes libertadores no estuvieron presentes en los lugares de resistencia en el momento de la rendición. San Martín estaba en Chile cuando se entregó Montevideo, y en Europa cuando se entregaron las dos últimas plazas del sur. Bolívar no presenció la entrega de Puerto Cabello porque debía partir al sur, ni la entrega del Callao y Chiloé porque debía atender el Alto Perú. Tampoco Ulúa se entregó en presencia, por supuesto de Iturbide, pero tampoco de Guadalupe Victoria.

Sólo las plazas del Callao y Chiloé fueron entregadas por el mismo jefe realista que comenzó la resistencia en ellas. Ulúa se rindió con Coppinger y no con Lemaur. Puerto Cabello no fue entregado por La Torre ni por Morales, sino por Calzada. Es decir, sólo El Callao y Chiloé, defendidos por Rodil y Quintanilla, llegaron con ellos hasta el final. Esto valora aún más la resistencia sostenida por estos jefes aislados que, por cierto, una vez encerrados, nunca tuvieron posibilidad de relevo.

La última conclusión que queremos que sea la secuela de este corto estudio y es la existencia de hombres de cuerpo entero. Evitamos la calificación de héroes, porque preferimos, como debe preferirse siempre en la historia, la realidad humana más que la mítica. De aquí que no hayamos omitido las discrepancias entre los personajes, sus mutuas acusaciones, sus rivalidades, sus debilidades y errores. Hemos querido que los personajes presentados estuvieran simplemente ahí, como creemos que debemos estar, indiscutiblemente son, hombres de una talla superior. No nos ha importado de dónde era cada uno, porque frente a la selección de éste o aquél según el lugar donde le tocó actuar, nos han interesado todos juntos, porque sólo ésta y las demás empresas son realidad debido al concurso común. Y como al principio, lejos, muy lejos, de las indispensables ayudas de los que les vieron extinguirse, abandonados de todo socorro.

APÉNDICES

FUENTES CONSULTADAS

Archivos y fuentes impresas

La bibliografía sobre la Emancipación es tan inmensa, y a veces deformante, que preferimos extendernos en la relación de fuentes que siempre será más útil. De aquí la cierta desproporción que podrá observarse entre ésta y la relación de estudios. Nos ceñiremos en cada caso a ofrecer una guía que pueda ser útil.

Para llevar a cabo esta obra hemos utilizado los fondos del Archivo Histórico Nacional (AHN) de Madrid, especialmente la sección de Estado; los libros del Consejo de Estado, en lo relativo a Ultramar, y muy especialmente los legajos del Archivo Torrepando, fuente documental indispensable para Costa Firme. Así como el *Archivo Morillo* de la Academia de la Historia.

En el Archivo General de Indias (AGI) hemos consultado varias secciones.

En el Archivo General de Marina Álvaro de Bazán (AB) y en el Museo Naval (MN) hemos revisado la acción de la Marina (expediciones a Indias, etc.), así como la cartografía existente.

En el Servicio Histórico Militar de España de Madrid (SHM) hemos encontrado documentación variada así como cartografía.

En el Archivo del Congreso de Diputados de Madrid *(ACD)* se ha visto la rica documentación de las Cortes de Cádiz y propuestas.

En Puerto Rico hemos encontrado en el Archivo General (AGPR) valiosa documentación sobre la Marina, hojas de servicios de militares, emigrados de Costa Firme y respaldo de la isla a Costa Firme.

También hemos indagado el Archivo de la Academia Nacional de la Historia de Caracas (Arch. ANH), donde se guarda mucha documentación relativa a nuestro tema, aunque casi toda transcrita de la existente en España.

Las fuentes usadas sobre la prensa de la época las hemos encontrado en AGPR: *El Correo del Orinoco* (1818-1822), Angostura (Venezuela), reproducción

facsimilar, edición de la Corporación venezolana de Guayana con motivo del Sesquicentenario de la publicación, Caracas, MCMLXVIII. En la Hemeroteca de la Universidad de Puerto Rico (HUPR): *El Diario Liberal y de Variedades de Puerto Rico, El Eco, Diario Noticioso de Puerto Rico* y *El Investigador* (Puerto Rico). En AHN de Madrid, Torrepando: *Correo Extraordinario del Orinoco* (Angostura), *El Correo Nacional* (Maracaibo), *El Indicador Constitucional, Diario de La Habana, Diario del Gobierno Constitucional de La Habana, El Telégrafo Mejicano,* Segunda Época (Madrid). En AB: *De Curazaosche Courant* (Curazao) y Decretos. Y en AGI: *Boletín del Estado Mayor, Boletín del Ejército Expedicionario de Costa Firme* y *El Posta Español,* de Venezuela.

En relación con Montevideo hemos consultado:

E. Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay,* Montevideo, 5 tomos, t. I, 1933. J. Artigas, *Bibliografía,* recopilada por María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos, Montevideo, 1953, t. I. También del mismo, *Correspondencia con el Cabildo de Montevideo (1814-1816),* Montevideo, 2.ª edición, 1946. Cámara de Representantes, *Artigas y el Sistema Representativo 1813-1819,* Montevideo, 1966.

Sobre Costa Firme, las fuentes más valiosas son de J. A. Páez, su *Archivo,* su *Autobiografía,* Nueva York, 1946, y *Documentos. Organización del Gobierno de Páez.* Caracas, *Boletín del Archivo del Congreso de la República,* número 1. pp. 275-282. Y las de La Torre, Laborde y Tomás Morales por los realistas. De F. de Santander su *Archivo,* publicado por la Comisión de la Academia de la Historia de Colombia bajo la dirección de E. R. Tirado, Bogotá, Águila Negra Editorial, 1915-1920. De S. Bolívar, *Escritos selectos,* Caracas, Homenaje al Dr. Vicente Lecuna en el centenario de su nacimiento, Venezuela, 1970. De P. T. de Córdova, *Memorias Geográficas, Históricas y Económicas de la Isla de Puerto Rico,* San Juan, Puerto Rico, 1968. De A. Laborde, *Capitán de Navío. Relación Documental de los Sucesos de Venezuela (1822-1823),* Instituto de Geografía e Historia de Caracas (Caracas), número 18, 1974. De F. T. Morales, *Relación histórica en Compendio de las Operaciones del Ejército Expedicionario de Costa Firme durante el tiempo que estuvo al mando del Excmo. Sr. D. Francisco Tomás Morales. Anuario del Instituto de Antropología e Historia* (Caracas), tomos IV, V y VI, vol. II, pp. 1117-1147. Y de D. F. O'Leary, *Memorias,* Caracas, 1952.

Sobre México: G. García, *Documentos históricos mexicanos,* México, 1985, 7 tomos. Y de M. Cuevas, *El Libertador. Documentos selectos de don Agustín de Iturbide,* México, p. 320, De L. Zavala, *Ensayo histórico de la revolución de México hasta 1830,* México, 1845. De C. M. Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Castilla,* México, Imprenta de Ontiveros del Águila. Y de L. Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que perpetuaron su Independencia en el año 1808, hasta la época presente,* Imprenta de J. M. Lara, México, 1849-1852, 5 tomos.

Sobre el caso del Perú hemos consultado la Colección Documental del Perú, publicada en Lima en 1972, por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, y concretamente *Asuntos Militares,* tomo VI, vol. 8, correspondiente a los años 1824-1825-1826, cuyo prólogo, compilación y ordenamiento fue realizado por el general F. de la Barra, *Documentación Oficial Española,* tomo XXII, vol. 2; compilado y con prólogo de Guillermo Lohmann Villena; y de M. Torrente, *Memorias, Diarios y Crónicas de la Historia de la Revolución de la Independencia del Perú,* t. XXVI, vol. 2, edición y prólogo de Félix Denegri Luna. Así como la exposición publicada por el conde de Torata, hijo del mariscal de campo don Jerónimo Valdés, también en la *Colección Documental del Perú,* t. XXII, vol. 3, pp. 315-384, que tiene tres partes: la primera, titulada *Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú;* la segunda, titulada *Traición de Olañeta,* y la tercera: *Batalla de Ayacucho y Capitulación.* Está firmada en Vitoria, 12 de julio de 1827. Y también la *Narración histórica de la Guerra insurreccional de la América del Sur* de Francisco Javier de Mendizábalo, que vimos en el Servicio Histórico Militar de España, en Madrid. Imprescindible nos ha sido la *Memoria del sitio del Callao,* de J. R. Rodil, con nota preliminar de V. Rodríguez Casado y G. Lohmann Villena, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (Sevilla), 1955. También hemos consultado las *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* escritas en inglés por J. Miller y traducidas al castellano por el general Torrijos, Madrid, Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco Fomboná, sin año de publicación. Además de T. Heres, *Historia de la Independencia americana, emancipación del Perú según la correspondencia de Heres al Libertador (1821-1830),* Madrid, 1919. Así como las *Memorias del almirante Brown,* Buenos Aires, Comisión Nacional de Homenaje al almirante Guillermo Brown, 1957.

Sobre Chile y Chiloé hemos consultado, además de las ya citadas sobre el Perú que son de interés común, las de A. de Quintanilla, *Autobiografía,* Santiago, Universidad de Chile, 1953, y a J. Rodríguez Ballesteros, *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826,* Santiago de Chile, 1846.

Otra bibliografía consultada

Las obras de carácter general no tienen para nuestro caso un interés especial, precisamente porque apenas hacen referencia a los centros de resistencia y menos a su liquidación. De aquí que nos resulte preferible centrarnos concretamente en la bibliografía específica de cada caso.

Señalamos en primer lugar la bibliografía relativa a la resistencia y liquidación del núcleo de Montevideo, porque es el primero que se agotó, con una temprana rendición en 1814.

Sobre los antecedentes de la pugna Montevideo-Buenos Aires: F. Bauzá, *Historia de la dominación española en Uruguay,* Montevideo, 1926, 3 tomos. D. Ramos, *Alzaga, Liniers y Elío en el Motín de Buenos Aires del primero de enero de 1809,* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964; y del mismo, «Los Motines de Aranjuez americanos y los principios de la actividad emancipadora» (Barcelona), *Boletín Americanista,* números 5-6 (1960), pp. 107-156.

Sobre el problema de Artigas: L. Sala de Tourón, *Artigas y su Revolución Agraria, 1811-1820,* México, 1978, realizada en colaboración con N. de la Torre y J. C. Rodríguez. A. Zum Felde, *Proceso histórico de Uruguay,* Montevideo, 5.ª edición, sin año de publicación. También, J. Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental de Uruguay (1810-1830),* Montevideo, 1846. Y E. Suzzy Casal, *En torno a los verdaderos promotores de Grito de Asensio en la Banda Oriental en 1811,* III Congreso Internacional, t. II, pp. 403-425.

Sobre la campaña liquidadora: F. Bosch, *Guillermo Brown, biografía de un almirante,* Buenos Aires, 1986. También H. R. Ratto, *Historia de Brown,* Buenos Aires, 1939. Y en M. V. Quartaruolo y L. H. Destefani, *Campaña naval de 1814 contra los realistas de Montevideo,* Departamento de Estudios Navales, 1964. También Burcio, *Armada Nacional. Reseña histórica de su origen y desarrollo orgánico,* Buenos Aires, 1960, y de A. Justiniano, *Campañas Navales.*

Sobre la expedición de Brown al Pacífico: J. Villamil, *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil,* Lima, 1863. C. Destruge, «La expedición de Brown», *Arnalis,* Quito, núm. 17 (1968). L. H. Destefani, *La Real Armada Española y la guerra naval de la emancipación hispanoamericana,* IV Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires, 1966, t. IV, pp. 385-405.

Sobre personajes clave: R. R. Caillet-Bois, *Un enemigo acérrimo de la revolución: José María Salazar,* III Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires, 1961, tomo V, pp. 407 y siguientes.

Sobre Paraguay: J. C. Chávez, *Belgrano y el Paraguay,* III Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires, 1961, tomo V, pp. 36 y siguientes. Del mismo, *El gran dictador (Francia),* Asunción, 1965.

Sobre la expedición del Río de la Plata y el levantamiento de Riego: Torres Rebello, publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* de Buenos Aires en 1960.

Sobre problemas generales de Costa Firme: V. Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar* 3 vols., Nueva York, 1950. D. Ramos, *Bolívar en las Antillas,* Madrid, 1986.

En relación con la batalla de Carabobo: Hno. N. María, *Carabobo,* Madrid, 2.ª edición, 1971. M. Pérez Villa, «Carabobo, batalla decisiva». *Boletín Histórico,* Caracas, número 27, pp. 121-133. También T. Pérez Tenreiro, «La organización y los mandos de las Fuerzas Realistas el día 24 de junio de 1821», *Boletín Academia Nacional de la Historia,* Caracas, número 216, t. LIV, octubre-diciembre de 1971, pp. 618-631, y *Los sucesos militares de Coro en los años 1821 y 1822,* Caracas, 1972.

Sobre los personajes clave: T. Pérez Tenreiro, *Don Miguel de La Torre y Pando. Relación de sus campañas en Costa Firme, 1815-1822,* Valencia, Edición publicada por el Ejecutivo del Estado de Carabobo en el Año Sesquicentenario de la Batalla, 1971. Así como F. Morales Padrón, «Francisco Tomás Morales, último capitán general de Venezuela», *Anuario de Estudios Americanos,* Sevilla, volumen XXXIII, 1976. Como R. M. Tisnes OFM, «El mariscal don Juan de La Cruz Mourgeón, último virrey de la Nueva Granada», *Ximénez de Quesada,* Bogotá, número 17, 1972.

Sobre la batalla del Lago Maracaibo: A. el Jure-Yunez, *La Batalla naval del lago de Maracaibo (Narración),* Caracas, segunda edición, 1973. Así como F. A. Vargas, *Nuestros próceres navales,* Caracas, 1964.

Sobre Puerto Cabello y su situación: A. González, *Bolívar en Puerto Cabello,* Caracas, 1979; y del mismo, *Sitios y toma de Puerto Cabello,* Caracas, 1974. D. Fernández Pascua, *La resistencia española en Venezuela después de Carabobo y el respaldo de Puerto Rico,* Tesis doctoral presentada en la Universidad de Valladolid, 1988.

Sobre el Ejército Expedicionario de Costa Fernández Pascua, *Extinción del Ejército de Costa Firme,* tomo XIII, *Emancipación y Nacionalidades Americanas,* Ediciones RIALP, 1990. S. González, «El aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme (1815-1823)», *Revista de Indias,* año XXII, número 87-88, pp. 129-150.

Sobre los problemas generales de México: M. Aguilar Mora, *El Bonapartismo mexicano español, ascenso y decadencia,* México, 1984. También T. E. Anna, *La caída del Gobierno español en la ciudad de México,* traducción de Carlos Valdés, México, 1981. Como L. Chaves, *Historia de México (1808-1836),* México, 1985. A. Rivera Sanromán, *Principios críticos sobre el Virreinato de Nueva España y sobre la Revolución de Independencia,* México, 1922. H. Sims, *La expulsión de los españoles de México (1808-1833),* Madrid, 1974, traducción de Roberto Gómez Ciriza. De E. O'Gorman, *Nueva España o México,* México, 1972.

Sobre Ulúa: M. Lerdo de Tejada, *La fortaleza de San Juan de Ulúa,* México, 1961. También en D. Ramos, *La entrevista de Iturbide y San Martín y la presumible propuesta del plan recuperador,* Ponencia presentada al Coloquio Internal del Instituto Español Sanmartiniano celebrado en Madrid en octubre de 1980 y publicado en el volumen de trabajos *San Martín en España,* Madrid, 1981, pp.

137-140. También J. A. Calderón Quijano, *Historia de las Fortificaciones en Nueva España,* Sevilla, 1953.

Sobre O'Donojú: C. Bosc, *Problemas diplomáticos del México Independiente,* México, El Colegio de México, 1947. Sobre este tema, Tampico y aspectos generales: J. Delgado, *España y México en el Siglo* XIX, Madrid, 1950-1953.

El análisis del golpe de Novela después del Plan de Iguala, en B. R. Hammett, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (liberalismo, realeza y separatismo, 1800-1824),* México, 1978.

Sobre Chile y Chiloé, M. L. Amunategui, *La crónica de 1810,* Santiago de Chile, 1912, y del mismo autor y su hermano Gregorio Víctor, *La reconquista española,* Santiago de Chile, 1912. L. Galdames, *Estudio de la Historia de Chile,* Santiago de Chile, 1907. La obra de E. Almayda Arroyo, *Historia de Chile de don Francisco Antonio Encina,* Imprenta San Francisco, Padre Las Casas, Chile, sin año de publicación. Como también D. Barros Arana, *Historia general de Chile,* Santiago, 1884-1902, y del mismo autor, *Las campañas de Chiloé,* Santiago, 1856. S. Collier, *Ideas and politics of Chilean Independence 1808-1833,* Londres, Cambridge V. P., 1967.

Sobre Chiloé y las campañas, véanse especialmente M. Torres Marín, *Quintanilla y Chiloé: La epopeya de la constancia,* Santiago de Chile, 1985, e I. Vázquez de Acuña, «El general Quintanilla y su gobierno en Chiloé (1817-1826)», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* Santiago, año XLI, núm. 88, 1974, pp. 287-310. Campos Harriet, *Los defensores del Rey,* Santiago, 1963.

Con la relación a Perú: J. Basadre, *Historia de la República del Perú,* Lima-Perú, 1961-1962, 5.ª edición, 6 tomos. También nos ha sido de gran valor la obra de M. F. Paz Soldan, *Historia del Perú independiente (1822-1827),* Editorial Americana, Madrid, 1919, t. II. Así como J. Santos Vargas, *Diario de un comandante de la Independencia, 1814-1825,* México, 1982.

Sobre Bolivia: D. Ramos, *La creación de Bolivia y el origen del Decreto de La Paz de 9 de febrero de 1825,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1967. R. Vargas Ugarte, S. J., *Historia del Perú. Emancipación 1809-1825,* Buenos Aires, 1958. J. Yaben, *Efemérides sanmartinianas,* Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978.

Asuntos militares y política española: A. Salazar Arra, «Ejército y Milicia del Reino de Chile (1737-1815), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* 1962, números, 66-67. Así como F. Díaz Venteo, *Las campañas militares del virrey Abascal,* Sevilla, 1948. Sobre la política romana, P. de Leturia, S. J., «La Encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la Revolución Hispanoamericana», *Anuario de Estudios Americanos,* Sevilla, 1947, t. IV, pp. 423-517, y G. Furlong, *La Santa Sede y la Emancipación Hispanoamericana,* según las investigaciones y los estudios de Pedro de Leturia, S. J., Buenos Aires.

Sobre fortificaciones: G. Lohmann Villena , «Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746», *Anuario de Estudios Americanos,* t. XX, Sevilla, 1963. Y *Puertos y fortificaciones en América y Filipinas,* publicado por la Comisión de Estudios Históricos y Obras Públicas y Urbanismo bajo la dirección de José Mañas Martínez, 1985. J. M. Zapatero, *La fortificación abaluartada en América,* Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1978. Sobre el Ejército, J. Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el Ejército de América,* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, 1983. M. Moliner, «Ingleses en los Ejércitos de Bolívar», *Revista de Indias,* Sevilla, 1953, número 51.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Colecciones MAPFRE 1492

Las Colecciones MAPFRE 1492 [illegible] de la Fundación MAPFRE AMÉRICA [illegible] más de 270 obras. Los títulos de [illegible]

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEPARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92
INDIOS DE AMÉRICA
MAR Y AMÉRICA
IDIOMA E IBEROAMÉRICA
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS
IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO
REALIDADES AMERICANAS
CIUDADES DE IBEROAMÉRICA
PORTUGAL Y EL MUNDO
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS
ARMAS Y AMÉRICA
INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA
EUROPA Y AMÉRICA
AMÉRICA, CRISOL
SEFARAD
AL-ANDALUS
EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
IDIOMA E IBEROAMÉRICA

Americanismos en la lengua española.

Historia cultural del portugués en el Brasil.

El español de América.

Los orígenes del español de América.

La crítica literaria hispánica, hoy.

El español en el Caribe.

Comunicación verbal y no verbal entre españoles e indios.

Diferencias léxicas entre España y América.

El español en tres mundos.

El español de los Estados Unidos. El lenguaje de los hispanos.

El lenguaje literario de la «nueva novela» hispánica.

COLECCIÓN
REALIDADES AMERICANAS

Viajeros por Perú.
El Brasil Filipino.
Comunicaciones en la América hispánica.
Historia política del Brasil.
Hispanoamérica-Angloamérica.
La población de América.
América en Filipinas.
La mujer en Hispanoamérica.
El indigenismo desdeñado.
Genocidios.
Comercio y mercados en América Latina colonial.
Las Reales Audiencias en Hispanoamérica.
La universidad en la América hispánica.
Historia de la prensa hispanoamericana.
Existencia fronteriza en Chile.

COLECCIÓN
REALIDADES AMERICANAS

Viajeros por Perú.
El Brasil Filipino.
Comunicaciones en la América hispánica.
Historia política del Brasil.
Hispanoamérica-Angloamérica.
La población de América.
América en Filipinas.
La mujer en Hispanoamérica.
El indigenismo desdeñado.
Genocidio.
Comercio y mercados en América Latina colonial.
Las Reales Audiencias en Hispanoamérica.
La universidad en la América hispánica.
Historia de la prensa hispanoamericana.
Existencia fronteriza en Chile.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S.A.
en el mes de junio de 1992.

El libro *Últimos reductos españoles en América,* de Delfina Fernández, forma parte de la Colección «Armas y América», dirigida por el General Miguel Alonso Baquer, Secretario Permanente del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN, Madrid.

COLECCIÓN ARMAS Y AMÉRICA

- La estrategia española en América durante el Siglo de las Luces.
- Estrategias de la implantación española en América.
- Generación de la conquista.
- El soldado de la conquista.
- Las armas blancas en España e Indias.
- Ordenanzas Militares en España e Hispanoamérica.
- Últimos reductos españoles en América.

En preparación:

- Rebeliones indígenas en la América española.
- Los Ejércitos Realistas en la Independencia hispanoamericana.
- El mantenimiento del sistema defensivo americano.
- Ejército y milicias en el mundo colonial americano.
- Estructuras guerreras indígenas.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE